

Carol Rifka Brunt



# Deja escapar a los lobos

Una cautivadora novela sobre las relaciones humanas  
que traspasa las fronteras de la edad

Lectulandia

## **Una novela inolvidable sobre el amor la amistad y la vida**

### **Una conmovedora historia sobre cómo volver a empezar en el Nueva York de los años ochenta**

June, una chica tímida e introvertida de catorce años, se siente verdaderamente unida a su tío Finn, un pintor excepcional. A diferencia de su hermana Greta, de quien cada vez está más alejada, y de sus padres, demasiado volcados en sus respectivos trabajos, solo se siente ella misma cuando está con él. Finn es su confidente, su padrino, su mejor amigo. Pero está enfermo y le queda poco tiempo de vida. Cuando finalmente fallece, el mundo de June se derrumba. Pocos días después recibe un misterioso paquete con la tetera favorita de Finn, acompañada de una nota firmada por Toby, el amigo de su tío a quien su familia rehúye. Siguiendo el último deseo de Finn, Toby le pide que se reúnan en secreto.

Esta novela relata todo lo que ocurre en la vida de June a partir de ese encuentro inesperado. El inicio de una amistad insospechada y auténtica, gracias a la cual June empezará a hacerse mayor.

**Lectulandia**

Carol Rifka Brunt

# **Deja escapar a los lobos**

ePub r1.0

Titivillus 03.08.15

Título original: *Tell the Wolves I'm Home*

Carol Rifka Brunt, 2012

Traducción: Álvaro Abella

Diseño de cubierta: Sandra Dios

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Maddy, Oakley y Julia*

## UNO

Aquella tarde, nuestro tío Finn estaba pintando un retrato de mi hermana Greta y de mí porque sabía que se estaba muriendo. Sucedió después de que yo comprendiera que, de mayor, ya no iba a mudarme a su piso para vivir con él el resto de mi vida. Cuando ya no creía que toda esa historia del sida fuera una especie de gran malentendido. La primera vez que el tío Finn nos lo pidió, mi madre se negó. Dijo que tenía algo de macabro. Le resultaba muy doloroso imaginarnos a las dos sentadas en el piso de Finn, con sus grandes ventanales y aquel aroma a lavanda y naranja; imaginarse a su hermano mirándonos como si fuera la última vez que nos vería. Además, añadió, se tardaba mucho en ir de Westchester a Manhattan. Se cruzó de brazos, miró los ojos azules de pajarito que tenía Finn y le dijo que no disponía de mucho tiempo esos días.

—A mí me lo vas a decir —repuso él.

Aquello fue lo que venció su resistencia.

Ahora tengo quince años, pero aquella tarde aún tenía catorce. Y Greta dieciséis. Era 1986, finales de diciembre, y llevábamos seis meses yendo a visitar a Finn una tarde de domingo al mes. Siempre íbamos mamá, Greta y yo. Papá nunca nos acompañaba, y hacía bien. Él no formaba parte de aquello.

Yo me sentaba en la última fila de asientos del monovolumen y Greta iba en la de delante. Yo me encargaba de que nos pusiéramos así para poder observarla sin que ella se diera cuenta. Mirar a la gente es un buen entretenimiento, pero debes hacerlo con cuidado. No puedes permitir que alguien te pille espíandolo. Si te descubren, te tratan como a un criminal peligroso. Y puede que estén en su derecho. Quizá debería ser delito intentar ver cosas que la gente no quiere que veas. De Greta, me gustaba observar cómo su pelo oscuro y liso reflejaba el sol, y cómo los extremos de las patillas de sus gafas parecían dos lagrimitas agazapadas detrás de sus orejas.

Mi madre ponía KICK FM, la emisora de *country*, y aunque no me gusta demasiado esa música, a veces, si se lo permites, el sonido de toda esa gente dejándose el corazón en las canciones logra traerte a la memoria recuerdos de viejas barbacoas familiares en el jardín, niños lanzándose en trineo por las colinas nevadas y cenas de Acción de Gracias. Cosas sanas. Por eso a mi madre le gustaba escucharla cuando íbamos a casa de Finn.

No hablábamos mucho durante esos viajes a la ciudad. Solo se escuchaba la suave marcha del coche, el soniquete de la música *country* y las aguas grises del río Hudson, con la también gris e imponente Nueva Jersey en la otra orilla. Yo miraba a Greta todo el rato porque así evitaba pensar demasiado en Finn.

La última vez que lo visitamos fue un domingo lluvioso de noviembre. Finn siempre había sido flacucho —como Greta, como mi madre, como a mí me hubiera gustado ser—, pero durante aquella visita vi que mi tío había alcanzado una nueva categoría de delgadez. Todos los cinturones le quedaban grandes, por lo que se había anudado una corbata verde esmeralda a la cintura. Yo me preguntaba cuándo habría sido la última vez que se la había puesto, tratando de adivinar con qué clase de acontecimiento pegaría algo tan brillante e iridiscente, cuando de pronto Finn levantó la vista del cuadro y, con el pincel en el aire, nos dijo:

—Ya no queda mucho.

Greta y yo asentimos, aunque sin saber si se refería al cuadro o a su muerte. Más tarde, en casa, le comenté a mi madre que el tío Finn parecía un globo desinflado. Greta dijo que a ella le parecía una polilla gris envuelta en una telaraña gris. Eso fue porque todo en Greta es más hermoso, hasta su forma de decir las cosas.

Ahora estábamos ya en diciembre, una semana antes de Navidad, atrapadas en un atasco cerca del puente George Washington. Greta se giró desde su asiento para mirarme. Puso una sonrisita torcida y buscó en el bolsillo de su abrigo una ramita de muérdago. Mi hermana llevaba las dos últimas Navidades haciendo eso, andar por ahí con un trozo de muérdago para sobresaltar a la gente. Se lo llevaba al instituto, y en casa lo usaba para asustarnos. Su truco preferido era acercarse con sigilo por detrás a nuestros padres, dar un salto y sostener la ramita encima de sus cabezas. Mis padres no eran de los que se hacen demostraciones de afecto en público, y por eso a Greta le encantaba obligarlos a hacerlo. En el coche, Greta sacudió el muérdago en el aire, rozándome la cara.

—Espera y verás, June —dijo—. Voy a poner esto encima de ti y el tío Finn, y entonces ¿qué harás? —Me sonrió, aguardando una respuesta.

Yo sabía lo que estaba pensando. Tendría que ser desagradable con Finn o arriesgarme a que me contagiara el sida, y ella quería verme decidir. Greta sabía la clase de amigo que Finn era para mí. Sabía que me llevaba a galerías de arte, que me enseñó a difuminar mis dibujos de caras frotando con un dedo las líneas del lápiz. Y sabía que ella no formaba parte de esas cosas.

Me encogí de hombros.

—Solo me dará un beso en la mejilla.

Pero incluso mientras lo decía, tenía en mente que ahora los labios de Finn estaban siempre agrietados y abiertos. A veces tenían rajitas que le sangraban.

Greta se inclinó hacia mí, apoyando los brazos en el respaldo de su asiento.

—Sí, pero ¿cómo sabes que los gérmenes de un beso no pueden filtrarse por la piel de tu mejilla? ¿Cómo puedes estar segura de que no encontrarán un modo de colarse en tu sangre a través de los poros?

No lo sabía. Y no quería morir. Ni tampoco volverme gris.

Me encogí otra vez de hombros. Greta se enderezó y volvió a mirar al frente, pero aunque estuviera de espaldas supe que estaba sonriendo.

Empezó a caer aguanieve y las pepitas de hielo húmedo repicaron contra la ventanilla. Mientras recorríamos las calles de la ciudad intenté pensar en algo bueno que responder a Greta, algo que le dejara claro que Finn jamás me pondría en peligro. Pensé en todas las cosas que mi hermana no sabía de él. Por ejemplo, lo que hizo para que yo supiese que el retrato era solo una excusa: la forma en que se había fijado en mi expresión la primera vez que fuimos a posar para el retrato; cómo después esperó a que mi madre y Greta salieran primero y, cuando estábamos los dos solos en el estrecho recibidor del piso, puso la mano en mi hombro, se agachó y me susurró al oído: «¿Cómo, si no, iba a conseguir pasar estos domingos contigo, cocodrilo?»

Pero aquello era algo que jamás le contaría a Greta. En vez de eso, cuando ya estábamos en el oscuro aparcamiento, bajando del coche, le solté:

—Da igual, la piel es impermeable.

Greta cerró la puerta de un golpe y rodeó el monovolumen hasta ponerse a mi lado. Se plantó allí unos segundos, mirándome fijamente. Observó mi cuerpo grande y desgarrado. Ajustó las correas de su mochila a sus hombros de gorrión y meneó la cabeza.

—Cree lo que quieras —dijo, y se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras.

Pero eso era imposible y Greta lo sabía. Puedes intentar creer lo que quieras, pero nunca funciona. Tu cerebro y tu corazón deciden lo que vas a creer, así son las cosas. Te guste o no.

En casa del tío Finn mi madre se pasaba las horas en la cocina, preparándonos té en una magnífica tetera rusa dorada, roja y azul, con ositos bailarines grabados en los bordes. Finn decía que la reservaba para servir té a su gente favorita. La tetera siempre nos estaba esperando cuando lo visitábamos. Desde el salón, podíamos oír cómo mi madre ordenaba los armarios de Finn, sacaba tarros y latas, platos y jarras, y volvía a colocarlos bien. De vez en cuando nos servía un té, que normalmente se enfriaba porque Finn estaba ocupado pintando, y a Greta y a mí no se nos permitía movernos. Esos domingos, mi madre casi no miraba a Finn. Resultaba obvio que se le partía el corazón al ver que su único hermano estaba muriéndose. Pero a veces me parecía que había algo más. Tampoco miraba nunca el cuadro. Entraba, dejaba la tetera y pasaba frente al caballete con la cabeza vuelta hacia otro lado. A veces me parecía que no era Finn, que era el lienzo, los pinceles y la pintura lo que mi madre intentaba no ver.



Aquella tarde estuvimos sentadas durante hora y media mientras Finn nos pintaba. Tenía puesto el *Réquiem* de Mozart, que a él y a mí nos encantaba. Aunque no creo en Dios, el año anterior había convencido a mi madre de que me dejara unirme al coro de la iglesia católica de nuestra ciudad para poder cantar el *Kyrie* de Mozart en Semana Santa. En realidad no sé cantar, pero la cosa es que, si cierras los ojos mientras cantas en latín y te pones al fondo para posar una mano en la fría pared de piedra de la iglesia, puedes imaginarte que estás en la Edad Media. Por eso lo hacía. Por ese motivo me metí en aquello.

El *Réquiem* era un secreto entre Finn y yo. Solo de nosotros dos. No necesitábamos ni mirarnos cuando lo ponía. Los dos comprendíamos. Una vez, me llevó a un concierto en una bonita iglesia de la Calle 84 y me dijo que cerrara los ojos y escuchara. Aquella fue la primera vez que lo oí, y me enamoré de esa música.

—Te pilla por sorpresa, ¿verdad? —me dijo—. Te hace creer que es agradable e inofensiva; avanza vacilante, y luego, de repente, ¡bum! Se lanza y va subiendo, amenazadora. Toda esa percusión y esas cuerdas agudas en crescendo, y voces oscuras y profundas. Luego, igual de rápido, vuelve a bajar. ¿Lo ves, cocodrilo? ¿Lo ves?

«Cocodrilo» era el apodo que me puso Finn porque decía que yo parecía de otra época, que andaba agazapada, observando y esperando, antes de decidir qué hacer. Me encantaba que me llamara así. Estaba allí sentado, en aquella iglesia, esforzándose en que yo entendiera la música.

—¿Lo ves? —repitió.

Lo veía, sí. Al menos, eso creía. O quizá solo fingía verlo, porque lo último que quería era que Finn pensase que era tonta.

Aquella tarde el *Réquiem* flotaba sobre todas las cosas hermosas que había en el piso de Finn. Sus alfombras turcas de lana suave. El viejo sombrero de seda con un lado desgastado vuelto hacia la pared. El viejo tarro lleno de púas de guitarra de todos los colores y formas; púas en conserva, las llamaba Finn, porque las guardaba en un tarro. La música se expandía por el pasillo, pasando de largo por la puerta de su dormitorio, que siempre estaba cerrada; era un lugar privado. Mi madre y Greta no parecían fijarse en cómo los labios de Finn se movían con la música: *voca me cum benedictus... gere curam mei finis...* No tenían ni idea de que estaban escuchando una canción de muerte, lo cual no estaba mal, porque si mi madre hubiera sabido de qué trataba esa música, la habría quitado al instante. *Ipsa facto*.

Pasado un rato, Finn giró el lienzo para que lo viéramos. Fue algo importante, porque era la primera vez que nos lo enseñaba.

—Acercaos más, chicas —dijo. Nunca hablaba mientras trabajaba, por eso cuando por fin abrió la boca, su voz salió como un susurro débil y seco. Un destello de vergüenza cruzó su rostro, y luego alargó el brazo para alcanzar una taza de té frío,

beber un sorbo y aclararse la garganta—. Danni, tú también. Ven, echa un vistazo.

Mi madre no respondió, así que él insistió:

—Venga, solo un segundo. Quiero saber tu opinión.

—Luego —respondió ella desde la cocina—. Ahora estoy ocupada.

Finn siguió mirando hacia allí, como si esperara que cambiase de opinión. Cuando resultó obvio que no iba a hacerlo, frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia el retrato.

Se levantó de la vieja silla azul en la que se sentaba para pintar, con una mueca de dolor al apoyarse en el respaldo para mantener el equilibrio. Se alejó un paso y pude ver que, aparte de la corbata verde a la cintura, el único color que había en Finn eran las manchitas de pintura que salpicaban su bata blanca. Los colores de Greta y míos. Me entraron ganas de arrebatarse el pincel para colorearlo, devolverlo a su antiguo ser.

—Gracias a Dios —dijo mi hermana, estirándose y alzando los brazos por encima de la cabeza mientras sacudía el pelo.

Contemplé el retrato. Finn me había puesto ligeramente en primer plano, aunque no estábamos sentadas así. Sonreí.

—Aún no está acabado, ¿verdad? —pregunté.

Él se acercó y se puso a mi lado. Ladeó la cabeza y observó el lienzo, a la Greta pintada y luego a mí pintada. Entornó los ojos mirando directamente a los ojos de esa otra yo. Se inclinó hasta que su cara casi rozó el lienzo húmedo, y sentí que se me ponía piel de gallina.

—No —dijo sacudiendo la cabeza, con la mirada todavía fija en el retrato—. No del todo. ¿Lo ves? Falta algo. Quizá algo en el fondo... Tal vez un poco más de pelo. ¿Qué os parece?

Respiré aliviada y mi pecho se relajó, incapaz de contener una sonrisa. Asentí con convicción.

—Yo también lo creo. Creo que deberíamos venir unas cuantas veces más.

Finn me devolvió la sonrisa y frotó su pálida mano sobre su pálida frente.

—Sí, unas cuantas más —dijo.

Nos pidió opinión sobre cómo estaba quedando el cuadro. Yo dije que fantástico, pero Greta no dijo nada. Mi hermana nos daba la espalda. Ni siquiera estaba mirando el retrato. Tenía las manos metidas en los bolsillos y, cuando se giró lentamente, su cara estaba inexpresiva. Es algo típico de ella: puede ocultar lo que está pensando. Lo siguiente que supe es que había sacado su muérdago y lo blandía en un arco como cortando el aire por encima de nuestras cabezas, como si sostuviera algo más que un puñado de hojas de Navidad y bayas. Finn y yo alzamos la vista y me dio un vuelco el corazón. Nos miramos apenas el tiempo que le lleva caer al granito de un reloj de arena o a una gota de un grifo flojo, y Finn, mi tío Finn, me leyó el pensamiento al instante. En aquella diminuta fracción de segundo vio que yo tenía miedo, así que me agarró la cabeza y me besó en el pelo con un roce tan ligero que podría haber sido

una mariposa posándose.

Mientras volvíamos, le pregunté a Greta si creía que el sida podía contagiarse por el pelo. Se encogió de hombros y se dio la vuelta; pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla.

Esa noche me lavé el pelo tres veces. Luego me lo envolví con una toalla, me acurruqué bajo las mantas e intenté dormir. Conté ovejas, estrellas y briznas de hierba, pero nada funcionó. Lo único en que podía pensar una y otra vez era en Finn. Pensé en su beso suave. Pensé en cómo, solo por un segundo, justo cuando se inclinaba sobre mí, el sida y Greta y mi madre habían desaparecido de la habitación. Solo estábamos él y yo en el más diminuto de los momentos diminutos, y sin poder evitarlo me pregunté cómo sería que me diera un beso en los labios, un beso de verdad. Ya sé que suena asqueroso, repugnante, pero quiero contar la verdad, y la verdad es que aquella noche estuve en la cama imaginándome el beso de Finn. Estuve en la cama pensando en todo lo que había en mi corazón de posible e imposible, de bueno y de malo, decible e indecible, y cuando todos esos pensamientos se fueron, solo quedó una cosa: lo muchísimo que iba a echar de menos a mi tío Finn.

## DOS

Ir sola al bosque es lo mejor para imaginarte que estás en otra época. Es algo que solo puedes hacer sola. Si hay alguien contigo, es muy fácil acordarte de dónde estás en realidad. El bosque al que voy empieza detrás de los edificios del colegio y el instituto. Comienza allí, pero se extiende varios kilómetros hacia el norte, en dirección a Mahopac y Carmel, y más allá, hasta lugares cuyos nombres desconozco.

Lo primero que hago cuando me meto en el bosque es colgar mi mochila de la rama de un árbol. Luego camino. Para que funcione, tienes que andar hasta que dejes de oír los coches, y eso es lo que hago. Camino y camino hasta que lo único que escucho son los crujidos y chasquidos de las ramas y el murmullo del arroyo. Sigo el curso del agua hasta un lugar donde hay un muro de piedra medio derruido y un enorme arce con un cubo oxidado clavado en el tronco, justo por encima de mi cabeza. Ese es mi sitio. Ahí es donde me detengo. En el libro *Una arruga en el tiempo* se dice que el tiempo es como una gran manta vieja y arrugada. A mí me encantaría caerme en una de esas arrugas. Que me tragara. Esconderme en un pliegue pequeño y estrecho.

Normalmente me sitúo en la Edad Media. Por lo general, en Inglaterra. A veces canturreo fragmentos del *Réquiem*, aunque ya sé que el *Réquiem* no es medieval. Y lo observo todo —piedras, hojas caídas, árboles muertos— como si poseyera el don de leer esas cosas. Como si mi vida dependiera de comprender exactamente lo que el bosque tiene que decirme.

Me aseguro de llevar el viejo vestido Gunne Sax de Greta, de cuando tenía doce años. Me queda muy pequeño, así que tengo que ponerme una blusa por debajo y dejar los botones de la espalda abiertos. Más que medieval parece sacado de *La casa de la pradera*, pero es lo mejor que puedo conseguir. Y luego están mis botas medievales. Todo el mundo sabe que el calzado es la parte más difícil de acertar. Durante mucho tiempo solo tuve unas zapatillas Keds negras, y me esforzaba por no mirarlas demasiado ya que estropeaban el conjunto.

Conseguí las botas, que son de ante negro con lazos cruzados de cuero, en la feria medieval que se organiza en los jardines del museo de los Cloisters. Fue en octubre, mi tío ya llevaba cuatro meses pintando el retrato y era la tercera vez que me llevaba a la feria. La primera vez fue idea suya, pero las otras dos, mía. En cuanto las hojas comenzaban a amarillear y retorcerse, yo empezaba a darle la tabarra.

—Te estás convirtiendo en una medievalista profesional, cocodrilo —me decía—.

¿Qué te he hecho?

Tenía razón, pero era culpa suya. El arte medieval era el preferido de Finn, y a lo largo de los años nos pasamos horas y horas mirando sus libros. Esa tercera vez que fuimos a la feria, él ya estaba muy delgado. Hacía fresco, lo bastante como para llevar un jersey de lana, y Finn llevaba dos, uno encima del otro. Bebimos sidra caliente con especias, y estábamos los dos solos entre el olor grasiento de un cochinitillo que se tostaba en un asador, música de laúd, el relincho de un caballo que participaba en un torneo simulado y el tintineo de las campanillas del cetrero. Finn vio las botas ese día y me las compró porque sabía que me encantarían. Se quedó conmigo en el puesto de aquel zapatero, atando bastos lazos de cuero una y otra vez como si fuera lo que más le apeteciera hacer. Si no me quedaban bien, me ayudaría a sacármelas. A veces, su mano me rozaba el tobillo o la rodilla desnuda y yo me sonrojaba. No se lo dije, pero me aseguré de elegir un par de números más grande. No me importaba cuántos calcetines tuviera que ponerme. No quería crecer y que esas botas se me quedaran pequeñas.

Si tuviera mucho dinero compraría hectáreas de bosque, levantaría una muralla alrededor y viviría allí como si estuviera en otra época. Quizá buscara una persona para llevármela a vivir conmigo, alguien dispuesto a prometer que jamás diría una palabra sobre nada del presente. Dudo que pueda encontrar a nadie así. Todavía no he conocido a nadie dispuesto a realizar esa clase de promesa.

Solo hay una persona a la que he contado lo que hago en el bosque, y esa persona es Finn, y eso que ni siquiera tenía pensado decírselo. Estábamos volviendo a su casa después de ver *Una habitación con vistas* en el cine. Finn empezó a hablar sobre los cautivadores que eran los personajes, porque se escondían muy bien bajo múltiples capas y resultaba muy interesante ver cómo intentaban quitárselas mutuamente. Muy romántico, comentó. Dijo que ojalá las cosas pudiesen ser así ahora. Yo quería hacerle saber que le entendía, que daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo, así que le conté lo del bosque. Se rio, me dio un golpecito con el hombro y me llamó bicho raro, y yo lo llamé chiflado por pasarse el día pensando en pintar. Luego nos reímos, porque sabíamos que teníamos razón, que éramos los bichos más raros del mundo entero. Ahora que Finn ya no está, nadie sabe que voy al bosque al salir de clase. A veces, creo que nadie ni siquiera se acuerda de que ese bosque existe.

## TRES

Nunca nos entregaron el retrato. No oficialmente. Ni de palabra.

Debido a que nunca se acabó. Al menos, eso había dicho Finn. Teníamos que seguir yendo para una sesión más, y otra más. Nadie puso pegatas, excepto Greta, que dejó de ir a casa de Finn los domingos. Dijo que si solo estaba pintando el fondo, no necesitaba que estuviéramos allí. Que tenía mejores cosas a las que dedicar las tardes de domingo. Era una mañana muy fría de enero, el primer día de clase tras las vacaciones de Navidad, y estábamos esperando el autobús del colegio delante de casa, que está en Phelps Street, una de las últimas calles de la ruta del autobús. Vivimos en el extremo sur de la ciudad, y la escuela está en la salida norte. Por carretera, son unos tres kilómetros, pero si atajas por los jardines y atraviesas el bosque —cosa que hago a veces— es mucho menos.

Como nuestra casa es una de las últimas por las que pasa el bus, siempre es difícil saber exactamente cuándo llegará. A lo largo de los años, Greta y yo nos hemos pasado un montón de tiempo ahí fuera, esperando, contemplando la línea de céspedes de nuestra calle. Phelps es una mezcla de casitas y bungalós, exceptuando la mansión estilo Tudor de los Miller, en lo alto de una pequeña colina en una calle sin salida. Evidentemente, es una imitación de una casa Tudor, porque durante el período Tudor no había nadie en Westchester, solo los indios Mohegan, así que no sé a quién pretendían engañar los Miller. Probablemente a nadie. Probablemente ni siquiera se les pasó por la cabeza. Pero sí pasa por la mía cada vez que la veo. La nuestra es una casita azul celeste con contraventanas negras y un arce rojo que despliega sus ramas sobre el jardín.

Aquella mañana estaba dando saltitos para mantenerme en calor. Greta se apoyaba en el arce, examinando sus botines de ante nuevos. No paraba de quitarse y ponerse las gafas, echándoles aliento para luego limpiar el vaho.

—Greta.

—Qué.

—¿Qué cosas mejores tienes que hacer los domingos?

No estaba segura de si realmente quería saberlo. Crucé los brazos sobre mi abrigo, ajustándomelo.

Greta volvió la cabeza lentamente y esbozó una gran sonrisa con los labios apretados. Sacudió la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Cosas que tú ni te imaginarías.

—Sí, claro —dije.

Greta se cambió de sitio y fue al otro lado del jardín.

Me figuré que se refería a tener sexo. Pero, bien pensado, igual no, porque eso podía imaginarlo. No quería, pero podía.

Se volvió a quitar las gafas y dejó los cristales blancos con su aliento.

—¡Eh! —le dije—. Otra vez nos toca ser huérfanas. Empieza la temporada de orfandad.

Greta sabía que me refería a la orfandad de la campaña de la declaración de la renta. Todos los años era igual. Tras el jolgorio de Navidad y Año Nuevo, nuestros padres desaparecían durante los peores meses del invierno. Salían de casa a las seis y media de la mañana y la mayoría de los días no volvían hasta las siete de la tarde como muy pronto. Así son las cosas para los vástagos de dos gestores. Así ha sido desde que tengo recuerdos.

En la temporada de impuestos, cuando nuestros padres tenían que irse antes de que llegara el autobús, solían encargarse a la señora Schegner, la vecina de enfrente, que nos vigilara desde su ventana. Greta, con nueve años, esperaba el autobús conmigo, que tenía siete. Aunque sabíamos que la señora Schegner estaba allí cerca, nos parecía que estábamos solas. Greta me pasaba el brazo por el hombro y me arrimaba a ella. A veces, si el autobús tardaba mucho o empezaba a nevar, mi hermana se ponía a cantar. Cantaba algo de *La película de los Teleñecos*, o a veces esa canción de James Taylor, «Carolina in my mind», del disco de grandes éxitos de mis padres. Ya entonces mi hermana tenía una gran voz. Era como si fuera otra persona cuando cantaba. Como si hubiera una Greta completamente distinta, escondida por ahí en alguna parte. Cantaba y me abrazaba con fuerza hasta que veía el autobús doblar la esquina. Entonces me decía, o quizá se decía a sí misma: «¿Ves? No ha sido tan malo, ¿ves?»

No sabía si Greta se acordaría de eso. Yo sí. Incluso cuando mi hermana ya era mala, podía mirarla y acordarme de cómo había sido.

Ahora me miró un instante, intentando no mostrar interés, fingir que le daba igual. Se llevó las manos a las caderas.

—Vaya, qué drama más terrible, June. Tus padres trabajan hasta tarde. Vas a tener que sobrellevarlo con valentía.

Se volvió y me dio la espalda hasta que el autobús se acercó lentamente por la calle.

Fui tres veces más a casa de Finn con mi madre. Empezamos a ir cada dos semanas, en lugar de solo una vez al mes, y no siempre los domingos. Me hubiera encantado haber ido sola, como solía hacer antes, al menos una de las dos veces. Quería tener una larga conversación con él. Pero cada vez que sacaba el tema, mi madre decía: «Quizá la próxima vez. ¿De acuerdo, Junie?», lo cual no era en realidad una

pregunta. Era mi madre diciéndome cómo iban a ser las cosas. Empezaba a parecerme que nos usaba al retrato y a mí como excusa para ir a la ciudad y pasar más tiempo con Finn. Nunca me pareció que ella y su hermano estuvieran muy unidos, y quizá mi madre empezaba a lamentarlo. Ahora era como si yo fuera una especie de caballo de Troya que ella podía montar. No era justo, y en el fondo, extendiéndose por allí como arenas movedizas, estaba el hecho de que no habría muchas próximas veces. Sin que hiciera falta decirlo, quedaba claro que las dos estábamos rebañando las últimas horas de Finn.

El domingo que terminó siendo el último que fuimos a su casa, Greta estaba sentada en su habitación, pintándose las uñas de dos colores. Alternaba una morada, una negra, una morada, una negra... Me senté en su cama deshecha y la observé.

—Greta —dije—, ya sabes que no queda mucho. Con Finn, quiero decir.

Necesitaba asegurarme de que ella lo entendía. Mi madre decía que era como una cinta de casete que no se podía rebobinar. Pero era difícil recordar que no podías rebobinarla cuando estabas escuchándola. Así que te olvidabas, te dejabas llevar por la música, escuchabas, y entonces, sin siquiera darte cuenta, la cinta de repente se acababa.

—Pues claro que lo sé —dijo—. Ya sabía que tío Finn estaba enfermo mucho antes de que tú te enteraras de nada.

—¿Y por qué no vienes con nosotras?

Dejó los pintaúñas negro y morado en su balda del maquillaje. Luego sacó un frasco de rojo oscuro y le quitó la tapa. Con cuidado, pasó el pincelito por el borde del frasco. Recogió las rodillas contra el pecho y se pintó las uñas de los pies, comenzando por el meñique.

—Porque va a terminar ese cuadro de un modo u otro —respondió, sin molestarse en mirarme—. Además, sabes tan bien como yo que si por él fuera, ni siquiera me habría incluido en el retrato. Solo saldría su querida Junie, solita.

—Finn no es así.

—Da igual, June. La verdad es que no me importa. No pasa nada. Cualquier día sonará el teléfono y te enterarás de que Finn ha muerto, y entonces tendrás una vida entera llena de domingos para preocuparte. ¿Qué harás entonces, eh? Ya no importa. Un domingo más o menos. ¿No lo sabías?

No respondí. Greta siempre sabía cómo dejarme sin palabras. Cerró la tapa del frasquito de esmalte de uñas y flexionó sus dedos recién pintados. Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué? —dijo—. Deja de mirarme.



## CUATRO

La temporada de la renta siempre olía a guiso. Casi todos los días, mi madre dejaba sobre la encimera de la cocina la olla eléctrica amarillo mostaza, cociendo a fuego lento algo para nuestra cena. No importaba lo que hubiera dentro —pollo, verduras, alubias—, todo olía a guiso una vez que pasaba por ese trasto.

Eran las cuatro en punto y Greta estaba en sus ensayos de teatro del instituto. Tenía uno de los papeles secundarios más importantes en *South Pacific*, el de Bloody Mary, que consiguió por lo bien que canta y porque es bastante morena, al menos de ojos y pelo, así que solo tenían que ponerle algo de maquillaje oscuro y lápiz de ojos para que pareciera una polinesia. Nos había dicho que tendría que quedarse en el instituto casi todos los días «hasta tarde».

Era un hecho bien conocido que, de todos los institutos de la zona, el nuestro era el que hacía los mejores musicales. Algunos años incluso venía gente de la ciudad a ver nuestras representaciones. Gente del teatro, coreógrafos, directores y tal. Circulaba el rumor de que, en una ocasión, hacía unos diez años o así, un coreógrafo vio la obra y una de las chicas del último curso le pareció tan buena que le consiguió un papel en *A Chorus Line* después de la graduación. Cada nuevo curso se comenta esa historia, y aunque todos dicen que no se la creen, en realidad sí se la creen. Quieren creer que un cuento de hadas como ese podría ocurrirles a ellos.

La temperatura llevaba varios días siendo de un solo dígito, demasiado frío para ir al bosque, así que estaba sola en casa, sentada a la mesa de la cocina haciendo los deberes de geología, cuando sonó el teléfono.

—¿Señora Elbus? —dijo un hombre de voz poco clara, acuosa.

—No.

—Oh... Vaya. Perdón. ¿Está la señora Elbus? —No solo acuosa: también tenía acento. De Inglaterra, tal vez.

—No ha vuelto todavía. ¿Quiere dejarle un mensaje?

Hubo una pausa, y luego dijo:

—¿June? Esto... ¿eres June?

Ese hombre, con quien nunca había hablado, conocía mi nombre. Sentí como si sus dedos treparan por el cable del teléfono.

—Llame más tarde —dije, y colgué sin más.

Recordé aquella película en que una chica hace de canguro y alguien no para de llamar y le dice que la está viendo y que debería comprobar cómo están los niños, y ella se va asustando cada vez más. Eso fue lo que me hizo sentir aquella llamada. Aunque el tipo no había dicho nada para asustarme, di vueltas por la casa cerrando puertas y ventanas. Me senté en el suelo de la cocina cerca del frigorífico y abrí una lata de Yoo-hoo.

Entonces, el teléfono volvió a sonar. Sonó y sonó hasta que saltó el contestador. Y ahí estaba la misma voz.

—Lo siento, de verdad, lo siento mucho si te he asustado. Llamaba por tu tío. Finn, el de la ciudad. Volveré a llamar más tarde. Eso es todo. Lo siento.

Tío Finn. Conocía a tío Finn. Me quedé helada. Tiré el resto del refresco por el fregadero y me paseé de un lado a otro por el linóleo de la cocina. Finn había muerto. Yo sabía que Finn había muerto.

Descolgué el teléfono y marqué su número, que me sabía de memoria. Sonó dos veces antes de que contestaran, y cuando escuché el clic de una persona levantando el auricular, un torrente de alegría me inundó el pecho.

—¿Finn? —Silencio—. ¿Finn? —pregunté de nuevo mientras la desesperación se deslizaba por mi voz.

—Me temo que... esto... no. Finn no...

Colgué rápidamente. Era la misma voz. El mismo hombre que había dejado el mensaje en el contestador.

Corrí a mi cuarto. Nunca me había resultado tan pequeño, parecía haber encogido. Miré mis estúpidas velas de mentira y mi estúpida colección de libros de *Elige tu propia aventura*, mi hortera edredón rojo con un falso estampado de tapiz. La ciudad parecía encontrarse a miles de kilómetros de allí. Como si, al perder a Finn, hubiese perdido también el peso que la retenía. Como si hubiera salido flotando.

Me arrastré bajo la cama y cerré los ojos con fuerza. Me quedé allí dos horas, respirando el aroma a guiso pasado, fingiendo que era un ser antiguo y enterrado, esperando a que la puerta de casa se abriera para entonces taparme los oídos y evitar oír cómo alguien volvía a escuchar ese estúpido mensaje en el contestador.

## CINCO

Lo que había dicho Greta —que había sabido de la enfermedad de Finn antes que yo — era probablemente cierto. Mi hermana no estaba presente cuando yo me enteré. Ese día se suponía que mi madre me iba a llevar al dentista, pero entonces, sin pronunciar palabra, giró a la izquierda en Main en lugar de a la derecha, y lo siguiente que supe fue que estábamos en la cafetería Mount Kisco Diner. Tendría que haber sospechado desde el principio que había algo raro, porque Greta y yo siempre íbamos juntas al dentista, y en esa ocasión solo estábamos mi madre y yo. Quizá mi madre tenía la esperanza de que no ir al dentista me aliviaría tanto que la noticia de Finn no me caería tan mal. Se equivocaba. Me gusta ir al dentista. Me gusta el sabor del gel de flúor y me gusta que, durante los veinte minutos que paso en la silla del doctor Shippee, mis dientes sean para él lo más importante del mundo.

Nos sentamos en un reservado, lo cual significaba que disponíamos de una gramola para nosotras. Sin que se lo pidiera, mi madre me dio una moneda y me dijo que eligiera unas canciones.

—Algo bueno, ¿vale? Algo alegre.

Asentí. No sabía de qué íbamos a hablar, así que elegí «Los Cazafantasmas», «Girls just want to have fun», y «99 Luftballons». La máquina tenía las versiones inglesa y alemana de esta última canción. Escogí la alemana porque molaba más.

Mi madre pidió un café y nada para comer. Yo, tarta de limón y batido de chocolate.

«Los Cazafantasmas» empezó a sonar mientras yo repasaba las canciones de la gramola, leyendo los títulos uno a uno, preguntándome si habría elegido bien. De repente, mi madre puso su mano encima de la mía.

—June —dijo, parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Sí?

Respondió algo tan bajito que no lo oí.

—¿Qué? —pregunté, apoyándome en la mesa para acercarme a ella.

Lo repitió, pero solo pude ver sus labios moviéndose, como si no se esforzara por que la oyera.

Sacudí la cabeza. En la máquina, Ray Parker Jr. cantaba a todo pulmón que no tenía miedo de ningún fantasma.

Mi madre me indicó el asiento junto a ella y me senté a su lado. Entonces me agarró la cabeza y la acercó hasta que su boca rozó mi oreja.

—Finn está muriéndose, June —dijo.

Podía haber dicho que mi tío estaba enfermo —incluso muy enfermo—, pero optó por decirme directamente que su hermano se estaba muriendo. No siempre había sido así. No era de las que sueltan sin más las crudas verdades, pero quizá esa vez pensó que supondría menos palabrería, menos explicaciones. Porque ¿cómo iba a explicar algo así? ¿Quién podría? Me acercó a ella y nos quedamos así unos segundos, sin querer mirar a los ojos de la otra. Fue como si se produjera un atasco de tráfico en mi cerebro, pese a que había cientos de cosas que supuestamente debía decir.

—¿Tarta de limón?

De repente la camarera estaba ahí, con mi tarta en la mano, y tuve que apartarme y asentir. Miré aquella ridícula tarta esponjosa y feliz, y no me pude creer que apenas unos minutos antes yo fuera una chica a la que le apeteciese algo así.

—¿Cómo se está muriendo? —fue lo que finalmente dije.

Mi madre deslizó su dedo índice por la mesa: SIDA, escribió. Luego, como si la mesa fuera una pizarra, lo borró con la palma.

—¡Vaya! —Me levanté y volví a mi lado de la mesa. La tarta estaba allí mofándose de mí. Clavé el tenedor en ese estúpido y esperanzador merengue y lo abrí en canal.

Luego pegué la oreja al altavoz de la gramola. Cerré los ojos e intenté que todo el local desapareciera. Al comenzar «99 Luftballons», me senté y esperé a que Nena dijera «captain Kirk», las dos únicas palabras que comprendía de toda la canción.

## SEIS

En el funeral de Finn, el ataúd no estaba abierto, cosa que todos agradecemos. En especial, yo. Había estado imaginándome sus ojos cerrados, sus párpados de piel fina. Me había estado preguntando cómo iba a controlarme para no abrírselos suavemente con mis dedos. Solo para ver sus ojos azules una vez más.

Se celebró justo una semana después de aquella llamada. Fue un jueves, y nos hizo perder la tarde de clase. Yo estaba casi segura de que Greta accedió a venir solo por eso. También fue uno de los pocos días en mi vida en que pude ver a mis padres no trabajar en temporada de declaración de la renta.

Mi madre trajo el retrato que Finn nos había pintado, porque pensó que sería bonito ponerlo en algún sitio para mostrar qué clase de hombre era, pero cuando llegamos al aparcamiento de la funeraria, cambió de opinión.

—Está aquí —dijo con una voz que era una extraña combinación de enfado y pánico.

Mi padre aparcó el coche y miró por la ventanilla.

—¿Dónde?

—Ahí. ¿No lo ves? Está solo, allí, en la acera.

Mi padre asintió, y yo también miré. En un murete de ladrillo había un hombre sentado con la espalda encorvada. Un tipo alto y delgado que me recordó a Ichabod Crane, de *La leyenda de Sleepy Hollow*.

—¿Quién es? —pregunté, señalando por la ventanilla.

Mis padres se giraron a la vez para mirarme. Greta me dio un codazo en las costillas y, con su tono más malicioso, dijo:

—Cállate.

—Cállate tú —dije yo.

—Yo no soy la que hace preguntas estúpidas. —Se ajustó las gafas y luego miró para otro lado.

—Silencio. Las dos —ordenó papá—. Esto ya es bastante duro para vuestra madre.

También es duro para mí, pensé, pero no lo dije. Me quedé callada, consciente de que la tristeza que estaba sintiendo no era la normal para una sobrina. Consciente de que Finn no era en realidad mío para tener esa clase de pena por él. Ahora que estaba muerto, pertenecía a mi madre y mi abuela. Ellas eran las que daban pena a la gente, aunque ninguna de las dos fuera tan cercana a él como yo. Para todo el mundo en el

funeral yo solo era la sobrina. Miré por la ventanilla y comprendí que estaba en un lugar donde nadie conocía mi corazón lo más mínimo. Nadie tenía ni idea del tiempo que dedicaba cada día a pensar en Finn y, por fortuna, tampoco de qué pensamientos se trataba exactamente.

Mi madre decidió que el acto se celebrara en una funeraria de nuestro pueblo y no en Nueva York, donde vivían todos los amigos de Finn. No hubo discusión. Parecía como si quisiera recuperarlo. Como si estuviera intentando quedárselo para ella.

Mi padre la miró.

—Entonces, ¿lo dejo en el maletero?

Ella asintió, frunciendo los labios.

—Sí, déjalo.

Al final, fue mi padre quien condujo hasta la ciudad para recoger el cuadro el día después de la muerte de Finn. Fue por la noche, y ninguna de nosotras se ofreció a acompañarlo. Mi madre tenía una llave del piso, a la que Finn había atado un lacito de seda roja. Hacía años que la teníamos, pero no creo que nadie la hubiera usado nunca. Mi madre siempre decía que era una de esas cosas «por si acaso». Algo que Finn quería que tuviéramos.

Aquella noche mi padre regresó tarde y dio un portazo al entrar. Escuché su conversación con mi madre.

—¿Estaba él allí? —preguntó ella.

—Por favor, Danni...

—¿Estaba?

—Pues claro que estaba.

Me pareció que mi madre sollozaba.

—Dios. Solo de pensar en él... Una piensa que al final habrá un poco de justicia. Solo un poco.

—¡Shhh! Danni, tienes que dejarlo correr.

—No. No puedo. —Siguió un silencio—. Bueno, ¿dónde está? Lo has traído, ¿verdad?

Mi padre debió de asentir, porque a la mañana siguiente el cuadro estaba en la mesa metido en una bolsa negra de basura. Fui la primera en levantarme y lo encontré allí, como si no fuera nada especial. Rodeé la mesa y luego toqué la bolsa. Pegué mi nariz al plástico, buscando el olor de Finn, pero no había nada. Abrí la bolsa y miré dentro, respirando hondo, pero el olor a plástico químico ocultaba cualquier resto que pudiera haber permanecido en el lienzo. Cerré los ojos y respiré más fuerte, más lento, cerrando la bolsa alrededor de mi cabeza.

—¡Buenas, mongola! —Me dieron una fuerte palmada en la espalda. Greta. Saqué la cabeza de la bolsa—. Si quieres poner fin a todo, adelante, pero deja que nos quedemos el cuadro, ¿vale? Esta historia ya es bastante chunga, como para encima

tener otro fiambre.

Fiambre. Finn era un fiambre.

—¿Chicas? —Mi madre estaba en mitad de la escalera, envuelta en su bata de guatiné rosa. Nos miró con ojos soñolientos—. No estaréis haciendo el tonto con el cuadro, ¿eh?

Las dos sacudimos la cabeza. Greta sonrió y dijo:

—Una de nosotras intentaba suicidarse por asfixia, solo eso.

—¿Qué?

—¡Cállate, Greta! —salté, pero mi hermana era incapaz de callarse.

—Me la encontré aquí abajo con la cabeza metida en la bolsa.

Mi madre se acercó y me abrazó tan fuerte que me dejó sin aire. Luego me sujetó a un paso de ella.

—Sé cómo te sientes por lo de Finn, y quiero que sepas, Junie, que siempre, siempre que necesites hablar...

—No estaba intentando suicidarme.

—No pasa nada. No tienes que explicar nada. Estamos todos aquí. Yo, tu padre, Greta. Todos te queremos. —Detrás de mi madre, Greta me miró poniendo ojos desorbitados e hizo gestos de ahorcarse con una cuerda.

No servía de nada discutir, así que me limité a asentir y me senté a la mesa.

Mi madre se llevó la bolsa con el cuadro al piso de arriba. Dijo que necesitábamos descansar del retrato durante un tiempo y que iba a guardarlo en lugar seguro. Esa fue la última vez que lo vi hasta el día del funeral.

Ahora íbamos recorriendo la acera hacia la puerta principal, Greta y yo detrás de nuestros padres. Mi padre se detuvo y puso una mano en el brazo de mi madre.

—Adelántate —dijo, señalando la escalinata de la entrada—. Ve a buscar a tu madre, a ver cómo está.

Ella asintió. Se había puesto su bonito chaquetón de lana negra sobre una falda ajustada también negra y una blusa gris oscuro, y llevaba un sombrero negro con velo. Tenía buen aspecto, como siempre. Nevaba ligeramente, y los copos se quedaban unos segundos sobre el sombrero antes de fundirse en el fieltro negro.

Mi abuela estaba en el vestíbulo principal, hablando con alguien a quien yo no conocía. No se parecía en nada a mi madre, pero esa es la historia de la rama Weiss de nuestra familia. Parecía como si Finn y mi madre hubieran visto a sus padres y decidido que no querían ser como ellos. Así que por un lado teníamos al abuelo Weiss, un tipo corpulento que había sido militar, y por el otro a Finn, que se marchó de casa para ser artista. Por un lado estaba la abuela Weiss, que se pasó toda la vida cocinando, planchando y poniéndose rulos para el abuelo Weiss, y por el otro, mi madre, que daría cualquier cosa por no tener que planchar o cocinar y que llevaba el pelo cortito para no tener que ocuparse de él. Si esa tendencia se mantuviese con Greta y conmigo, eso supondría que ninguna de nosotras querría trabajar en una oficina, lo cual parecía cumplirse en mi caso. Si las cosas salían como quería,

trabajaría en una feria medieval haciendo espectáculos de cetrería. No tendría que preocuparme por trepar en escalafones laborales o conseguir ascensos, porque la cetrería no funciona así. O eres halconero o no lo eres. O las aves vuelven a ti o se escapan volando.

Mi padre esperó a que mi madre entrara en la funeraria. Luego se volvió hacia nosotras. Me fijé en una delgada línea de barba bajo su mandíbula, en un punto que había olvidado afeitarse, y en que ese día tenía el ceño fruncido todo el rato. Como un malabarista que tuviera que concentrarse a fondo para mantener todas las bolas en el aire. No parecía apenado por la muerte de Finn. Si acaso, pensé, actuaba como si hubiera sido un alivio para él.

—Quiero que me digáis si veis entrar a ese hombre, ¿de acuerdo?

Asentimos.

—Hacedlo por vuestra madre y vuestra abuela, ¿entendido?

Volvimos a asentir.

—Buenas chicas. Sé que esto es duro, y las dos os estáis portando muy bien. — Me dio un apretón cariñoso en el hombro, y luego a Greta—. Las cosas se calmarán después de esto, ¿vale? —Asentimos una vez más. Nos miró un momento y luego se volvió para subir de dos en dos los escalones.

Greta y yo nos quedamos allí, en la acera cubierta de escarcha de la funeraria. A veces resultaba muy evidente que yo era más alta aunque ella fuera mayor. Me acerqué a ella y señalé con la cabeza en dirección al hombre.

—¿Quién es ese? —susurré. Estaba casi segura de que no iba a decírmelo, y acerté.

Mi hermana no abrió la boca, solo me hizo un gesto para que fuera hacia aquel tipo. Levanté la vista y vi que el desconocido me estaba mirando fijamente. No a Greta, solo a mí. Se echó hacia delante, como si fuera a levantarse, como si pensara que yo iba a acercarme a saludarlo. Estuve a punto de darme la vuelta y marcharme en la dirección contraria, pero Greta me agarró del brazo y me empujó. Caminamos hasta que estuvimos a unos metros del hombre. Entonces Greta se detuvo, esperó un segundo y carraspeó.

—Es un hombre que no está invitado a este funeral —dijo, lo bastante alto como para que él lo oyera.

Lo miré, y él, que un segundo antes quería captar mi atención, apartó los ojos. Hundió las manos en los bolsillos y bajó la vista a la acera.

—¿Por qué has dicho eso?

—No pienso contarte nada —me contestó.

Greta sabe cosas que yo desconozco por una sencilla razón: se dedica a espiar. Hay sitios en nuestra casa desde los que puedes oír todo. Yo odio esos sitios, pero a ella le encantan. Su preferido es el cuarto de baño de abajo, porque casi nunca se usa,



así que nadie piensa que pueda haber alguien dentro. Y si se dan cuenta, puedes gritar «¡Un momento!», antes de abrir la puerta. Para entonces, ya lo has oído todo.

No me gusta escuchar conversaciones a escondidas. Según mi experiencia, las cosas que tus padres te ocultan es mejor no saberlas. No sienta bien saber que tus abuelos se van a separar porque tu abuelo perdió los estribos y le dio una bofetada a tu abuela después de cincuenta y dos años de apacible matrimonio. No sienta bien saber de antemano lo que te van a regalar en Navidad o en tu cumpleaños, de modo que luego tengas que fingir sorpresa aunque se te dé fatal mentir. No sienta bien saber que tu profesor le contó a tu madre en una reunión que eres una alumna normalita en lengua y matemáticas y que deberías conformarte con eso.

Greta echó a correr hacia la puerta de la funeraria. Cuando llegó, se detuvo y se dio la vuelta.

—Pensándolo mejor —dijo en voz alta y clara—. Pensándolo mejor, te lo voy a contar. —Se quitó nieve de la mejilla con la palma de la mano.

Sentí frío y mareos. Siempre pasaba lo mismo con la información de Greta. Yo quería enterarme, pero me daba miedo. Alcé levemente la cabeza.

Greta señaló al hombre y dijo:

—Es el tipo que mató al tío Finn.

Volví la cabeza para mirarlo, pero ya se estaba yendo. Lo único que vi fue a un hombre alto y delgado subiendo a un pequeño coche azul.

Durante el funeral me senté en la primera fila para escuchar todas las cosas bonitas que la gente tenía que decir sobre Finn. El ambiente estaba cargado y húmedo, y las sillas eran de esas que te obligan a sentarte más recta de lo que desearías. Greta no se puso delante con nosotros, prefirió sentarse en la última fila. Cuando me volví para echarle un vistazo, vi que tenía la cabeza gacha, las manos tapándose las orejas y los ojos cerrados. No solo cerrados, sino apretados con fuerza, como si quisiera aislarse de todo aquello. Por un instante, pensé que tal vez había estado llorando, pero no me pareció probable.

Mi madre habló brevemente de cuando Finn y ella eran niños. De lo buen hermano que había sido. Todo lo que dijo fue vago, como si los detalles fueran a apuñalarla si eran demasiado precisos. Después de mi madre, un primo de Pensilvania pronunció algunas palabras. Luego, el encargado del funeral añadió algo más. Intenté escuchar, pero no podía dejar de pensar en aquel hombre.

No quería pensar en cómo pilló Finn el sida. No era asunto mío pensar en eso. Si ese tipo era realmente el que había matado a Finn, entonces debía de ser su novio, y si lo era, ¿cómo es que yo no sabía nada de él? ¿Y cómo estaba enterada Greta? Si mi hermana hubiera sabido que Finn tenía un novio secreto, lo habría aprovechado para burlarse de mí. Jamás desaprovechaba una oportunidad de restregarme que yo sabía menos que ella. Así que había dos posibilidades. O Greta acababa de enterarse de lo

de ese tipo, o nada de eso era cierto.

Decidí creer la segunda. Es duro hacer eso, optar por creer una cosa en lugar de otra. Por lo general, la mente toma sus decisiones sola. Pero esta vez la obligué, porque la idea de que Finn no me hubiera contado un secreto como ese me daba ganas de vomitar.

La misa terminó y todos se pusieron en fila para abandonar el edificio. Algunos se detuvieron a charlar en el vestíbulo, pero yo salí directamente y busqué el coche azul. No había ni rastro de él. Ni del hombre. La nieve caía con más fuerza, dejando las calles y jardines blancos e inmaculados. Me subí la cremallera del abrigo hasta arriba y luego miré por la carretera en ambas direcciones, pero no había nada que ver. Se había ido.

## SIETE

Uno de los mejores momentos para ir al bosque es después de una nevada, porque desaparecen todas las latas de cerveza y refrescos vacías y los envoltorios de golosinas, y no cuesta tanto sentirse en otra época. Además, hay algo hermoso en caminar por nieve que nadie ha pisado antes. Te hace creer que eres especial, aunque sepas que no lo eres.

Llevaba las manoplas naranjas que me cosió Greta cuando estuvo en el club de punto en quinto. Eran enormes y chapuceras, y los pulgares estaban en medio en lugar de a los lados. No me tomé la molestia de ponerme el vestido Gunne Sax, pero me cambié el calzado y me puse mis botas medievales. Como no hacía tanto frío, caminé más de lo habitual, cruzando el arroyuelo que corría al pie de la colina y subiendo la cuesta hasta el otro lado. Intenté no pensar en Finn y en todos los secretos que podría haberme ocultado. Intenté concentrarme en la historia que me estaba montando, en la que yo era la única persona capaz de cazar para mi pueblo y tenía que caminar por la nieve en busca de ciervos. Se suponía que las chicas no cazaban, así que tuve que recogerme el pelo y fingir que era un varón. De eso iba la historia ese día.

Había una capa de nieve congelada bajo la fresca, y a cada paso que daba colina arriba me resbalaba un poco. Cuando finalmente llegué a la cima, me senté agotada. Todo estaba tranquilo y dejé que mis ojos se cerraran. Por un instante, vi el rostro de Finn y sonreí, apretando con más fuerza los párpados, queriendo retenerlo. Pero la imagen desapareció. Me permití recostarme, de modo que acabé tumbada sobre la nieve, contemplando las formas retorcidas que componían las ramas desnudas de los árboles contra el cielo gris. Una vez que la nieve se amoldó a mi cuerpo, todo quedó en silencio. Aunque intenté mantener mi mente en la Edad Media, Finn seguía colándose en mi cabeza. Ojalá lo hubiesen enterrado en lugar de incinerarlo, porque entonces podría quitarme los guantes y apretar las palmas contra el suelo y saber que estaba allí, en algún sitio, que entre todas esas moléculas de tierra congelada todavía existía un vínculo. De pronto recordé al tipo que estaba a la puerta de la funeraria, y sentí que me sonrojaba ante mi propia estupidez. ¡Pues claro que alguien tan maravilloso como Finn tendría novio! ¿Por qué no iba a tenerlo? Ese debió de ser el hombre que llamó aquel día. El inglés que sabía mi nombre. El tipo que llamaba desde casa de Finn, que en realidad vivía en el piso de Finn. Con mi tío Finn. Una lágrima caliente bajó por mi mejilla.

Entonces, en el silencio, me llegó un aullido largo y triste. Por un segundo, me pareció que el sonido había brotado de mi interior. Como si el mundo hubiera recogido todo lo que yo estaba sintiendo para convertirlo en sonido.

Cuando me incorporé, hubo otros dos aullidos diferentes. Perros, quizá, o coyotes o lobos. No eran aullidos regulares. Poseían algo de voz rasgada y sonaban escalonados. Uno empezaba y luego, a los pocos instantes, se le unía el segundo. Y luego más. Tres o cuatro. Escuché atentamente e intenté calcular a qué distancia estaban, pero era como si el sonido estuviera en todas partes. Cerca y lejos, envuelto entre los árboles y las nubes. Los aullidos crecieron, y una imagen de un enorme lobo gris atacando, con toneladas de pelo apelmazado, se perfiló en mi mente. Por un solitario y estúpido momento me pareció de verdad que estaba en un bosque de la Edad Media, cuando los lobos solían llevarse a los niños o comerse a una persona entera.

—¡No tengo miedo! —grité a las colinas.

Luego eché a correr, trastabillando y tropezando. Calculé mal el salto y metí una bota en el arroyo, luego trepé gateando por el otro lado, agarrándome a finos arbolitos para mantener el equilibrio. Unos minutos más tarde salí del bosque al aparcamiento del instituto. Casi todos los coches se habían ido. Me quedé allí un minuto, encogida, recobrando el aliento.

—¡Jolín! —dije, mirando mi mano derecha. Di una patada a un montón de nieve sucia que habían apilado al borde del aparcamiento. Había perdido una de las manoplas que me hizo Greta.

## OCHO

—¿Quieres ir a una fiesta?

Greta no me lo preguntó con una sonrisa. Ni siquiera me estaba mirando. Se encontraba inclinada sobre su tocador y yo pasaba frente a la puerta de su cuarto de camino a la planta baja para desayunar.

Seguramente había oído mal, así que me detuve y esperé a que dijera otra cosa. Debía de parecer una estúpida, parada en el pasillo con la boca abierta.

Greta se giró y me miró de arriba abajo.

—Fies-ta —dijo, separando cada sílaba y exagerando el movimiento de los labios—. Que-si-quie-res-ir.

Entré en su cuarto, que conservaba los mismos muebles blancos de cuando mi hermana tenía siete años y las mismas paredes de color rosa con una fina franja de papel de Holly Hobby en la parte superior. Tal como estaba decorada la habitación, alguien que no supiera nada de Greta pensaría que allí vivía una agradable muchachita. Me senté en el borde de la cama.

—¿Qué clase de fiesta?

—De las buenas.

—Sí, claro.

Greta sabe que para mí no hay fiestas buenas. Me encuentro cómoda con una o dos personas, pero a partir de ese número me convierto en un ratopín rasurado. Eso se siente al ser tímida. Es como si mi piel fuera demasiado fina, la luz demasiado brillante. Como si el mejor lugar donde pudiese estar fuera un túnel bajo la tierra fresca y oscura. Si alguien me hace una pregunta, me quedo mirándolo con expresión vacía y mi cerebro se atasca en su esfuerzo por encontrar una respuesta interesante. Y al final, lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza o encogerme de hombros, porque el brillo de esos ojos mirándome expectantes me supera. Y entonces se acaba todo y ya hay una persona más en el mundo que piensa que soy un completo y total desperdicio de espacio.

Lo peor son las estúpidas esperanzas. Con cada nueva fiesta, con cada nuevo grupo de gente, empiezo a pensar que quizá esta sea mi oportunidad. Que esta vez voy a ser normal. Que voy a pasar página. Que voy a empezar de cero. Pero entonces llego a la fiesta, y me digo: «Sí, claro. Otra vez lo mismo».

Así que me quedo al margen, cruzo los dedos y ruego que a nadie se le ocurra mirarme a los ojos. Y lo bueno es que, por lo general, nadie me mira.

—No creo —dije.

—Oh, venga, June. Te prometo que no estará mal. —Alcé las cejas. Sonaba demasiado sincera. No era el estilo de Greta, para nada—. En serio. Te lo juro por lo que más quieras. —Se llevó las manos al pecho. Intenté no sonreír, pero mi cara me traicionaba.

—Bueno, ¿dónde es? —cedí.

—No lo sé todavía, pero la organiza Jillian Lampton. Conoces a Jillian Lampton, ¿verdad?

La conocía. Era una de las encargadas de iluminación en *South Pacific*. Llevaba el pelo teñido de negro en una melenita con las puntas hacia fuera. Siempre he pensado que se parecía un poco al aspecto que me gustaría tener algún día. Jillian estaba en tercero, un curso por debajo de Greta, aunque probablemente sería mayor que mi hermana.

Esto es algo que mucha gente no sabe. Greta está en el último curso del instituto, pero solo tiene dieciséis años. Ninguna de sus amigas conoce su verdadera edad. Ni una sola. Nos mudamos de Queens a nuestra ciudad cuando yo tenía cinco años y Greta siete. Se suponía que ella iba a entrar en segundo, pero la metieron en tercero. Lo recomendó su última profesora. Decía que no necesitaba esforzarse demasiado en ese nivel y les comentó a mis padres que se defendería bastante bien si avanzaba un curso. Mi padre no estaba muy convencido, pero mi madre pensó que era una idea fantástica. «Las oportunidades no vuelven nadando a ti si las dejas pasar.» Ese era su gran lema; principalmente, para Greta. Como si las oportunidades fueran peccecitos escurridizos. A mi hermana le daba igual. Así que lo hicieron. Aunque ya era una de las niñas más pequeñas de su clase, se saltó un curso. Ahora tiene como poco un año menos que sus compañeros de clase, y es casi dos años menor que la mayoría. Pero se lo calla. En sus cumpleaños, mi madre pone una vela de más en la tarta, solo para aparentar. Teníamos la tradición de que cada año Greta decidía cuál era la «vela falsa» y, si podía, la dejaba sin apagar. Le daba miedo que si la soplabá, no se cumplieran sus deseos. El tema de la edad está en su expediente escolar, pero aparte de eso parece un asunto olvidado. Sin embargo, a veces yo lo noto. Nunca le diría nada a Greta, pero a veces veo que es más niña que sus amigas.

—No sé, Greta. No creo que a mamá...

—No te preocupes por mamá. Yo me encargaré de ella. Ya llevamos un mes y medio de temporada de declaración de la renta. A mamá no le importará. —Puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza—. Bueno, ¿qué? ¿Te vienes o no?

—Esto... ¿Por qué quieres que vaya?

Algo se iluminó en su gesto. No supe si era un destello de amor, de remordimiento o de malicia. Y entonces dijo:

—¿Y por qué no iba a querer que vinieses?

Porque me odias, pensé, pero no lo dije.

Hace ya tres años que Keri Westerveldt dejó de venir a cuidarnos durante la época

de la declaración de la renta. Greta se quedó a cargo. Mis padres confiaban en ella. «Las dos sois chicas listas», dijo mi madre. Aquel primer año sin Keri Westerveldt, Greta controlaba todo lo que yo hacía. Me ayudaba con los deberes y se sentaba a mi lado en el autobús de vuelta a casa. Preparaba sándwiches de queso americano y mayonesa para merendar y nos sentábamos a comerlos en su cuarto, fingiendo ser de esos huérfanos que solo se tienen el uno al otro. A veces la casa estaba tan tranquila, tan en silencio y vacía, que resultaba fácil creer que era verdad. Si en aquel entonces mi hermana me hubiese preguntado si quería ir a una fiesta, no lo habría dudado ni un segundo. Aunque detesto las fiestas, habría dicho que sí. No habría desconfiado de ella para nada.

Resulta difícil precisar exactamente cuándo dejamos de ser amigas íntimas, cuándo dejamos incluso de parecer hermanas. Greta empezó el instituto y yo seguía en el colegio. Greta hizo nuevas amigas y yo me hice amiga de Finn. Greta se volvió más guapa y yo... más rara. No sé. Nada de eso tendría que importar, pero supongo que importó. Supongo que era como el agua: suave e inofensiva mientras transcurría el tiempo, hasta que de repente te encontrabas con el Gran Cañón entre las manos.

—Venga, por favor, June.

—No sé, quizá —murmuré. Quería creer que lo hacía con buenas intenciones. La miré a los ojos, forzando la vista para encontrar el lugar del que provenía todo aquello. Pero no conseguí ver nada. Entonces, se me ocurrió que quizá, no sé muy bien cómo, era Finn. Quizá cuando estás muerto puedes colarte dentro de las personas y hacer que sean más simpáticas que antes. No creo de verdad en esas cosas, pero de todos modos le sonreí. Por si acaso. Por si se daba el improbable caso de que Finn estuviera mirando a través de los ojos de Greta.

—Entonces, ¿vendrás?

Eché un vistazo a su cuarto. En todos los rincones se amontonaban pilas de ropa arrugada. Pintalabios y lápices de ojos que habían caído de la mesa inestable de Greta y terminado sobre una copia del guión de *South Pacific*. Había una lata aplastada de 7Up sobre un cubo de Rubik a medio hacer. En una esquina de su espejo había encajado unas fotos de fotomatón de ella y sus amigas, y vi mis pies asomando. Una foto vieja de mí, de nosotras, mis sandalias blancas sucias y el dobladillo de mi vestido de lunares amarillo asomando por debajo de todo.

Quizá fue el hecho de que Greta todavía conservara esa foto, o quizá fue lo sorprendentemente bien que me sentaba que Greta me preguntase si quería hacer algo con ella, o quizá fue que sabía que ese era el último año que iba a pasar de verdad con mi hermana. Ya habían aceptado su solicitud de matrícula en Dartmouth. Parecía imposible, pero en seis meses se marcharía y ya no estaría. Pudo ser cualquiera de esas cosas, o que la fiesta simplemente parecía algo muy lejano. Sabía que tendría tiempo suficiente para rajarme más adelante. ¿Por qué estropear el momento? Quizá por ese motivo acabé asintiendo.

—Vale —dije, medio sonriendo—. Supongo que iré.

Greta dio una palmadita y un saltito. Luego estiró el brazo y me levantó las trenzas por encima de la cabeza.

—Voy a arreglarte —dijo—. Todavía me queda algo de aclarador para el pelo Sun-In, y Megan me contó que, aunque no sea verano, funciona si te pones muy cerca de una bombilla. Y podemos maquillarte. —Se detuvo un instante y dejó que el pelo me volviera a caer sobre los hombros. Alcanzó sus gafas de encima del tocador y se las puso. Luego me miró fijamente—. Volvemos a estar juntas, ¿verdad? ¿Como antes? Te ayudaré a olvidar lo de tío Finn. Ahora que Finn ya no está, tú y yo... — Sonreía casi con frivolidad.

Me alejé de ella y la miré.

—No quiero olvidar a Finn.

Eso fue lo que dije. Me salió directamente del corazón, y aunque es más cierto que cualquier otra cosa, he pasado mucho tiempo deseando no haberlo dicho. Deseando haber dicho a Greta que sí, que volvíamos a estar juntas, que éramos amigas íntimas de nuevo, que todo podría volver a ser como antes.

Mi hermana intentó darse la vuelta con rapidez, pero aun así vi que el gesto de desengaño se apoderaba de su rostro. Jugueteeó con algo en su escritorio, dándome la espalda. Cuando se volvió hacia mí de nuevo, el gesto ya no estaba, lo había remplazado por su habitual expresión de rechazo condescendiente.

—Por Dios, June, ¿siempre tienes que ser tan mema?

—Yo...

—Vete. Puedes irte.

Me acerqué a la puerta, pero me di la vuelta.

—Greta.

Soltó un suspiro molesto.

—Qué.

—No era mi intención...

Me hizo un gesto con la mano, despidiéndome.

—No quiero escucharlo. Solo vete. Sal.



## NUEVE

Finn no era solo mi tío, también era mi padrino. Los padrinos de Greta eran los Ingram: Fred Ingram, que trabajaba de inspector de control de calidad en Pillsbury, y Becca Ingram, su mujer. Tienen un hijo, Mikey, dos años menor que yo. Greta y yo conocemos a Mikey desde el día que nació con esa mancha de nacimiento color vino en el hombro. En verano, los Ingram venían bastante para hacer barbacoas, y el señor Ingram siempre traía su propia carne. Si subíamos a la piscina del pueblo a nadar o poníamos los aspersores, Mikey no se quitaba la camiseta por esa marca de nacimiento. Ni siquiera delante de nosotras, que ya la habíamos visto.

Los Ingram no estaban mal, pero nunca dirías que eran los padrinos de Greta. Finn, en cambio, se tomó muy en serio la función de padrino. Una vez le pregunté a mi madre por qué no era también el padrino de Greta, y me dijo que cuando Greta nació, Finn todavía no había sentado la cabeza. Todavía andaba «de aquí para allá», viajando de un sitio a otro a capricho. Aquello me sonaba bien, pero según mi madre no habría sido conveniente.

Incluso decía que si Greta hubiera nacido después de mí, no habría pedido a Finn que fuera el padrino de nuevo, porque su hermano terminó tomándose toda esa historia demasiado en serio. No se esperaba que Finn pusiera tanto interés, y ahora que yo era mayor, pensaba que se estaba convirtiendo en una distracción para mí. Una vez, antes de la muerte de Finn, mi madre dijo que estaría bien que yo no confiara tanto en él.

Yo odiaba aquello. Y odiaba cuando mi madre decía cualquier frase que empezara con «Una chica de tu edad...».

Sabía que Greta odiaba que yo tuviera a tío Finn y ella estuviera atrapada con los Ingram. No es que Finn dijese alguna vez que Greta no podía acompañarnos a algo. Jamás la excluyó. Fue ella la que se excluyó. A veces, decía con su tono repelente: «No quiero entrometerme en tu tiempo especial de padrino». Y yo nunca discutía con ella porque quería a Finn para mí sola.

El verano anterior, Mikey intentó besar a Greta. Mi hermana le dijo que era algo repugnante porque era el hijo de su padrino y eso es como un incesto.

«Pero puedes besar a June», añadió. Mikey se puso colorado, sin saber adónde mirar. Nadie quería besarme, ni siquiera Mikey, y Greta tenía intención de recordármelo una vez más. Pero lo que pude ver fue que Greta siempre se acordaba del tema del padrino. Siempre rondaba en su cabeza. Yo tuve la suerte de que me

tocara Finn, y ella lo sabía.

## DIEZ

El retrato finalmente salió de aquella fea bolsa negra la mañana del primer martes después del funeral. Ese día se había retrasado dos horas la entrada a clase, pero siguió nevando copiosamente, así que terminaron suspendiendo las clases toda la jornada. Me gustan los días de nevada. Sobre todo cuando se acumulan montones de nieve en el suelo y puedes salir y caminar dos o tres pies por encima de la hierba e imaginarte que estás en un cielo de nubes.

Cuando éramos pequeñas, antes de que Greta se volviera mala, las dos desaparecíamos juntas en el patio de atrás con nuestra gruesa ropa de nieve. Nos tumbábamos de espaldas e intentábamos no parpadear cuando los copos de nieve nos daban en la cara. Greta decía que una vez un copo había aterrizado justo en su ojo y que durante un segundo pudo apreciar sus delicados detalles, hasta el último cristalito, como si estuviera grabado directamente en su ojo. Dijo que era el copo de nieve más hermoso que cabía imaginar, más bonito incluso que los ángeles. Luego salió corriendo hacia casa. Se abrazó a la falda de mamá, y lloró y lloró porque yo nunca podría ver ese copo de nieve y ella nunca sería capaz de enseñarme esa cosa tan perfecta. Es una historia que a veces cuenta mi madre para mostrar cómo habían sido las cosas entre Greta y yo. A veces me lo creo. A veces no.

—Tenemos que enmarcarlo —dijo mi madre. Mi padre había conseguido llegar a la oficina, pero mi madre se quedó con nosotras en casa aquel día. Se paseaba por la cocina, abrazando contra su pecho la pintura envuelta en la bolsa. La cocina olía a huevos revueltos y a café, y la nieve caía tan espesa que ni siquiera podíamos ver el coche aparcado delante de casa.

—No hace falta —dijo Greta—. ¿Quién dice que tengamos que hacerlo?

—Es lo que se hace con los cuadros —respondió mi madre—. Sacadlo, una de las dos. Vamos a verlo.

No había nada que temer. Eso fue lo que pensé. Mi madre me tendió la bolsa y luego retrocedió un paso. Greta se acercó cuando yo la dejé sobre la mesa y tiré de ella.

Ahí estábamos, Greta y yo, mirándonos desde la mesa de la cocina. Mi pelo aparecía como siempre —dos finas coletas, una a cada lado, unidas por detrás— y Greta tenía las gafas puestas, porque Finn dijo que debíamos presentar nuestro aspecto habitual. Que el retrato debía ser auténtico. Por cómo me había pintado, parecía que yo conocía algún secreto pero nunca iba a contárselo a nadie. Tendría que

haber pintado así a Greta, porque es más su estilo, pero a ella la hizo como si acabase de contar un secreto y ahora estuviera allí sentada, esperando una reacción. Contemplando ese retrato se puede ver que Finn era un pintor fantástico. No soy capaz de comprender cómo lo hacía para sacar los pensamientos de la cabeza de alguien y plasmarlos en el lienzo. ¿Cómo se pueden convertir unas ideas invisibles en pinceladas de rojo, amarillo y blanco?

No podíamos apartar los ojos del retrato. Mi madre nos pasó las manos por la cintura y se acomodó entre nosotras. Yo me imbuí de cada pincelada, cada sombra de color, cada ángulo y línea de la pintura. Y percibía que mi madre y Greta hacían lo mismo. Podía sentir su deseo de sumergirse en el lienzo. Mi madre nos abrazó con más fuerza cada vez hasta que noté su mano cerrada en un sólido puño alrededor de mi blusa. Ladeó la cabeza y se secó la mejilla con la manga de su jersey.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella asintió rápidamente, con los ojos fijos en el cuadro.

—Es una pérdida tan grande... Mirad esto. Mirad lo que era capaz de hacer. Tenía todas las oportunidades del mundo...

Pensé que iba a echarse a llorar, pero en cambio rompió el momento con una palmada rápida y fuerte. Luego, con un tono exageradamente animoso, dijo:

—¡Bien! ¿Marcos? ¿Ideas?

Ladeé la cabeza.

—¿No os parece que está... no sé... diferente?

—No sé —dijo Greta frotándose la barbilla, fingiendo que se lo pensaba—, sigues pareciendo una mema.

—Ahora no, Greta —dijo mamá con un largo y lento suspiro.

Pero el cuadro parecía distinto. La anterior vez que lo había visto fue la última ocasión que estuve en casa de Finn. La pintura todavía estaba húmeda, y Finn parecía más pequeño que nunca. Estaba perdiendo la vista y decía que nunca sería capaz de terminarlo bien. Posó una mano en mi hombro y me dijo: «Lo siento, June. Siento que no sea tan bueno». Dijo que seguiríamos trabajando en ello.

«Seguiríamos.» Eso fue lo que dijo, como si yo tuviera algo que ver en ello.

—¿Ya habéis terminado de verlo? —preguntó mi madre, levantando el cuadro.

—Un momento. —Busqué en el lienzo qué había cambiado. Observé mis ojos, y luego los de Greta. No. No había nada distinto allí. Entonces reparé en los botones: mi camiseta tenía cinco botones. ¿Cómo no los había visto antes? Ni siquiera parecían algo pintado por Finn, sino dibujado por un niño. Eran puntos negros con una manchita blanca para simular el reflejo de la luz. ¿Por qué iba a poner Finn botones en una camiseta? Toqué el botón de arriba con la yema de un dedo. La pintura era más gruesa que en otras partes, y, no sé muy bien por qué, aquello me entristeció.

Miré a mi madre y a Greta y decidí no comentar nada sobre los botones.

—Está bien —dije—. Ya estoy. Puedes guardarlo.

El viernes, después de clase, fuimos a la tienda de marcos del centro. El rechoncho señor Trusky nos dijo que comprendía lo importante que era que todas estuviéramos contentas con la elección, y nos dejó quedarnos media hora después de colgar el cartel de CERRADO en la puerta. Una y otra vez, mi madre hacía que el señor Trusky enmarcara el retrato, y una y otra vez una de nosotras decidía que no quedaba del todo bien. Al final de aquella jornada, el cuadro seguía sin marco. Regresó en el maletero del coche, de nuevo envuelto en la misma bolsa de plástico negro.

—Volveremos a intentarlo mañana —dijo mi madre en el aparcamiento—. El señor Trusky dice que tiene más.

—¿Y por qué no vienes tú sola? —preguntó Greta.

—Ni hablar. Esto es algo que Finn hizo para vosotras. Es responsabilidad vuestra.

—Bueno, entonces, yo digo que nos quedemos el liso de madera negra.

El liso de madera negra no me gustaba nada. Nos hacía parecer sarcásticas.

Cada marco que ponía Trusky alrededor del lienzo parecía cambiarlo por completo. El que le gustaba a mi madre se llamaba Valencia y era de madera oscura con pequeños grabados en los bordes similares a granos de café. A mí me parecía que le daba un toque aburrido al conjunto del cuadro.

—A mí me gusta el dorado. El de estilo antiguo.

—Vaya, vaya —dijo Greta.

Se llamaba Oro de Toscana, y me parecía que quedaba elegante. Como si con ese marco el cuadro pudiera ir derecho a un museo.

—A Finn le hubiera gustado —dije.

—¿Cómo sabes lo que le hubiera gustado a Finn? —preguntó Greta con tono afilado—. ¿Ya has conseguido llegar saltando a la comba hasta la tierra de los muertos?

A veces me sorprendía cómo se acordaba Greta de las cosas. Cuando tenía nueve años, se me ocurrió una idea para viajar en el tiempo. Pensé que si saltaba a la comba hacia atrás muy rápido, quizá podría retroceder en el tiempo. Si conseguía agitar el aire que me rodeaba con la fuerza necesaria, podría formar una burbujita que fuera hacia atrás. Ya no creía en eso. No creía que nadie tuviera ese tipo de poderes.

Mi madre parecía angustiada, así que di un codazo a Greta.

—Mañana. Igual mañana vemos las cosas más claras —dijo mi madre.

Y al parecer así fue: elegimos el primero que nos enseñó el señor Trusky. Quizá lo hicimos tan rápido porque Greta había encontrado una buena excusa para no acompañarnos, y solo fuimos mi madre y yo. O quizá se debió a que nos encontrábamos agotadas, o porque realmente era el mejor marco. Marrón claro con bordes biselados, casi parecía desaparecer alrededor del lienzo, sin interferir con la pintura.

—Déjenmelo un par de días. Lo tendré listo para, veamos..., el martes por la

mañana. —Trusky realizó unas anotaciones en su agenda.

—¿Dejarlo? —dije.

Mi madre puso una mano en mi hombro.

—No puede hacerlo ahora, cariño. Lleva su tiempo.

—Pero no me gusta dejarlo aquí. Lejos de nosotras.

—Venga, vamos, no seas grosera. El señor Trusky hace lo que puede. —Mi madre sonrió al señor Trusky, que seguía escribiendo en su agenda.

—Te diré una cosa —dijo—. Por tratarse de ti, lo haré mañana por la tarde y os lo llevaré a casa cuando esté acabado, ¿de acuerdo?

Asentí. Aun así estaría fuera una noche, pero parecía que era el mejor trato que podría conseguir.

—Dile gracias al señor Trusky, June. Esto es muy amable por su parte.

Le di las gracias y nos marchamos. El señor Trusky cumplió su promesa y nos llevó el cuadro a casa al día siguiente. Lo colocó sobre la encimera de la cocina para que pudiéramos admirarlo.

—Bueno, es una hermosa obra de arte —dijo mi padre, con las manos en la cintura.

—Y el marco es perfecto. Apreciamos mucho su trabajo —dijo mi madre.

—Marca la diferencia, ya sabe —repuso el señor Trusky.

Mis padres asintieron a la vez, aunque no creo que estuvieran escuchando.

—¿Y tú, June? ¿Estás contenta? —preguntó el señor Trusky.

Era el tipo de pregunta a la que tenías que decir que sí. Pero en realidad no lo estaba. Todo lo que podía ver era a Greta y a mí encajadas en aquel marco. No importaba lo que sucediera, las dos siempre estaríamos atrapadas dentro de cuatro trozos de madera.

## ONCE

—Si me echas una firma aquí... —El cartero señaló una línea en la parte inferior del formulario que tenía en el sujetapapeles. Llevaba la gorra calada y la visera le tapaba los ojos. Repasó la lista de nombres—. June. June Elbus.

Esto sucedió un par de semanas después del funeral de Finn, una tarde en que yo estaba sola en casa. Asentí y tomé el bolígrafo de su mano, que le temblaba un poco. Al firmar, con el rabillo del ojo vi que el cartero estaba echando un vistazo a la casa. Luego me entregó una caja.

—Gracias —dije.

Él me miró, y por un instante pareció querer hablarme, pero solo sonrió y dijo:

—Ya. Muy bien... June. —Y se dio la vuelta para marcharse, aunque se detuvo otro instante, dándome la espalda.

Iba a cerrar la puerta, pero el cartero seguía allí, sin moverse, como si fuera a girarse. Levantó un dedo como a punto de decir algo, pero no lo hizo. Dejó caer la mano y por fin se alejó.

Fui a mi cuarto y me subí a la cama. Me senté cruzando las piernas con el paquete en mi regazo. La caja estaba toda cubierta de cinta, como si alguien con un rollo de cinta aislante marrón la hubiera envuelto una y otra vez en todas las direcciones hasta hacerla desaparecer. Intenté encontrar una punta de la que tirar, pero no pude, así que recurrí a unas tijeras. No era mi cumpleaños y hacía dos meses de las Navidades. La caja no tenía remitente, solo mi nombre y dirección escritos con un rotulador negro de punta gruesa en la cinta.

Contenía dos rebujos de gran tamaño, uno más grande que el otro. Abrí el pequeño. Mientras iba quitando las capas de plástico de burbujas y papel de periódico, empecé a presentir lo que era. Me lo confirmó un destello azul brillante con dorados y rojo: la tapa de la tetera rusa de Finn. Casi se me cae al suelo. Después de que la hubieran envuelto con tanto mimo, estuve a punto de dejar que se me escurriera entre los dedos. Pasé al paquete grande. Lo rasgué, ansiosa por ver la tetera completa de nuevo.

La última vez que la había visto fue el último domingo que estuvimos en casa de Finn, la vez que Greta no quiso acompañarnos. Aquel día, mi madre y Finn discutieron por la tetera. Él quería que se la quedara, pero ella se negó. Finn se la

ofreció con ambas manos, y ella lo apartó de un empujón.

—Deja de comportarte así. Vamos a verte más veces —dijo.

Finn me miró como evaluando si sería conveniente decir la verdad. Yo aparté la mirada. Quería irme a otro cuarto, pero el piso de mi tío era de un dormitorio y solo podía ir a la diminuta cocina, que tenía una puerta batiente como las del Lejano Oeste.

—Danni, acéptala. Hazlo por June. Déjame hacer las cosas a mi modo por una vez.

—¡Ja! Por una vez, dice. Esa sí que es buena. —La voz de mi madre sonaba estridente—. No necesitamos tu tetera, y ya está.

Finn cruzó la estancia y se acercó a mí, con la tetera en las manos.

Mi madre me fulminó con la mirada.

—Ni se te ocurra, Junie.

Me quedé paralizada. Mi madre se interpuso entre Finn y yo, dispuesta a arrebatarme la tetera. Él la levantó por encima de su cabeza e intentó dárme la.

En aquel momento me pareció ver el futuro de la tetera. Pude visualizarla hecha añicos en el parqué de la sala de Finn. Vi aquellos relucientes pedacitos de colorines reflejando la luz del sol poniente que entraba por los ventanales. Vi medio oso bailarín, un oso sin cabeza, solo piernas, saltando hacia el techo.

—Vieja tonta —dijo Finn.

Mi madre me había contado que su hermano la llamaba «vieja» desde que eran niños. Y tenían otras bromas secretas. Finn la llamaba «señora vestida de quinceañera», lo cual no era del todo cierto, y luego ella lo llamaba «quinceañero vestido de señor», lo cual era cierto. Finn vestía como un viejo, con jerseys cárdigan de botones marrones, enormes zapatones de abuelo y pañuelos en el bolsillo. Pero le quedaba bien. Le pegaba.

—¡Tonta! ¡Vieja tonta!

Mi madre dejó de intentar quitarle la tetera y esbozó la sonrisita más pequeña del mundo.

—Quizá —dijo, encorvando el cuerpo—, quizá sea eso lo que soy.

Finn bajó la tetera y la devolvió a la cocina. Estaba tan pálido que los colores de la tetera resultaban chillones a su lado. Me hubiera gustado quitársela. Aquello no tenía por qué significar nada. No tenía por qué suponer que no fuéramos a volver a verlo.

—June —me llamó desde la cocina con su voz ronca y desgastada—. ¿Puedes venir aquí un segundo?

Cuando fui a su lado, me abrazó. Luego me susurró al oído:

—Ya sabes que esta tetera es para ti. Sea como sea. ¿Entendido?

—Vale.

—Y prométeme que solo la usarás para servir té a los mejores. —Su voz se quebraba, se partía—. Solo a los mejores, ¿vale?



Su mejilla húmeda rozaba la mía, y asentí sin mirarlo. Se lo prometí. Luego me dio un apretón en la mano, me dejó ir y sonrió.

—Eso es lo que quiero para ti —dijo—. Quiero que solo conozcas a los mejores de los mejores.

Ahí fue cuando me derrumbé y rompí a llorar, porque ya conocía al mejor de los mejores. Él era la mejor persona que conocía.

Esa fue la última vez que vi la tetera en casa de Finn. Y creía que sería la última. Hasta el día que apareció en mi puerta.

Rasgué el resto del paquete y luego dejé la tetera en el tocador. Recogí la tapa que estaba encima de mi cama y me dispuse a colocarla en su sitio. Entonces reparé en que había algo dentro de la tetera. Me pareció un trozo más del envoltorio, pero estaba muy bien doblado. Y tenía escrito mi nombre: «Para June». ¿Una nota? ¿De Finn, quizá? Un aluvión de alegría y temor me subió a la garganta.

Envolví de nuevo la tetera con el plástico de burbujas, pero me quedé la nota. Metí la tetera en la caja y volví a mirarla. Sin remitente ni sellos. ¿Cómo podía ser? Por un instante, tuve la estúpida ocurrencia de que igual había sido el fantasma de Finn quien me la había traído. Pero entonces recordé al cartero. No llevaba ningún distintivo en su ropa. ¿Un cartero con una gorra de béisbol azul oscuro y una chaqueta azul oscura? Mis padres me habrían matado por abrir la puerta a un desconocido. Pero había algo más. Algo en la manera de mirar. ¿Qué era? Algo que me resultaba familiar. Y entonces la bombilla se encendió en mi cabeza: era el tipo del funeral, el que Greta decía que era un asesino. Me recorrió un escalofrío. Había venido hasta la puerta de mi casa.

Recogí la nota de la cama y deslicé la caja al fondo del armario. Bajé la escalera a saltos y me puse el abrigo. Metí la nota en el bolsillo y, aunque estaba oscureciendo, me fui al bosque.

## DOCE

26 de febrero de 1987

*Querida June:*

*Me llamo Toby. Fui un amigo muy íntimo de tu tío Finn, y me preguntaba si sería posible que quedáramos algún día. Creo que sabes quién soy ya que hablamos una vez por teléfono. Te pido mis sinceras disculpas si te molesté en esa ocasión. También sé que me viste en el funeral. Yo era el hombre al que nadie quería ver.*

*Por favor, no lo tomes a mal ni te asustes por esto, pero te sugeriría que no les hables a tus padres de esta carta, ni siquiera a tu hermana, pues creo que ya sabes cómo reaccionarían. Pienso que eres quizá la única persona que echa tanto de menos a Finn como yo, y considero que un encuentro sería beneficioso para ambos.*

*Esto es lo que propongo: estaré en tu estación de tren a las 15.30 del viernes 6 de marzo. Si te presentas, podemos tomar el tren e ir a algún sitio para hablar con calma. ¿Te parece bien?*

*No sé qué te habrán contado de mí, pero probablemente no sea cierto.*

*Esperando verte pronto,*

*Toby*

Eso ponía en la carta. Tuve que leerla sentada en un bordillo bajo una farola en el aparcamiento del instituto, porque el bosque estaba demasiado oscuro cuando llegué. Algunos chavales del grupo de teatro rondaban por allí esperando a sus madres. Me quedé en la esquina más alejada del aparcamiento con la capucha puesta, con la esperanza de que nadie me reconociera.

Cuando terminé de leer, volví a guardar la carta en el bolsillo y me interné en el oscuro bosque. Estaba húmedo y helado, pero no me importaba. Caminé y caminé, hasta el arroyo. A lo largo de ambas orillas había láminas de hielo finas como papel, con hojas marrones atrapadas. Pero en el centro, el agua todavía corría, rápida y serpenteante, como temiendo que la atraparan. Salté a la otra orilla y anduve un poco más antes de sentarme sobre una gran piedra húmeda. Debía de haber ido más lejos de lo que pensaba, porque oí los mismos aullidos tristes de la última vez. O quizá no era que hubiese llegado tan lejos; igual los lobos, o lo que fueran, se estaban acercando. Desplegué la nota para releerla. Me senté allí, forzando la vista para distinguir las palabras, pero no pude. Aunque ya no tenían hojas, los árboles tapaban la poca luz que quedaba.

Pero no importó. No necesitaba luz. Las palabras de aquella carta estaban ya impresas a fuego en mi mente: «Eres quizá la única persona que echa tanto de menos a Finn como yo». ¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Qué significaba que un hombre al que le parecía buena idea hacerse pasar por cartero y presentarse en la casa de la sobrina de su novio, considerase que echaba de menos a Finn, mi tío Finn, tanto como yo? El hombre que había matado a Finn, nada menos. Podría haberme puesto a

aullar con aquellos lobos, haber dejado que un cálido aullido convirtiera mi aliento en un eco fantasma en aquel gélido bosque invernal. Pero no lo hice. Permanecí allí sentada, en silencio.

Me pasó por la cabeza romper la nota en pedacitos. Y tirar los pedacitos al frío arroyo de aguas rápidas y contemplar cómo se alejaban flotando. Pero no lo hice. Doblé el papel hasta formar un grueso cuadradito, lo metí en el bolsillo y me encaminé hacia casa.

## TRECE

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Qué va a pasar con el piso de Finn?

Era aquella misma noche, un poco más tarde. Esperé a que Greta se fuera a la cama. Mi padre estaba viendo el telediario y mi madre lavando la olla eléctrica en la cocina. Llevaba puestos los guantes amarillos de goma, y su espalda vibraba con el esfuerzo de frotar. Se podía saber a qué altura estábamos de la campaña de la declaración de la renta por las cosas que hacía mi madre por la noche. De momento todavía preparaba comida antes de irse a la cama. Para mediados de marzo, la olla eléctrica tendría las noches libres y mi madre estaría en el sofá con mi padre, los dos agotados y con carpetas llenas de documentos sobre las rodillas.

Cuando oyó mi pregunta, dejó de frotar y se quedó mirando por la oscura ventana de la cocina. Después se quitó los guantes y los lanzó al fregadero. Cuando se dio la vuelta tenía el ceño un poco fruncido, pero procuraba evitar ese gesto.

—Vamos a sentarnos. —Señaló por el pasillo, hacia el salón—. Ve tú primero. En un minuto estoy contigo.

La carta doblada seguía en mi bolsillo y con los dedos palpé los bordes del papel. Miré a mi madre y pensé que ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando; decidí contárselo a su debido tiempo.

En el salón, los ojos del retrato se posaron en mí. Lo habíamos colgado unas horas después de que el señor Trusky lo entregara. Al principio, mi madre dijo que debería alternarse en nuestros cuartos. En el de Greta un mes, luego en el mío otro mes... Vuestro tío quería que fuera vuestro, nos recordó. Greta dijo que no lo quería en su cuarto. Le daba mal rollo y no le gustaba cómo la había pintado Finn. Decía que la había hecho con pinta de idiota a propósito. Luego añadió que tampoco le gustaba cómo me había pintado a mí.

—¿Por qué no? —pregunté—. Yo me veo bien.

—Pues claro que te ves bien. Te puso mucho más guapa de lo que has sido nunca. Por fuerza tiene que gustarte.

Era verdad. Me gustaba cómo salía en ese retrato. En mis ojos había una especie de inteligencia que seguramente no existía en la vida real, y parecía más pequeña. Greta, Finn y mi madre tenían la misma constitución delgada. Mi padre y yo éramos los corpulentos, los osos deformes. Pero en el retrato, Greta y yo teníamos casi el

mismo tamaño.

Aun así, si mirabas a Greta y mirabas el cuadro, se podía ver que Greta era más guapa en la realidad, aún más que en el retrato, y se lo dije.

—No soy más guapa, pesada. Solo soy más mayor. ¿Es que no entiendes la diferencia?

Era todo un detalle por su parte. A su manera. Con Greta hay que buscar las cosas bonitas enterradas bajo su maldad. Su forma de hablar es como una geoda. Fea por fuera y, por lo general, fea por dentro, aunque de vez en cuando aparece algo que brilla.

—Bueno, entonces voy a ser egoísta —dijo mi madre—. No es justo que el cuadro se quede encerrado en el cuarto de una para siempre, así que propongo colgarlo encima de la chimenea. ¿De acuerdo?

Greta gruñó.

—Eso es peor. Dará un toque tétrico a todo el salón. Además, todos los que vengan de visita tendrán que ver esa cosa.

—Me temo que así será. June, ¿estás de acuerdo?

—Sí, está bien.

—Entonces, decidido. Le diré a tu padre que lo cuelgue.

Desde que lo pusieron ahí, he pillado a mi madre mirándolo un montón de veces. En casa de Finn era como si el retrato no le interesara para nada, como si casi le repugnara, pero ahora parece como obsesionada con él. La he visto estudiarlo igual que hacía Finn. Ladeando la cabeza, murmurándole cosas en voz baja, acercándose a él para luego retroceder. Esto pasa sobre todo por la noche, cuando se supone que tengo que estar en la cama, y si mi madre me descubre, esboza una sonrisa de vergüenza y se marcha del salón como si nada.

Me aseguré de que Greta no andaba cerca cuando pregunté por el piso. Pensé que mi hermana probablemente ya conocería los terribles detalles sobre lo que iba a pasar con él. Probablemente sabría que lo restregarían con lejía hasta que no quedase ni rastro del aroma a lavanda o naranja. Probablemente sabría con exactitud quiénes iban a ser los nuevos dueños, que sería una gente horrible que lo convertiría en un sitio cutre cualquiera, con televisores, aparatos de música y cables por doquier. Finn odiaba los cables. Odiaba tener cosas enchufadas por todas partes.

Al principio, cuando mi madre vino al salón, no dijo nada. Miró el retrato, y luego a mí. Se sentó a mi lado en el sofá, muy cerca, y me pasó el brazo por los hombros. Olía a lavavajillas de limón.

—Junie —me dijo—, tienes que entender ciertas cosas sobre Finn. —Apartó el rostro un instante y luego volvió a mirarme—. Ya sé lo mucho que querías a tu tío. Yo también. Era mi hermanito pequeño. Lo quería con locura.

—Quiero.

—¿Qué?

—Lo quiero, en presente. Todavía podemos quererlo.

Mi madre parpadeó y dijo:

—Claro que podemos. Tienes razón. Pero la cosa es que Finn no siempre tomaba las mejores decisiones. Hacía lo que quería cuando quería. No siempre...

—¿... le preocupaba lo que los demás querían que hiciese?

—Exacto.

—No le preocupaba lo que tú querías que hiciese.

—Eso no es importante. Lo importante es comprender que Finn era un espíritu libre y una buena persona, pero igual a veces resultaba demasiado cándido e infantil.

Mi madre decía esa clase de cosas sobre Finn con frecuencia. Que no maduraba. Lo decía como si fuera algo malo, pero para mí era una de las mejores cosas que tenía.

—¿Y eso qué tiene que ver con su piso?

—Nada. Solo, bueno, que Finn tenía un..., un estilo de vida diferente. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Ya sé que Finn era gay, mamá. Todo el mundo lo sabía.

—Pues claro, pues claro que sí. Así que dejémoslo en eso, ¿vale? Ya no tenemos que preocuparnos por el piso. —Me masajé la espalda y sonrió. Iba a levantarse, pero yo no había terminado.

—Bueno, ¿y si me apeteciese ir?

Ella sacudió la cabeza y luego se quedó contemplando el retrato. Cuando finalmente se volvió hacia mí, su cara estaba seria.

—Mira, June, hay un hombre viviendo allí, ¿vale? Era el..., el amigo especial de Finn. ¿Entiendes? —Mi madre puso una ligera mueca de disgusto, aunque intentó contenerla—. No quería tocar este tema...

¿«Amigo especial»? Me aguanté la risa. «Amigo especial» me recordaba a las excursiones de la guardería. Me hacía pensar en cuando le daba la mano a Donna Folger y miraba a ambos lados antes de cruzar la calle.

—¿Qué se supone que significa eso? —dije.

—Creo que sabes lo que significa. ¿Podemos dejarlo ya?

Todavía me estaba riendo un poco, pero cuando comencé a asimilar la información, se me borró la sonrisa. Finn nunca me contó que alguien iba a instalarse en su piso cuando él muriera. ¿Por qué no me contaría algo tan gordo como eso?

Palpé de nuevo la nota. «La única persona que echa tanto de menos a Finn como yo.» Eso ponía. Toby. Yo sabía el nombre de aquel amigo especial, y que me había llamado desde casa de Finn, pero supuse que se buscaría otro sitio para vivir.

Le habría preguntado a mi madre allí mismo por qué nadie me había hablado de ese amigo especial, del tal Toby, pero no quería ponerme en ridículo. Que pareciera que aquello era algo importante para mí. Los últimos años he considerado a Finn mi mejor amigo. El mejor. Quizá estaba equivocada.

Asentí sin mirarla a los ojos. De repente, la idea de contarle que el «amigo especial» había venido hasta nuestra mismísima puerta, que el «amigo especial» sabía que yo era la única que echaba tanto de menos a Finn como él, que el «amigo especial» me había pedido que nos viéramos, me pareció imposible.

—Sí, está bien. Ya lo dejo —dije, y aunque me contuve con cada músculo de mi cuerpo, lo único que quería era echarme a llorar. No solo porque Finn nunca me hubiera hablado de este tipo, sino porque ya no podía preguntárselo. Hasta ese momento no había comprendido del todo el significado de que ya no estuviera.

## CATORCE

—¿Te acuerdas de lo de la fiesta? —me susurró Greta al oído cuando yo salía del baño del piso de arriba. Tenía las manos húmedas y me las sequé en el jersey.

—¿Mmm?

Mi hermana soltó un suspiro exasperado.

—Sí que te acuerdas. ¿Recuerdas que te pregunté si querías venir a una fiesta? ¿Jillian Lampton? ¿Te acuerdas?

No es que lo hubiera olvidado exactamente, pero lo había archivado en alguna parte. O quizá desde el primer momento pensé que todo era una broma. Otra crueldad de Greta solo para ver mi reacción. Asentí.

—Bueno, mira, la han estado retrasando, pero es esta noche.

—¿Esta noche? Pero...

—Le he dicho a mamá que necesitamos colaboración en los ensayos.

—Pero yo no estoy en el grupo de teatro.

Greta puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—Ya lo sé, tontita, por eso lo de la colaboración. Descuida, irás a la fiesta.

—Oh. —Nunca había mentido a mis padres al decirles adónde iba. Tampoco nunca había tenido un sitio donde ir.

—Puedes traer a Beans, si quieres.

Hacía años que no era amiga de Beans. Ya no éramos amigas de verdad. Cuando Beans llegó de Ohio y se instaló aquí en tercero, con su peinado a lo Dorothy Hamill y sus parches del club 4-H cosidos en la mochila, no tenía a nadie, así que nos hicimos buenas amigas durante un buen tiempo. Hasta terminar la primaria, Beans fue mi única amiga. Siempre he sido así, solo necesito una buena amiga para tirando. La gente, por lo general, no es así. La gente, por lo general, siempre anda buscando más personas que conocer. Al final, Beans resultó ser como la mayoría. Pasado un tiempo, se echó decenas de amigas, y en quinto resultó evidente que, aunque ella era mi mejor amiga, yo ya no lo era para ella.

En cierto modo, mi familia entera parecía haberse perdido el momento en que Beans y yo dejamos de ser buenas amigas. Yo podía llamarla y ella era amable y tal, pero todo resultaba raro. No importaba cuántas veces le contase a mi madre que Beans tenía montones de amigas más, mi madre no podía dejar de ver nuestra relación igual que siempre. O quizá era yo la que no quería que dejara de hacerlo, porque entonces empezaría a incordiar me con que me buscara nuevas amigas. No



quería tener que explicarle quién era yo: la chica rara que llevaba un ejemplar desgastado de la *Guía de lectura de textos medievales* en la mochila, la chica que solo se ponía faldas, por lo general con botas medievales, la chica a la que pillaban mirando a los demás. No quería tener que contarle que la gente no hacía precisamente cola para salir conmigo.

Además, cuando has tenido un amigo como Finn, resulta casi imposible encontrar en el instituto alguien que pueda hacerle sombra. A veces me preguntaba si me iba a pasar toda la vida buscando a alguien que pudiera acercársele siquiera lo más mínimo.

Greta abrió su cartera.

—¡Mamá está tan contenta de que vayamos a hacer algo juntas! ¿Sabes lo que ha hecho?

Sacudí la cabeza.

—Me ha dado diez pavos. —Sonrió y sacó el billete de la cartera, ondeándolo frente a mí—. Dijo que después podía llevarte a tomar un helado. Así que tenemos coartada. ¿Todavía quieres venir?

—Supongo.

—Bien. Ponte botas y ropa de abrigo. Es en el bosque.

—Greta.

—Dime.

—¿Conoces a ese tipo del funeral?

—Sí.

—Era el novio de Finn, ¿verdad? —Intenté fingir que me daba igual la respuesta.

Desde aquel día de la tetera, me parecía ver a Toby en todas partes. No recordaba exactamente su aspecto, solo su silueta, lo cual empeoraba las cosas. Había hombres altos y larguiruchos por todas partes, y cualquiera de ellos podía ser Toby.

Llevaba unos días esperando pillar a Greta con la guardia baja. Pensaba que si le preguntaba cuando no se lo esperase se iría de la lengua. Con el paso de los años he aprendido que hacerse la tonta es el mejor modo de conseguirlo. En cuanto mi hermana se creía que yo no sabía nada, soltaba todo lo que tenía.

—Enhorabuena, Sherlock. Solo te ha costado un par de siglos deducirlo.

—No me refiero a eso.

—Muy bien. Entonces, ¿a qué?

—Pues, ¿ahora vive en el piso de Finn?

—Ajá. La vida es injusta. Matas a un hombre y te premian con un piso fenomenal en el Upper West Side de Nueva York.

—Así que piensas que fue él quien le pegó el sida a Finn. ¿Estás segura?

—No solo estoy segura, sé que lo hizo a propósito. Ese tipo sabía que tenía el sida cuando conoció a Finn. Lo sabía.

—¿Cómo estás tan segura?

—He oído cosas.

—Entonces, ¿en realidad es como un asesino?

—Eso es. —Su tono había cambiado. De repente parecía contenta de que me interesara por lo que ella sabía.

Pensé que quizá podría contarle lo de la tetera y la carta, y lo de la cita el 6 de marzo. Igual por una vez la impresionaba que yo tuviera algo que contar. Pero no me salieron las palabras. La carta decía que no se lo contara a nadie, y a lo mejor Toby tenía razón. A lo mejor hasta un asesino tiene razón a veces.

—Vale.

—Vale ¿qué?

—Eso es todo. Solo quería asegurarme.

—Madre mía, June. Crece un poco. Eso ya pasó.

—Sí, lo sé.

Hice el esfuerzo de llamar a Beans, pero me dijo que esa noche no podía salir. Así que estaría yo sola. Yo y un montón de amigos de Greta.

Más tarde, cuando bajábamos las escaleras para cenar, Greta me dio un toquecito en el hombro y deslizó una nota en el bolsillo trasero de mis vaqueros. «Fiesta cancelada.» Resultó que un montón de gente no podía salir esa noche. Pero Greta ya había mentido a nuestros padres, así que de todos modos tuve que acompañarla al ensayo de teatro. Me senté en las últimas filas del salón de actos, en esos asientos de terciopelo rojo, a ver cómo mi hermana se convertía en Bloody Mary una y otra vez.

Por supuesto, fue un alivio que la fiesta se cancelara. No solo estaba lo de la timidez y mis escasas habilidades sociales. Era más que eso. No me interesaba beber cerveza ni vodka, ni fumar cigarrillos, ni hacer ninguna de esas cosas que Greta cree que ni me las imagino. Pero es que no quiero imaginarme esas cosas. Cualquiera puede imaginarse ese tipo de cosas. Yo lo que quiero es imaginar arrugas en el tiempo, bosques llenos de lobos y sombríos páramos a medianoche. Sueño con gente que no necesita practicar sexo para saber que se quieren. Sueño con gente que solo te besaría en la mejilla.

Aquella noche, sentada en el salón de actos del instituto, observé a Ryan Cooke, con su carisma reluciente, cantando al embrujo del anochecer. El señor Nebowitz, el director, lo interrumpía todo el rato para que repitiera este o aquel pasaje de la canción y se esforzara en expresar la letra con sus gestos.

—Tenemos que poder leer tu cara como si fuera un poema. Incluso si no dices una palabra, el público tiene que saber exactamente lo que sientes. —El señor Nebowitz era joven y tenía una mata de pelo oscuro y rizado. Era el final lo que quería que Ryan hiciera bien. La parte sobre resistir y nunca abandonar.

Ryan lo intentó una y otra vez. Yo no veía demasiada diferencia, pero al fin el señor Nebowitz dijo:

—Mejor. Estás mejorando. —Dejó ir a Ryan y llamó a Greta al escenario—.

«Happy Talk», ¿vale?

Greta asintió y salió al escenario sin maquillaje ni vestuario. En vaqueros y camiseta. Ni siquiera se quitó las gafas. Se echó el pelo atrás con una mano y cerró los ojos un segundo. El señor Nebowitz empezó a tocar el piano.

—Adelante —dijo, haciendo una señal con la cabeza a Greta.

Mi hermana la cantó de un tirón, y no pude ver ni escuchar un solo error. Cuando terminó, el director aplaudió, se dirigió al resto del reparto, que estaban sentados en las butacas, y dijo:

—Esto es lo que quiero, chicos. —Volvió a mirar a Greta sobre el escenario y le dio las gracias por su esfuerzo.

A mí, algo así me habría avergonzado hasta lo indecible, pero Greta solo agachó la cabeza en una reverencia exageradamente cómica —estuvo a punto de tocar el suelo con la frente— que arrancó una risotada de los demás chicos. Yo también me reí, era la primera vez en mucho tiempo que veía tan suelta y graciosa a mi hermana. Me alegré de haberme visto obligada a asistir al ensayo.

Greta bajó del escenario y volví a pensar en Toby. Pensé que «amigo especial» podía significar cualquier cosa. No tenía por qué ser algo importante. Tal vez Finn nunca me habló de él porque no era nadie. Fue mi madre quien había usado la palabra «especial». Finn jamás llamaría así a nadie, al menos, no con cara seria. Tal vez ese tipo había acabado quedándose con el piso por pura chiripa. Tal vez a mi tío le daba lástima.

El ensayo terminó a eso de las ocho y media. Permanecí en la butaca observando a Greta, Ryan y otros chavales de la obra que estaban sentados al borde del escenario con las piernas colgando y no paraban de reír. Esos eran los chicos con los que ahora salía Greta. Los chicos listos. Y no solo listos, también populares. Los que podían hacer cualquier cosa. Ryan Cooke, Megan Donegan y Julie Contolli. Greta parecía feliz en su compañía, relajada. Como si aquello fuera realmente una isla del Pacífico Sur. Pero también parecía más joven que los demás. Puestos así en fila, no comprendía cómo nadie veía lo evidente que resultaba. Ryan tenía un poco de bigote. Y las piernas de Megan y Julie eran piernas de mujer, ya torneadas. En cambio, las piernas delgaduchas de Greta colgaban del escenario dándole el aspecto de una niña subida a un columpio.

El señor Nebowitz se despidió de todos y preguntó a Greta si tenía un momento. Los demás fueron saltando del escenario y recogiendo sus abrigos y mochilas. Greta siguió al director fuera del salón de actos. Yo me quedé en la última fila esperando, pues no debería irme sin mi hermana.

—Eh, tú. Voy a apagar las luces —me dijo Ben Dellahunt, un chaval de tercero que hacía de ayudante del director de escena.

—Estoy esperando a mi hermana —dije—. Salgo en un minuto.

Ben era uno de esos chicos que sabías que sería rico cuando fuese mayor. No porque tuviera nada especial, sino porque era el tipo de chaval que siempre parecía

tener un proyecto en mente. Llevaba el pelo recogido en una coleta y corría el rumor de que había inventado un nuevo lenguaje de programación, aunque probablemente no fuera cierto. No era el mejor de su clase, pero sí bastante listo. Lo suficiente. Se llevó una mano a modo de visera sobre los ojos y miró hacia la última fila, como si estuviera oteando el mar. Luego se acercó por el pasillo central y me miró de arriba abajo, deteniéndose en mis pies.

—¡Vaya! Pero si eres la chica de las botas. —Sonrió y movió la cabeza como si hubiera resuelto una especie de rompecabezas. Iba a sentarse a mi lado, pero en ese momento Greta se asomó por la izquierda del escenario y se quedó mirando las filas de butacas.

—¿Vienes o no? —gritó, y se dio la vuelta para marcharse.

—Ya voy —respondí.

Me despedí de Ben y corrí para alcanzar a Greta. Mi hermana caminaba a toda pastilla, y yo fui detrás todo el camino de regreso a casa. Cuando finalmente llegamos, no dijo palabra. Subió directamente a su cuarto y cerró de un portazo.

## QUINCE

Después de la muerte de Finn, los fines de semana pasaba mucho tiempo en el bosque. Mis padres se iban a la oficina a hacer horas extra de trabajo, Greta se iba al instituto a hacer horas extra de ensayos, y yo me iba al bosque. A veces me quitaba el abrigo y lo dejaba tras el muro de piedra para sentir el punzante frío recorriendo mi cuerpo. A veces estaba bien sentirse como una chica miserable que no tenía ropa de abrigo.

A ver, no es que antes hiciera todos los fines de semana alguna cosa con Finn, pero siempre estaba la posibilidad de hacerlo. El teléfono podía sonar a primera hora de la mañana —por lo general, los domingos— y Finn preguntaba si a alguna le apetecía ir a algún sitio. Siempre lo hacía así, preguntaba si alguna quería salir, pero yo sabía que en realidad se refería solo a mí.

—Estás enamorada de tío Finn —me dijo Greta un domingo después de que él llamara.

Había estado espiándome, observando cómo mi rostro se iluminaba al oír a Finn decir que era un buen día para ir a los Cloisters. Cuando colgué, Greta permaneció allí plantada un instante y sonrió. Luego me dijo aquello, lo de que yo estaba enamorada de Finn, y me entraron ganas de darle un guantazo. Apreté los puños, los metí en los bolsillos y salí de la cocina, pero ella me siguió.

—Todo el mundo lo sabe.

Me detuve y cerré los ojos, dándole la espalda.

—¿Sabes lo que le oí decir a la señora Alphonse? —añadió.

La señora Alphonse era una amiga de mi madre del club de jardinería. A mi madre no le interesaban para nada las plantas, pero aun así acudía un jueves al mes a las reuniones del club, para tomar café y charlar con otras madres que probablemente tampoco se ocupasen demasiado de sus jardines.

Yo seguía dándole la espalda, apretando cada vez más los puños.

—Escuché cómo preguntaba a mamá por Finn y por ti. «Es un poco raro que una niña pase tanto tiempo sola con su tío, ¿no te parece? No digo que esté sucediendo nada malo. No es esa mi intención». Eso fue lo que dijo, pero se notaba que pensaba que algo muy malo estaba sucediendo. Y se podía ver que había estado hablando de ello con otras madres. Y pobre mamá, no supo qué decir...

Mis puños habían empezado a aflojarse porque estaba escuchando con atención a Greta. Pero entonces me vino a la cabeza la señora Alphonse, con su estúpida

permanente tan rizada. ¿A santo de qué esa mujer tenía que pensar en mí y en Finn?

—Solo te lo cuento para que lo sepas. Que estás haciéndoselo pasar mal a mamá, y que todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo ¿quién? —pregunté a regañadientes.

—Bueno, si crees que la señora Alphonse no se lo va a contar a Kimmy, te equivocas. Y si piensas que Kimmy no se lo contará a, digamos, toda la gente que conoce, entonces, bueno... ¡Qué más da!

Kimmy Alphonse era una chica de mi clase que parecía bastante del montón. Nunca había pensado en ella hasta ese momento.

—Así que, vete con tu querido tío Finn. Que te lo pases bien.

No podía permitir que Greta se marchara así. Dejar que hiciera añicos mi ilusión del domingo sin decir nada.

—Aquí no está pasando nada raro, porque Finn es gay y todo el mundo lo sabe. —Y me volví para ver si eso le borraba su sonrisita.

Pero no, al contrario, aumentó de tamaño. Esperó un instante y luego dijo:

—Yo he dicho que tú estabas enamorada de Finn, no que él lo esté de ti.

¿Qué podía responder a eso? Nada. Como siempre.

Aquel día salí con Finn. Tomé el tren y me encontré con él en Grand Central Station, y luego fuimos al museo y los jardines de los Cloisters, que era nuestro sitio favorito. Normalmente íbamos cuando no había casi nadie —muy temprano, o muy cerca del final de la jornada, cuando estaban a punto de cerrar—. A esa hora, los Cloisters estaba mejor que cualquier galería o que aquel cine del Village donde ponían pelis antiguas. Incluso mejor que la cafetería Horn & Hardart, donde puedes echar una moneda en una máquina y sacar un plato de comida caliente de verdad, como en *Los Supersónicos*.

Los Cloisters son lo mejor porque son como un pedacito de otra época colocado justo en una colina de Manhattan. Y no es solo una forma de hablar. Está hecho con enormes bloques de monasterios medievales franceses que fueron traídos en barco hasta Nueva York para montarlos aquí de nuevo. Incluso las vistas desde los Cloisters son perfectas, porque Rockefeller compró todos los terrenos de la otra orilla del río, en Nueva Jersey, para que no se pudiera construir nada enfrente. A lo mejor hasta Rockefeller necesitaba abandonar su época de vez en cuando.

Intenté con todas mis fuerzas olvidar lo que había dicho Greta, pero ahí seguían sus palabras, contaminándolo todo. Intenté no ponerme muy cerca de Finn, no sonreír demasiado. Pero no funcionó. A lo mejor Greta tenía razón. A lo mejor yo era un bicho raro.

No hablamos mucho ese día. Ni él ni yo. Paseamos por los pasadizos de piedra sin ver nada en realidad. Se me ocurrió que no estaría mal ser monje, de esos que no tienen permitido hablar. Pensé en estar sentada junto a Finn en una gran estancia de

piedra con otros monjes, todos en silencio, todos ocupados ilustrando manuscritos con láminas diminutas de pan de oro. Finn y yo cruzaríamos nuestras miradas de un lado al otro de la sala sin decir una sola palabra. Y nos oiríamos. Ese es el tipo de amor que me imaginaba con Finn. Y no era un amor raro, porque estaba en otra época y no era yo en realidad.

Pero ser monje solo es otra cosa irrealizable, igual que viajar al pasado o que Finn esté aquí para siempre, porque para ser monje tienes que ser hombre y creer en Dios, y ninguna de esas dos cosas iba a suceder nunca. No creo que Dios vaya a crear una enfermedad solo para matar a gente como Finn, y si así fuese, entonces yo no podría adorarlo.

Aquel día en los Cloisters, Finn y yo nos sentamos en un banco de piedra en un rincón en penumbra, y él me preguntó qué pensaba que sucedía después de la muerte. Sacudí la cabeza y fingí no haberlo oído. A veces hacía eso con Finn, fingir que oía mal para que se acercara a mí. Y lo hizo. Ese día se puso justo a mi lado en aquel banco, me pasó el brazo por los hombros y volvió a preguntarme, mirándome a los ojos:

—¿Qué sucede con eso?

Me encogí de hombros y le respondí que creía que no sucedía nada, que seguramente todo acababa sin más y se volvía negro.

Él asintió y dijo:

—Yo también.

De haber sabido que estaba hablando de sí mismo, me habría inventado algo. Habría soñado un cielo perfecto para Finn allí mismo.

Aquella mañana de sábado me llevé la nota de Toby al bosque. Las ramas de los árboles tenían pegada nieve vieja, lo que daba un aspecto de fragilidad al bosque, como si las cosas fueran a derrumbarse de un momento otro. Seguí la delgada línea helada del arroyo, prestando atención a los lobos. Me llevé las manos a las orejas para hacer de pantalla, cerré los ojos y escuché y escuché, pero no oí nada. Nada de nada.

Leí la nota una y otra vez. Me estaba resultando imposible evadirme del presente. Incluso con las botas de Finn puestas. Incluso pensando en halcones. Era como si la idea de Toby tuviera el poder de retener mis pensamientos en el aquí y ahora.

Había resuelto no quedar con él, de ningún modo, pero empezaba a dudar. ¿Y si Toby sabía cosas? ¿Y si yo también hubiera sido un secreto? ¿Y si me presentaba en la estación siendo quien yo quisiera?

## DIECISÉIS

«¡Sección D, página 26!»

Eso fue lo que escribió la señora Jansky en el grueso sobre que metió en nuestro buzón aquel domingo por la mañana. Contenía el *New York Times* del día anterior. Mis padres no leen ese periódico, leen el *New York Post* y solamente los domingos. Así que de no ser por esa metomentodo, el artículo sobre el retrato habría pasado completamente inadvertido para la familia Elbus. El cuadro se habría quedado encima de nuestra chimenea, que era donde debía estar.

Fue Greta la que encontró el sobre y leyó en voz alta el artículo para el resto de la familia. Nos llamó para que fuéramos al salón. Yo estaba arriba vistiéndome, porque Beans y unas amigas suyas iban a ir al centro comercial y me había llamado por si quería acompañarlas. Estaba casi segura de que mi madre había hablado con la de Beans sobre mí. Naturalmente, yo no quería ir, pero mi madre sacó varias veces el tema, comentando que me vendría bien y que no se puede conservar a las amigas si siempre dices que no a las cosas. Así que llamé a Beans y le dije que iría; sabía que si no mi madre me estaría incordiando durante semanas. Y había algo más: los domingos, el cine del centro comercial tenía una sesión especial dedicada a los Oscars. Hacían pases especiales con las películas galardonadas los últimos años. Esa semana ponían *Amadeus*, que ya había visto dos veces con Finn. También por eso acepté ir.

Desde aquel ensayo, Greta estaba más intratable de lo habitual. Yo quería saber qué le había dicho el señor Nebowitz en su despacho, pero preguntarle no serviría de nada. Si mi hermana quería hablar de ello, ya lo haría cuando estuviera preparada, lo cual probablemente sería nunca. Al menos, no conmigo.

Aquella mañana de sábado, Greta se colocó delante del cuadro, frente a nosotros, que estábamos en el sofá. Resultaba que mi hermana tenía razón. El retrato daba un ambiente tétrico al conjunto del salón. Por lo general, todos procurábamos pasar el menor tiempo posible allí. Nadie quería sentarse desde que estaba el retrato. Nos poníamos en la mesa de la cocina, o Greta y yo nos íbamos a nuestras habitaciones. Mi padre por lo general se quedaba en el despachito que tenía al otro lado de la cocina. En cuanto a mi madre, no se sentaba demasiado en el salón, ni antes ni después del retrato.

Pero aquella mañana, Greta nos reunió allí y tuvimos que sentarnos frente al cuadro. Mi hermana permaneció de pie, descansando todo su peso en una pierna y



apoyando una mano en la cadera. En la otra tenía el periódico.

—Muy bien, Greta, ya estamos todos. Empieza. Tengo una montaña de papeles que terminar —dijo mi padre.

—Calma —dijo Greta con voz exasperada—. No es nada importante. Es solo que somos... famosos.

—Venga, Greta, enséñanos lo que tienes. —Mi madre estaba sentada con las piernas cruzadas y daba golpecitos en el suelo con el pie, impaciente.

—Está bien. —Greta dio la vuelta a la página para que todos la viéramos.

Y ahí estaba. El retrato de Finn. Nuestro retrato. Nosotras. En color y ocupando media página. Greta empezó a leer:

—«Cuando llevas diez años sin enseñar ningún cuadro y tu nombre es Finn Weiss, lo más seguro es que el público muestre algo de curiosidad por echar una ojeada a tu última obra. Weiss, que falleció a principios de mes (fuentes sin confirmar afirman que su fallecimiento está relacionado con el sida) —la voz de Greta trastabilló un poco con la palabra “sida”, pero prosiguió—, había desarrollado un gusto por el retrato, a juzgar por este reciente descubrimiento. El cuadro, titulado *Deja escapar a los lobos*, muestra a dos chicas adolescentes, una clara, la otra oscura, con un gesto de intimidad tan sorprendente que parecen capaces de ver directamente el corazón del espectador. Como si conocieran sus secretos más oscuros.

»”Según Harriet Barr, editora de la revista *Art*, Weiss era conocido por la diversidad de su obra. ‘Finn Weiss poseía una sorprendente capacidad para adaptarse a cualquier medio. Era un auténtico artista del Renacimiento, en el sentido de que produjo obras de una brillante originalidad no solo en óleo y acrílico, sino también en piedra, madera y a través de instalaciones más conceptuales.’

»”Críticos y colegas artistas se sorprendieron por igual cuando, hace casi diez años, Weiss desapareció del circuito y se volvió tan esquivo que solo sus amigos más íntimos y su familia sabían dónde vivía. Algunos aplaudieron esta decisión de mantenerse apartado del candelero por considerarla atrevida. Otras opiniones más cínicas sostenían que la adopción de este estilo de vida eremita no era más que un intento de Weiss por inflar el valor de sus obras. Estas teorías ganan credibilidad debido al hecho de que varias obras anteriores de la colección privada del artista alcanzaron precios muy altos en las pocas ocasiones en que salieron a subasta.”

—Muy bien, Greta, ya es suficiente. —Mi madre se levantó para quitarle el periódico, pero mi hermana, con un movimiento rápido, lo protegió tras la espalda.

Yo estaba sentada en el borde del sofá, esperando oír el resto de la historia.

—Deja que lo lea —dije—. Quiero escucharlo.

—Venga, Danielle, no pasa nada. —Mi padre puso una mano en la rodilla de mi madre.

—Sí que pasa —repuso ella, mientras apartaba la pierna. Se levantó y salió de la habitación.

Mi padre hizo un gesto a Greta, indicándole que podía seguir. Greta carraspeó y

se dio unas palmaditas en el pecho. Luego siguió leyendo.

—«A pesar de la divergencia de opiniones acerca de los motivos del artista, todo el mundo coincide en que la aparición de este reciente retrato da una idea sobre el tipo de trabajo que Weiss pudo estar realizando en sus años de “reclusión”. Además, Barr considera que esta obra podría ser la mejor de su carrera.

»”Una obra como esta muestra a un artista intelectual y, quizá lo más importante, emocionalmente implicado con su sujeto. Al mirar este cuadro, da la sensación de que te podrías quemar los dedos si tocas su superficie. De que esas muchachas están vivas. De que podrían darte un mordisco si te acercas demasiado.”

Se oyó un portazo en la cocina: mi madre había salido. Greta levantó la vista, perdiendo la línea del artículo. Movié el dedo por la página hasta que volvió a encontrarla.

—«Por el momento, se desconoce la localización del cuadro. Esta foto ha sido enviada de forma anónima al *Times*, sin más información que el nombre del artista y el título del cuadro...» —Dejó caer el brazo y el periódico quedó colgando a su costado—. No me gusta esto —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—Todo este asunto. Nosotras, yo, en un artículo sobre una persona que ha muerto de sida.

—¿Una persona? Es el tío Finn, Greta —dije.

—Me da igual quién sea. No quiero salir en una foto enorme encima de la palabra sida, ¿vale? ¿A ti te parece bien? —Y arrojé el periódico sobre la mesita del café—. Nunca quise tener nada que ver con este retrato, pero todos estabais con que si «tu tío Finn esto, tu tío Finn lo otro». ¡Agh! Lo mataría si no estuviera ya muerto. ¿Y encima es famoso? Famoso, ¿en plan éxito y tal? Nunca se molestó en contárnoslo.

—Cálmate. Solo es un artículo. —Mi padre recogió el periódico y lo dobló en pliegues cada vez más pequeños—. Ni siquiera es un artículo de verdad. Está en las últimas páginas de la sección de Arte del *New York Times*. ¿Quién lee eso, eh? La gente no se queda con estas cosas.

—¡Claro! Solo es el periódico de mayor difusión del país.

—No es como si pusiera que tú tienes el sida —dije.

—Vale. Basta. —Mi padre lanzó el periódico a la chimenea y sacó un mechero—. Esta historia está alterándonos, así que... —Se agachó, encendió el mechero y llevó la llama a una esquina del periódico—. ¡Adiós, muy buenas!

Por encima del pequeño fuego estaba colgado el retrato de verdad. La Greta y yo pintadas observando a la Greta y yo de verdad, que a su vez observaban cómo se quemaba otra copia de nosotras.

Yo no podía hacer nada, y mi hermana no había terminado el artículo. Ni siquiera lo había leído entero. Quería leer más sobre Finn. Sobre lo bueno que era y sobre por qué dejó de hacer arte. Siempre había intuido que debía de ser famoso por cómo nos miraban cuando íbamos a una galería, por la manera en que le sonreían y se

acercaban para darle la mano, pero nunca había sido algo relevante para mí. Cuando estaba con él, no se las daba de importante, y supongo que nunca pensé de verdad en lo famoso que podía ser.

Beans y su madre me recogieron para ir al centro comercial justo después de comer. Le dije a Beans que no me importaba sentarme delante con su madre. No quería ir apretujada en el asiento trasero entre unas chicas que apenas conocía. Cuando llegamos, mentí y dije que tenía que comprar algo en Sears para mi padre. Quedé con Beans en que nos veríamos en la zona de restaurantes más tarde y fui directamente a la planta baja, al cine, para ver *Amadeus* sola. Voy al cine siempre que tengo ocasión, porque el cine es como el bosque. Otro lugar similar a una máquina del tiempo. A Beans no pareció importarle.

—Haz lo que quieras —dijo—. Ya sé que solo has venido porque te obliga tu madre.

—No... Yo...

—No pasa nada. Lo entiendo. Quedamos en la zona de restaurantes a las tres.

*Amadeus* es una de las mejores películas de la historia. A Finn le gustaba tanto como a mí, pero decía que habían estropeado la historia del *Réquiem*. Nadie cree que Salieri encargase el *Réquiem* y envenenara a Mozart. De todos modos, si Finn estuviera, probablemente habríamos ido a verla juntos otra vez. Solo por la música, para dejarnos llevar a otra época y porque los dos tenemos debilidad por las películas con finales trágicos.

Mi madre volvió a casa justo después de que yo llegase, a tiempo para preparar la cena: espaguetis, albóndigas y pan de ajo. El tema principal de conversación fue quién habría enviado el retrato al *Times*. Cada vez que salía el nombre de Toby, me inclinaba un poco más sobre la mesa, ansiosa por cualquier dato nuevo. Al final, todos estuvimos casi de acuerdo en que había sido él. Mi madre no dijo nada. No quería hablar del artículo ni de Toby, pero parecía haber renunciado a impedir que los demás habláramos de ello.

—También pudo ser el señor Trusky —dije—. Se quedó el cuadro una noche.

—Imposible —saltó Greta—. ¿Por qué iba a hacer algo así el señor Trusky?

—Igual es que le gusta el arte, sin más, y quería asegurarse de que todo el mundo tenga la oportunidad de ver la obra de Finn.

—Sí, claro.

Me encogí de hombros, aunque probablemente Greta tenía razón. Toby era el único que podía haberlo hecho. Por lo del título. Ninguno de nosotros tenía ni idea de que el cuadro se llamase *Deja escapar a los lobos*. Solo Toby podía saber algo así.

—¿Y qué puede significar eso de «Deja escapar a los lobos»? —preguntó Greta.

Nadie dijo nada, porque ninguno tenía ni idea. Solo era un misterio más que nos había dejado Finn. Una cosa más que ya no podría preguntarle por teléfono.

## DIECISIETE

Al día siguiente fui a la biblioteca después de clase, lo que no resultó ser una buena idea. Pensaba encontrar el artículo y fotocopiarlo. Después iría al bosque y lo leería quizá un par de veces, quizá cien veces, quizá más. Lo que no sabía era que la fotocopidora del vestíbulo estaba rota e iba a tener que pedir a alguien del mostrador que me hiciera una copia. Si se lo hubiera llevado al bibliotecario del piso de arriba, que no me conocía, probablemente no hubiera pasado nada, pero fui lo bastante estúpida como para ir al piso de abajo, a la sección infantil. Todavía me gustaba la sección infantil, con sus colores brillantes y sus libros de cuentos de verdad. Pero fue una estupidez, porque la bibliotecaria infantil es la señora Lester, que me conoce desde que tengo cinco años, y en cuanto vio el artículo su rostro se iluminó.

—¡Ooooh, Junie! Este cuadro de vosotras es muy bonito.

Asentí en silencio.

—Las dos parecéis tan... mayores. Tan listas.

Asentí de nuevo.

—Y guapas. Bonitas como, bueno, como en una foto. —Soltó una risita—. Ahora tenemos aquí abajo la fotocopidora grande. Puedo sacarte toda la página en un folio.

—Genial —dije. Debí de parecer ansiosa, porque la señora Lester se escabulló por detrás del mostrador a toda prisa. Cuando volvió a aparecer, traía dos copias del artículo.

—Oh, solo me hace falta una.

—Lo sé, cariño. Pero necesitamos otra para poner en el tablón.

—¿El tablón?

—El tablón de anuncios. Greta y tú sois famosas. Sois una obra de arte. Es bonito tener alguna celebridad local por aquí. Si vosotras sois...

—No. En serio, no. Esto..., a nosotras no nos hace gracia llamar la atención.

—Insisto, June. Te hemos descubierto. No hay que esconder tu luz, y esas cosas que dice la Biblia.

Sabía que el único modo de evitar que colgara el artículo sería contarle que el cuadro lo había pintado mi tío Finn, que acababa de morir de sida, y que aquello era un tema sensible para la familia. Lo más probable es que a la señora Lester le hubiese bastado con oír la palabra sida, pero no pude hacerlo. No podía fingir que me avergonzaba de Finn.

Doblé la fotocopia de modo que la foto quedara hacia dentro y volví a subir la

escalera, hacia los tonos marrones y grises de la planta principal de la biblioteca. Me acerqué al tablón de anuncios para ver si habría algún modo de quitar el artículo después de que la señora Lester lo colgara. Cuando nadie mirase. Pero sería imposible. Los anuncios estaban protegidos detrás de una vitrina de cristal cerrada con llave.

Me llevé la fotocopia al bosque. La había doblado de tal forma que me cabía en el bolsillo del abrigo, y caminé hasta que oí a los lobos. No había mucho más sobre Finn, solo esto:

*Este hombre viejo*, el último cuadro que vendió Weiss y posiblemente su obra más conocida, es un autorretrato del artista vestido con una chaqueta holgada de punto encima de su torso desnudo. Sostiene un enorme corazón humano sobre una piscina de cocodrilos. En el pecho del artista hay una herida dentada ya cicatrizada en la que se lee: VACÍO. La sinceridad del gesto es lo que conmueve al espectador. No hay ironía, solo la sensación de que estás contemplando el instante preciso antes de que suelte esa cosa húmeda y latente que lleva en la mano, y la sensación de que has recibido realmente todo lo que este artista tiene para ofrecer. La pintura se vendió en 1979 por más de 200 000 dólares en una subasta. Según Sotheby's, *Deja escapar a los lobos* podría superar los 700 000.

Supongo que la noticia de que el cuadro valía una fortuna debería haberme impactado, pero no lo hizo. Nunca lo íbamos a vender, así que aquello no importaba. Lo que sí me impactó fue que no había botones. En el periódico, mi camiseta aparecía lisa, una sencilla camiseta negra sin ningún botón.

Cuando volví a casa, el retrato ya no colgaba sobre la chimenea. Mis padres habían vuelto a meterlo en una bolsa negra y se lo habían llevado al Banco de Nueva York, para guardarlo en una de las cámaras acorazadas del sótano del banco. Pensé en nuestras caras, la mía y la de Greta, contemplando la oscuridad de aquella cámara. Y pensé que, por lo menos, no estaba sola allí. Incluso estar con Greta era mejor que estar sola en un lugar tan, tan oscuro.

## DIECIOCHO

La especialidad de mis padres es llevar la contabilidad de restaurantes. Por ese motivo, la familia Elbus disfruta de comidas gratis en locales de todo Westchester. Nos dan una mesa aunque haya lista de espera. Supongo que eso debería hacerme sentir como alguien famoso, pero en realidad tiene el efecto contrario. Resulta evidente que somos gente normal, y por eso parecemos unos capullos que se cuelan delante de todo el mundo. Hasta a Greta le da vergüenza. Y a mi padre. Solo mi madre disfruta con esos momentitos de fama de vez en cuando.

Entre el funeral, la época de impuestos y los ensayos de mi hermana, se nos olvidó por completo la cena de cumpleaños de mi padre. Ya había pasado casi un mes desde su cumpleaños. Mi madre por fin pudo levantar el pie del acelerador y dijo que no le importaba que fuera un martes en mitad de la campaña de la declaración de la renta. Llevábamos mucho tiempo retrasando esa cena y ya estaba bien.

Mi padre eligió Gasho de Japón, un sitio perfecto porque mis padres no llevaban su contabilidad y porque, si estás de buen humor, Gasho es un restaurante muy guay. El dueño desmontó entera una casa de campo japonesa del siglo XVI, se la trajo a Estados Unidos, la reconstruyó y abrió un restaurante. Los chefs cocinan en parrillas que están justo en medio de las mesas, y en la parte trasera hay un jardín japonés, con un arroyuelo, puentes con arcos y bancos recogidos en apacibles rinconcitos.

Si estás de buen humor, es un sitio genial para ir. Pero la verdad es que ninguno estaba de buen humor.

La cosa es que Finn siempre venía a cenar con nosotros en nuestros cumpleaños. A veces íbamos a la ciudad y él lo organizaba todo. Otras veces subía hasta aquí. Este era el primer cumpleaños en que no iba a estar. Mi madre sugirió que invitáramos a los Ingram, pero a nadie le pareció buena idea. Ni siquiera a Greta.

—¡Qué chicas más guapas! —dijo mi padre cuando subimos al coche. Greta y yo nos miramos un segundo y luego pusimos los ojos en blanco.

Greta se sentó en la fila de asientos delante de mí, con sus vaqueros de rayas con rotos en las rodillas. Yo llevaba una falda negra y un jersey gigante. No me puse las botas de Finn; no habría soportado llevarlas aquella noche.

El trayecto hasta Gasho fue agradable, salvo por la cinta de grandes éxitos de Simon & Garfunkel de mi padre. Toda la música de mis padres eran discos de grandes éxitos, como si la posibilidad de que hubiera una sola canción chungu fuera demasiado para ellos. Mientras íbamos por la autopista, pensé en celebraciones de

cumpleaños anteriores. Los treinta y cinco de mi padre, en aquel oscuro sitio marroquí que Finn conocía en el Village. Los diez de Greta, cuando hicimos que en Il Vecchio escribieran con pimienta «Feliz cumpleaños, Greta» en todas las pizzas. Mis doce, cuando Finn reservó el comedor de un viejo hotel y nos hizo jugar a esos juegos de salón victorianos sobre los que tanto había leído. Se presentó con un sombrero de copa y frac y habló todo el rato con acento británico. Al final de la velada, todos hablábamos igual. Hasta Greta. Todo el rato diciendo «Disculpe», «¿Me haría el favor de?», «¡De perlas!», y buscando excusas para llamarnos «petimetre» y «desvergonzada».

Luego estaban los cuarenta de mi madre, cuando me senté al lado de Finn en aquel restaurante de moda que tenía un pianista de jazz en una esquina y velas en grandes candelabros de cristal cuadrados en las mesas. Yo tenía diez años y Greta doce, y observé el reflejo de la llama de la vela parpadeando en la mejilla de mi madre mientras quitaba el envoltorio del regalo de Finn. Era algo típico de los regalos de Finn. Siempre guardabas el papel de regalo porque siempre era el más bonito que habías visto nunca. Aquel papel de regalo en particular era de un rojo tan oscuro que parecía auténtico terciopelo. Mi madre lo abrió muy despacio, con miedo a rasgarlo, y luego, cuando tuvo un lateral abierto, sacó con cuidado un bloc negro.

Aquel bloc acabó en una estantería del cuarto de Greta. Dentro, Finn había escrito «Sabes que lo que quieres es...», junto a un dibujito a bolígrafo de mi madre con un lápiz en la mano. Lo sorprendente era que aunque el dibujo solo medía un centímetro, se podía ver al instante que era mi madre. Así de bueno era Finn.

Aquella noche, todos los demás hablaban. Mi padre mantuvo una tranquila discusión con Greta porque ella se negaba a ponerse la servilleta sobre las piernas. Mientras, Finn, sentado a mi lado, plegaba y retorció su servilleta hasta que, de repente, la sacó de debajo de la mesa doblada en forma de mariposa. Entonces la hizo volar hacia Greta diciendo: «Ten, tengo a alguien que necesita unas piernas donde posarse». Greta se rio y se puso la mariposa en el regazo. Mi padre miró a su cuñado y le sonrió. Recuerdo que pensé que yo también quería una servilleta-mariposa, que yo también quería que Finn doblara algo para mí. Fui a pedirselo, pero cuando me giré vi que estaba mirando fijamente a mi madre, sentada enfrente de él. Ella tenía el bloc abierto y observaba aquel dibujito de sí misma. Pasado un rato, alzó la vista y miró a su hermano. Levantó la cabeza muy despacio, y no sonrió ni dijo gracias como se hace normalmente cuando te dan un regalo. No. Solo permaneció allí, ofreciéndole una especie de gesto triste y duro, y luego movió la cabeza lentamente con los labios apretados. Después devolvió el bloc a su envoltorio y lo guardó bajo la mesa. Es una de esas instantáneas que se te quedan grabadas. No sé por qué, algunos recuerdos son así, conservan todo perfectamente. Congelado. Ese recuerdo —los ojos de Finn fijos en los de mi madre y ella sacudiendo lentamente la cabeza— es uno de ellos.

Cuando llegamos a Gasho, seguimos a la recepcionista hasta una de las mesas altas y nos encaramamos a los taburetes. A cada mesa se sentaban unas doce personas



alrededor de una gran parrilla, y el chef estaba al otro lado troceando carne con un hacha pequeña. Mi padre pidió dos jarras de cerveza japonesa. Luego nos miró y preguntó si queríamos unos Shirley Temples.

—No tengo, digamos, tres años, ¿sabes? —respondió Greta—. Tomaré una coca-cola *light*.

—Yo también tomaré una coca-cola —dije, aunque en realidad me hubiera gustado un Shirley Temple.

Y esa fue prácticamente toda la conversación que mantuvimos aquella noche. No creo que nadie en aquel restaurante hubiera podido adivinar que estábamos celebrando un cumpleaños. Mi padre preguntó a Greta cómo iba la obra, y todo lo que mi hermana pudo responder fue: «Bien». Mi madre comentó un cambio en el menú, pero no pasó de ahí. Ninguno de nosotros era como Finn. Intenté recordar alguno de los juegos victorianos, pero no hubo manera. Quizá se dijo algo más, quizá desaparecieron algunas palabras entre el crujir de pimientos y cebollas, pero así es como lo recuerdo. Permanecí allí, observando al cocinero japonés con su alto sombrero blanco mientras freía nuestra cena, y me pregunté qué sería de mí sin Finn. ¿Me quedaría estúpida para el resto de mi vida? ¿Quién iba a contarme la verdad, la auténtica historia que había por debajo de lo que los demás veían? ¿Cómo se hace para convertirse en alguien que sabe esas cosas? ¿Cómo te conviertes en alguien con visión de rayos X? ¿Cómo te conviertes en Finn?

De vuelta a casa, pensé otra vez en la nota de Toby. Pensé que solo quedaban tres días para el 6 de marzo y en lo estúpida que sería si fuese a la cita. De nuevo, pensé que debería contárselo todo a mis padres. Contarles que aquel tipo había venido hasta la puerta de nuestra casa. Que me había pedido que me viese con él. Que me había pedido que lo mantuviera en secreto. Todavía no era demasiado tarde para contarlo todo.

Mis padres confiaban en mí, lo sabía. Y hacían bien. Yo era una niña que siempre hacía lo correcto. Pero esto era diferente. Sabía que Toby podía contarme historias, enseñarme pedacitos de la vida de Finn que yo desconocía. Y el piso. A lo mejor tenía la oportunidad de volver. Mi madre lo llamaría rebañar el plato, buscando las últimas migajas. Mi madre lo llamaría ser una avara, pero no me importaba. Si una historia puede ser como una especie de cemento, de ese pegajoso que se pone entre ladrillos, de ese que parece el glaseado de una tarta antes de secarse y endurecerse, entonces probablemente yo pensaba que era posible usar lo que tenía Toby para retener a Finn, para retenerlo aquí conmigo un poco más.

## DIECINUEVE

—Fiesta. Mañana por la noche. Seguro al cien por cien. Esta vez no se cancela.

Greta entró en el baño mientras yo estaba en la ducha y me susurró aquello desde el otro lado de la cortina rosa coral.

—¿Qué?

Lo repitió, más despacio, lo más alto que podía sin que lo escucharan nuestros padres. Todavía no pude oírla bien, así que cerré el grifo y me sacudí el agua de los oídos con la palma de la mano. Asomé la cabeza por la cortina.

—¿Qué?

Mi hermana soltó un suspiro frustrado, y luego lo dijo una vez más. Esta vez sí que la oí.

—Mamá y papá estarán en el trabajo hasta las siete y luego podemos decirles que vas a ayudar en los ensayos otra vez, ¿vale?

Asentí, pero mi mente se aceleró: la fiesta era el mismo día que la cita con Toby.

—¿Vale? —dijo Greta.

—Sí, esto..., creo que sí. Vale.

—Será en el bosque, detrás del instituto.

Mi bosque. La fiesta iba a ser en mi bosque. Sonreí para mis adentros. Por una vez, iba a saber más cosas que Greta. Sería la única que lo conocía todo sobre aquel lugar.

Greta permaneció con las manos en las caderas, mirándome como si estuviera esperando a que yo dijese algo.

—Sabes qué bosque es, ¿verdad?

—Pues claro. El que se ve detrás de la cafetería.

Volví a abrir el grifo a tope y dejé que el chorro me golpeará el cuello.

Podía ver el perfil de Greta a través de la cortina, y le di un toquecito. Ella respondió intentando agarrarme del hombro. Las dos nos reímos, dándonos golpes a ciegas a través del plástico rosa.

—¡Para! —dijo Greta sin dejar de pegarme.

Saqué un brazo mojado por un lateral de la cortina y le hice cosquillas justo por debajo de la axila. No podíamos parar de reír.

—¿Chicas? —La voz de mi padre tronó desde el piso de abajo.

Metí el brazo en la ducha.

—¡No pasa nada! —aulló Greta.

En ocasiones Greta y yo éramos así. Solo durante uno o dos minutos. Un breve reflejo de cómo habíamos sido.

Mi hermana asomó la cabeza por la cortina, volviendo la cara para no verme desnuda.

—¿Vas a venir?

—Sí, ve tú primero. Te veré en el bosque.

## VEINTE

**E**scribí algunas formas de odiar a Toby. Quería estar preparada. No quería presentarme como una tontaina llorica. Quería ser dura. Quería ser capaz de poner los puntos sobre las íes.

- 1) Recuerda que es el que provocó la muerte de Finn. Quizá, a propósito.
- 2) Recuerda que es el que envió el cuadro, NUESTRO retrato, al periódico sin pedir permiso, aunque es nuestro y no suyo.
- 3) Recuerda que solo alguien muy siniestro enviaría cartas a una niña de catorce años y le pediría que no se lo contara a sus padres.

Miré la lista, pero no logré que funcionara. Por lo visto, no podía odiar a aquel tipo. Finn no odiaba a Toby. Es probable incluso que Finn hubiera amado a Toby. Y Toby era seguramente la última persona que había hablado con mi tío en este mundo, el último que lo había visto con vida. Así que añadí esto:

- 4) Toby fue el último en hablar con Finn. Toby fue el último que le dio la mano. El último que lo abrazó. No fui yo. Fue Toby.

Entonces fue cuando la lista empezó a funcionar. Yo quería ser la última. No un inglés larguirucho con voz acuosa.

## VEINTIUNO

Si te colocas en el puente de Sumac Avenue que pasa por encima de las vías del tren y te asomas por la barandilla, puedes ver todo el andén de la estación. Llegué tarde, y me estaba helando de frío porque había metido mi estúpido plumífero azul claro en la mochila. Había tomado el camino más largo: subí por la tienda de bicis y la gasolinera Mobil, y luego crucé los descampados cerca de la iglesia luterana. Al acercarme, empecé a pensar que tal vez Toby no se presentaba. Igual se escondía en algún sitio a espiar si yo venía, exactamente lo mismo que yo había pensado hacer con él.

Oteé desde el borde de la barandilla, procurando no asomarme demasiado. Ni siquiera estaba segura de si lo reconocería, pero lo hice. Lo vi a la primera. Estaba sentado en un banco al final del andén, con las rodillas recogidas contra el pecho y jugueteando con los cordones de sus zapatos. Era delgaducho, pero no exactamente al estilo sidoso. No tenía el aspecto que tuvo Finn al final. Parecía que siempre hubiera sido así.

Lo observé durante un rato. De vez en cuando, levantaba la cabeza y miraba a su alrededor, casi como si estuviera asustado o pudiese adivinar que yo andaba por ahí cerca. Cada vez que hacía eso, yo salía de su campo visual retrocediendo de un salto.

Toby parecía más joven que Finn. Más que mis padres. Si tuviera que calcular su edad, le echaría unos treinta años, pero esas cosas no se me dan muy bien. Desde mi posición podía ver su escuálido cuello y su prominente nuez asomando; su pelo parecía suave, como plumas de polluelo espolvoreadas sobre su cabeza. Se levantó y empezó a pasearse por el andén. Llevaba una mochilita azul, vaqueros, zapatillas deportivas, un grueso jersey gris y una bufanda roja de lana. No parecía tener nada de especial, y me pregunté por qué alguien como Finn habría querido salir con él. Toby miró hacia las vías y luego consultó su reloj. Oí el tren acercándose lentamente.

Toby bajó la vista una vez más a su reloj y luego, antes de que me diera tiempo a pensar, levantó la mirada, dirigiéndola directamente al lugar en que me encontraba. Salté hacia atrás antes de que me viera, y justo entonces decidí que no iba a bajar al andén. Después de todo, no iba a hablar con Toby. No era capaz de hacerlo. ¿Qué podría decirle? No, no iba a bajar. Lo observaría desde arriba y esperaría a que el tren se lo llevara. Él captaría el mensaje.

Regresé con precaución a la barandilla y miré hacia abajo. Toby me estaba mirando directamente, con la vista fija en mi posición. Con una mano se hacía visera

sobre los ojos, y cuando me vio levantó la otra mano en un tímido gesto de saludo. Antes de poder decidir lo contrario, hice lo mismo. Asomé ligeramente una mano por encima de la barandilla y la moví.

Luego sonreí. Una leve sonrisa que me salió sin quererlo. No sabía cómo podía sonreír al hombre que había matado a Finn, pero lo hice, y eso pareció sellar algo. Sentí que esa sonrisa me había atrapado, como una especie de promesa que no me dejaba más elección que bajar ese tramo de escalera hasta el andén.

Toby seguía mirándome con un gesto como de preocupación. El modo en que la luz incidía sobre su rostro le confería el aspecto de una pintura medieval, y su mano, que permanecía alzada, parecía protegerle los ojos de algo más grande que él. Señaló hacia el andén y me hizo un gesto con la cabeza para que bajara. Y antes de poder evitarlo, respondí moviendo también la cabeza y me acerqué a la escalera cubierta. Tuve la sensación de estar avanzando a cámara lenta. Como si la escalera fuera a seguir bajando y bajando para siempre.

Pero cuando salí al andén, había luz y hacía calor, y el tren acababa de detenerse. Toby se acercaba con una sonrisa que no era una de esas sonrisas de adulto, demasiado grandes y sin pensamientos detrás. Era una sonrisa de verdad. Como si se alegrara tanto de verme que no pudiera creerse su suerte.

—Vamos —dijo, como si ya nos conociéramos.

Era una hora extraña del día. Mucha gente todavía no había salido de trabajar, y los que sí, se dirigían en su mayoría hacia el norte, de vuelta a sus casas desde la ciudad. Monté en un tren dirección sur, intentando no pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

El vagón estaba casi vacío. Toby señaló cuatro asientos enfrentados dos a dos.

—¿Aquí?

Asentí y me senté. Toby ocupó el asiento de pasillo, en diagonal respecto a mí. Sus rodillas invadían el espacio entre nosotros, lo que me obligaba a ladearme hacia la ventanilla para evitar tocarlo.

—Gracias por venir —dijo. Noté que intentaba establecer contacto visual conmigo, pero yo no quería. Mantuve la cabeza vuelta, mirando por la ventanilla un anuncio de vodka Absolut que había en el andén. En la parte de abajo, alguien había escrito «Def Leppard mola», pero otro había tachado el «mola» y había puesto «KK» encima.

—De nada —dije, sin dejar de mirar por la ventanilla.

—No estarás asustada ni nada de eso, ¿verdad? Sé lo que debí de parecerme por teléfono y sé lo que piensa de mí tu familia, por eso me costó encontrar un modo de hablar contigo.

El tren se puso en marcha, meciéndose lentamente de un lado a otro.

—No, no me asustas.

—Bien. Eso está bien. —Miró un asiento vacío al otro lado del pasillo, y luego se giró lentamente hacia mí—. ¿Les has contado a tus padres que venías?

Al principio, no contesté. Luego me volví, lo miré fijamente y dije:

—Esa es una pregunta un poco siniestra, ¿no crees?

Toby pareció preocupado. Hizo una ligera mueca, como si supiera que había cometido un error, pero luego se rio.

—Tienes razón. Es siniestra. Muy siniestra. No era mi intención. —Puso los ojos en blanco. Los tenía castaño oscuro y eran tiernos, me recordaban a los de un animal. Como los ojos grandes y marrones de un caballo—. Finn siempre decía...

Enderecé la espalda cuando pronunció el nombre. Todo mi cuerpo se tensó, y Toby debió de notarlo, porque frunció el ceño y me ofreció una especie de gesto suplicante.

—Oh, no importa —dijo, sacudiendo su larga mano en el aire. Ladeó la cabeza e intentó captar de nuevo mi mirada. Intentó ver si confiaba en él.

—De todos modos, la respuesta es no. No le he contado esto a nadie. —Llevaba una navaja suiza en el bolsillo del abrigo, con el sacacorchos ya sacado. Por si acaso.

Toby rebuscó en su mochila y sacó una bolsa arrugada del Dunkin' Donuts con una trenza dentro. Partió un trozo y me lo ofreció. El pringoso glaseado se había derretido un poco y el pastel tenía un aspecto asqueroso. No quería aceptarlo, pero había venido directamente del instituto y me moría de hambre.

—Gracias —dije.

Me dediqué a separar las dos tiras de la trenza y, cuando levanté la cabeza, vi que Toby hacía lo mismo. Los dos sonreímos, nerviosos, sin saber qué decir. Luego lamenté haber sonreído, porque no quería que pensase que éramos amigos o algo así.

El tren se detuvo. Las puertas se abrieron y una ráfaga de aire frío se coló en el vagón. Toby ni siquiera parecía darse cuenta de que habíamos parado. Pensé que ya deberían ser casi las cuatro, pero no quería decir nada. Ya le había dicho que no estaba asustado, y no lo estaba. Las puertas se cerraron de nuevo y el tren arrancó.

—Es como el ADN, ¿verdad? —Sostuvo las dos mitades separadas de la trenza—. Ya sabes, la doble hélice.

Era el tipo de cosa que me hubiera dicho Finn, y no pude reprimir una sonrisa. Había algo que me resultaba familiar en Toby, y me era imposible no seguirle la conversación.

—ADN Dunkin', glóbulos Dunkin', una caja de una docena de ojos Dunkin'...

Toby se llevó la mano a la boca para no escupir su pastel. Tenía los labios cubiertos del pringoso glaseado.

—Y bacterias Dunkin', virus Dunkin'...

Comprendí que se arrepentía de haber dicho esa palabra. «Virus.» Aparté la mirada. Él bajó la vista al suelo, y cuando volvió a levantarla tenía gesto serio.

—Lo echo de menos, ¿sabes? —dijo.

Me comí el último trozo de pastel y contemplé los patios cercados de las casas que limitaban con la vía. A través de algunas ventanas podías ver gente en sus cocinas, preparando la cena. Me limpié los dedos pegajosos en la tela del asiento.

—Yo también —dije, después de un silencio.

—No paraba de hablar de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Sentí que se dibujaba una sonrisa en mis labios y que me sonrojaba, así que volví rápidamente la cabeza. Luego comprendí lo que aquello significaba. Yo no había sido un secreto. Toby sabía de mí.

—Sí, claro —dije, encogiéndome de hombros como si no me importara.

—Es verdad.

Permanecimos sentados en silencio. Él jugueteaba con su billete del tren. Lo doblaba y desdoblaba una y otra vez.

—Y ¿qué?... ¿Tú también eres una especie de artista? —pregunté.

—¡Qué va! No. Yo soy una mierda. Un auténtico negado. —Se rio—. Una vez Finn intentó enseñarme algo de escultura, pero... —Me miró. Yo debía de estar torciendo el gesto, porque cambió de tono—. No sé. No funcionó, sin más.

—Igual que yo, entonces.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no se me da bien el arte. Ni siquiera soy de las mejores de mi clase. —No quería contarle nada sobre mí, pero me salió sin querer.

—Bueno. Finn pensaba que eras buena. Muy buena. —Descruzó las piernas y se inclinó hacia delante—. Decía que el arte no consiste en dibujar o pintar una bandeja de fruta a la perfección. Tiene que ver con las ideas. Y decía que tú tienes buenas ideas para toda una vida.

—¿Dijo eso?

—Ajá.

Me sonrojé de nuevo y aparté la vista. Miré por la ventanilla y por un segundo fue como si Finn estuviera en el tren con nosotros. Como si Toby tuviera un fantasma de Finn sobre el hombro susurrándole exactamente lo que debía decir.

No quería dejarme atrapar por todos esos cumplidos, pero resultaba difícil, muy difícil, no regocijarme para siempre escuchando todas las cosas bonitas que Finn había dicho sobre mí. Miré a Toby. Seguramente se lo estaba inventando todo. Él era el especial, al fin y al cabo. Yo solo era la sobrina tonta, y de repente me pareció mal que ese tipo, ese extraño, hubiera hablado de mí con Finn. Que supiera tantas cosas sobre mí y yo nada de él.

—Entonces, ¿te has quedado con el piso de Finn? —pregunté con tono malicioso, más como Greta que como yo misma, pero no me importó.

Toby agachó la cabeza.

—Yo...

—Da igual. No quiero saberlo.

Una pausa.

—Sabes que puedes pasarte siempre que quieras —dijo—. Siempre. Lo digo en serio. A cualquier hora.

Me encogí de hombros. Y, sin poder evitarlo, sentí que me escocían los ojos, que



las lágrimas asomaban, y cuanto más intentaba detenerlas, más querían salir. Me giré, pero Toby se inclinó y puso una mano en mi espalda. Me aparté. Respiré lo más lento que pude hasta que sentí que volvía a la normalidad.

—Eh, no pasa nada —dijo. Alcanzó su jersey del asiento a su lado y se lo puso sobre las rodillas, dándome a entender que podía sentarme a su lado si quería.

Miré el asiento vacío para que viese que lo había entendido, pero que no tenía intención de moverme. No necesitaba su ayuda. Pero él no devolvió el jersey a su sitio, sino que dejó aquel asiento vacío entre nosotros.

El tren se detuvo en cuatro estaciones más, y yo seguí allí sentada, permitiendo que me alejara cada vez más de mi casa; dejábamos atrás los bosques y atravesábamos los suburbios hacia el ambiente gélido y duro de la ciudad.

Cuando el tren llegó a Grand Central Station, bajamos.

Toby me dio las gracias unas veinte veces más por haber acudido y dijo que esperaba que no fuera la última vez que nos veíamos. Entonces abrió la mochila y me entregó una bolsa de papel marrón.

—De parte de Finn —dijo, acercándose a mí para luego apartarse rápidamente—. Y hay más cosas.

Alcancé la bolsa sin mirarla, como si no fuera importante.

—Bueno, ¿y por qué no las has traído, si hay más?

Él pareció incómodo. Se llevó las manos a la espalda y miró el sucio suelo de la estación.

—Porque pienso que cuando lo tengas todo ya no volverás. Y necesito..., quiero que vuelvas. Muchas más veces.

Luego se llevó la mano al bolsillo, sacó unos billetes y me los dio. No estaban ordenados ni nada; era como si se hubiera metido en el bolsillo un puñado de una gran pila que tuviera por ahí.

—Toma. Ya sabes, por si necesitas algo.

No me fijé demasiado, pero se veía que era mucho. Nuestra vecina la señora Kepfler a veces intentaba darnos un dólar a Greta y a mí. Solo porque parecíamos unas buenas chicas, decía. Pero mi madre nunca nos dejaba aceptarlo. «No aceptéis dinero a menos que sea de alguien de la familia», decía siempre antes de obligarnos a devolverlo.

—No puedo aceptarlo —le dije, tendiéndole los billetes.

—No, no. Sí que puedes. Es de Finn. No es como si os lo diera yo. Y queda un montón. No te preocupes.

—Las cosas que quiero no cuestan dinero —repose y devolví los billetes a su mano, sin saber si me comprendía: lo que yo quería era que el tiempo retrocediera y que Finn nunca lo hubiera conocido, que nunca se hubiera contagiado del sida y que todavía estuviera aquí conmigo, solos él y yo. Siempre había creído que las cosas

serían así.

—Vaya —dijo Toby, y de repente pareció sentirse tonto.

Me pregunté qué pareceríamos los dos, parados en medio del abarrotado vestíbulo de la estación, él con ese puñado de dinero, como esperando a que alguien se lo arrebatará de la mano. Intentó meterse torpemente los billetes en el bolsillo, sin conseguirlo, y entonces, solo por un instante, sentí una especie de lástima por él.

—Vale, vale —dije, y abrí mi mochila—. Pero date prisa.

Sonrió y metió el dinero dentro.

—Es lo que hubiera querido Finn, ¿de acuerdo?

Estuve a punto de decirle que nadie sabía lo que Finn hubiera querido, pero tuve el desagradable presentimiento de que quizá Toby sí lo sabía. Quizá solo yo no tenía ni idea.

—¿Podemos... no sé, tomar un café? ¿Un helado? ¿Algo de beber? —Indicó con la cabeza hacia el bar de la estación.

Miré el gran reloj. Las cuatro y cincuenta. Aunque hubiera querido ir a algún sitio con Toby, ya era demasiado tarde. Tenía que volver para la fiesta.

Negué con la cabeza.

—Tengo que ir a un sitio.

—Claro, claro. Otra vez será, ¿vale? Volveremos a vernos, ¿verdad?

Lo miré de arriba abajo. Estaba ahí con los hombros caídos, sus dedos jugueteaban con un hilo suelto en la costura de su jersey, y sus grandes ojos castaños me miraban como si realmente le importara mi respuesta.

—Bueno..., supongo que te llamaré. Alguna vez, si no tengo nada mejor que hacer.

Su cara se iluminó. Movié la cabeza y me tendió la mano para que la estrechara, pero no lo hice.

—Genial. Cuando quieras, ¿vale? Cuando quieras. Yo siempre estoy libre. Y si alguna vez necesitas algo..., lo que sea... Lo digo en serio.

Así lo dejamos. Antes de que me fuera me preguntó cinco o seis veces si sabría regresar a mi casa, y cuando finalmente se convenció de que sí, nos despedimos. Se dirigió por el pasaje que conducía a la salida, pero aún se detuvo para volver a mirarme. Sonrió y me saludó con la mano, e hizo como si estuviera marcando un teléfono con el pulgar y el meñique y luego me señaló. Asentí para que se fuera, y a continuación saqué un billete de vuelta a casa. Pagué con el dinero que había llevado. Mi dinero, no el que Toby acababa de darme. No volví a mirar el pasaje por donde se había ido. Me quedé en el andén, contemplando las mugrientas vías, esperando mi tren, pensando que probablemente no volvería a verlo nunca.

## VEINTIDÓS

El reparto de *South Pacific* casi al completo se encontraba en el bosque detrás del instituto: Ryan Cooke, Julie Contolli, Megan Donegan. Y algunos miembros del equipo, los de iluminación y decorado, esos que vestían de negro y se movían por el escenario entre acto y acto. Si yo formara parte de la obra, sería una del equipo. Ya me sentía un poco tramoyista, allí escondida detrás de un árbol, observando a los demás alrededor de una hoguera. Oí a Greta antes de verla. Su voz canturreaba entre los árboles. Fragmentos del tema principal de «Bloody Mary»: *Island... sea... me...* Después se hizo el silencio y la localicé. La vi llevándose una botella a la boca. Una bebida marrón, whisky o brandy. Ni siquiera sabía que Greta bebiese alcohol. Tampoco quería saberlo.

Había venido corriendo desde la estación, cruzando la ciudad, con la sensación de que corría detrás de mi última oportunidad de ser normal. Contra el frío aire, sobre la nieve crujiente, escapando de la locura que había sido toda la tarde con Toby. No sentía que fuera yo. Era como si estuviera en un programa sobre alguien que era casi exactamente como yo, pero no del todo.

Esperé el momento adecuado para salir de detrás del árbol e integrarme en la fiesta, pero parecía no llegar. Seguí allí, cada vez con más frío, hasta que finalmente saqué mi abrigo de la mochila y me lo puse. Ya me daba igual qué pinta tuviese. Retrocedí unos pasos y tropecé, y unos chicos me vieron, entre ellos Greta, que sonrió y se giró para decir algo al chico que estaba a su lado. También estaba Ben Dellahunt, que lanzó una mirada a mis pies y luego se acercó.

—Vaya, volvemos a vernos. Eres la pequeña Elbus.

Me sonrojé.

—Sí. Soy June.

—Me he fijado en esas botas que llevas.

Puse un pie detrás del otro, intentando que las botas se viesan más pequeñas de lo que eran. No quería que Ben Dellahunt me mirara las botas. Había sido un día duro, y ya no tenía fuerzas suficientes para defender el regalo máspreciado de Finn.

—Ya me lo dijiste la última vez. ¿Qué les pasa? —Me salió más áspero de lo que pretendía.

—¡Tranqui, tía! —Ben alzó las manos como para protegerse—. Nada. Solo que me molan. Eso es todo. No me importaría tener unas así.

—Pues no están en venta.

—Lo sé —dijo, y rio—. No te preocupes.

Me pregunté si Greta le habría pedido a Ben que cuidara de mí, si por ese motivo me había invitado a la fiesta. Quizá nos había visto hablar en el salón de actos la otra noche.

Ben se acercó a una nevera portátil y sacó una botella. Me la ofreció:

—¿Una cerveza?

Ya la había abierto, así que tuve que aceptar. Pensé en beber un sorbo y luego tirar el resto en algún sitio.

—Gracias —dije.

Ben me miró de arriba abajo.

—Eres..., bueno, bastante más alta que tu hermana.

—Lo sé.

Permanecimos allí, incómodos, durante un rato.

—¿Te apetece dar un paseo o algo? —preguntó Ben.

Me lo pensé unos segundos. Igual demasiados, porque él añadió:

—Solo un paseo, ya sabes. No es una decisión de vida o muerte.

Así que acepté. No porque me apeteciera dar una vuelta con Ben Dellahunt, sino porque al menos me alejaría de allí. No quería quedarme alrededor de aquella hoguera, cerca de Greta bebiendo, con una gente a la que no conocía. Si nos internábamos en el bosque, no sería como estar en una fiesta. Y si las cosas se ponían feas, tenía el sacacorchos en el bolsillo. Lo había cerrado en el trayecto en tren con Toby, pero todavía lo llevaba, listo y a la espera. Y también tenía una linterna, pues, aunque no creía que fuese a necesitarla, Greta insistió en que la llevara.

Al meternos en el bosque, uno de los chicos gritó:

—¡Ánimo, Benno!

—No les hagas caso —dijo Ben, acercándose a mí.

Nos dirigíamos al arroyo cuando él se detuvo.

—¿Has oído? —dijo—. Suena a... no sé, perros o algo así.

—Podrían ser lobos —dije, y en ese mismo momento me arrepentí.

—Sí, claro —se rio—. En esta zona acabaron con todos los lobos hace, no sé, cien años o así. Tienes que ir hasta el quinto pino hacia el norte para encontrar lobos.

—Nunca se sabe. Igual los lobos del norte pueden bajar hasta aquí. ¿Cómo vamos a saberlo? —Bebí otro sorbo de la cerveza, sintiéndome osada de repente.

—¡Shhh! Vamos a escuchar. —Levantó dos dedos—. De todos modos —susurró—, no todos los lobos son malos.

Bajé la vista.

—No. No todos son malos. Solo... solo egoístas. Eso es lo que son. Hambrientos y egoístas.

Él no supo qué responder.

—Sí, bueno, probablemente solo sean coyotes o perros. Perros salvajes, supongo. —Miró a los lados, luego a mí, y me dio la mano—. Si quieres, podemos intentar

comprobarlo.

A nuestras espaldas, la hoguera seguía ardiendo y los chavales se apiñaban a su alrededor bebiendo cerveza. Más allá, en el bosque, se veían destellitos de luz, quizá linternas de otros que habían abandonado la fiesta.

—Creo que prefiero no saberlo. —No quería decirle que me gustaba creer en los lobos.

—¿Por qué no? —Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un dado con forma extraña—. ¿Has jugado alguna vez a Dragones y Mazmorras?

Negué con la cabeza.

—Ah, bueno... —Ben pareció animarse y empezó a explicarme las reglas del juego. Luego me entregó el dado y me pidió que lo tirara.

—Venga —dijo—. Aquí mismo.

Juntó sus palmas. Tenía unas manos del tamaño de las de mi padre y su voz era grave y pausada. Le asomaba una pequeña franja de vello en la barbilla. Estábamos solos y, no sé muy bien cómo, pero los dos años que me sacaba Ben Dellahunt parecían una diferencia más grande e infranqueable que los quince o veinte que, apenas unas horas antes, me separaban de Toby. No comprendía qué quería hacer Ben, pero separé los dedos para que el dado le cayera en las manos.

—¡Bingo! —dijo.

—¿Qué?

—Te he convencido de ir a buscar a los lobos.

—¿Has hecho eso?

—Claro que sí. Lo dice el dado.

Permanecí inmóvil unos segundos, preguntándome si debería darme la vuelta. Lo que realmente quería era irme, no podía seguir viendo a Greta junto a la hoguera, pero si volvía sola a casa la metería en un lío. No podía hacerle eso.

—De acuerdo —dije—. Vamos.

Apunté en la dirección contraria, lejos de donde sabía que estaban los lobos, y caminamos. Ben no paraba de hablar de Dragones y Mazmorras y de sus fragmentos preferidos de *Guía del autostopista galáctico*. De vez en cuando nos parábamos, Ben sacaba otra lata de cerveza de su abrigo y nos sentábamos. No se puede decir que me estuviera divirtiendo exactamente, pero fue agradable. Sencillo. Consiguió que la fiesta me resultara pasable.

Hice caminar a Ben dando un gran círculo, así que finalmente acabamos de nuevo en la colina sobre la hoguera.

—Vaya, no hay lobos —dijo, y me puso la mano en la espalda.

Era la segunda persona ajena a mi familia que me tocaba a propósito ese día, y me resultó raro. Como si estuviera hecho de un material distinto de mí.

—Supongo que no. —Avancé un paso para separarme de su mano. Luego sonreí y dije—: Pero eso no significa que no existan, ¿verdad?

Comenzó a discutir, pero yo ya estaba corriendo colina abajo hacia la hoguera.

Cuando llegué, las brasas todavía relumbraban y soltaban humo a causa de las hojas que lanzaba la gente. Había un olor agrio procedente de las latas de cerveza abiertas, y aunque no era tarde, los chicos estaban empezando a irse. Nadie quería tener problemas en casa. Eché un vistazo y no vi a Greta. Sus amigos sí estaban por allí, pero ella no.

Me quedé sin saber qué hacer. El peso de la mochila me molestaba en la espalda y me moría de ganas de irme a casa. Quería contar el dinero de Toby. Quería esparcir el contenido de la bolsa de papel por el suelo de mi cuarto. Quería dormir. Necesitaba encontrar a Greta.

Pregunté si alguien la había visto, pero nadie contestó. Una chica dijo que creía haberla visto irse con Rob Jordan, pero no estaba segura.

No me imaginaba que Greta pudiera abandonarme. No en esta ocasión. Tendría problemas si volvía a casa sin mí.

Un grupo de chicos echó a caminar hacia el instituto. Ben iba con ellos y me gritó:

—¿Estás bien?

Asentí y me despedí con la mano.

Me devolvió el saludo y luego desapareció entre los árboles.

Ya solo quedaban unos pocos chicos sentados alrededor del fuego. Me picaban los ojos del humo, y tenía sed y hambre. Avancé unos pasos entre la oscuridad y, sin siquiera intentarlo, me sentí como una pobre campesina medieval. Una niña en el bosque, desesperada por encontrar a su única hermana.

—Greta —llamé entre las oscuras ramas—. Venga, Greta, dime dónde estás.

Bajé por la colina, alejándome del instituto y de la hoguera, hasta que llegué al arroyo. Continué llamando a Greta. Primero suave y luego más alto, atenta por si había respuesta, pero los únicos sonidos que oía estaban por encima de mi cabeza. Una lechuza en las ramas o palitos que caían de los árboles. Seguí el arroyo internándome más en el bosque, como hacía cuando venía sola. Esa noche no había más que una rajita de luna, pero no tenía miedo. Me repetía que no estaba nada asustada.

Me acordé de la linterna y la encendí. Continué llamando a mi hermana.

—¡Greta! ¡Sal! ¡No tiene gracia!

Al principio temía encontrarla con algún chico, haciendo esas cosas que se suponía que yo no podía ni imaginar. Pensé en lo incómodo que sería para las dos — incluso para los tres—, pero ya no me importaba. Tenía dormidos los dedos de los pies por el frío y necesitaba irme a casa.

Seguí caminando junto al arroyo, no sabía qué otra cosa hacer. Varias veces estuve a punto de desistir, pero me decía «solo unos pasos más», creyendo que era lo único que me faltaba. Iluminaba el suelo con la linterna mientras caminaba. Capté el brillo de una lata de cerveza y unas llaves, que me metí en el bolsillo. Y seguí llamando a Greta a voces, cada vez más alto. Igual se había ido. Igual se había

olvidado de mí.

Entonces fue cuando la linterna iluminó algo en la base de un gran árbol. Miré alrededor. Era *mi* árbol. El arce. Y allí estaba el viejo muro de piedra. Sí, era mi rincón preferido. Sentí alivio, pero la sensación se desvaneció rápidamente, porque por la noche no tenía nada de especial. Nada de medieval. No era más que un lugar frío y oscuro.

Dirigí la luz hacia el punto que brillaba en el suelo y me acerqué, pensando que sería una botella de cerveza rota, pero eran unas gafas, unas gafas que estaban en una cara. La de Greta, manchada de barro. Su cara, sola, en el suelo del bosque, con su brillante pelo negro recogido y esas gafas redondas de marco plateado. Tenía los ojos cerrados. Por un instante me quedé paralizada, creyendo que realmente solo estaba su cabeza tirada en un lecho de hojas.

—Greta.

Me acerqué más y palpé su cuerpo, enterrado bajo una gruesa pila de hojas frías y húmedas. Parecía que la tierra fuera su cama y se hubiera echado el suelo del bosque encima como un edredón. Su expresión era apacible, como si perteneciera a aquel lugar. Si no hubiera sido mi hermana y no hubiera hecho tanto frío, la habría dejado allí, convencida de que sabía lo que hacía. La sacudí y se hizo un ovillo.

—Greta, vamos. Levanta.

La incorporé y la apoyé en mi brazo. Sacudí las hojas mojadas de su pecho e intenté despertarla. Soltó un gruñido e intentó volver a tumbarse, pero la mantuve erguida.

Miré a mis espaldas y no vi los destellos de la hoguera. Alguien la habría apagado. Todos se habían ido. Solo quedábamos Greta y yo.

Me guardé en el bolsillo sus gafas sucias y la linterna, y una vez más intenté despertarla. La sacudí por los hombros.

—Greta Michelle Elbus. ¡Des-pier-ta!

Parpadeó y se retorció para zafarse de mis manos.

En circunstancias normales, daría cualquier cosa por encoger, por ser menuda y delicada como Greta, pero esa noche, bajo aquel cielo casi sin luna, me alegré de ser fuerte y voluminosa. Arrastré a mi hermana hasta el tronco del árbol y la incorporé, sentándola con la espalda contra el arce. Me colgué la mochila solo de un hombro. Luego me puse en cuclillas, dándole la espalda, y pasé sus brazos por mi cuello.

—Uno, dos... ¡tres! —Me eché hacia delante y me levanté, balanceándome.

Tenía las manos flojas, eran las manos de una persona borracha, así que permanecí encorvada para que no se cayera. Recordé cuántas veces había sido al revés, Greta llevándome a espaldas por el patio de casa cuando éramos pequeñas.

No sabía qué iba a hacer cuando llegáramos a casa, solo sabía que tenía que llegar. Mastiqué un trozo de chicle hasta reblandecerlo y luego se lo metí en la boca. Ya sé que es asqueroso, pero era el único modo que se me ocurría para ocultar su aliento. Luego nos fuimos, mi hermana y yo, los lobos a nuestras espaldas. Era como

si fuéramos un cuento, nosotras dos. Un cuento de verdad, no uno que me hubiera inventado.

Caminé, deteniéndome para bajar a Greta unas cuantas veces cuando empezaba a cansarme. Avancé por el bosque todo lo que pude antes de salir en Evergreen Circle, donde sabía que podría atajar entre la casa de los Morellis y la de los Klein hasta Young Street, que conectaba con nuestra calle. Allí, en aquel tramo de césped con hierbajos entre las dos casas, Greta me susurró algo en la nuca.

—¿Te acuerdas de las sirenas invisibles? —Su voz sonaba ronca y cansada, como si fuera otra persona, no Greta. Me costaba respirar e hice un alto para tomar aliento.

Asentí. Me acordaba. En Queens había un sitio de peces tropicales, la Gruta de Neptuno. Una sala enorme y oscura, como un almacén. Peceras apiladas casi hasta el techo, por encima de nuestras cabezas. Cirujanos amarillos, colas de lira, peces arcoíris esmeralda, guramis besucones.

Greta me agarraba de la mano y corríamos por los pasillos. Nos inventamos la historia de que todos los peces estaban atrapados, pero nosotras éramos libres dada nuestra condición de sirenas invisibles. Teníamos que escondernos, aunque nadie nos estaba buscando. El dueño de aquel local era amigo de mi abuelo, por eso, aunque ya no vivíamos cerca de Queens, mi padre seguía llevando la contabilidad de la tienda.

—¿Te acuerdas del sitio azul? ¿Del cuartito azul? —murmuró Greta.

Asentí. Era el vivero de peces, donde guardaban los ejemplares recién nacidos.

Me dolía la espalda y quería bajar a Greta al suelo. Estaba despierta, ya podía mantenerse en pie. Podría dejarla en el bordillo y charlaríamos sobre las sirenas invisibles. Pero si lo hacía, se estropearía el momento. En cuanto viera mi cara, mi hermana se acordaría de ser mala. Se acordaría de quién era.

—¿Qué pasa con él? —dije.

—No sé, es que a veces... a veces pienso en cómo eran las cosas antes.

Estuve a punto de decirle que las cosas podían volver a ser así. Que si dejaba de ser tan mala todo podría volver a ser como antes. Pero no lo dije. No estaba convencida de que fuera cierto. Así que solo dije:

—Igual podemos intentar ir algún día.

—Sí, podemos. ¿Verdad que sí?

En mi estómago sentí cuánto la echaba de menos. A la auténtica Greta, la de antes.

—Greta —noté que movía la cabeza—, ¿qué quería el otro día el señor Nebowitz?

Sabía que preguntárselo era arriesgado. Se soltó de mi espalda y bajó a trompicones la calle. Se ciñó el abrigo y miró al suelo.

—Nada —masculló—. No quería nada.

—¿Intentó...? —Le lancé una mirada que sugería lo que ella necesitaba que sugiriese.

La idea pareció hacerle volver en sí.



—Ay, June, no seas tan guarra —dijo, y agitó la mano en una especie de gesto borracho.

—Bueno, entonces ¿qué?

Me miró fijamente y de repente esbozó una enorme sonrisa recelosa.

—Oportunidades, June. Oportunidades a porrillo.

Luego se dio la vuelta y se encaminó calle abajo hacia casa. Al cabo de unos segundos se detuvo y se giró hacia mí, pero tan deprisa que perdió el equilibrio. Acabó agarrándose al buzón de una casa para mantenerse en pie. Cuando se estabilizó, se centró en mí.

—¿Sabes lo que me dijo Megan cuando le conté que mi tío había muerto de sida? Venga, adivina.

—Vamos, Greta. Tenemos que irnos.

—No, esto es lo mejor, June. Te va a encantar. Megan me miró toda seria y dijo: «Vaya, eso sería un tema fantástico para tu trabajo de acceso a la universidad. Tienes un pie dentro con algo así».

Y rio y rio. Se sentó en la calle temblando de risa, hasta que empezó a toser y toser.

—Venga —dije.

—Pero es divertido, ¿verdad? ¿A que sí?

—Sí, claro, muy divertido. Desternillante. —Le tendí la mano para levantarla, pero me rechazó. Dejó de reír y de repente su rostro se puso serio.

—¿Crees que no quería ir a casa de Finn porque no me importaba? ¿De verdad piensas que una persona a la que conozco de toda la vida se está muriendo y a mí no me importa?

Y sin esperar respuesta, se levantó del bordillo, agitó el brazo desdeñosa y echó a correr. Observé cómo se alejaba a trompicones, a punto de desplomarse, haciendo eses de camino a casa.

El fresco aire nocturno reanimó a Greta lo suficiente para subir a su cuarto sin caerse, ponerse el pijama y meterse en la cama.

Me cambié la ropa, que olía a humo, y luego bajé a decir a mis padres que todo iba bien.

—¿Sabes una cosa, June? —dijo mi madre—. No te puedes imaginar cuánto me alegra que volváis a hacer cosas juntas.

Me pareció que incluso asentir con la cabeza habría sido una especie de mentira.

## VEINTITRÉS

Esto era lo que había en aquella bolsa que me dio Toby: cuatro casetes del *Réquiem* de Mozart y una nota.

Subí disparada a la cama y pegué la oreja a la pared. Cuando Greta y yo estamos en la cama, nuestras cabezas quedan de lado. Si no hubiera pared, estaríamos tumbadas una junto a la otra. Escuché con atención para asegurarme de que mi hermana estaba dormida y, al no oír nada, abrí mi mochila y volqué las cintas sobre mi cama. Las reconocí al instante.

Eran las de aquel domingo en que Finn me llevó a la sección de música clásica de Tower Records en la calle Cuatro; compró cuatro versiones diferentes del *Réquiem* para que decidiéramos cuál era la mejor. Yo ni siquiera sabía que hubiese distintas versiones hasta que él me lo enseñó.

Dijo que sería como el Desafío Pepsi: tendríamos que elegir sin saber qué versión era cada una. Tuve el mal presagio de que todas me sonarían igual y quedaría como una estúpida delante de Finn, pero no sucedió así. «Te sorprenderá lo diferentes que son todas», dijo con una ligera media sonrisa, y comprendí que me había leído el pensamiento.

Volvimos a su casa en taxi, y cuando llegamos preparó té en su tetera rusa y sacó un platazo de pistachos rojos. Luego apartó la mesita de café a un lado para que nos tumbáramos de espaldas sobre su hermosa alfombra turca. Y a continuación escuchamos.

Había dos versiones tan distintas que me enfadé. Hasta tenían finales diferentes. Finn me explicó que se debía a que Mozart había muerto antes de terminar el *Réquiem*, y que incluso hoy en día la gente discute sobre qué partes no fueron escritas por él y cómo deberían ser esas partes. Pero a mí no me importaba. Simplemente, me sonaba mal. Ni siquiera las otras dos eran tan buenas como nuestra vieja versión, la que escuchábamos la mayoría de las veces, y así se lo dije.

Pareció quedarse un poco triste después de aquello. Me dio unas palmaditas en la espalda y me dijo que me entendía. Que normalmente la primera versión que escuchas es la que amarás el resto de tu vida.

Lo otro que había en la bolsa era una nota. Esto es lo que ponía:

Querida June:

Si estás leyendo esto, eso significa que nos hemos encontrado en la estación, y quiero darte las gracias por haber venido. Así que... ¡gracias!

Tengo que admitir que eché un vistazo a esa bolsa y vi las cintas, lo que me hizo pensar que probablemente existen muchas cosas sobre Finn que tú conoces y yo no, y muchas cosas que yo sé y tú no. Hay miles de historias que nos podríamos contar el uno al otro. Pero luego pensé que lo más probable es que eso no vaya a suceder.

De cualquier modo, todo sigue igual, por si te interesa. La misma dirección, el mismo número de teléfono. Igual que el de Finn. No salgo demasiado. Por lo general, estoy aquí.

Con cariño,

Toby

Después de leer la nota, esparcí sobre la cama todo el dinero que me había dado. Había billetes de un dólar, de cinco, de veinte e incluso de cincuenta. Sumaba un total de 763 dólares, más de lo que había tenido en toda mi vida. Me sentí como una ladrona con toda esa pasta. Como una ladrona en segundo grado, por decirlo así, pues estaba claro que el auténtico ladrón era Toby.

Lo metí todo al fondo de mi armario, junto a la tetera y la primera nota de Toby, y luego me quedé dormida. La cama estaba calentita y perfecta, y había sido un día muy, muy largo. Probablemente, el más largo de mi vida. Tenía la sensación de haber dado con la prueba de que los días no duran siempre lo mismo, de que no todo el tiempo tiene el mismo peso. La prueba de que hay mundos y mundos y más mundos por encima de otros mundos, si tú quieres que existan.

## VEINTICUATRO

—Échale un vistazo a esto. —Mi padre le enseñó una página del *New York Post* del domingo a mi madre, que estaba junto a la encimera de la cocina troceando champiñones para las tortillas.

—¿Qué es?

—Tú míralo.

Mi madre se secó las manos en un trapo y se asomó por encima del hombro de mi padre. Él levantó el artículo. Al leerlo, se le formaron arrugas en la frente y se apartó.

—No, gracias —dijo.

—Pues da que pensar —comentó mi padre.

Greta todavía dormía así que solo estábamos él y yo en la mesa, esperando nuestras tortillas. A los dos nos gustaban las de champiñones y queso suizo. Yo bebía a sorbitos mi zumo de naranja en un vaso de mermelada Welch's viejo y rayado, que aún conservaba cachitos del traje de cavernícola naranja de Pedro Picapiedra.

—¿Qué es? —pregunté.

—Nada que te interese —dijo mi madre.

Mi padre me hizo un gesto de impotencia dando a entender que si por él fuera, me dejaría ver el periódico.

—Tiene catorce años, Danni.

—No me importa. —Mi madre le arrebató el diario—. Ya está bien.

Me acabé el zumo.

—No soy un bebé —dije en apoyo de mi padre.

Mi madre suspiró y dejó el cuchillo. Me observó de arriba abajo y suspiró de nuevo.

—Ya lo sé, Junie, ya lo sé. —Miró el periódico, y luego a mí otra vez—. Toma —dijo, y me lo tendió.

Me esperaba otro artículo sobre el retrato, no un titular sobre un soldado que se lo había montado con un hombre y una mujer a la vez, aun sabiendo que tenía el sida. Ahora los tres tenían la enfermedad, y el soldado seguramente acabaría en la cárcel.

—¿Y bien? —dijo mi padre.

—No sé.

—Ese tío... ese Toby. Da que pensar. —Mi padre no me miraba a los ojos.

—¿Crees que debería ir a la cárcel? —Me acordé del tren. De que me había traído las casetes desde la ciudad. No parecía tan mala persona.

—Pues claro que debería ir a la cárcel. Es un asesino. —La voz provenía de la puerta. Greta estaba allí, apoyada en el marco. La noche anterior había ido a un ensayo y aún tenía manchas grises de maquillaje alrededor de los ojos, lo que le daba aspecto de demonio. Me miró directamente—. ¿No te parece?

—Supongo.

—¿Supones?

No sabía qué decir. Greta no había hablado conmigo desde la fiesta, dos días atrás. Ahora estaba con una taza de café en la mano, creyéndose muy guay. Apenas hacía un par de semanas que había empezado a beber café, pero actuaba como si llevara toda la vida tomándolo.

—¿Por qué tenéis que convertirlo todo en una discusión? —terció mi madre.

Greta se limitó a esbozar una sonrisa de suficiencia.

Más tarde, ese mismo domingo, ambas estábamos sentadas a la mesa de la cocina, terminando nuestros deberes. Nevaba, aunque no mucho, y mi madre nos había preparado chocolate caliente. Merodeaba por la cocina como a la espera de que sucediera algo. Lo hacía con frecuencia desde la muerte de Finn. Una vez, cuando no sabía que la estaba mirando, vi cómo levantaba el teléfono, se lo llevaba a la oreja y se quedaba así, esperando. No marcó. Ahora estaba allí parada, mirando fijamente la tostadora.

—Chicas —dijo pasado un rato. Levantamos la vista—. Esto es para vosotras. —Nos enseñó dos sobrecitos marrones, uno con mi nombre y el otro con el de Greta.

—¿Qué hay dentro? —preguntó mi hermana.

—Unas llaves. —Mi madre puso un sobre en la mano de cada una—. Si vais al Banco de Nueva York en North Street, podréis ver el cuadro cuando queráis. Las dos.

Rasgué el sobre y dejé caer la llave en la palma de la mano.

—Caja número dos nueve seis tres. Solo tenéis que decirles eso. Entonces lo sacarán, lo llevarán a una sala privada y podréis tomaros todo el tiempo que os apetezca.

—¡Ja, ya pueden esperar sentados a que yo vaya! —refunfuñó Greta.

—Nadie está diciendo que tengas que ir, Greta, pero es tu cuadro. Tuyo y de June, y tenéis derecho a verlo siempre que queráis. Eso es todo.

Volví a meter la llave en el sobre. Pensé en guardarla en el fondo de mi armario, con las notas de Toby, la tetera y las cintas del *Réquiem*. Pensé que nunca iría a ver el retrato, aunque no estaba segura.

Greta se acabó su chocolate, dijo «¡En fin!», recogió su llave y salió de la cocina sin mirarme.

Después de la cena, cuando ya todos se habían olvidado del periódico, busqué la

página en que salía aquel soldado. La volví a leer y lo odié. ¿Cómo podía alguien ser tan egoísta? Nunca me subiría a un tren con alguien así. Nunca aceptaría un pastel de su mano.

Doblé el artículo, lo metí en un sobre y escribí el nombre de Toby y la dirección de Finn. Saqué un sello del cajón del salón y lo pegué. Me quedé mirándolo. Podía enviarlo así sin más, pero no lo hice. Escribí mi nombre y mi dirección en la esquina derecha. Quería que él supiera que lo enviaba yo.

Unos días más tarde recibí una carta. Normalmente era la primera que miraba el buzón, pero Toby no lo sabía, así que se había preocupado de camuflarla bien. El sobre era grande y marrón y tenía un remite de la Liga de Jóvenes Halconeros mecanografiado, lo cual me hizo sonreír, pero solo por un segundo, ya que me molestó que Finn le hubiera contado lo de la cetrería. Al principio casi pensé que era publicidad, pero mi nombre y la dirección estaban escritos a mano. Contenía unos papeles en blanco, para hacer más grueso el sobre y que pareciera real, y solo un folio escrito.

Querida June:

Así no fue como sucedió. Te lo juro.

Espero que esto sirva de algo.

Toby

## VEINTICINCO

En los Cloisters hay una talla que Finn me enseñó la primera vez que me llevó allí. Es la Virgen María con una cara muy simple hecha de madera de abedul. Está sentada, y su expresión no es exactamente de tristeza, pero tampoco sonríe. Es robusta y fuerte, y sobre su regazo hay algo que parece una muñequita calcada de sí misma. Pero no lo es. Es el Niño Jesús, y ella lo sostiene con las dos manos, como si fuera un libro. Lo primero que llama la atención de esa figura es que al Niño Jesús le falta la cabeza. En su lugar, hay un palito de madera astillada que asoma del cuello. El Niño Jesús tiene un libro entre las manos, y su madre mira al frente como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que su hijo ha perdido la cabeza. O quizá es porque lo sabe muy bien, pero reta a cualquiera a mencionar el tema. O quizá no sea ninguna de esas cosas. Quizá ese gesto firme en su rostro está ahí porque, de algún modo, ya sabe todo lo que va a sucederle a su pequeño.

Finn y yo estábamos mirando esa escultura por enésima vez, escuchando cómo la lluvia repicaba en el viejo patio de piedra.

—Me gustaría pintar un retrato —dijo—. De vosotras dos. Greta y tú juntas.

—¿Por qué?

—Sin más. Porque ya tenéis edad para un retrato y hace mucho que no pinto uno.

—Ladeó la cabeza y cerró un ojo para mirar mejor la talla.

—¿Trece años es una buena edad para un retrato?

—Pues claro —dijo, dirigiendo su ojo entornado hacia mí—. Es el momento justo antes de que te dejes arrastrar por el resto de tu vida.

—¿Y qué pasa con Greta?

Finn se rio.

—Bueno, tendré que intentar capturarla antes de que se la lleve del todo.

La verdad es que no me apetecía estar en un retrato. Aunque lo hiciera Finn y supiera que sería genial. Pero asentí de todos modos.

—¿Cuánto te llevará? —pregunté.

—Bueno, eso depende.

—¿De qué?

Finn miró de nuevo la escultura de la Virgen. Luego la señaló.

—¿Cuánto tiempo crees que costó hacerla a ella?

No lo sabía. No era una talla muy refinada. No tenía muchas líneas ni era complicada, pero poseía cierto sentimiento. Daban ganas de quedarse mirando su

cara. Podría haber llevado un día o un año hacer algo así.

Me encogí de hombros.

—¡Exactamente! —dijo Finn—. No se sabe hasta que empiezas.

—Sí, claro. No sé, todavía no sé.

—Venga, cocodrilo. Déjame hacerlo por ti. Por ti y por Greta.

Y puso esa cara de pena que era capaz de poner cuando quería. Y me llamó cocodrilo, lo que me hizo sonreír para mis adentros.

—Vamos a sentarnos en el patio —propuso—. He traído dos latas de té frío. Puedes pensártelo.

Aquel día Finn parecía de muy buen humor. Me recordaba a cómo te sientes justo después de terminar uno de esos puzzles gigantes, esos que tienen miles de piecitas que parecen todas iguales. Esa era la clase de felicidad que Finn parecía sentir aquel día.

—De acuerdo —dije—. Ahora mismo salgo contigo.

Me quedé un minuto más con la escultura, mirando principalmente al Niño Jesús descabezado y preguntándome donde estaría su cabeza. Preguntándome si a Jesús y María les apeteció alguna vez ser arte. Apuesto a que no. Me parecía que ser arte era como tener una enfermedad. De repente, te convertías en un espécimen sobre el que hablar, analizar, especular. No quería que la gente me mirara e intentara adivinar qué estaría pensando. «Observen a la chica más grande, la de las trenzas. Fíjense en lo obvio que resulta que está enamorada del artista. Qué triste. Qué patético.» No necesitaba eso para nada.



## VEINTISÉIS

La siguiente ocasión en que vi a Toby, me estaba esperando a la salida de mi instituto. Estaba sentado en el capó del mismo coche azul al que había subido el día del funeral, y de repente caí en que era el mismo que solía ver aparcado delante del edificio de Finn. Siempre había creído que era el coche de mi tío, porque a veces él bajaba y sacaba cosas del maletero, como lienzos o, una vez, un chubasquero verde.

Cuando Toby me vio, se incorporó y comenzó a agitar sus largos brazos como si fuera un náufrago o algo así. Una sensación de alfileres y agujas me recorrió la espalda porque, aunque sabía que estaba mal, me sentí como emocionada al ver que había venido a buscarme.

Era un día fresco y despejado. Acababa de sonar la campana y los chicos salían en manada por las puertas. Por un segundo, pensé en caminar en la dirección contraria, pero tenía que conseguir que Toby dejara de hacerme gestos. No quería imaginar lo que sucedería si Greta lo veía allí, saludándome como si fuéramos amigos íntimos. Eché un vistazo rápido a mi atuendo: mis botas de Finn (bien), una falda larga de pana negra (dudoso) y un jersey granate que mi madre decía que era tres tallas más grande que la mía (bien). Lancé una nueva mirada a mi alrededor y luego corrí hacia el coche, con la cabeza gacha, intentando actuar con la mayor normalidad posible.

Cuando llegué a su lado, Toby metió mis manos entre las suyas como si fuéramos primos que llevan tiempo sin verse.

—Fantástico, June. No pensé que sería tan difícil encontrarte —dijo—. Venga, sube.

Permanecí junto al coche, mirándolo de arriba abajo. Mi cabeza me decía que no debía subirme a un coche con un casi completo extraño, pero mi corazón decía: ¿Y si dentro hay un lápiz caído en el suelo, o una caja perdida de regalices Good & Plenty, o una brizna de pelo rubio, o la marca de Finn en el asiento donde se sentaba? ¿Y si aún queda ahí dentro un único átomo del aire que mi tío respiraba?

Seguía mirando el coche cuando Toby subió. Alargó el brazo sobre el asiento del copiloto, quitó el cierre y me abrió la puerta. Miré hacia atrás. Había chavales cerca, pero no distinguí a nadie a quien pudiera importarle lo que yo hacía. Así que lancé mi mochila dentro y subí.

Olía a tabaco y a frutas del bosque. Frutas del bosque artificiales del chicle que Toby estaba masticando. Llevaba una chaqueta de *tweed* demasiado pequeña, y por

debajo una camiseta verde con grandes cactus estampados. Se veía que esa camiseta la había hecho Finn, y debí de quedarme mirándola embobada, porque Toby se ciñó la chaqueta.

Me dedicó una sonrisa pícaro y asintió.

—Sabía que no llamarías.

—Bueno...

—No, no; no te preocupes. Lo entiendo. Para ti no soy más que un extraño. Es culpa mía.

Le ofrecí a Toby un gesto con el ceño levemente fruncido.

—Bueno..., yo también soy una extraña para ti, ¿no? Así que, ¿qué más da?

—Claro que lo eres —dijo, y me miró unos segundos, como pensándose si añadir algo. Luego sonrió y movió la mano en el aire—. Tienes razón. Pero, como dices, ¿qué más da? —Buscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó un chicle y me lo ofreció.

—Gracias.

Él miró por la ventanilla.

—Supongo que no ha sido una buena idea... Presentarme aquí, me refiero.

Me encogí de hombros.

—Eres un adulto. Puedes ir donde te dé la gana. —Me arrepentí nada más decirlo. Era algo tan infantil... Esperé a que Toby me dejara en evidencia, pero lo que hizo fue sonreír. Luego se volvió a mirarme.

—Está bien, y tú ¿qué?

—¿Y yo qué?

—Que si tú también puedes ir donde te dé la gana.

Bajé la vista a mi mochila. El corazón se me aceleró. Toda esta historia era ajena a mi vida normal. Allí estaba, en el viejo coche de Finn con ese novio suyo al que toda mi familia parecía odiar. Allí estaba, haciendo algo malo, malo de verdad. Pero cuando alcé la vista, me encontré con la sonrisa cálida de Toby, sus ojos castaños, y un gesto que de algún modo me decía que, si yo respondía que sí, todo iría bien. Pero ¿cómo iba a ir bien? Miré el coche, y al principio no distinguí ningún indicio de Finn. Repasé el salpicadero, el volante y el suelo. Luego me fijé en la palanca de cambios y una sonrisa me iluminó el rostro: pegada encima de la palanca había una manita azul. La mano diminuta de un pitufo. Estiré el brazo y posé un dedo encima. Ahí había algo de Finn que no había visto nunca. Eché un vistazo a Toby y pensé que aquello debía de ser solo el principio. Seguramente habría cientos de cositas como esa — miles, tal vez—, y Toby era mi medio para descubrirlas. Así que asentí con un ligero movimiento de la cabeza.

—Pues claro que puedo —dije—. ¿Por qué no voy a poder ir donde quiera?

La sonrisa de Toby se ensanchó y dio unas palmaditas en el volante como si fuera la mejor noticia que hubiera recibido en años. Y eso me sentó bien, hacer feliz a alguien. No hay mucha gente que se entusiasme tanto con un simple gesto de mi cabeza.

Por la ventanilla vi a Diane Berger, que iba a mi clase de matemáticas, avanzando por el aparcamiento en nuestra dirección. Me hundí en el asiento.

—Oye —dije—, ¿podemos ir a algún otro sitio?

—Sí, claro. —Toby arrancó el coche y las ruedas rechinaron al apartarse del bordillo. Me hundí más todavía en el asiento y él rio—. ¡Uy!

Atravesamos el centro de la ciudad. Dejamos atrás la iglesia luterana y el 7-Eleven y salimos a Youngstown Road. Toby tomó la vía rápida Taconic en dirección sur.

—Bueno..., estaba pensando... ¿qué te parece ir a Playland?

—¿Playland? ¿El parque de atracciones? —dije.

—Sí, pero no a las atracciones. Hay más cosas.

—¿Como qué?

—Ya lo verás.

La Taconic es una carretera muy estrecha y Toby no era un conductor demasiado bueno. Iba a toda velocidad, y tan pegado al guardarraíl que varias veces tuve que cerrar los ojos. Me agarré con fuerza al asiento. No llevaba reloj ni dinero. Lo único que tenía era mi mochila, con mi libro de geometría y un comentario de texto muy corto sobre *Matar a un ruiseñor* con el que había sacado un notable alto.

Una lista de las preguntas que quería hacerle a Toby empezó a formarse en mi cabeza, pero cuando lo miré, dispuesta a empezar, comprendí lo estúpida que iba a sonar. Ya tendría que conocer las respuestas. Se suponía que alguien debería haberme contado esas cosas. Entonces recordé el artículo que le había enviado a Toby, y allí, sentada en el pequeño coche con él, sentí vergüenza por haber hecho algo así.

—Lamento lo del artículo. Estuve mal.

Los dedos alargados de Toby aferraron el volante con más fuerza.

—No fue así como sucedió —dijo—. Solo quiero que lo sepas.

Pensé en preguntarle cómo había sucedido exactamente, pero creo que no me apetecía oír la respuesta. Así que cambié de tema.

—¿Este coche era de Finn? —Me pareció una pregunta bastante sencilla, pero Toby tardó en contestar.

—Bueno, supongo que fue él quien lo compró —dijo por fin—. Pero principalmente era mío. Finn no sabía conducir. ¿No lo sabías?

Intenté ignorar ese «¿No lo sabías?», aunque me sentó como si me clavaran un alfiler.

—De modo que eras tú el que conducía —dije—, si los dos salíais juntos por ahí. Toby asintió.

—Sí. Bueno..., técnicamente, no tengo un permiso de conducir americano, pero sé conducir. No tienes que preocuparte.

—No estoy preocupada. Era solo una pregunta.

Pasé la mano por el asiento bajo mis piernas. Finn se sentaba justo ahí. Sus dedos se habrían agarrado con fuerza al asiento en el mismo sitio que yo tocaba. Me

entraron ganas de husmear en la guantera, pero no sería correcto, así que bajé mi ventanilla. El cielo lucía tan radiante y ahí iba yo, en coche por la carretera con Toby, sin que nadie en el mundo supiese dónde me encontraba. Quería tocar el viento.

—Eres inglés, ¿verdad? —pregunté.

Toby respondió, pero con tanto viento no le entendí, por lo que subí la ventanilla.

—¿Qué?

—Solo una mitad.

—¿Y la otra mitad?

—Mi madre era española.

—Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Tus ojos. Son muy oscuros.

—Ojos de chucho mestizo.

—No —dije. Miré por la ventanilla unos segundos y sin girarme añadí—: A mí me gustan.

No sé por qué dije eso. Yo nunca digo cosas así. Me estiré el jersey por debajo de las rodillas. Miré a Toby y lo pillé sonriendo, aunque intentaba ocultarlo.

Nos metimos en la 287, una carretera más ancha que no daba tanto miedo como la Taconic. Agarré con menos fuerza el borde del asiento. Toby aceleró y, sin poner el intermitente, se cambió al carril izquierdo para adelantar a un gran camión de supermercado.

—¡Eh! Te he traído una cosa. Mira en el asiento de atrás.

Me di la vuelta. En el asiento había una carpeta negra.

—¿Esto?

—Sí —dijo, apartando la vista de la carretera.

—¿Qué es?

—Tú mira.

Abrí la carpeta lentamente, separando con cuidado las tapas y preparándome para lo que pudiera encontrar dentro. Al instante vi que eran bocetos. Los bocetos de Finn. Miré a Toby. Sonrió y señaló la carpeta con la cabeza.

—Adelante —me animó.

La primera página estaba llena de dibujos de rodillas a lápiz. Rodillas con un trocito de pierna por encima y por debajo, cada una orientada en una dirección ligeramente distinta. Cada boceto solo contenía unos pocos trazos, pero aun así eran mejor que cualquier cosa que yo pudiera dibujar. La siguiente hoja estaba repleta de codos; unos estirados, otros doblados. Luego una boca. *Mi boca*. Me di cuenta tras un par de segundos. Regresé a las rodillas y los codos, y después de un segundo vistazo resultó evidente que también eran míos. Míos y de Greta. Pasé más rápido las páginas. Estaba el dobladillo de la falda de Greta, la fina punta de mi oreja asomando entre el cabello, uno de los ojos oscuros de Greta con la curva de su ceja. Todo éramos nosotras. Cada folio contenía un pequeño detalle del retrato. Greta y yo

cortadas en trocitos y metidas en una carpeta.

Seguí repasando los papeles. Llegué a un boceto donde el espacio entre mi brazo y el de Greta, el hueco que había entre nosotras, estaba oscurecido. Finn lo llamaba el espacio negativo. Siempre intentaba hacerme entender eso del espacio negativo. Y yo lo comprendía, podía entender sus explicaciones, pero no lo veía de modo natural. Tenía que recordarme que lo buscara. Que viera eso que está ahí pero sin estar. En este dibujo, Finn había coloreado el espacio negativo y tenía forma de cabeza de perro. No, claro, de cabeza de lobo, erguida, la boca abierta y aullando. No era evidente ni nada de eso. El espacio negativo era algo así como las constelaciones. Esa clase de cosas que tienen que explicártelas para que las veas. Pero Finn lo hacía con mucha habilidad. Estaba todo en el modo en que colgaba la manga de Greta y cómo se doblaba mi hombro. Tan perfecto. Casi hacía daño mirar ese espacio negativo, porque era muy inteligente, el tipo de cosa que solo se le ocurriría a Finn. Pasé el dedo por los bastos trazos de lápiz, y deseé que hubiera algún modo de hacer saber a Finn que lo había visto. Que sabía que había colocado a ese animal secreto justo entre Greta y yo.

Miré a Toby. Había puesto una cinta de Johnny Cash y estaba cantando las dos partes de *Jackson*. Pensé en enseñarle el lobo, pero me contuve. Finn seguramente ya se lo habría enseñado. No sería ninguna novedad para él.

No hablamos mucho el resto del trayecto. El coche dejó atrás las salidas de White Plains y Harrison, y aunque ya había pasado por esos sitios cientos de veces, aquella tarde me resultaban extraños y desconocidos. Había sido un día normal de instituto en el que estaba a punto de subir al autobús de vuelta a casa, y de repente ahí estaba, en el aparcamiento del Playland con un tipo con chaqueta de *tweed* que masticaba chicle de frutas del bosque.

Había muy pocos coches y encontramos un sitio libre cerca de la entrada. La chaqueta de Toby se había arrugado de conducir y se la alisó con ambas manos. Al mirarlo a cielo abierto, pensé que tenía más o menos el mismo aspecto de la última vez, excepto quizá en sus ojos, que parecían un poco más grandes.

Toby pagó por los dos, lo cual estuvo bien porque yo no llevaba ni un centavo. Junto a la taquilla había una fuente enorme y ruidosa. Él la miró y luego se acercó a mí, agachándose.

—Lo que quiero enseñarte está justo al final. Prométeme que te gustará, ¿vale?

—No puedo prometer eso.

Sonrió.

—Claro que no. Buena respuesta.

Recorrimos la avenida principal, que se llama Knickerbocker Avenue. Pasamos delante de todas las atracciones en que ya me había montado con Greta. Los columpios voladores, la vieja y desvencijada montaña rusa del Dragón Coaster, el Scrambler, la Araña. Greta siempre quería montar en las cosas más rápidas y que más miedo daban. Yo estaba obligada a subirme con ella, aunque me mareaba más que

otra cosa.

Seguimos caminando, y aunque ese día casi no había nadie en Playland, todo el parque olía a palomitas y algodón de azúcar, como si alguien estuviera preparando esas cosas solo por el olor. Solo para que la gente supiera que se suponía que era un lugar para divertirse. Pasamos junto a una fila de máquinas de bolas y por los puestos de tiro donde había muñequitos de palurdos con pinta tétrica que salían de barriles. Toby señaló un pasillo estrecho a la derecha.

—Por aquí —dijo—. Finn me contó que te gusta la historia, el pasado y todo eso, así que...

Una vez más, esa desagradable sensación de que Toby sabía muchas cosas sobre mí, mientras que yo apenas nada sobre él. No parecía justo. En absoluto. Cada vez que pensaba en ello, en Toby y Finn hablando a mis espaldas, sentía un ardiente brote de rabia en el pecho.

Toby se detuvo delante de una taquilla con el nombre «Imágenes de época» pintado en un cartel colgado. El camino que conducía hasta allí estaba flanqueado por tablones de corcho con fotos en tonos sepia de gente vestida con ropas antiguas. Había retratos de familias enteras, o solo de niños, y alguno que otro de un hombre o una mujer solos. Algunos llevaban atuendos del Lejano Oeste. Había un tío con un uniforme de la guerra de Secesión que estaba sentado con el ceño fruncido y con un rifle y una bandera confederada en las rodillas. Y también una mujer en pie detrás de su hija, las dos apretadas en ceñidos vestidos victorianos. Algunas fotos daban el pego, porque no se apreciaba que esa gente no pertenecía al pasado. En otras, resultaba evidente. No por los peinados ni nada, a veces era solo una sonrisita burlona lo que los delataba.

—¿Qué? ¿Qué me dices? —Toby parecía nervioso, como si de repente se hubiera dado cuenta de que ese era un sitio raro para traerme.

Había visto sitios de fotos como ese antes, muchas veces, pero nadie de mi familia estuvo nunca interesado en entrar.

—No salgo bien en las fotos —dije.

—Seguro que sí. He visto el retrato.

—Eso es distinto —dije. Y lo era. Un retrato es una foto donde alguien puede elegir tu aspecto, cómo quieren verte. En cambio, una cámara te capta tal como estás cuando hace clic.

—No lo será —dijo. Se puso detrás del tablón de fotos para que no pudiera verlo—. Si quieres —añadió—, podemos entrar juntos.

Meneé la cabeza. Pero entonces lo pensé. La verdad es que resultaría menos embarazoso si no estuviera yo sola sentada como una palurda. Ni siquiera sabía qué hora era, y no tenía ni idea de si alguien en casa se habría dado cuenta de mi ausencia, pero de repente me apetecía hacerlo de verdad.

—Está bien. Supongo que sí. Si tú quieres.

—¿Perdón?

—Vale. Los dos.

La cabeza de Toby asomó por encima del panel.

—Magnífico —dijo sonriendo.

Una mujer que rondaría los cincuenta, con sombra de ojos en tres tonos diferentes de azul, estaba sentada en un taburete dentro de la taquilla. Leía la revista *People*, que traía una foto de Paul Hogan, el de *Cocodrilo Dundee*, en la portada. Cuando oyó a Toby dejó la revista, doblando la página para marcarla.

—Dos, por favor.

—¿Dos?

—Sí. Los dos queremos sacarnos unas fotos. —Toby le dedicó la misma sonrisa que acababa de mostrarme a mí. Una sonrisa de niño. Así es como la definiría.

La mujer lo miró, y luego a mí. A continuación, volvió a mirar a Toby con más seriedad, como evaluándolo, intentando adivinar algo en él. Pasados unos segundos, pareció decidirse. Abrió un cajón y sacó una lista de precios.

—Está bien, a ver, le sugiero que eche un vistazo a nuestros disfraces. Puede probarse algunos y luego me dice cuál quiere, ¿de acuerdo? Hay muchas cosas para hombre y mujer ahí dentro.

Los dos asentimos. La mujer abrió una puerta batiente que había al fondo de la cabina.

—¿Te has fijado? —susurró Toby.

—¿En qué?

—Creo que esa mujer nos ha tomado por una pareja.

—Qué asco —dije.

No sé cuánto tiempo pasamos revisando los disfraces. Me puse un vestido victoriano y otro medieval. Me quedaban bien, pero al final me decidí por uno isabelino color rojo rubí y oro. Era muy escotado, pero como casi no tengo tetas, no resultaba muy embarazoso. Toby se decidió por un uniforme de la guerra de Independencia. Era azul, y cuando le comenté que el azul era el color de los americanos, dijo que no le importaba. Además, dijo, la foto sería en blanco y negro, así que nadie se iba a dar cuenta. Pensé que realmente parecía un soldado con ese uniforme. Como alguien que ha visto todo tipo de cosas terribles. Se quedó junto a la pared, con el fusil de mentira al hombro.

Esperamos a que la mujer preparara el equipo. Montó un trípode y luego nos miró con mala cara.

—Creo que no lo han entendido —dijo.

—¿Perdón?

—A ver, tienen que ajustarse a una época. No pueden ir combinando épocas diferentes, ¿comprenden?

—No pasa nada —dijo Toby con calma—. Sabemos lo que hacemos.

—Señor, no me entiende —repitió la mujer, cruzándose de brazos—. Es que no lo permitimos. No se pueden mezclar épocas, y ya está. Como ya les dije, hay un montón de ropa para chico y chica.

Bajé la mirada a mis pies. Los zapatos isabelinos eran pequeños y se me salían los talones. Noté la mano de Toby posada en mi hombro y me hizo sentir como si estuviéramos juntos en algo. No estaba segura de querer sentir eso con él, pero en aquel preciso momento, con aquella mujer comportándose de un modo tan estúpido, me apeteció.

—Lo siento —dijo Toby—. Quiero decir, discúlpeme, pero si pagamos por la foto, ¿por qué tiene que importar qué disfraces escogemos?

—Para empezar, están los fondos...

—No nos importa si el fondo no pega. Elija uno entre ambas épocas. No nos preocupa. —La voz de Toby había perdido su tono suave, pero la taquillera no iba a ceder.

—Mire, caballero, eche un vistazo a todas las fotos que tenemos expuestas fuera, ¿vale? Dígame si hay una sola en la que se mezclen épocas, ¿vale? Por su acento, veo que es usted extranjero, y no sé cómo se hacen las cosas en su país...

Toby no supo qué responder a aquello. Hubo un silencio. Todos esperamos a que alguien claudicara.

—Ya me cambio —dije por fin, casi en un susurro.

—¿Qué has dicho, bonita? —preguntó la mujer.

—Digo que ya me cambio yo. Me pondré algo de época colonial.

—No, June. Esto es por ti. Buscaremos otro sitio. Tiene que haber un sitio donde podamos hacer lo que queramos.

Pero no había otro sitio. Miré a Toby y tuve el aterrador presentimiento de que nunca conocería a alguien dispuesto a hacer esta estupidez conmigo. Nunca. Y entonces, ¿qué? Entonces, ¿qué iba a ser de mí?

—No —dije—. Quiero hacerlo. —Nos miramos y luego Toby bajó la cabeza.

—¿Por qué siempre tienen que ser así las cosas? Ya lo hago yo, entonces. Dame un minuto que me cambio.

Asentí y Toby desapareció. El traje isabelino no le quedaba bien. Era demasiado corto, y los leotardos hacían que se viese lo delgadas que eran sus piernas. Muy delgadas. Eso me pareció al principio, pero luego volví a mirar. No es que hubiera visto a muchos chicos con mallas. Sobre todo, a chicos escuálidos como Toby. Igual ese es el aspecto que tienen sus piernas. Igual las historias no eran ciertas. Igual solo era un amigo normal y corriente de Finn. Nada especial. Solo normal y corriente, como yo.

La mujer se disculpó por las molestias, y luego nos pidió que fuéramos probando distintas poses mientras realizaba las fotos. En una, Toby puso su brazo huesudo sobre mi espalda y me susurró al oído: «No tengas miedo, June». De vez en cuando me echaba un vistazo con el rabillo del ojo y era como si me conociera desde



siempre, lo cual daba miedo pero, al mismo tiempo, resultaba un poco difícil que no me gustara. Al final, toda aquella historia me pareció tan ridícula que me costó contener la risa.

—¡Listo! —anunció la mujer, y dijo que tendría la foto lo antes posible.

—Después de todo esto, ¿no podemos llevárnosla ahora? —repuso Toby.

—Pues claro que no. Hay que procesarla.

Toby parecía un niño al que acabasen de decir que no podía salir de la zapatería con sus zapatos nuevos.

—Está bien, pero necesitamos dos copias.

La mujer anotó algo en un cuaderno.

—Ningún problema. Por cierto, ¿de dónde son ustedes?

Toby no respondió enseguida. Me miró. Luego entornó los ojos y miró directamente a la mujer.

—De un país muy extranjero —pronunció con voz misteriosa—. Los dos. Somos de muy, muy lejos.

En el camino de vuelta a casa, quedamos en que cada uno le contaría al otro un recuerdo de Finn. Toby me contó la vez que Finn lo convenció para ir a una playa en Cape Cod, a la que mi madre y él solían ir de vacaciones cuando eran pequeños. A Toby se le daba fatal contar historias. Se iba por las ramas, retrocedía para añadir detalles, se trababa con las palabras y hacía largas pausas mientras recordaba cómo habían sucedido exactamente las cosas. Aun así, estaba bien, porque eran historias de Finn que nunca había oído. La anécdota no encerraba ningún significado, pero terminaba con Finn y Toby, los dos tiritando de frío porque Finn quiso pasar la noche al raso en la playa. Al final, hasta me dio un poco de pena escucharla, porque me hizo desear haber estado allí.

Su historia duró gran parte del trayecto hasta casa, así que no hubo tiempo para la mía, de lo cual me alegré. Había conseguido una nueva anécdota de Finn sin tener que ofrecer nada a cambio.

No sabía qué hora era, pero le pedí que me dejara en la biblioteca. Andaría hasta casa desde allí. Nos quedamos parados unos segundos, sin decir nada. No había reloj en el coche, y pensé que igual había encontrado mi burbuja. Una pequeña burbuja azul donde no existía el tiempo y Finn podría estar escondido en la guantera. Me pareció que si abría la puerta, todo reventaría.

—¿Quieres más? —Toby me ofreció un trozo de su chicle y me lo metí en la boca.

—Creo que es bastante tarde. Probablemente me voy a meter en un buen lío.

—Toma, entonces. —Bajó su ventanilla. Sacó un penique del bolsillo de la chaqueta y lo sujetó entre el pulgar y el índice. Luego lo encerró en el puño y lo lanzó al aparcamiento—. Buena suerte. Mira a ver si ha salido cara.

No quise decirle que las cosas no funcionan así. Que las monedas solo te dan buena suerte si te las encuentras por casualidad. Guardé la carpeta de los bocetos en mi mochila y abrí la puerta del coche.

—Bueno, adiós. Y gracias... Supongo que ha sido divertido.

—Ven a verme, ¿de acuerdo? A casa de Finn. Y si necesitas algo, lo que sea...

—Ya me lo dijiste la última vez.

—Y lo decía en serio. De verdad.

Cerré la puerta y crucé el aparcamiento hacia donde había aterrizado la moneda. Sabía que aquello no te daba suerte, pero aun así deseé que fuera cara. Había salido cruz. De todos modos, me agaché y la recogí. Luego me di la vuelta, miré a Toby y le sonreí levantando el pulgar. No tenía por qué saber la verdad.

## VEINTISIETE

Greta era la única que se encontraba en casa cuando llegué. La campaña de la declaración de la renta estaba entrando en su fase dura. «La hora de la verdad», como lo llamaban mis padres, lo que significaba que la mayoría de las tardes no volvían a casa antes de las ocho. Greta, tirada en el sofá, veía un episodio de *Fama* que tenía grabado en vídeo. Leroy estaba de pie con las manos en las caderas, echando la bronca al profesor de ballet como de costumbre.

Ya casi había pasado una semana desde la fiesta, y el tema de lo sucedido en el bosque aún no había salido entre nosotras. Seguía sin saber cómo Greta había llegado hasta mi rincón preferido, pero no podía preguntárselo. No sin desvelar lo que yo hacía en el bosque. A veces la observaba, cuando esperábamos el autobús o durante la cena, intentando adivinar si recordaba algo de lo que había dicho, pero no veía señales de que así fuera. Cuando me oyó entrar aquella noche, sonrió.

—Problema. Gordo.

—¿Qué pasa?

—Bueno, ¿dónde estabas?

—¿A ti qué te importa?

Había algo en haber salido por ahí con Toby, en haberme ido tan lejos de casa sin que nadie lo supiera, que me hacía sentir poderosa. Me planté delante de Greta, y por un momento mi hermana me pareció pequeña y triste. Entonces apagó la tele, se sentó con la espalda recta y, como siempre, recuperó el control de la situación.

—¿Y bien?

—En la biblioteca, ¿vale? Con Beans. ¿Te resulta muy interesante?

Una ancha sonrisa se extendió por su cara, y siguió mirándome como a la espera de que yo comprendiera algo.

—¿Qué pasa? —dije.

—Así pues, ¿hoy era el día de las niñas con pinta de prostitutas en la biblioteca?

—¿De qué hablas?

Volvió a encender la tele, dejó de mirarme y luego dijo: «Bonito maquillaje». Entonces se me cayó el alma a los pies. Todavía llevaba el montón de maquillaje que me había puesto para la foto. No queríamos ponérselo, pero la mujer de Playland había insistido. Toby se quitó el suyo en cuanto terminamos, pero yo no. No es que me gustase cómo me quedaba. Era más bien que me sentaba bien llevar un aspecto distinto al de siempre. Y, lo reconozco, quizá estaba más guapa.

Resultó que mis padres iban a cenar fuera con un cliente, así que me serví un tazón de sopa de pollo y arroz y me senté a la mesa de la cocina. Me costó no volver corriendo al salón y contarle a Greta todo sobre Toby; sabía que la dejaría boquiabierta. Me hubiera encantado contarle que él andaba detrás de mí. Que había venido a buscarme. Quería abrir esa carpeta de bocetos, tirárselos a Greta a la cara y decirle: «Mira, ¿ves? Sé un montón de cosas que tú ignoras».

La sopa estaba caliente y salada, y me la tomé lo más rápido que pude. Luego subí a mi cuarto y encendí todas mis velas. Tenía un conjunto de seis velas eléctricas parpadeantes que estaban muy baratas en los almacenes Woolworth's después de las Navidades. La llama era demasiado anaranjada, pero eran lo mejor que tenía. En mi habitación hay dos ventanas, así que puse una vela en cada una. Apiñé el resto sobre mi mesa. Cuando tenga mi propia casa pondré velas de verdad por todas partes. Candelabros sobre la chimenea, y grandes lámparas de araña llenas de velas colgando del techo. Incluso si acababa en algún pisucho por ahí, lo convertiría en algo de otra época. La gente llamaría a mi timbre y, cuando les abriera, no darían crédito a sus ojos.

Una vez le conté eso a Finn. Estábamos en una exposición de cerámicas turcas del siglo XVI en el Metropolitan. Nos encontrábamos delante de esos portavelas pintados de azul y blanco con tanto detalle, y yo le expliqué exactamente cómo sería mi casa un día. Él se volvió hacia mí sonriendo, sus ojos más azules que nunca, y dijo:

—Eres una romántica, June.

Yo estaba justo a su lado para no perderme ni una palabra de todo lo que sabía sobre la exposición. Al instante, retrocedí un paso y me sonrojé tanto que casi no podía respirar. Me pareció que toda la sangre me había subido a la cara, dejando la piel alrededor de mi corazón completamente transparente.

—No lo soy —protesté. Mantuve la cara apartada, temerosa de que Finn pudiera ver lo avergonzada que estaba. Aterrada de que fuera capaz de leer todos los extraños pensamientos que tenía.

Cuando por fin volví a mirarlo, él puso una mueca divertida, pero un atisbo de preocupación le surcó el rostro. Luego sonrió, como intentando ocultarlo.

—Una romántica, he dicho, no una bobalicona. —Se inclinó como si fuera a darme un codazo juguetón, pero no lo hizo.

—¿Qué diferencia hay? —pregunté con cautela.

—Ser una romántica significa que siempre ves las cosas hermosas. Todo lo bueno. Te niegas a ver la cruda realidad de lo que te rodea. Crees que todo terminará saliendo bien.

Respiré aliviada. Eso no estaba tan mal. Sentí que la sangre iba bajando de mi cara.

—Bueno, ¿y tú? —me atreví a preguntarle—. ¿Eres un romántico?

Finn se lo pensó. Me miró entornando los ojos, como intentando atisbar mi futuro. O eso me pareció. Luego dijo:

—A veces. A veces lo soy, y a veces no.

Saqué la carpeta de bocetos y los fui pasando hasta llegar al del lobo. La tenue luz de mi cuarto parecía destacarlo aún más. O quizá se debía a que ya lo había visto antes y mis ojos sabían cómo llegar al espacio negativo. Repasé el borde con el dedo, adormilándome por momentos.

Aquella noche dormí con la carpeta de bocetos bajo la almohada y las velas eléctricas encendidas, que no dejaron de titilar. Soñé con los lobos del bosque, saliendo del espacio entre Greta y yo. Los vi saltando con gracia del retrato al mundo real. Uno tras otro, se sacudieron su esencia pintada y se volvieron reales, hasta que hubo una manada completa. Una manada entera y hambrienta corriendo sobre el manto de nieve del bosque. Soñé que yo estaba allí. Que podía entender su lenguaje.

«Tú quédate con su corazón —gruñó uno de ellos—. Yo me quedo los ojos.»

Y en el sueño ni siquiera eché a correr. Permanecí donde estaba, esperando a que los lobos me hicieran trizas.

## VEINTIOCHO

Hay dos historias principales en *South Pacific*. Una tiene un final feliz y la otra no. Bloody Mary sale en la parte triste. Promete a su hija Liat con el Teniente Cable, que está en el Pacífico Sur en una importante misión secreta. La muchacha es joven y hermosa, y los dos se enamoran, pero al final el Teniente Cable no se casa con ella porque es polinesia y, en el fondo, él es algo racista.

En la otra trama sale Nellie, una irritante y alegre enfermera americana de Arkansas que se enamora de Emile, un afable francés mayor que ella y propietario de una plantación. El hombre parece bastante majo, y cada vez que veo la obra no consigo entender por qué querría casarse con Nellie, pero supongo que hay que creerse que el amor es así. Emile resulta ser un asesino, pero eso no parece un problema para Nellie. Lo que sí es un problema para la muchacha es que el francés estuvo casado con una mujer polinesia ya fallecida, y ahora tiene dos hijos medio polinesios. E, igual que el Teniente Cable, Nellie es básicamente una racista.

Para mí, el verdadero interrogante es por qué el Teniente Cable y Nellie no acaban juntos. Y es que harían una pareja perfecta. Supongo que el autor quiere transmitir la idea de que los polos opuestos se atraen, pero no creo que las cosas sean así en la vida real. Me parece que en la vida real te gustaría estar con alguien que sea lo más cercano posible a ti. Alguien que pueda entender tu forma de pensar.

Según Greta, Bloody Mary es el único personaje que tiene algo de sentido común. Conoce todo lo que sucede en esas islas.

—Pero es mala —repliqué.

Nos encontrábamos esperando el autobús por la mañana, y no se estaba mal porque todo el barro de la primavera se había secado en aquella pequeña zona de hierba cerca del buzón. El sol brillaba y tuve que entornar los ojos y hacerme visera con la mano para mirar a Greta.

—No, no lo es —dijo ella.

—Un poco. Bueno, trata a la gente como si fueran objetos.

—Qué va, solo es inteligente. Nada más.

—Lo que tú digas —repliqué, aunque estaba bastante segura de que la mayoría de la gente consideraba que Bloody Mary era mala.

—De todos modos, no quería hablar contigo de este tema. Lo que quiero saber es dónde estuviste ayer.

—Ya te lo dije. En la biblioteca y en casa de Beans. Y métete en tus asuntos.

Greta sonrió.

—De acuerdo, pues. Le preguntaré a Beans.

No creí que fuera a hacerlo, pero no podía estar segura.

—¿A ti qué más te da? —dije. Y realmente quería saberlo, comprender por qué alguien que parecía odiarme tanto se interesaba por descubrir adónde iba yo después de clase.

Su sonrisa se desvaneció y luego me dio la espalda. El autobús apareció por la esquina y las dos nos asomamos para ver cómo encajaba su enorme cuerpo amarillo en nuestra calle. Greta se volvió hacia mí y alzó el mentón.

—Me da igual —dijo.

Ese día me metí la llave del banco en uno de los bolsillos delanteros de la falda. Quería ver el retrato después de clase, ver qué aspecto tenía yo antes de la muerte de Finn. Además, una cámara acorazada es como una cripta y una cripta es como una mazmorra, y me apetecía ver cómo era un lugar así.

El día que mi madre nos entregó las llaves, también hizo que Greta y yo firmáramos un formulario para que el banco conociera nuestras firmas. Para entrar, teníamos que enseñar nuestra llave y firmar un papel para que supieran que éramos nosotras de verdad. Me preocupaba que mi firma no fuera igual. No tenía claro en qué momento sucedía eso que hacía que tu firma fuera siempre la misma, pero a mí todavía no me había llegado. Hasta ahora, solo había tenido que firmar algo en tres ocasiones. Una, para un código de conducta en el viaje de octavo a Filadelfia, otra para un pacto que hice en quinto con Beans y Frances Wykoski, mediante el cual nos comprometíamos a no tener novios hasta el instituto (de las tres, soy la única que ha cumplido el pacto). Y finalmente, el formulario del banco. No sé cómo me salieron las dos primeras firmas, pero estaba casi segura de que no se parecerían en nada a la del banco.

Al final resultó que no necesitaba preocuparme, porque el hombre a cargo de la cámara acorazada del banco era el padre de Dennis Zimmer, que me conoce desde la guardería.

—Vaya, la pequeña Julie Elbus... —El señor Zimmer me sonrió. Tenía una de esas caras que parecen de tortuga, por la forma de su labio superior. No supe si se estaba burlando al llamarme pequeña, porque la realidad era que le sacaba un buen par de centímetros. Zimmer era de más edad que la mayoría de los padres, probablemente solo intentaba hacerse el gracioso para aparentar ser más joven. Me abrió la puerta de las escaleras.

—Gracias —dije.

Me gustaba el olor del banco —como a polvo recién limpiado— y respiré hondo. Zimmer avanzó por delante y me condujo por la larga escalera. A medio camino, se detuvo y se volvió hacia mí con gesto serio. Ahora era más bajito incluso que antes,

porque estaba un par de escalones por debajo de mí.

—Os vi a Greta y a ti en la biblioteca —dijo.

—¿Eh?

—El periódico... El artículo sobre el cuadro.

—Ah. Eso.

Su frente se tensó.

—Tu tío... ¿tenía el sida?

Bajé la vista y asentí sin mirarlo.

—Pues... acabo de enterarme de que un amigo de la universidad también lo tiene.

—Dio unos golpecitos nerviosos con el dedo índice sobre la barandilla.

—Lo siento —dije, todavía sin mirarlo a los ojos.

—¿Fue duro? ¿Fue...? —Capté un matiz de desesperación en su voz.

No me apetecía estar en las escaleras del sótano del Banco de Nueva York hablando con el padre de Dennis Zimmer sobre el sida. No tenía respuestas para él.

—Mucho —dije, aunque en realidad no lo sabía. No fui yo la que estuvo allí al final. No me dejaron estar.

—Lo siento —dijo—. Siento importunarte así, y siento lo de tu tío. Es un cuadro muy bueno.

Al final de las escaleras me indicó un pasillo, y vi la gruesa puerta de la cámara abierta. No se parecía mucho a una mazmorra. No tenía tanto misterio como hubiera deseado. Si acaso, era más estilo James Bond.

—Bueno, ya hemos llegado. Necesito tu llave.

Se la enseñé y él sacó la suya de un bolsillo. Las dos juntas abrieron una puerta que daba a una caja de caudales alta y estrecha.

—Tu madre tuvo suerte de conseguir una caja tan grande con tan poco tiempo de aviso —dijo.

Asentí.

—Sí. ¡Qué suerte! —comenté.

—Te dejo a tus anchas, ¿te parece bien?

—Está bien.

El señor Zimmer encendió la luz.

—No tengas prisa —dijo, y luego salió y cerró la puerta.

La estancia daba una impresión de riqueza, con empapelado rojo oscuro solo hasta media altura y molduras curvadas en el techo que le conferían un aire clásico. Era como si el banco quisiera que tus cosas de valor se sintieran como en casa en su nuevo cuartito, lejos de su verdadero hogar.

Permanecí sentada al menos un minuto sin abrir la caja. Se estaba bien en aquel rinconcito privado bajo tierra. Cerré los ojos y me imaginé que era una cautiva. Una rebelde encerrada por un rey. ¿Sería una estancia insonorizada? ¿Alguien podría oírme si me ponía a cantar el *Réquiem*?

Cuando saqué el retrato y lo dejé sobre la mesa, lo primero que llamó mi atención



fueron aquellos cinco botones negros. Seguían ahí, como regalices que alguien había olvidado.

Después busqué el lobo. No era tan fácil de distinguir en el retrato real. Tuve que levantar el cuadro e irme hasta la pared opuesta de la diminuta habitación para divisarlo, e incluso así tuve que entrecerrar los ojos para conseguirlo. En el cuadro real hay cosas de fondo. Una ventana. Una cortina que ondula, movida por el viento. Algunos objetos sobre la repisa de la ventana y fotos colgadas en la pared que tenemos detrás. El espacio negativo aparece todo recortado, y resultaba casi imposible retener allí al lobo sin que se escabullera. Lo logré por un instante. Pensé que lo tenía, pero luego se fue.

Mi cara tenía casi el mismo aspecto, pero noté que parecía un poco más pequeña que ahora. Y pude entender que aquel retrato sería una especie de espejo deformante que siempre encontraría un modo de mostrarme cómo fui. La otra cosa que me resultó distinta fue que ahora yo quería saber qué secreto había pintado Finn en mi cabeza. Ojalá se lo hubiera preguntado.

Observé a Greta y me pareció que tenía el mismo aspecto, pero no. En el dorso de su mano aparecía el contorno de una calavera negra. Tendría más o menos el tamaño de una chapa de botella y debía de haber sido pintada con el pincel más delgado que existe, uno de esos que había visto en casa de Finn, de los que salía una sola cerda del mango. No pude evitar mirar a la calavera porque me parecía imposible no haberme fijado en ella antes, que mi madre no la hubiera visto, pero también parecía imposible que alguien la hubiera pintado después. ¿Quién haría algo así?

Incliné la cabeza y la acerqué, hasta casi rozar el lienzo con la nariz. Si miraba lo bastante cerca quizá podría ver de dónde venía la magia. ¿Cómo podía ser que una delicada calavera estuviera de repente ahí, en el dorso de la mano izquierda de mi hermana? Pero no. Nada.

Envolví de nuevo el retrato y lo guardé. Cuando abrí la puerta, el señor Zimmer estaba ahí esperando.

—¿Todo bien?

—Sí, pero me preguntaba si alguien más ha venido a ver el contenido de la caja.

—Bueno, no estoy autorizado a comentar eso. Ya sabes, la privacidad y tal, pero según tengo entendido, de momento solo tú y tu hermana tenéis llaves. Eso es lo que nos dijo tu madre. Dijo que así quería que fuese.

Pero entonces, Greta debía de haber estado allí. Greta debía de haber bajado antes que yo y pintado esa calavera en mitad de su mano.

## VEINTINUEVE

Parecía que el deshielo estaba empezando de verdad. Era sábado y Greta había sacado una tumbona del garaje, que arrastró hasta el jardín. Papá le dijo que no lo hiciera, pero ella puso morritos y le explicó que iba a leer un libro para el instituto ahí fuera, y al final él se lo permitió. Así que ahí estaba mi hermana, con una sudadera ancha y pantalones cortos, con los ojos cerrados y *La Odisea* caída sobre el pecho.

Mi madre había ido al supermercado Grand Union a hacer unas compras a primera hora de la mañana, y cuando volvió traía un montón de cartas.

—Hay algo para ti, Junie.

—¿Para mí?

Me enseñó un gran sobre marrón.

—De Jóvenes Queseros de América.

Toby. Supe que era de Toby. Intenté no dejarme llevar por el pánico.

—Ah, eso... Es... una cosa para la clase de economía doméstica.

—Bueno, pues ten. —Sonrió—. No me importaría comer un buen camembert, si haces uno.

—Vale... Claro, un camembert. —Tiré el sobre encima de la mesa como si no fuera importante, pero en cuanto tuve ocasión lo recogí y escapé corriendo a mi habitación.

Toby me enviaba la foto de época que nos hicimos juntos en Playland. Sonreí al pensar que este secretito había pasado justo por las manos de mi madre sin que se diera cuenta.

La foto estaba hecha en sepia, y, si creyera en los cuentos de hadas, diría que Toby parecía casi un ángel. Tenía las manos unidas a la espalda y la cabeza gacha, pero sus ojos miraban hacia arriba como si acabara de oír una campana. Estaba a la izquierda, y yo en una silla justo en el centro de la foto. Yo no sonreía, lo cual contribuía al realismo del asunto, puesto que en aquel tiempo nadie sonreía en las fotos. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas y miraba el objetivo. Los dos llevábamos al cuello esas enormes y abultadas gorgueras, de modo que nuestras cabezas parecían colocadas sobre bandejas. La foto estaba bien, pero había algo que no encajaba.

Tras estudiar la imagen unos minutos, por fin lo vi: era una fotografía, algo que obviamente no existía en la época isabelina, así que aunque los dos salíamos bastante bien con nuestros disfraces, seguía teniendo un punto de estúpido, de absurdo. Si lo

hubiera hecho con Finn, se habría dado cuenta al instante de que debíamos elegir algo de una época en que las cámaras de fotos ya estuvieran inventadas. Me habría convencido en un tris para ser Annie Oakley o alguien por el estilo.

Di la vuelta a la foto y vi que Toby había pegado un post-it por detrás: «¡Puedes cortarme si quieres!». Eso era todo lo que ponía. No entendí qué intentaba decirme, hasta que lo comprendí: podía cortar la foto por la mitad, eliminar la parte en que salía él.

La mañana siguiente, domingo, estaba sentada en la cocina con mis padres, leyendo las tiras de humor del periódico. Era una mañana corriente hasta que Greta bajó. Mi hermana atravesó la cocina en pijama y buscó la cafetera.

—¡Mira quién está aquí! Nuestra estrellita en ciernes —comentó papá.

Mamá y él se pusieron a sonreír embobados, como si realmente estuvieran deslumbrados por Greta.

Los contemplé pensando que estaban majaras. Luego miré a Greta para ver si me daba una pista acerca de qué iba aquello. Sus ojos eran unas rajitas.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—¡Vaya! Por lo visto, Greta tampoco ha compartido la noticia contigo.

Sacudí la cabeza.

—Venga, cariño —dijo papá—, cuéntaselo a tu hermana.

—No hay nada que contar. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—Pues claro que quieres hacerlo. Las oportunidades no vuelven nadando si...

—Sí, mamá, ya lo sabemos todos.

Miré alrededor.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuál es la gran noticia?

—El señor Nebowitz nos llamó anoche y...

—Y tiene un amigo —continuó mi madre— que está metido en el montaje de *Annie* en Broadway, y este amigo le preguntó si tenía alguna alumna que pudiera valer como sustituta para el papel de Pepper durante el verano y, bueno, el señor Nebowitz le recomendó a tu hermana. ¿Te lo puedes creer?

Greta apretó los dientes y su pie izquierdo dio golpecitos en el suelo de la cocina.

—Mamá, lo más probable es que no lo haga, ¿vale? Igual el año que viene o así.

La sonrisa de mi madre desapareció y puso los brazos en jarras.

—¡De eso nada! ¿Te crees que van a esperarte hasta el año que viene? Aunque lo hicieran, que no lo harán, ya serás muy mayor. Así no funcionan las oportunidades.

—Pues igual no me importa —dijo Greta.

Los ojos de mi madre se abrieron como platos.

—Bueno, pues a mí sí, jovencita. Me importa. Esta es una de esas cosas con que sueña la gente. Si lo dejas escapar, se te pasará la vida, llegarás a mi edad y te encontrarás sentada en la cocina pensando en lo tonta que fuiste. —La cara empezó a

ponérsele colorada—. ¿Te piensas que existen las segundas oportunidades? Bueno, pues no existen. Las oportunidades pasan volando y antes de que te des cuenta..., antes incluso de que sepas qué ha sucedido, ya no son más que un espejismo en la lejanía. Y después ¿qué? ¿Qué se supone que harás después? Al final me llamarás para decirme que deberías haberme hecho caso y aprovechado tu oportunidad cuando se presentó. Tendrías que...

Todos estábamos inmóviles, sorprendidos.

—Mamá, ¿estás llorando? —pregunté.

Negó con la cabeza, pero todos vimos que tenía lágrimas en los ojos.

Al final, Greta aceptó participar en *Annie*. Los de la ciudad todavía tenían que venir para verla en persona antes de que fuera definitivo, pero todos sabíamos que le darían el papel. Se subiría al escenario y haría el papel de una huérfana de verdad. Greta dijo que sí, y a continuación mi madre le preguntó si estaba segura y le dijo que no quería presionarla. Nada de presión.

## TREINTA

Estábamos todos viendo *Enredos de familia*. Toda la familia junta, hasta Greta, que se mostraba más huraña que de costumbre desde el incidente de *Annie*. Aquello sentaba bien y solo parecía suceder en las noches que echaban *Enredos de familia* y *El show de Bill Cosby*. Yo estaba casi segura de que Greta solo veía esa serie porque pensaba que Alex Keaton, al que daba vida Michael J. Fox, era guapo. Se lo oí decir una vez por teléfono.

—¿Palomitas? —ofreció mi madre después del programa.

—Sí.

—Yo también.

Mi padre había comprado la máquina de palomitas en Navidades y todos estábamos encantados. Ver cómo los granos de maíz iban subiendo hasta que había los suficientes para llenar el plato era todo un espectáculo.

Empezaron las noticias y el cálido aroma de la mantequilla derritiéndose se mezcló con informaciones sobre los crímenes de guerra de Klaus Barbie y el escándalo Irán-Contra.

—Bueno, ¿cómo va el viejo *South Pacific*? —preguntó mi padre.

Greta se encogió de hombros.

—Bien, supongo. Sin más.

Parecía que él esperaba algo más, pero Greta rápidamente abrió la *Guía de TV* y empezó a hojearla.

Mi madre entró con un bol grande hasta arriba de palomitas.

—Dos tandas —dijo—, y más mantequilla de la que estoy dispuesta a admitir.

Sonrió y dejó el bol encima de la mesa. Nos acercamos y comimos las palomitas a puñados.

Las noticias locales comenzaron con un incendio en Mount Kisco que había destruido un edificio de apartamentos. Después de eso vino un juez en Yonkers que había sacado a todo el tribunal al aparcamiento porque el tipo al que juzgaban tenía el sida. «Aire fresco y luz del sol», dijo el juez, comentando que consideraba más seguro para el personal del juzgado no quedarse en una sala pequeña y estrecha con semejantes gérmenes. Entrevistaron a gente por la calle para ver si les parecía que el juez actuaba de un modo razonable. Una mujer dijo que no estaba segura, pero que pensaba que más valía prevenir que curar. Luego sacaron a un tío que dijo que lo del juez no era una locura, que la locura era el sida.

Saltaron a una noticia más general sobre el sida. Como de costumbre, empezaron con imágenes de alguna discoteca sudorosa con un montón de gais bailando vestidos con estúpidas prendas de cuero. Para empezar, no podía imaginarme a Finn bailando toda la noche como una especie de cowboy a medio vestir. No estaría mal que por una vez sacaran a personas sentadas en el salón de su casa tomando té y hablando de arte, cine o cosas así. Si enseñaran eso, igual la gente diría: «Ah, vale. No es algo tan raro».

Estaba a punto de subir a mi cuarto cuando el presentador empezó a informar sobre el AZT, que aparentemente era un medicamento que ayudaba a los sidosos a sobrevivir. La FDA acababa de aprobarlo y el medicamento estaría a la venta en seis meses.

Nadie comentó nada. La injusticia de aquello nos dejó a todos mudos. Apreté con fuerza los puños. Finn se lo había perdido por poco. Solo unos meses más y...

Mi madre se levantó y salió de la habitación sin mirar atrás, pero yo seguí pegada al sofá. Un experto en ciencias apareció en pantalla, dando más detalles sobre cómo funcionaba exactamente el AZT, pero no conseguí enterarme de nada. Mi padre, normalmente el más callado de nosotros, gritó «¡Vale ya!», apagó el televisor de un manotazo y se marchó.

## TREINTA Y UNO

Estábamos a 17 de marzo, cuarenta y un días después de la muerte de Finn. En clase de Ciencias Naturales, el señor Zerbiak nos hablaba sobre los agujeros negros. Los agujeros negros no son un tema de Ciencias Naturales, pero el señor Zerbiak es así. Adam Bell hizo una pregunta sobre un fragmento de meteorito que había encontrado en el patio de su casa, y al momento el profesor dijo que iba a «apartarse un poco del tema de la clase, pero...», y, por supuesto, de repente todos le prestamos atención. Si los profesores fingieran que todo lo que explican «se aparta un poco del tema», tendríamos las aulas llenas de alumnos sobresalientes. Es lo que haré yo si alguna vez soy profesora, algo que consideraba seriamente si la cetrería no funcionaba. Se veía cierto brillo en los ojos de Zerbiak cuando se desvió del tema, como si su sueño siempre hubiera sido ser astrónomo en lugar de profesor de Ciencias en un instituto. Gesticulando sin parar, habló y habló sobre la gravedad y las velocidades de escape.

Los alumnos nos turnábamos para levantar la mano, intentando evitar que el señor Zerbiak regresase al tema de la asignatura, que era un rollo. Alcé la mano y pregunté si era cierto que los agujeros negros podrían ser pasajes secretos hacia otras épocas. Una vez leí que podría haber agujeros en el espacio que serían como máquinas del tiempo. El profesor dijo que no lo creía. «Eso nos llevaría al terreno de la ciencia ficción, señorita Elbus», añadió, antes de decidir que ya nos habíamos ido demasiado por la tangente y que tenía que volver a los contenidos del curso. Toda la clase protestó con un gruñido y Jenny Halpern me fulminó con la mirada, pero no me importó, porque durante un par de días no tendría que ver a Jenny Halpern ni a ninguna de las demás. El día siguiente era día de claustro. No teníamos clase.

Había llamado a Toby unos días antes para decirle que me pasaría a hacerle una visita. Por teléfono, dio la impresión de que no se podía creer que de verdad lo hubiera llamado. No te emociones mucho, colega, pensé, porque para mí aquello no era más que una misión. Una misión para apoderarme de cualquier cosa de Finn que él tuviera.

Greta iba a ir en tren al centro comercial Galleria en White Plains con Julie y Megan. Le dije a mi madre que igual iba a la biblioteca o igual no, lo cual en cierto sentido no me pareció mentir del todo. Me preguntó si iba a quedar con Beans, y contesté que tal vez, lo cual era una mentira total, pero hizo sonreír a mi madre. Todo eso significaba que disponía del día entero sin tener que preocuparme de que me echaran de menos.

Subí en el siguiente tren al de Greta, y durante todo el trayecto me pareció que la gente podía ver que yo no debería estar allí. Llevaba las botas medievales, y antes de salir me había colado en el cuarto de Greta para robarle un chorrito de su perfume Jean Naté. Era como ponerme un disfraz, esconderme bajo su aroma. Fui a la ciudad en aquel tren sintiéndome una persona diferente, alguien que olía a limón y polvos de talco, en lugar de a mí misma.

Toby me dijo que tomara un taxi en Grand Central Station. Pasé todo el trayecto mirando por la ventanilla, pues estaba lloviendo, que es como más me gusta la ciudad. Parece que le hayan sacado brillo, todas las calles resplandecen y cualquier luz se refleja en el asfalto. Es como si lo hubieran untado todo en almíbar, como si la ciudad fuera una enorme manzana caramelizada.

Toby dijo que me esperaría en la calle para pagar el taxi. El edificio de Finn no es de esos con portero, tienes que tocar un timbre para entrar. Cuando el coche se detuvo vi a Toby en el pequeño vestíbulo. Salió y sonrió. Llevaba puesto uno de los cárdigan de Finn. A mi tío le quedaba grande y holgado, pero a Toby demasiado corto y se lo bajó para que lo cubriera más. Le quedaba fatal, daba vergüenza ajena. Debí de torcer el gesto, porque cuando Toby corrió bajo la lluvia para abrirme la puerta, lo primero que dijo fue:

—¿Todo bien?

Contesté que sí e intenté no mirar el jersey beis de Finn, pero no pude evitarlo. Toby se dio cuenta y pareció no saber qué decir.

—Bueno, ya ves... —dijo, encorvándose un poco y agachando la cabeza. Luego pagó al taxista y le indicó con la mano que podía irse sin darle la vuelta.

—Tú primero —dijo. Había dejado abierta la puerta sujetándola con un grueso listín telefónico de Manhattan, que recogió cuando entramos.

Pasó su largo brazo por encima de mi hombro para apretar el botón del ascensor. La puerta era de acero reluciente, y vi que Toby me miraba en el reflejo.

—Gracias —dijo—. Bueno..., ya sabes, gracias por venir.

—No es gran cosa —respondí, aunque en el esquema de mi vida era algo muy gordo ir a la ciudad sin que nadie en mi familia lo supiera.

El ascensor era lento y viejo, y siempre parecía que le costaba un montón llegar al duodécimo piso.

—Está abierto —dijo Toby cuando llegamos a la puerta. Posé una mano en el pomo, pero me detuve y me giré hacia Toby.

—¿Han cambiado las cosas ahí dentro? —No quería parecer asustada, pero eso parecía.

Toby no contestó; solo alargó el brazo y abrió la puerta, y ahí estaba. La casa de Finn. Igual que siempre. La alfombra turca. El elefante de papel maché encima de su viejo baúl tallado. Aquellas fotos en blanco y negro de las manos de mi abuelo que sacó Finn, en un primer plano tan cercano que parecían un paisaje de otro planeta. Había una foto enmarcada de cada mano, la izquierda y la derecha, a cada lado del



gran ventanal que daba a la Calle 83. Lo único distinto que había en el piso era que ya no olía a lavanda y naranja. Ahora olía principalmente a humo de tabaco sin ventilar.

Toby recogió un puñado de papeles, libros y ropas del sofá y los apiló en una silla del comedor.

—¡Hala! Así está mejor —dijo—. Ven. Siéntate.

Parecía nervioso; sonreía demasiado y se preocupaba por pequeñeces, como alisar un cojín arrugado o enderezar un cuadro torcido en la pared. Se había quitado el cárdigan cuando entramos y debajo llevaba una desgastada camiseta negra del Museo de Historia Natural con huesos de dinosaurio estampados, de esos que brillan en la oscuridad. Al final, se sentó en el sillón frente a mí.

—Dime, ¿qué te pareció la foto?

—Está bien.

—Maravilloso. —Sonaba sorprendido—. Pensé que tenía algo, no sé, de extraño. Pero me alegra que te haya gustado.

—Bueno..., es un poco rara.

—Oh.

—Pero en el buen sentido. Como el arte.

A Toby se le había borrado la sonrisa, pero ahora volvía a relucir.

—Claro. Como el arte. Igual que el arte. —Me miró como si yo fuera la persona más inteligente que hubiera conocido—. Como ya te dije, puedes cortarme si quieres. Hay un hueco entre nosotros dos. No me importa.

—No pasa nada. No haría algo así.

—Bueno, es tu foto, así que si cambias de opinión...

—En serio, no.

Después de eso, nos quedamos sin saber qué decir. Pasados unos minutos, se levantó.

—¿Un té?

Mientras Toby estaba en la cocina, tuve ocasión de echar una ojeada al piso sin que nadie me viera. La vieja silla de terciopelo azul de mi tío seguía allí. El asiento estaba muy desgastado, pero el respaldo se encontraba como nuevo porque Finn siempre se sentaba inclinado hacia delante, encorvado sobre el caballete que tenía enfrente.

Sobre una mesa, en un rincón, había una lámpara que hizo Finn metiendo una bombilla en una pecera y cubriéndola de vidrios verdes recogidos en la playa. Había cristallitos pulidos de todas las tonalidades imaginables de verde, y cuando encendías la luz parecía algo proveniente del futuro. A su lado estaba el ajedrez que hizo Finn en la facultad de Bellas Artes. Decía que lo guardaba para recordar que nunca jamás debía ser un idiota presuntuoso. Todas las casillas del tablero eran negras, así que resultaba difícil saber si estabas en el lugar correcto. Las piezas eran pequeños cráneos de ratón a los que había dado una capa de barniz. Cada uno llevaba una

marca para saber qué era. Los alfiles tenían una crucecita encima, y los caballos, diminutas cabecitas de caballo. Pero, aparte de eso, eran todas iguales. Prácticamente idénticas salvo que las miraras muy de cerca; entonces empezabas a ver las diferencias, como que a una le faltaba un diente o cosas así. Yo no entendía qué tenía aquello de presuntuoso. Era un poco desagradable, pero me gustaba.

Tenía uno de aquellos cráneos en la mano cuando volvió Toby con el té.

—¿Te apetece una partida? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Si quieres. —No sabía muy bien cómo se jugaba al ajedrez, pero no me atreví a reconocerlo delante de él. Acerqué el tablero y lo coloqué en la mesita de café.

Toby había hecho el té en una tetera blanca que goteaba al servirlo y no era ni de lejos tan buena como la tetera rusa. Se notaba que los dos lo sabíamos, pero ninguno dijo nada.

—¿Azúcar? —preguntó Toby, sosteniendo una cucharilla sobre una bolsa de azúcar medio llena. Finn siempre preparaba un platito de azucarillos con unas pinzas con forma de garras de animalito. Toby no debía de saberlo, porque simplemente sacó la bolsa arrugada del azúcar.

—Dos —dije.

—Excelente. Me gustan las mujeres osadas con el azúcar.

Aparté la cara y sonreí, principalmente porque me había llamado mujer. Toby revolvió dos cucharadas en mi taza y luego unas cuatro en la suya.

Sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y tomó uno. Luego me miró como si no tuviera muy claro qué hacer.

—¿Tú...? —Inclinó el paquete hacia mí y alzó las cejas.

Era la primera vez que alguien me ofrecía un cigarrillo. ¿Acaso Toby no sabía mi edad? Tomé uno del paquete y le di las gracias, como si fuera algo que hiciera a menudo. Como lo haría Greta, sin dejar que se notara nada. Él encendió los dos con un mechero naranja fluorescente.

—¡Ahhh! Esto está mejor —dijo, inspirando hondo, y de repente pareció relajarse un poco.

Yo di una pequeñísima calada y tosí, luego dejé el cigarrillo en el cenicero. Esperé a que Toby se riera de mí, pero no lo hizo.

—¿Tú o yo? —preguntó, señalando con la cabeza el tablero.

—Empieza tú si quieres. A mí me da igual.

Alineó todas las piezas y luego movió una.

Observé lo que hizo y realicé un movimiento casi similar en mi lado.

—¿Dónde están todas tus cosas? —pregunté, repasando con la vista el piso.

Titubeó, cruzando sus piernas desgarbadas. Miró fijamente el tablero y luego movió un peón.

—Bueno —dijo—, ya sabes, algunas de estas cosas son mías.

Volví a ojear el piso. Solo podía ver cosas de Finn, las mismas que llevaban allí

desde siempre. Moví un peón sin mirar apenas el tablero.

—¿Qué quieres decir?

Él no me miró a los ojos. Tenía un dedo sobre un caballo, pero lo retiró y dio un sorbo a su té. Luego, aspiró una larga calada antes de posar el cigarrillo en el cenicero. Seguía sin mirarme, y de repente comencé a comprender lo que quería decir. Eché otro vistazo a la casa, esta vez con más detenimiento.

—Bueno... —dijo a la vez que movía el caballo a la mitad del tablero.

—Entonces, ¿qué cosas son tuyas? —pregunté, señalando con la mano hacia la estancia.

—Llevo casi nueve años viviendo aquí, June. Es difícil decir exactamente qué es mío y qué no.

Nueve años. ¿Nueve? Por entonces yo tenía cinco. Tenía que estar mintiendo.

—Bueno, quiero saberlo. Quiero ver qué es tuyo.

Toby me miró como si estuviera empezando a darle pena. Observó la sala y señaló la gran estantería de madera cerca de la puerta.

—Ese tarro con las púas de guitarra, por ejemplo. Son mías.

Las púas en conserva de Finn. Esas púas —«plectros», me dijo Finn que las llamara si quería aparentar que sabía de lo que hablaba—. Me había pasado horas y horas jugando con ellas de pequeña. Volcándolas sobre la alfombra, como si fueran caramelos de colores. Horas y horas clasificándolas, haciendo torrecitas, formando con ellas largas líneas como carreteras extendiéndose por el salón de Finn. Había jugado con Greta a ver quién encontraba la más bonita entre todos los diseños de remolinos jaspeados que había en aquel tarro. ¿Cómo podían no ser de Finn?

—¿Estás seguro?

—June, Finn no tocaba la guitarra. Eso lo sabes, ¿no? Se le daban de pena los instrumentos musicales.

No lo sabía. Claro que no lo sabía, porque no sabía nada.

—Por supuesto que lo sé. No tienes que contarme nada de Finn. Era mi tío.

Moví mi rey y lo planté en mitad del tablero. Toby movió un alfil en diagonal tres casillas.

—No era mi intención...

—Bueno, entonces ¿por qué Finn nunca me habló de ti? —Intenté con todas mis fuerzas apartar la rabia de mi voz.

Él se encogió de hombros y bajó la vista.

—No lo sé. Supongo que no soy algo de lo que presumir. Mírame. Soy un desastre, soy...

—Eso no es excusa. Yo tampoco soy nada de lo que presumir, pero tú sabías de mi existencia, ¿verdad?

—June, mira, yo he llegado incluso a tener celos de ti, ¿sabes?

Eso me fastidió, porque no soy una persona celosa. Para nada. ¿Por qué debería tener celos? ¿De qué debería tenerlos? Miré a Toby, sentado al borde del sillón,

encorvado, con las piernas cruzadas, intentando encajar su largo cuerpo en el asiento. Toby, con su estúpido acento inglés, pero no del auténtico. No el inglés de *Una habitación con vistas*, ni el inglés de *Lady Jane*, sino una cosa cerrada y fangosa que yo no conocía. Lo contemplé, ahí sentado, guardando sus cartas bajo la manga. Barajas y barajas de cartas con sorpresas que podría sacar siempre que quisiera. Historias de él y Finn que yo nunca había oído. No era como yo. Mi baraja era muy fina, y estaba desgastada de tanto barajarla en mi cabeza. Mis anécdotas de Finn eran sosas y aburridas. Nimias y estúpidas.

—Yo no tengo celos —dije.

—Está bien. Lo siento. Claro que no. —Rascó con un dedo el brazo del sofá y me miró—. Pero yo sí. Tenía celos de ti. Todos esos domingos...

Solo lo decía para hacerme sentir mejor. Se notaba.

—¿Y ya no tienes celos?

—No. La verdad es que no.

—¿Porque Finn ha muerto?

Jugueteó con el dobladillo de su camisa. Era otra cosa en la que me había fijado: siempre estaba jugueteando con algo. ¿Por qué Finn, que podría haber elegido a quien le diera la gana de novio, o como decían, «amigo especial», escogió a Toby?

—Sí, probablemente —dijo. Miró al suelo, y luego a mí.

La lluvia repiqueteaba contra la ventana y los dos permanecimos allí sentados en silencio un buen rato, bebiendo nuestras tazas de té frío. Toby encendió otro cigarrillo.

Bajé la vista al tablero de ajedrez, porque no quería que Toby me viera los ojos. Luego me levanté y dije que tenía que ir al baño. Recorrí el pasillo y me fijé en que la puerta del dormitorio de Finn estaba abierta —la puerta que siempre estuvo cerrada—. Todas y cada una de las veces que estuve allí me la encontré cerrada. Llegué a la puerta del baño y la cerré, pero sin entrar. Entonces regresé de puntillas por el pasillo y me detuve ante el dormitorio de Finn. La habitación estaba oscura, la luz del día nuboso entraba a través de una fina cortina blanca. Me quedé un rato mirando desde el umbral. Luego hice lo que no debía. Entré.

Había una gran guitarra roja en una esquina. Unos calzoncillos y dos albornoces sobre una silla. Uno de ellos era el amarillo de Finn, el otro era azul. La cama estaba deshecha e intenté adivinar en qué lado dormía mi tío. Me pareció evidente. En la mesita de un lado había dos paquetes de cigarrillos vacíos, media botella de ginebra y el envoltorio de una chocolatina York Peppermint Pattie. En la otra, un despertador de época y un marco con tres fotos. Me acerqué. En la de arriba aparecían Finn y Toby, en blanco y negro, y al parecer había sido sacada en Londres, porque salía uno de esos grandes taxis negros al fondo. Los dos se veían jóvenes y muy felices. Toby era más alto que Finn, y descansaba la mejilla sobre la cabeza de mi tío. Tapé su cara con el pulgar para que solo se viera a Finn. Solo él con mi pulgar de sombrero. En la foto de en medio, Greta y yo cuando éramos mucho más pequeñas, en el piso de Finn

y cada una pintando en un caballete. La tercera era la más antigua: Finn y mi madre. Una foto de vacaciones en alguna playa de por ahí.

Escuché un instante para asegurarme de que Toby no venía a buscarme, y me subí a la cama. Me deslicé en el lado de Finn y me envolví entre las sábanas. Ahí es donde ellos hacían el amor. Esa debió de ser la escena del crimen. Ese podría ser el lugar exacto donde Toby le pegó el sida. Deslicé la mano entre las sábanas y apreté la cara contra la almohada de Finn. Privado. Esto era lo que significaba privado.

—¿A quién le toca? —pregunté a Toby cuando regresé al salón, intentando que mi voz sonara firme.

—Verás, June, lo cierto es que no sé jugar al ajedrez. Debería habértelo dicho antes.

Contemplé aquellos cráneos de ratón diseminados sobre la pulida superficie negra del tablero que los dos movíamos como maestros consagrados.

—Yo tampoco.

—Bueno, entonces no importa. Mueve donde quieras.

Me lo tomé con calma, estudiando mis piezas. Posé el dedo índice sobre un caballo y lentamente lo deslicé hasta colocarlo delante del rey de Toby.

—Adelante —dijo él—. Haz lo que debas.

Toby se levantó del sillón y se alejó de espaldas a mí. Con un golpe de dedo, arrojé su rey por el borde del tablero. Y antes de que Toby se diera la vuelta y viese lo que había hecho, lo recogí rápidamente y volví a ponerlo en su sitio.

Toby me preguntó si tenía hambre y, sin darme tiempo a contestar, ya estaba poniéndose el abrigo y yendo hacia la puerta. Se detuvo ante el escritorio de Finn, abrió el tercer cajón, sacó un puñado de billetes y se los metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Ah, antes de que me olvide. —Se dio media vuelta y fue por el pasillo hasta el dormitorio. Cuando apareció de nuevo llevaba un paquetito azul—. Para ti —dijo. Me lo tendió y lo examiné—. De parte de Finn. Era una de sus cosas. Me dijo que te lo diera si alguna vez venías al piso.

Supuse que sería un libro. Estaba envuelto en una especie de papel de regalo chino muy sedoso, con mariposas azules. Pensé que si lo miraba demasiado, me echaría a llorar ahí mismo, delante de Toby, y eso no me apetecía nada. Así que me limité a decir «gracias» y lo metí en mi mochila. Luego nos fuimos.

En cuanto estuvimos en la calle, el viento y la humedad me calaron hasta los huesos, provocando que me castañetearan los dientes. Toby abrió un gran paraguas negro sobre los dos y nos encaminamos hacia el sur por Columbus Avenue, avanzando manzanas y manzanas. Por fin, Toby se detuvo y señaló un restaurante

chino llamado Imperial Dragon. Era uno de esos sitios con farolillos rojos lacados y enormes peceras donde nadan peces león entre pagodas con un lecho de piedrecitas de colores. Toby pidió tres menús, aunque solo éramos dos. Y rollitos de primavera. Y sopa Wonton y dos tazones extras de fideos crujientes con salsa de pato. Nos lo comimos todo como dos náufragos, sin decir ni pío.

Acabábamos de terminar y yo estaba echando azúcar en mi tacita de té chino.

—Toma —dijo Toby—. Para ti.

De debajo de la mesa sacó una servilleta dorada doblada en forma de mariposa.

Me quedé mirándola.

Ese era el truco de Finn. Toby estaba apropiándose del truco de Finn delante de mis narices.

—No, gracias —dije, y se la acerqué sobre la mesa.

—¿No te gustan las mariposas? —Tenía la mariposa dorada entre las manos y la miraba como si fuera un pajarillo herido.

—No tengo nada contra las mariposas.

—¿Contra las servilletas, entonces? ¿Uno de esos raros casos de servilletofobia de que hablan?

Puse los ojos en blanco.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? ¿Quién te enseñó a hacer la mariposa?

Esperé que respondiera «Finn», para entonces decirle: «Ya me parecía a mí», pero Toby posó la mariposa con cuidado junto a su taza de té y dijo:

—De un libro de *origami*. De cuando era niño. Es una de esas cosas que sé hacer con las manos. Siempre las tengo enredando en algo. Trucos de cartas, circos de pulgas, guitarra, *origami*... Cuando... Si llegas a conocerme mejor, te enseñaré algunos trucos.

Al instante me imaginé a Toby enseñando a Finn a hacer mariposas con un papel. Sus manos guiando las de mi tío. Los dos riéndose cuando Finn se equivocaba. Los dos, pensé, y una oleada de tristeza inundó mi corazón.

—Vaya —dije sin mirarlo a los ojos—. Supongo que eso no es lo mío.

—Está bien —dijo, y con un movimiento levantó la servilleta y la sacudió en el aire. Contemplé cómo todos los nudos y pliegues del trapo dorado se soltaban y la pequeña mariposa desaparecía, dejando a Toby con una vieja servilleta normal y corriente en la mano.

Pero la tristeza permaneció conmigo. No solo estaba triste por no haber formado parte del mundo de Toby y Finn, sino también porque había cosas de mi tío que resultaban no ser tuyas en absoluto. Ahora, mi recuerdo de Finn haciendo la mariposa en el restaurante parecía un error. ¿Y si todo lo que yo admiraba en Finn provenía en realidad de Toby? Igual por eso sentía como si lo conociera de hacía años. Igual había sido Toby el que brillaba a través de Finn todo el tiempo.

—Siento todo esto. Todo —dijo después—. Te prometo que si vuelves otra vez no estará tan mal. Lo peor ha pasado, ¿verdad?

No lo creí. En lo que a mí concernía, lo peor nunca podría pasar. Pero igual que en la estación, Toby prometía que tenía más cosas para darme. Cosas que Finn había querido que fueran para mí.

—Yo te recogeré, ¿vale? Iré a buscarte. Tú no tienes que hacer nada.

Me encogí de hombros.

—Si es lo que quieres.

—Es lo que quiero.

—Bueno, como tú veas, pero tiene que ser un jueves. Es el único día que puedo.

—Los jueves, entonces.

—Un jueves, no los jueves.

Toby sonrió y levantó las manos como quien se rinde.

—De acuerdo. Un jueves. Empezaremos por ahí.

Abrió el paraguas y nos detuvimos delante del Imperial Dragon mientras él paraba un taxi. Cuando se acercó uno, Toby posó la mano en mi hombro y me apartó para que el coche no me salpicase.

—Cuidado —dijo.

Aquello fue bonito, aquel detallito. Pero en lugar de darle las gracias, aparté su mano de mi hombro y le dije:

—Sé cómo esperar un taxi.

—Vale, vale —dijo, e inclinó la cabeza y me obligó a mirarlo—. Ya sabes que si necesitas algo, cualquier cosa...

Luego abrió la puerta del taxi y subí. Mientras el coche esperaba para arrancar, Toby dio un toquecito en mi ventanilla. La bajé.

—Lo que sea —dijo—. Lo digo en serio.

Con las ruedas chirriando sobre la calle empapada, el taxi arrancó, dejando a Toby con la palabra en la boca. No importaba, de todos modos. No podía imaginar qué iba a necesitar yo que Toby hiciera por mí. No me lo imaginaba en absoluto.

## TREINTA Y DOS

Cuando tenía doce años y medio, justo antes de descubrir que Finn estaba enfermo, conseguí pasar cuatro días en su casa. Fue el fin de semana del 4 de Julio. Greta estaba en un campamento de verano en Rhode Island, y mis padres tenían planeado hacer una escapadita a Maine con los Ingram y otra pareja. Intentaron buscarme otro sitio, pero no había nadie disponible, así que tuve suerte.

Todas las noches, Finn bajaba *The Joy of Cooking* de la estantería de la cocina. Lo sostenía en alto y decía: «A ver qué damos de comer hoy al cocodrilo». Tamborileaba con los dedos sobre el libro como dispuesto a buscar una receta, pero yo me sabía su truco. Finn había vaciado ese libro y lo había convertido en una caja secreta donde guardaba menús de los mejores restaurantes de la ciudad. Todas las noches hizo lo mismo. Los repasábamos hasta encontrar exactamente lo que más nos apetecía. Un país distinto cada noche. Así eran las cosas en casa de Finn. No es que él no supiera cocinar, pero no quería meterse en terreno de otros. «La gente debe hacer lo que mejor se le da —decía—. Nosotros simplemente colaboramos con ellos, ¿verdad, cocodrilo?»

El 4 de Julio le pregunté si podíamos ir a ver los fuegos artificiales. Finn se encogió de hombros.

—Te seré sincero, June. No me entusiasman demasiado. No les pillo el punto.

—Bueno, es el día de la Independencia.

—Independencia, ¿de qué, exactamente?

—Pues ya sabes, de los ingleses.

—Bueno, dime, ¿qué tienen de malo los ingleses?

—No lo sé. Nos obligaban a pagarles tributos y esas cosas, ¿no? Nos traían su té y luego nos hacían pagar un montón de impuestos.

—Los impuestos no son el fin del mundo.

—Díselo a mamá y papá.

Los dos reímos. Finn se estaba dejando el pelo largo y se lo recogió detrás de la oreja, pero cada vez que se reía se le escapaban unos mechones. Me daban ganas de acercarme y colocárselos bien, pero hubiera resultado extraño.

—Yo tengo un montón de amigos ingleses, June. —Hizo una pausa—. ¿Sabes?, uno de mis mejores amigos es inglés. —Me miró, como esperanzado en que yo fuera a preguntarle por su amigo.

Y estuve a punto de hacerlo. Aquel fue el único instante que yo recuerde en que



podría haber descubierto a Toby. Durante aquellos ocho años, fue el único momento que hubo. Podría haberle preguntado y quizá Finn lo habría soltado todo. Pero no me gustaba pensar que Finn tenía otros amigos íntimos, quería imaginarme que era como yo, que solo nos teníamos el uno al otro. Así que no le pregunté y dejé que pasara el momento. En su lugar, entorné los ojos.

—Los ingleses ya no son malos. Ya sé que ahora son simpáticos e inofensivos.

Finn me dio unas palmaditas en la espalda.

—Tienes razón. Ve a ponerte el abrigo. Conozco una azotea desde donde podremos ver los fuegos artificiales.

Aquella noche, Finn me agarró de la mano y paseamos juntos por la calurosa noche de la ciudad. Sabía que me sudaba la palma, pero él no dijo nada. Si había algo o alguien que queríamos que el otro viera, nos apretábamos la mano, no muy fuerte, lo justo para hacernos saber que había que mirar. Llevábamos haciendo eso desde siempre. Normalmente, era Finn el que apretaba mi mano, porque siempre se fijaba primero en las cosas, y luego yo tenía que mirar rápidamente alrededor hasta localizar lo que él me estaba indicando. Pero aquella noche había tantos locos sueltos por las calles que nos dábamos los apretones a la vez, apretando con fuerza las palmas. A veces, yo le apretaba incluso cuando no había nada, solo porque no podía evitarlo. Entonces Finn buscaba en todas direcciones, hasta que finalmente renunciaba y me miraba todo sorprendido. Yo me reía y él me daba un golpecito con el hombro. Me encantaba.

Estaba en el tren de regreso de las 3.37. Tenía ese olor a tren de cercanías —perfume, sudor y papel de periódico— e iba casi lleno. Tuve suerte y encontré dos asientos vacíos al final del vagón. Sabía que no debía hacerlo, pero puse mi mochila a mi lado para que nadie pudiera sentarse.

Tenía el regalito encima de las rodillas, envuelto con el papel azul de mariposas. No lo abrí, porque me daba reparo abrir algo de un muerto. Sobre todo, de un muerto al que había querido. Abrir un regalo de alguien vivo ya da bastante miedo. Siempre existe la posibilidad de que el regalo sea muy malo, algo que no te guste nada, que te demuestre que esa persona no te conoce en absoluto. Con aquel regalo de Finn no ocurriría así, pero lo que me daba miedo era que sabía que sería perfecto —completa, totalmente perfecto—. ¿Y si nadie volvía a conocerme así? ¿Y si me pasaba toda la vida recibiendo regalos mediocres —cestas de baño, cajas de bombones y patucos para dormir— sin encontrar nunca a alguien que me conociera como Finn?

Pasé los dedos por el papel sedoso con los ojos cerrados, y luego despegué la cinta adhesiva con sumo cuidado. Era un papel de regalo elegante, recio, así que no me costó quitar la cinta sin rasgarlo. El papel iría al fondo del armario con el resto de cosas secretas y valiosas.

Deslicé el libro sobre mi regazo.

*La mujer medieval: una agenda ilustrada.*

La portada era granate y tenía una ilustración con hombres y mujeres de la Edad Media recogiendo manzanas y peras. Justo en medio había una mujer con una cesta de manzanas en equilibrio sobre la cabeza y una mano en la barriga, como si hubiera comido demasiada fruta.

Apreté el libro contra mi regazo, temerosa de abrirlo, porque Finn era de esas personas que siempre escriben algo dentro de los libros y no quería ponerme a llorar en aquel tren. Así que en lugar de abrir la portada, ojeé algunas páginas del medio. Era un libro bonito. Tenía dibujos a un lado y seguía un calendario mensual por semanas. En julio salían mujeres escultoras, una panadera y un par de mesoneras. En agosto aparecía una vendedora de puerros, tres canteras construyendo las murallas de una ciudad y una cirujana realizando la incisión de una cesárea. En esta última ilustración, el bebé estaba medio asomado y parecía una niña de ocho años confusa en lugar de un recién nacido, lo cual confería al conjunto un aire bastante tétrico.

Seguí pasando las hojas. Me pareció que era quizá el mejor libro que había tenido jamás. Entonces, caí en la semana del 13 al 18 de septiembre y fue como descubrir una araña trepando por mi manga: la delicada letra de Finn se extendía por la página. Tapé sus palabras con la mano y cerré el libro de golpe.

Una mujer al otro lado del pasillo me miró.

—¿Estás bien?

Asentí, y la mujer volvió a concentrarse en su revista.

Abrí lentamente el libro. La nota era un galimatías. Garabateada y torcida.

Queridísima June:

Tengo que decirte esto.

Todo está fatal. Toby no tiene a nadie.

Por favor, cocodrilo, créeme. Es bueno y cariñoso.

Cuida de él. Hazlo por mí.

Necesito unas manos nuevas. ¡Estas ya están gastadas! ¿Puedes leer esto?

Me apareceré en los Cloisters para ti si puedo.

Con todo mi amor,  
Finn

En la otra página había un detalle de una pintura francesa del siglo xv. Se titulaba *Enfermera dando de comer a un enfermo*. El paciente se encontraba en una cama, tapado con una manta azul marino en una habitación en la que había muchas otras camas. Tenía mal aspecto —gris y calvo, una mano en el pecho como intentando captar el momento preciso en que su corazón dejaría de latir—, pero el de la enfermera era incluso peor. Le estaba metiendo una cucharada de algo en la boca, y su rostro parecía asustado y más gris que el del hombre.

Cerré el libro y lo guardé en la mochila. La metí bajo el asiento de delante. Estuve mirando por la ventanilla durante el resto del trayecto. Edificio, árbol, coche, coche, furgoneta, muro, descampado, furgoneta. Miré atentamente, intentando encontrar un

patrón, pensando que si miraba con atención, igual las piezas del mundo volverían a encajar y formarían algo que yo pudiese entender.

## TREINTA Y TRES

A veces me entretengo jugando a imaginar que me han sacado de mi tiempo. Que en realidad soy una chica de la Edad Media dándose un garbeo por 1987. Funciona en todas partes. En el instituto y en el centro comercial. Cuanto más moderno, mejor. Es una forma de ver todo tal como es. La última vez que lo hice estaba en el supermercado Grand Union, haciendo unas compras que me había encargado mi madre. Fue al día siguiente de mi visita a Toby, y aún procuraba sacarme la nota de Finn de la cabeza.

En cuanto llegué a casa, guardé la agenda ilustrada en el armario, lo más al fondo posible, y cerré la puerta de golpe. Mi plan era ignorarla. Si fingía que no la había leído, no importaría. ¿Quién iba a saberlo?

Pero, evidentemente, aquello no funcionó. Una vez que conoces algo no puedes desconocerlo, y el libro estaba allí, como un fuego ardiendo dentro de mi armario. Algo que yo tenía que apagar. Quizá no estaría tan mal si todos mis recuerdos de mi tío no acabaran hechos trizas. O si me hubiera pedido que cuidara de alguien, de cualquiera que no fuera ese tipo que se lo había cargado todo, empezando por el propio Finn.

Salí de clase con la lista de la compra de mi madre en el bolsillo. En el Grand Union, miré el techo y pensé que los paneles de luz parecían montones de estrellas estiradas como masa de pan con un rodillo. Que los carritos de la compra servirían para cargar leña si tuvieran las ruedas más grandes. Que los plátanos, mangos y kiwis no se parecían a nada que hubiera visto antes. Estaba con un plátano en la mano, sosteniéndolo delante de mis narices, contemplando su piel cerosa y murmurando para mis adentros, cuando de repente Ben Dellahunt se plantó a mi lado y me miró como si fuera el bicho más raro del mundo. Sentí que me ardía el rostro y noté que me estaba poniendo colorada como una tonta.

—¿Qué es esta cosa que los terrícolas llamáis «plátano»? —dijo imitando la voz del señor Spock.

Por mi cabeza desfilaron mil justificaciones diferentes y me dispuse a soltarle una a Ben, pero entonces decidí que mejor no. ¿Por qué debería hacerlo? Tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Que Ben pensara lo que le diese la gana.

Me di la vuelta, lo miré fijamente a los ojos y dije:

—Soy un bicho raro. —No era lo que se esperaba, y una sonrisa de perplejidad se extendió por su cara—. A veces me dedico a imaginar que soy una niña medieval que

ha aterrizado en nuestro tiempo y que todo lo que me rodea me parece extraño, nuevo y ridículo. ¿Vale? Ahora que ya sabes lo rara que soy, puedes reírte, contárselo a todos tus amigos o lo que te dé la gana. Adelante. No hay más preguntas.

Ben se quedó atónito, con la sonrisita todavía pegada a su rostro. Asintió lentamente como si estuviera buscando una réplica.

—Me gusta —dijo, pasado un rato.

Eso me pilló en fuera de juego, y mi arranque de valentía se esfumó. Acabé sonrojándome de nuevo, y procuré evitar mirarlo a los ojos.

—Bueno —dije—, se supone que no debería gustarte.

—¡Caramba! «Se supone», las dos palabras que más odio. —Ben era tan ñoño que me hizo sentir molona por unos instantes. Intenté devolver el plátano al montón disimuladamente, pero, como cabía esperar, tiré otros dos en el proceso. Ben se agachó para recogerlos.

—No se lo contaré a nadie —dijo—. No soy un bocazas.

—Gracias.

—June.

—¿Sí?

—Tu tío... Vi el artículo en la biblioteca. —Apartó la mirada un segundo—. ¿De verdad tenía sida?

Asentí. Algunos se habían acercado a hablar conmigo en el instituto después de ver el artículo. Supongo que éramos las primeras en tener algo que ver con aquel asunto tan grave que siempre salía en las noticias. Las primeras que ellos conocían, por lo menos, y aquello parecía fascinar a la gente. Cuando me preguntaban, siempre había un ligero tono de respeto en sus voces. Como si el hecho de que Finn tuviese el sida me hiciera de algún modo más interesante a sus ojos. Nunca intenté sacar partido de eso. Cuando la gente me comentaba el tema, se pensaban que estaban hablando de un pariente sin más. Para la mayoría de las personas, un tío es eso. No tenían ni idea de lo que yo sentía por Finn, ni de que al oírles hablar del sida como si la enfermedad fuera la parte más importante de la historia —más importante que saber quién era Finn, o lo mucho que lo quería, o que siguiese rompiendo mi corazón cada hora de cada día— me entraban ganas de chillar.

—Lo siento mucho —dijo Ben.

Eso fue todo. No me hizo preguntas inquisitorias, cosa que le agradecí mentalmente.

Al día siguiente me puse mis ropas de estilo antiguo para ir al instituto. El vestido Gunne Sax con un jersey por encima, un par de gruesos leotardos de lana y, por supuesto, las botas. Llevaba mis típicas trenzas, pero me las até por detrás con un lacito rojo, que conseguí cortando el marcador de una enciclopedia. No me importaba lo que dijera la gente. La nota de Finn me seguía a todas partes, dando vueltas en mi

cabeza, y aquel atuendo, aquel otro yo, me parecía un modo de esconderme de ella.

La última clase del día era laboratorio de informática, y me hundí en una de las sillas giratorias. Había chicos de mi clase que ya habían pasado a programar con Fortran, pero yo seguía atascada con el Basic. Semana tras semana, intentaba diseñar un programa que sacara porcentajes cuando introducías números, y no sé por qué, mi aplicación seguía bloqueándose. Aquel día ni me preocupé por trabajar en mi programa de porcentajes, porque lo único en que podía pensar era en aquel «Cuida de él. Hazlo por mí». Escribí el único programa que nunca fallaba:

```
10 print "¿Qué debo hacer?"
20 goto 10
30 run
```

Contemplé, hipnotizada, cómo las palabras caían sin parar en un torrente por la pantalla. Aguardé, con la esperanza de que el ordenador fuera más inteligente que yo. Que pudiera detener la estúpida cascada de palabras que lo había forzado a verter en su pantalla y me escupiera una respuesta. Pero, como cabía esperar, no pudo. Siguió mostrando mi absurda pregunta una y otra vez, hasta que el señor Crowther se acercó y me dijo que me pusiera a trabajar en serio.

Después de clase, la luz roja del contestador me indicó que había dos mensajes. Arrojé la mochila sobre la mesa y los escuché. Primero apareció la voz de mi madre:

«A ver, chicas. Solo llamaba para decir que compraremos unas pizzas de vuelta a casa. Estaremos allí a eso de las ocho. No os preocupéis por la cena. Haced los deberes. Volveremos pronto. Os quiero.»

Luego, la de Greta:

«Hola. ¿Mamá? Bueno, quién sea, da igual. Voy a cenar con Megs en la cafetería, ¿vale? Tengo ensayo hasta las nueve... por lo menos. *Ciao.*»

Aquella noche mis padres trajeron pizza de champiñones y una gran ensalada griega, dos cosas que normalmente me apasionaban, pero en lugar de lanzarme sobre ellas, les dije que me encontraba mal. Después de posarme la mano en la frente por turnos, me dejaron subir a la cama.

Estuve la siguiente hora pasando muy despacio las páginas de la agenda ilustrada otras tres veces, buscando en vano alguna anotación más, algo que me dijera exactamente lo que se suponía que debía hacer.

Escuché a Greta entrar en casa a las nueve y media. Pegando la oreja a la pared, oí que ponía el *New Year's Day* de U2. La oí canturrear, así que apreté más la oreja contra la pared. Me encantaba oír cantar a Greta, sobre todo si ella no sabía que la estaba escuchando.

Deslicé la agenda ilustrada bajo mi almohada y alcancé las dos latas de Yoo-hoo que me había parado a comprar después de clase. Luego llamé a la puerta de mi hermana. No contestó, pero entré de todos modos.

De espaldas a mí, Greta se estaba poniendo el pijama, que era de franela y a cuadros escoceses. La abuela Elbus siempre nos mandaba pijamas de franela a juego por Navidad.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. Solo me apetecía hablar.

—¿Tienes un hueco para eso en tu horario?

—Olvídalo.

—Venga —dijo Greta—. Solo estaba haciendo el tonto. Cierra la puerta.

Lo hice y dejé las latas de Yoo-hoo sobre su mesa. Quité un montón de ropa de la silla, lo deposité en la cama y me senté.

Greta se quitó el sujetador y se lo sacó por la manga. Cuando ya estaba vestida del todo, se dio la vuelta. Al ver que yo llevaba el mismo pijama, puso los ojos en blanco.

Greta era la única persona a la que podría contarle lo del libro, lo que me había pedido Finn. Mi hermana se estaba mordiendo las uñas, algo que llevaba años sin hacer, y yo intentaba decidir si podía confiar en ella o no.

—Se supone que el coreógrafo viene mañana —dijo—. Así que estaremos bailando toda la tarde. —Se dio otra vez la vuelta y empezó a peinarse.

—¿Eso es bueno o malo?

—Ya me da todo igual. —Me miró y luego dijo—: Podrías venir si te apetece.

—No sé. Sería raro, ¿no crees? Presentarme yo allí, de repente. —La conversación era frágil, como me pasaba siempre con Greta.

—No, qué va. Puedes juntarte con la pandilla de cerebritos que se encargan de las luces. Sube a ver lo que hacen allá arriba.

—Greta.

—¿Qué?

—¿Te has visto alguna vez en una de esas situaciones en que no sabes si hacer una cosa y, aunque decidas hacerla, no estás segura de cómo?

Me miró fijamente, entornando los ojos como si intentara sonsacarme la verdad. Luego, lentamente, una sonrisa se adueñó de su rostro. Se acercó y se sentó a mi lado.

—¡Lo sabía! —dijo, dando un palmadita en la cama—. Hay alguien. Todas esas escapadas. El maquillaje... Ay, Dios, sabía que tenías algún novio secreto. Si mamá se entera date por muerta.

—No. No es eso...

—June, escúchame. No debes tener sexo a menos que estés total y completamente preparada. Lo digo en serio. Lo que le pasó a Hallie Westerveldt, la hermana pequeña de Keri, ¿sabes? Bueno, lo lamentará el resto de su vida.

—No es cosa de sexo. En serio... —De repente me eché a reír, porque me pasó

por la cabeza la absurda idea de que Toby fuera mi novio secreto.

—¿Ves? Te he pillado. Lo sabía. Esa risita te delata.

—¡Calla, anda! No hay ningún novio secreto. ¿Quién iba a querer montárselo conmigo? Por favor.

—Pues alguno habrá. ¿Ben? ¿Es Ben Dellahunt? Es Ben, ¿verdad? Me dijo que le gustaban tus botas.

—Bueno, pues que se lo monte con mis botas, entonces.

Las dos nos desternillamos de risa.

—Menuda guarrada, June. Eres una guarra.

Estar las dos juntas, con nuestros pijamas a juego, partiéndonos de risa en el cuarto de mi hermana, sentaba muy bien.

Yo seguía riéndome, pero Greta se paró, con un repentino gesto de seriedad.

—June, lo digo en serio, ¿vale? No hagas ninguna tontería.

—Vale.

—En serio. De verdad.

—Vale.

—Y no te ofendas, pero puedo ayudarte con el maquillaje si quieres. Se te va un poco la mano.

Me reí otra vez.

—Vale —dije.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vienes a la fiesta el sábado? —No sabía nada de una fiesta y puse cara de sorpresa.

—En el bosque otra vez. Como la última. Todo el reparto de la obra, los ayudantes y... Ben.

—No sé.

—Pues claro que vas a venir —dijo.

Y en ese momento me recordó de nuevo a la Greta de antes. La Greta de nueve años que esperaba el autobús sujetando por los hombros a su hermanita de siete. Las niñas Elbus. Así nos llamaban. Como si no tuviéramos nombres diferenciados. Como si fuéramos una unidad sólida e inquebrantable.

Me alegré de no haber sacado el tema del libro. Greta quería que le confiara cosas normales. Novios, sexo y enamoramientos. Cosas que podíamos tener en común. Pero lo único que yo tenía era a un hombre raro en la ciudad, excursiones secretas a Playland y peticiones de ayuda de los muertos.



## TREINTA Y CUATRO

El vestuario del teatro era un lugar bastante tétrico. Trajes solitarios colgados en percheros móviles. Olor a humedad de sótano. Sofás viejos y sillones hechos jirones. Bombillas desnudas colgando de un techo lleno de humedades. Tétrico en todos los sentidos. Pero siempre había gente ahí abajo cuando se representaba una obra, bromeando y haciendo el tonto, así que, en lugar de resultar lúgubre, tenía muy buen ambiente.

Fui porque quería ver bailar a Greta. Quería poder decirle que la había visto. Y ella me lo había pedido, lo cual fue todo un detalle. Bajé la estrecha escalera a la izquierda del escenario que conducía al vestuario. Eché un vistazo y no encontré a Greta, pero vi la espalda de Ben Dellahunt encorvado sobre un pupitre. Llevaba una capa de terciopelo verde que parecía parte del atuendo de una vieja obra, y tenía unos dados en la mano. Los sacudió antes de lanzarlos sobre la mesa.

—¡Tres puntos de ataque!

Otros dos chavales del equipo que estaban sentados frente a Ben pusieron un gesto abatido. Deseé poder pasar sin que se diera cuenta, pero me vio.

—¡Eh! —dijo.

—¡Hola!

—¿Te interesa? —Señaló un mapa con cuadrículas sobre la mesa. Seguramente tendría algo que ver con Dragones y Mazmorras.

—No; solo estoy buscando a Greta. ¿La has visto?

Ben miró alrededor.

—No.

Me di la vuelta para irme.

—Eh, espera un momento. —Indicó una vez más con la cabeza hacia el juego—. Piénsatelo. Puedes ser quien quieras. La Reina Loba de las Regiones Remotas, o...

—No, gracias, tengo... —Oí la voz de mi hermana por la escalera—. Tengo que irme.

Me tropecé con Greta a mitad de escalera. La seguían tres o cuatro chicas que yo no conocía. Se había empezado a correr la voz sobre lo del papel de Greta en *Annie*, y aunque todavía no se lo habían dado oficialmente, la gente ya la trataba como si fuera famosa. La había visto en la cafetería rodeada por chavales de su clase, chicos y

chicas, siendo el centro de atención. No sabría decir si le gustaba o no.

Al cruzarnos, ella bajando y yo subiendo, me aseguré de que me viera. Quería que supiese que había ido a verla bailar. No nos saludamos ni nada, pero me vio. Luego me di cuenta de que se fijaba en Ben y esbozaba una sonrisita.

Me quedé al fondo del salón de actos para ver la función. Greta salió tarde y, cuando estaba en el escenario, parecía desganada. Desapasionada. Como si estuviera intentando no hacerlo todo lo bien que podía. Quizá yo fui la única que se dio cuenta, porque a pesar de todo, le salió fantástico. No podía evitarlo.

## TREINTA Y CINCO

—No necesito vaqueros. Odio los vaqueros.

—Sí que los necesitas —dijo mi madre—. Todo el mundo necesita vaqueros.

Era el fin de semana de las grandes rebajas de primavera en los grandes almacenes Macy's. Era algo que antes las tres solíamos hacer juntas. Ahora, Greta se limitaba a pedir el dinero a mi madre e iba con sus amigas. A mí no me apetecía nada ir. Nada de nada.

Mi madre se plantó delante de mi armario, y agarró una percha que tenía dos faldas de pana marrón colgadas de cualquier manera.

—¡Mira esto! —Pasó la mano por las faldas—. Parece que hayas estado revolcándote en el barro. ¿Qué haces para que acaben así?

Yo todavía estaba en pijama, acurrucada bajo las mantas para esconderme del sol que entraba por la ventana.

—Están bien —dije—. No les pasa nada.

Ella rebuscó más al fondo de mi armario, y entonces me acordé de la tetera, las cintas, las notas y las demás cosas que había ahí dentro. Presa del pánico, me incorporé de un brinco.

—¡De acuerdo! —dije.

—¿Qué?

—Iré contigo.

Me senté en un banco y mi madre se quedó de pie delante de mí, con la vista en las vías. Llevaba el pelo muy corto, y como se le puso canoso a los veintitrés, siempre se lo teñía de castaño oscuro. Lo tenía todo de ese color excepto un mechón finísimo en la parte superior, por donde asomaba el gris. A veces me entraban ganas de tocar ese punto de su cabeza, esa fina rajita por la que se había abierto paso su verdadero yo. En aquel momento, bajo el frío sol de marzo en el andén, me pareció que si posaba allí el dedo, todo volvería a ser normal. Ya no habría más encuentros secretos con Toby; ni fantasmas pidiéndome que cuidara de ellos, suplicándome que hiciera algo que no tenía ni idea de cómo hacer; no más cambios extraños en cuadros depositados en cámaras acorazadas subterráneas; no más hermanas que desaparecían en la oscuridad del bosque por las noches. Podría olvidarme de todo y volver a ser una chica normal que iba a Macy's con su madre y soñaba con vivir en tiempos pasados.

Me levanté y di unos pasos en dirección a mi madre.

Ella me sonrió, tomando mis manos desnudas entre las suyas, enguantadas, y frotándolas para calentarlas.

—Esto va a ser como antes, Junie —dijo.

Solo había un puñado de personas esperando el tren aquella mañana. Una familia. Un grupo de chicos mayores de mi instituto. Un hombre trajeado. Nos sentamos una enfrente de la otra. Se había pintado los labios, algo que no hacía casi nunca. Ni siquiera se maquillaba para ir a trabajar. Solo cuando salía por la noche o cuando iba a la ciudad. Me miró como si estuviera pensándose algo, hasta que lo soltó:

—¿Qué te parece si comemos en Horn & Hardat?

Negué con la cabeza.

—June. —Soltó un largo suspiro.

—No me apetece.

—Cariño, ya sé que no te apetece. Y sé por qué. —Estiró el brazo y posó una mano en mi rodilla. Tuve la sensación de que el tren se contraía y de que estaba atrapada. Mi madre me había engañado y traído hasta allí para decirme que debía olvidarme de Finn, y no tenía escapatoria.

—Si ya sabes el motivo, entonces ¿por qué me invitas?

—Porque una forma de conseguir que las cosas dejen de doler tanto es ir tapando los recuerdos. Si vamos a Horn & Hardat, será como extender una fina manta sobre las otras veces que estuviste allí con Finn. Cada vez que vayas, se acumulará un nuevo recuerdo encima, hasta que las ocasiones en que estuviste allí con él acaben tapadas bajo las nuevas. ¿Lo entiendes?

—Otro día.

—Y los Cloisters. Lo mismo pasa con los Cloisters...

Era como si no me escuchara. ¿Los Cloisters? La idea de ir a los Cloisters con mi madre me parecía una tremenda aberración. Aquella Virgen de madera de abedul mirándome, aquellos abrigados rincones de piedra capaces de retener una palabra durante siglos. Las mantas más gruesas y lanudas del mundo no podrían cubrir los ecos de Finn conmigo en aquel lugar.

—¿Podemos no hablar de este tema? —le pedí.

—June, ya ha pasado más de un mes.

Me eché para atrás en mi asiento. Cerré los ojos, crucé los brazos y respiré muy despacio. Cuando volví a abrirlos, miré a mi madre.

—Cuéntame un recuerdo que tengas de Finn. De cuando erais niños. Una historia, e iré a Horn & Hardart.

—Vaya, June... —Pero me fijé en que ya estaba repasando su infancia. Se veía que no podría evitar hablar de ello.

Terminó contándome lo de la playa en Cape Cod a la que iban de vacaciones en su infancia. Seguro que era la misma playa de la que me había hablado Toby, pero la diferencia consistía en que mi madre sí sabía contar una historia. Me explicó que mis

abuelos se acostaban tarde y que Finn y ella cruzaban solos la calle hasta la playa en cuanto salía el sol. Que al amanecer el cielo relucía con el rosa suave de las mejillas febriles, y que tenían toda la playa para ellos solos. Como si fuera otra época, comentó. Y también dijo que ponían el mundo del revés: se imaginaban que la arena era nubes y el mar era el cielo. Una vez, Finn encontró un cangrejo herradura del tamaño de una sandía y se propusieron devolverlo al agua.

—Era algo prehistórico, June. Como salido de una película.

Sentí que mi madre estaba en esa playa. Había regresado a aquel lugar, bajo aquel cielo rosado de verano, con Finn.

—Y luego, ¿qué?

Sonrió.

—Luego Finn le dio la vuelta con el pie, lo agarró como si fuera una cazuela y lo llevó al agua.

El tren pasó traqueteando por White Plains y Fordham, dejando atrás el colegio de Harlem que no tenía ventanas y la estación de la Calle 125 en la que nunca me había bajado. Después, se metió en los oscuros túneles laberínticos que avanzaban entre curvas por debajo de Manhattan hasta Grand Central.

—¿Por qué dejó Finn de pintar? —pregunté sin mirarla.

Las ventanillas se habían convertido en espejos en aquellos oscuros túneles, y cuando alcé la vista vi el reflejo de mi madre mirándome. Su gesto se había endurecido, y el modo en que la luz incidía sobre los cristales le hacía parecer una pintura. En la ventanilla, mi madre era todo labios brillantes y ojos, sin ningún tipo de textura en la piel.

—Toby —contestó.

—¿Toby?

—Considero a ese hombre el responsable directo de destruir la vida de Finn.

—No puede ser tan malo. Finn no era tonto. No iba a dejar que nadie lo obligara a dejar de pintar.

Mi madre se cruzó de brazos y guardó silencio durante un rato hasta que dijo:

—Ese tipo tiene un pasado, June. ¿Lo entiendes? Ese Toby no es todo inocencia y luz. Algún día lo entenderás mejor que ahora. El amor puede con todo, ¿sabes? La familia, el arte, lo que quieras. Finn amaba a Toby, y eso significaba que ya no le importaba nada más.

No le importaba nada más. Yo no le importaba.

—Vale. ¿Y por qué yo no supe de su existencia?

—Porque yo no quería que Greta o tú tuvieseis nada que ver con ese hombre. Finn sabía que ese era el trato. Si quería tener relación con sus sobrinas, tenía que dejar a Toby al margen. No puedes juntarte con un indeseable y esperar que a tus seres queridos les parezca bien y les haga gracia. No se puede tener todo. Eso es algo que Finn jamás comprendió.

Yo tampoco. ¿Por qué no se puede tener todo?

—¿Lo obligaste a elegir? —pregunté. Mi madre volvió el rostro. No iba a responder—. Serás...

No me podía creer que mi madre hubiera hecho algo así. No se parecía a nada de lo que le había visto hacer. Provocó que sintiera lástima por Toby.

—Ya vale. Esta conversación ya ha durado bastante.

—Pero...

—En serio, June. Yo soy la única que debería estar triste. Era mi hermano pequeño. Yo cuidaba de él cuando éramos niños. ¿Sabes lo que significa que tu padre sea militar? ¿Lo sabes? Mudarte de una base a otra. Yo me encargaba de que Finn no lo pasara mal. Se suponía que debía cuidar de él. Yo, June. Y no pienso dejar que sigas dedicándote a lloriquear como hasta ahora. Tu actitud de sientolástima-de-mí-misma es completamente desproporcionada. Soy yo la que debería estar hundida, June. Soy yo la que ha perdido a un hermano. —Se llevó las manos a la cara—. ¿Crees que no sé lo que escuchas ahí arriba en tu cuarto todas las noches? ¿Piensas que no sé que pones el *Réquiem*? ¿Quién crees que le enseñó esa música a Finn? No es el único que conoce cosas bonitas.

Se giró hacia el pasillo y el reflejo de su rostro desapareció de la ventanilla. Apreté la cara más fuerte contra el cristal para ver el exterior. Las paredes de los túneles estaban cubiertas con montones de polvo, era casi como una piel. Pensé que aquellos túneles eran el tipo de sitio donde habitarían los lobos. Pensé que eran como los vasos sanguíneos del corazón humano.

Al final no fuimos a comer a Horn & Hardart. Compramos lo que necesitábamos de Macy's y luego tomamos una porción de pizza en la estación antes de volver a casa.

Cuando llegamos, descubrimos que, aunque se había gastado los setenta y cinco dólares que le había dado mi madre, Greta solo había vuelto a casa con unos vaqueros Guess que ni siquiera estaban rebajados y unas veinte pulseras de goma negra de esas que venden en la Calle 34.

Mi madre parecía derrotada.

—¡Eh, que no son todas para mí! —se defendió Greta—. Algunas son para June. —Se quitó varias pulseras del brazo y me las lanzó.

—¿En serio? —dije.

Mi madre nos miró alternativamente y soltó un largo y lento suspiro. Me entraron ganas de decir algo que mi madre quisiera oír, porque entonces quizá, y solo quizá, volvería a ser la madre que jamás obligaría a alguien a elegir entre su novio y su hermana.

Sin pensármelo del todo, dije con alegría:

—Mañana voy a ayudar en la obra. —Ambas se giraron a la vez para mirarme—. Greta dijo que hacía falta que les echaran una mano con algunas cosas en bastidores.

—Eso es genial, June. —Mi madre me hizo un gesto con la cabeza. Miré a Greta y vi que sonreía. Una sonrisa auténtica, sincera.

—Y luego vamos tú y yo a tomar algo a Friendly's, ¿vale? —Greta lo dijo con un soniquete cantarín que me sonó a falso, pero pareció agradar a mi madre.

—Muy bien, chicas. —Nos miró a las dos y esbozó una sonrisa. Luego me miró solo a mí—. Así se hace, Junie.

Asentí y me quedé observándola tal vez más de lo normal. Tal vez necesitaba echar un buen vistazo a esta versión de mi madre.

—Y ahora, ¿qué tal si subís un rato a vuestras habitaciones? Voy a preparar la cena.

En mi cuarto, me puse las pulseras elásticas en el brazo. A Greta le quedaban sueltas. A mí me apretaban, como la muñequera ortopédica que llevó mi abuelo cuando se cayó del cortacésped. Una a una, me las quité de la muñeca y las dejé sobre la mesa. Luego las metí en el fondo de mi armario, junto a la tetera. Aquellas pulseras eran la primera cosa que me regalaba Greta en tres años y, aunque estaba casi segura de que lo había hecho solo para evitarse problemas, quería guardarlas bien.

## TREINTA Y SEIS

Y o no rompo promesas. Cuando digo que voy a hacer algo, va en serio. Le había dicho a Toby que volvería a verlo, y eso fue lo que hice. No necesitaba que viniera a buscarme. Decidí ir un lunes, porque ese día tenía Gimnasia a última hora. Aunque nunca me había saltado una clase ni se me había pasado por la cabeza hacerlo, me dirigí al señor Bingman, me llevé una mano a la barriga y le dije que estaba en esos días de las chicas. Todas sabíamos que ese truco funcionaba con el señor Bingman, y antes incluso de que hubiera acabado de soltar mi mentira, sacó un bolígrafo y me garabateó un permiso.

Mientras salía del gimnasio, conté los botes de los balones de baloncesto en la pista, aspiré hondo el aire sudoroso y puse cara seria. Aunque caminase lo más lento posible, tendría tiempo de sobra para tomar el tren de las 14.43 a la ciudad.

—¡June! ¡Qué alegría! —exclamó Toby cuando llamé al telefonillo, y pareció que lo decía de corazón.

Decidí subir por la escalera en lugar de por el ascensor. Necesitaba tiempo para prepararme antes de volver a ver el piso. «Toby no tiene a nadie. Toby no tiene a nadie.» No paraba de repetirme esa frase.

Nada más entrar, vi que la casa tenía un aspecto diferente. Ya no era la de Finn. Había unos platos sucios apilados en la mesita del café. El cenicero, un tazón que mi tío moldeó con asfalto («la alquitrانera», había bromeado Toby la última vez), estaba lleno, y las persianas de los ventanales permanecían bajadas.

Toby llevaba su arrugada chaqueta granate de pana y la misma camiseta de huesos de dinosaurio. Se fijó en que yo miraba los ventanales y se apresuró a subir las persianas.

—Así —dijo—. Mejor, ¿verdad? Siéntate.

Él se sentó en la silla azul y yo en el sillón marrón, frente a él. Preparó té y nos fumamos un pitillo cada uno; el mío conseguí terminarlo sin toser ni una vez. Toby tenía una botellita de brandy y se sirvió un chorrillo en una copa. Me la ofreció, pero dije que no con la cabeza. Procuré no mirar demasiado el piso. No quería que pensara que estaba intentando averiguar qué cosas eran suyas, pero no podía evitarlo. Los días previos había estado reuniendo fuerzas. Quería ser capaz de mirar la casa y sentir que no me importaba que la mitad de las cosas no fueran de Finn. «Toby no tiene a



nadie», me repetí.

—Qué botas tan bonitas —comentó él, señalando mis pies con la cabeza.

—Regalo de Finn —respondí con demasiada prisa, y me coloqué de modo que la falda me cubriera los pies.

Hubo unos segundos de silencio incómodo y a continuación Toby empezó a hablar impostando una voz falsa de reportero y fingiendo que me ponía un micrófono delante.

—¡Muy bien! Dígame, señorita Elbus, ¿qué es lo que más le fascina de la Edad Media?

Me crucé de brazos y lo miré con gesto de incordio.

—No, en serio —dijo Toby ya con voz normal—. Quiero saberlo.

Era una de esas preguntas que me dejaba completamente muda. Podía fingir no haberla oído, pero sabía que él insistiría. Mi cerebro repasó las respuestas posibles: castillos, caballeros, noches oscuras bajo la luz de los candelabros, canto gregoriano, vestidos que llegaban hasta los pies. Libros copiados a mano, ilustrados por monjes con los colores más hermosos, textos iluminados de tal modo que brillaban.

—Pues no sé..., igual es porque en aquel entonces la gente no lo sabía todo. Había cosas que nadie había visto nunca, sitios donde nadie había estado. Podías inventarte una historia y la gente se la creía. Podías creer en dragones y santos. Podías mirar las plantas que te rodeaban y pensar que igual servían para salvarte la vida.

Lo dije con la mirada fija en la alfombra, porque tenía la sensación de estar soltando cosas sin sentido y que Toby se reiría de mí. Pero cuando alcé la vista, vi que no era así. Asentía.

—Eso me ha gustado —dijo.

—¿En serio? —Lo observé para ver si lo decía de verdad y, cuando me convencí de que así era, proseguí—: Y, bueno, también porque al parecer no pasaba nada por ser imperfecta. Nadie era perfecto en aquella época. Casi todo el mundo tenía defectos, y a la mayoría no le quedaba más remedio que aceptarlo así.

Toby seguía asintiendo. Tenía la mano apoyada en la rodilla y me fijé en lo encallecidos que estaban sus dedos.

—Pero también era sucio, oscuro, y había ratas y la peste...

—Supongo. —Bajé la mirada, pensativa. Luego miré a Toby y sonreí—. No era muy distinto de Nueva York.

Se rio.

—¡Muy bueno! —Y asintió de nuevo, como meditando algo—. Con... bueno, con la diferencia de que aquí tenemos el sida en vez de la peste.

Era la primera vez que lo oía pronunciar la palabra maldita. Desvió la mirada cuando la pronunció.

—No es lo mismo.

—Bueno, no exactamente, pero...

—No tienen nada que ver. La peste la pillabas y no podías evitarlo. No era culpa de nadie. Simplemente, sucedía. No se podía culpar a nadie. —Las palabras salieron de mi boca antes de que tuviera oportunidad de detenerlas.

Toby empezó a retorcer un hilo suelto en su chaqueta. Pensé en pedirle perdón, pero no lo hice.

—June, nadie sabía nada sobre el sida. ¿Entiendes? Ni siquiera se hablaba de ello cuando Finn y yo nos conocimos.

—Entonces, ¿por qué toda mi familia piensa que tú se lo pegaste? ¿Por qué iban a decir eso?

Toby agachó la cabeza y cerró los ojos. Respiró hondo antes de volver a abrirlos.

—Porque eso fue lo que decidimos contarles.

—¿Quién?

—Finn y yo. Yo, principalmente. Tu madre supuso que así habían ido las cosas, y dejamos que lo creyera. Le dije a Finn que no me importaba. Que si eso la hacía sentirse mejor, pues que se lo creyera.

—Pero...

—Déjalo, June. Ya no importa.

Pero importaba. La verdad siempre importa. No era justo que Toby cargara con toda la culpa cuando podría haber sido cualquiera de los dos. Cuando no era culpa de nadie.

—¿Por qué iba Finn a...?

—¡Shhh! —Toby puso dos dedos secos en mis labios. Me quedé helada, y él, lentamente, apartó los dedos.

—Pero...

—Te lo he contado porque necesito que entiendas cuánto quería a tu tío. Quizá si lo entiendes, podrás... no odiarme tanto. Finn era como tú, él quería contar la verdad, quería que todo el mundo supiera que nadie tenía la culpa. Fui yo quien lo presionó. Yo lo amaba, June. Y si cargar yo con la culpa hacía las cosas más fáciles para Finn, entonces adelante. Ahora, déjalo correr, ¿vale? Todo eso ya es pasado. ¿De acuerdo?

No dije nada.

—Por favor. Es lo que hubiera querido Finn. En serio.

«¿Cómo sabes lo que Finn hubiera querido?», pensé. Pero me encogí de hombros y dije:

—Supongo.

—Bien. —Apartó la mirada hacia la ventana.

Me quedé allí, a punto de echarme a llorar. No sabía por qué. No era porque Toby hubiera sido noble y bueno. Ni porque probablemente nadie en este mundo fuera a saber la verdad aparte de mí. Ni porque finalmente tuviera algo que contar a Greta y, sin embargo, no me fuera a servir de nada al ser algo que no podía revelar a nadie. Permanecí allí, dejando que esa tristeza se abalanzara sobre mis hombros, como si esperara que ella fuera capaz de explicarme por qué había venido. Y entonces, lo

hizo. Se arrastró más cerca y me susurró al oído.

«Él quería a Finn más que tú.»

Eso fue lo que me dijo. Y supe que era cierto.

Sentí un nudo gélido formándose en mi pecho. «No soy celosa. No soy celosa. No soy celosa», me repetí para mis adentros, intentando ralentizar mi respiración. Miré a Toby.

—Bueno... ¿Finn te pintó alguna vez un retrato?

Nada más decirlo, me di cuenta de lo patética que sonaba. Triste y maliciosa. Pero Toby no pareció reparar en ello. Levantó el dedo índice, para pedirme que esperara un segundo. Luego se incorporó y revolvió en el cajón secreto del escritorio hasta que encontró una llave. Me la enseñó con una sonrisa.

—Nunca has estado en el sótano, ¿verdad?

Toby tenía razón. Nunca había estado en el sótano del edificio de Finn. Pero mi madre, sí. A veces, los domingos, mientras Finn nos retrataba, ella le hacía la colada. Siempre volvía meneando la cabeza, diciendo que nunca más. «Ese sótano parece sacado de una película de terror», comentó una vez.

Toby se metió la llave al bolsillo.

—¿Qué pasa con el sótano? —pregunté.

—Ven conmigo —me invitó con ambas manos como un Svengali larguirucho.

—No sé. ¿Y si no me apetece?

—Te gustará. Te lo prometo. Hay un trastero. Cada piso tiene uno. Es como una jaula enorme para guardar cosas. Acompáñame.

Me vino a la cabeza una imagen de mí misma atrapada en una jaula en un sótano tétrico. Ni siquiera conocía a Toby. No mucho, la verdad. Y ya me había dicho que me tenía celos. Igual me encerraba allí abajo y nadie volvía a saber de mí.

Él hundió los hombros, ladeó la cabeza y dijo «por favor» con el tono más patético del mundo. Luego, volvió a enderezarse.

—Ya verás, June, en serio. No te arrepentirás.

Me lo pensé y llegué a la conclusión de que un auténtico psicópata no habría mencionado la jaula. Un auténtico psicópata me habría engatusado para bajar allí diciéndome que había un cachorrito o algo así.

—Está bien —cedí—, pero ve tú primero. Y quiero mi abrigo.

Quería mi abrigo porque llevaba mi pluma en el bolsillo y, si pasaba lo peor, siempre podría clavársela a Toby.

—Perfecto —dijo él, levantando las manos.

Toby pulsó el botón S y bajamos. En el reducido espacio del ascensor capté olor a tabaco rancio, pero también, por debajo, la agradable fragancia del jabón.

—No te arrepentirás —repitió él cuando el ascensor se detuvo y la puerta se abrió.

Salió y lo seguí. En cuanto tuve ocasión de mirar alrededor, comprobé que mi madre tenía razón. El sótano parecía sacado de una peli de miedo. El pasillo que salía del ascensor era estrecho, iluminado con bombillas peladas. Todo olía a polvo recalentado, y las paredes estaban amarillentas y desconchadas. Mientras avanzábamos, vi cortos pasillos sin salida que surgían del pasillo principal. En alguno había colchones mugrientos, como si allí viviera gente. A mis espaldas, oí que la puerta del ascensor se cerraba. La cabina chirrió y traqueteó antes de subir.

Miré la espalda de Toby y empecé a alegrarme de que estuviera conmigo. No es que fuera a resultar de mucha ayuda si aparecía un psicópata de verdad, pero sentaba mejor saber que me iban a descuartizar en compañía en vez de sola.

Pasamos por el cuarto de las lavadoras. Una secadora revolvía una colada, pero no había nadie.

—Es aquí —dijo Toby.

Doblamos una esquina y entramos en un recinto alargado que en un lado tenía una hilera de cubículos de tela metálica que llegaban hasta el techo y estaban cerrados con candados. Cada uno tendría unos tres metros de ancho y eran bastante profundos, y en su interior había una bombilla en el techo. Seguí a Toby por la hilera de cubículos, echando un vistazo a las cosas que guardaba la gente. En la mayoría había objetos como bicicletas, cajas y sillas. En uno había un zorro disecado que me miró fijamente al pasar por delante. En otro, un montón de jaulas de pájaros de distintos tipos y formas. En otro, tres pilas hasta el techo de cajas de sopa de tomate Campbell's sin abrir.

Toby se detuvo ante el cubículo que ponía 12H. Me quedé a su lado, con los ojos entornados. Una tela de terciopelo burdeos, como una larga cortina, impedía ver lo que allí se guardaba. Toby sacó la llave del bolsillo.

—Esto puede ser un poco... difícil —dijo al meter la llave en el candado.

—¿Qué hay dentro? —pregunté, señalando la cortina.

—¡Ajá!... Allá vamos. —Retiró el candado y abrió la puerta—. Es solo por privacidad —dijo señalando las cortinas—. Ahora, necesito que me des un minuto.

Entró primero y yo esperé fuera. Oí que prendía una cerilla dentro, y a continuación percibí por el olor que la había apagado. Me acerqué a la puerta, cada vez más nerviosa, cuando un sonido metálico, como de un portón al abrirse, se oyó en todo el sótano. Después, un silbido y un golpe.

Debí de soltar un gemido, porque Toby asomó la cabeza.

—Es un incinerador de basuras. No pasa nada. Está en la otra punta del sótano. No te asustes.

—No me asusto —mentí. Me acerqué a la puerta del cubículo y aparté la cortina—. ¿Puedo?

Toby me ofreció la mano, pero entré sin más.

—Oh, vaya.

No tenía pensado impresionarme, pero era imposible no hacerlo. Por dentro, el

cubículo no se parecía a los otros. No se parecía en nada a un trastero. Era como entrar en un salón victoriano. En lugar de una bombilla desnuda, del techo colgaba una lámpara de araña. En el suelo había una desgastada alfombra oriental en tonos azules y verdes, y dos antiguos sillones tapizados y una *chaise longue* de terciopelo verde. Una pequeña estantería de madera oscura llena de libros encuadernados en cuero rojo se apoyaba en una esquina, y encima había una gruesa vela en la que ardía una pequeña llama. También había dos mesitas auxiliares con patas de garra de león. Sobre una de ellas reposaba un cuenco de cristal azul oscuro lleno de barritas de chocolate, y la otra tenía uno de esos juegos de licoreras de vidrio propios de las casas de ricos. En cada botella apenas quedaba un dedo de bebida, y Toby se sirvió un poco en un vaso de cristal.

—Siéntate —dijo sonriendo.

Me pregunté si aquello habría estado siempre así cuando visitaba a Finn. Otro secreto que no se había preocupado por revelarme. Tuve la repentina esperanza de que Toby hubiera montado todo eso después de la muerte de mi tío.

—¿Qué es este sitio? —pregunté.

—Lo hizo Finn. La casita del jardín, lo llamaba.

No quería que Toby viera mi expresión, así que me acerqué a la estantería. Eché un vistazo y vi que los libros rojos eran guías prácticas de algo: vida marina, flores silvestres, árboles, piedras preciosas. Eran hermosos. Saqué el de los mamíferos y pasé las rígidas páginas de borde dorado. Sostuve el libro de espaldas a Toby y con la uña del pulgar rasqué el lomo de cuero. Lo arañé de arriba abajo para asegurarme de que la marca no se podría borrar.

Oí que Toby se acercaba a mí.

—Aquí es donde yo me quedaba cuando veníais de visita —dijo—. No siempre, claro, pero a veces, si volvía de algún sitio y no estaba seguro de que os hubierais ido, bajaba aquí. Finn acondicionó este sitio para eso.

¿Mi tío ocultaba a su novio secreto en el sótano? Me habría dado lástima si aquel lugar no fuera tan hermoso. Si no fuera tan obvio que una persona solo haría un lugar así para alguien a quien amara de verdad. Pensé en todas las veces que yo había estado en el piso, arriba, y ahora todos esos recuerdos se mezclaban con la imagen de Toby pasando el tiempo aquí abajo. Justo debajo de mí, todo el rato. Pensé en las sesiones de pintura, en aquellas tardes después de los Cloisters, en aquel largo fin de semana del 4 de Julio. No podía haber pasado todo el tiempo aquí abajo. ¿O sí?

Entonces comprendí que esto era culpa de mi madre. No habría hecho falta ninguna «casita del jardín» subterránea de no ser por ella. Yo habría conocido a Finn y Toby juntos desde el principio. ¿Y entonces, qué? Supongo que nunca habría estado tan unida a Finn. Nunca habría pensado que podría ser la persona más importante para él. Nunca le habría dejado engancharse en mi corazón como lo hizo. Nunca me habría convertido en la chica patética que estaba ahí plantada, deseando que mi tío hubiera hecho este cuarto secreto para mí.

—De todos modos, la pregunta era si Finn me había pintado algún retrato. Por eso hemos bajado aquí, ¿verdad? Así que echa un vistazo ahí. Detrás de la *chaise* como se-diga.

Me deslicé allí detrás sin mirar a Toby. Había un palé de madera en el suelo con una sábana blanca por encima. Supe lo que era sin siquiera levantar la sábana: una pila de oleos de Finn. Me quedé inmóvil.

—Adelante —me animó él.

Me incliné para levantar la sábana, pero no fui capaz de hacerlo. No podía enfrentarme a más partes desconocidas de Finn.

Sacudí la cabeza.

—Quizá en otra ocasión.

Toby asintió, comprensivo.

—Está bien —dijo, y apoyó una mano vacilante en mi hombro—. Cuando estés preparada.

Nos giramos para irnos y vi lo que parecía un escenario en miniatura con un telón de terciopelo azul. Tenía patas, de modo que quedaba a la altura del pecho; parecía una antigüedad.

—¿Qué es eso?

—Un viejo circo de pulgas. Ya sabes, de algo hay que vivir.

Sonreí por primera vez aquella tarde, porque aquello sonaba a justificación por ser camarero o basurero. No pegaba con la idea de tener un circo de pulgas.

—¿Es tuyo?

—Sí, antes lo montaba en parques. O en ferias, a veces.

—¿Y las pulgas?

Sonrió.

—Claro, las pulgas. Mis coleguitas.

—Pues eso... que dónde están.

—¿Quién?

—Las pulgas.

Me miró con un gesto cómico, como si intentara descifrar algo.

—Siéntate —dijo.

Genial. Iba a ofrecerme una especie de numerito increíblemente estúpido y yo tendría que intentar aguantar con una sonrisa hasta el final. Me pregunté si Toby bajaba allí para dar de comer a sus pulgas. Si las guardaría en una jaula especial tamaño pulga con algún tazón diminuto para el agua.

—No vayas a hacer daño a ninguna pulga por mí —dije, ladeando la cabeza para echar un vistazo a lo que estaba montando.

—¿Por quién me tomas?

Exacto: no sabía por quién tomar a Toby. Todavía no tenía ni idea.

Giró la plataforma para ponerla de frente a mí. Era como un circo muy pequeño de tres pistas. Había escaleritas y una diminuta bicicleta de alambre. También una

cuerda tendida entre dos palos y un tambaleante trapecio en miniatura colgando de ella. No pude evitar sonreír al ver a Toby metido en el papel de director de circo. El trapecio se columpiaba y la bicicleta se movía lentamente dando vueltas a la pista. Mientras tanto, Toby daba suaves órdenes a las pulgas, y cuando hacían lo que les había pedido, les decía lo maravillosas que eran, felicitándolas una y otra vez. «*Bellissimo!*», exclamaba. «¡Bravo!» Pasado un rato, les dijo que podían tomarse un descanso y me pidió que las aplaudiera.

Lo hice y luego me crucé de brazos.

—No hay pulgas, ¿verdad?

Toby puso cara pícara.

—No, June. No hay pulgas. Es un truco. Prestidigitación.

—Así que eres el hombre de las manos de oro.

No tenía muy claro si quería que la frase me saliera con aquel tono de burla, pero, una vez más, Toby no pareció darse cuenta. O si lo hizo, decidió no dejar que le afectara.

—No, no es para tanto —dijo—. Solo sirven para cosas sin importancia. No sé escribir, pintar ni dibujar. Nada de provecho. Y son solo mis manos, la verdad. Mira el resto de mi cuerpo. Soy el hombre más patoso sobre la faz de la tierra.

—Vaya, como un superhéroe con un único superpoder.

—Yo no diría tanto. De todos modos, ¿cuál es el tuyo? ¿Cuál es el superpoder de June Elbus?

Pensé en mí, de pies a cabeza. Era como leer la parte más aburrida del catálogo de Sears, como hojear las páginas de complementos de baño. Mente aburrida. Cara aburrida. Cero *sex appeal*. Manos torpes.

—El corazón. Un corazón duro —dije, sin estar segura—. El corazón más duro del mundo.

—Ajá. Resulta bastante útil, ¿sabes? Muy práctico. La cuestión es... —Se detuvo como si se tomara aquello muy en serio.

—¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es: ¿de piedra o de hielo? ¿Se puede romper o derretir?

Se tomó su tiempo para guardar con mimo las diminutas piezas del circo de pulgas. Podría tener el piso hecho un desastre, pero ponía sumo cuidado en guardar el circo con todo ordenado y en su sitio. Me pregunté cuántas veces habría estado allí abajo, charlando con sus pulgas invisibles, mientras yo estaba arriba con Finn. Me pregunté si mi tío le habría comprado ese circo de pulgas. Me pregunté si Toby me odiaría, si odiaría a toda mi familia. No podía culparle si así fuera. Cerró la tapa de la caja y enganchó el pestillo oxidado en un cierre.

—¿Cómo conociste a Finn? —pregunté.

Frunció el ceño. Bebió un trago de whisky, luego tamborileó con sus dedos contra

el vaso.

—No fue nada especial. En una clase de arte. —Se levantó y se acercó a la librería, dándome la espalda. Pasó la mano por los lomos rojos de las guías prácticas —. Finn me contó que os encantaba ir a los Cloisters.

Estaba intentando cambiar de tema, pero no quise dejarlo.

—Pensaba que tú no te dedicabas al arte —dije.

—No, no se me da bien. Solo era una clase. Entonces, cuéntame, ¿qué hay en los Cloisters?

—¿Nunca has ido?

Negó con la cabeza.

Me di la vuelta para ocultarle mi sonrisa. No quería que Toby descubriera lo feliz que me hacía saber que Finn había reservado ese lugar especial para mí.

—Venga —dijo—. Cuéntame cómo es ese museo. Quiero saberlo.

—¿En serio?

Él asintió y yo comencé a ejercer de guía por los Cloisters:

—Bueno, desde fuera no parece gran cosa. Eso lo primero. Pero cuando entras, es como si ya no estuvieras en Nueva York. Ni siquiera en América.

Le conté que nada más atravesar las puertas era como si te sacaran en volandas de la ciudad y te llevaran a la Edad Media. Le hablé de las amplias escaleras curvas que subían hasta los claustros principales, y que las paredes estaban hechas de grandes bloques de piedra, como en un castillo. Toby se sentó de piernas cruzadas en la alfombra a escuchar y yo le describí los huertos de los patios. Pulmonaria, nueza, consuelda y milenrama.

En mi imaginación, me vi paseando por allí con Finn. Vi a mi tío frotando una hoja entre los dedos para captar su aroma, explicándome la teoría de las signaturas, que dice que Dios ha dejado una señal en cada planta medicinal para saber qué cura: las rojas, para enfermedades de la sangre; las amarillas, para la ictericia; otras plantas de cuyos nombres no me acordaba, que tienen raíces con forma de hemorroides, para problemas de riñón o corazón. Finn decía que solo eran fabulaciones, pero que como idea era bonito. Resultaba hermoso imaginar al Señor marcándolas para su rebaño. Eso no se lo conté a Toby, lo de Finn y yo allí. Me limité a hablarle de las curvas duras y graciosas de las bóvedas de piedra, los suelos adoquinados y los tapices con detalles imposibles. No dije ni una palabra sobre Finn, pero aun así, cuando miré a Toby, vi que tenía los ojos húmedos.

—¿Qué pasa?

Se secó los ojos e intentó forzar una sonrisa.

—No lo sé —dijo, riéndose un poco—. Todo, supongo.

Y en aquel momento mi corazón se reblandeció un poco respecto a Toby, porque sabía exactamente lo que le ocurría. Comprendí que casi todo en este mundo puede recordarte a Finn. Los trenes, Nueva York, las plantas, los libros, unas galletas de chocolate blanco y negro, un tipo en Central Park tocando la polka con una armónica



y un violín. Cosas que nunca habías visto con Finn podían recordártelo, porque él era la única persona a la que querrías enseñárselas. «Mira eso», te gustaría decirle, porque sabías que, de algún modo, a él le parecería maravilloso. Y te haría sentir la persona más observadora del mundo por haber reparado en ello.

Me senté en el suelo, junto a Toby, tan cerca que nuestros brazos casi se rozaban. Permanecimos así un buen rato, en silencio, hasta que él lo rompió:

—Ya sabes que siempre que necesites algo puedes llamarme, ¿verdad? Lo que sea.

Asentí.

—Siempre me lo dices.

—Quiero que sepas que lo digo en serio, no solo para quedar bien. Puedes llamarme igual que harías con Finn. Para hablar o lo que sea. Lo que sea.

Le dije que sabía que lo decía en serio, pero el tono de mi voz delató que nunca iba a llamarlo. Que él no era Finn. Y que aunque parecía que él lo decía en serio, en mi interior tenía la sensación de que solo lo decía por quedar bien.

—Creo que debería irme —dije.

Se ofreció a acompañarme hasta Grand Central. El tiempo había cambiado un poco mientras habíamos estado en el sótano. Al salir del instituto, solo había unas pocas nubes, pero ahora el cielo entero estaba encapotado. No habíamos recorrido más que unas manzanas cuando los primeros goterones empezaron a caer.

—¡Mierda! —dijo Toby—. No he traído el paraguas.

Nos refugiamos en un súper para esperar a que amainara, pero después de dar tres vueltas por los pasillos, un dependiente nos preguntó si queríamos algo. Toby le dijo que caramelos de menta, y el hombre frunció los labios y señaló el expositor de dulces junto a la caja.

Caminamos hacia el centro bajo la lluvia, los dos chupando aquellos fuertes caramelos mentolados que no teníamos intención de comprar. Cuando el picante empezó a hacer efecto, casi escupo el mío, pero me contuve. Me parecía que era bueno probarse de vez en cuando. Era bueno ver hasta dónde podías aguantar.

Toby me pidió que le contara alguna historia de Finn. Dudé unos instantes, pensándomelo, y luego le conté que una vez, en Acción de Gracias, cuando todos estaban viendo un partido de fútbol, Finn y yo nos escabullimos de casa y nos adentramos en el bosque hasta perdernos. «Solo nosotros dos —dije—, porque detestábamos el fútbol.» Le conté lo bien que olía el bosque, y que Finn preparó una pequeña hoguera solo con palitos y luego nos sentamos acurrucados, juntitos, y él me enseñó el significado de todas las palabras en latín de la «Lacrimosa» del *Réquiem* de Mozart, y las cantamos una y otra vez con nuestras voces temblorosas hasta que me las aprendí de memoria. Le conté que Finn me confesó que le hubiera gustado quedarse allí para siempre, que no quería volver a la ciudad nunca más. Y que luego

buscamos las huellas de nuestros pasos y comprobamos que no estábamos tan perdidos. Cuando volvimos, mi madre nos había guardado dos trozos de tarta de calabaza con nata, y nos los comimos sin contar a nadie dónde habíamos estado.

—Mmm. Una historia bastante buena, June.

—Pues sí.

Entonces Toby me contó lo de la vez que Finn quiso disfrazarse para ir a una exposición de sus cuadros y escuchar los comentarios de la gente. Empezó a enrollarse con su anécdota, pero yo tenía la cabeza en otra parte hasta que, de repente, el destello redondeado de una alcantarilla empapada me llamó la atención y me detuve en mitad de la acera.

Toby siguió andando.

—¡Eh! —lo llamé—. ¿Qué sabes de esos botones? ¿Los botones negros en el retrato?

Él iba unos pasos por delante, pero me oyó y se paró. Tardó un poco en girarse. Durante unos segundos, permaneció allí. Cuando finalmente se dio la vuelta, tenía un gesto suplicante en la cara. Parecía culpable y avergonzado, y comprendí que lo sabía todo.

Me apartó a un lado, para ponerme bajo el toldo de un edificio mientras él se quedaba bajo la lluvia. Luego me pidió perdón varias veces, antes de contarme lo que había pasado.

—Está bien —dijo por fin, como si hubiera tomado algún tipo de decisión, y soltó un hondo suspiro—. Esto me resulta muy duro. —Se paseó nervioso por la acera antes de darse la vuelta y regresar a mi lado.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres —comenté, aunque no lo decía en serio.

Pareció pensárselo un momento y después sacudió la cabeza. Volvió a alejarse unos pasos antes de decir nada.

—Está bien, a ver... El retrato es bueno, ¿verdad?

Asentí.

—Pues Finn no pensaba lo mismo. «Tiene que ser perfecto. Más detalle. Necesita más detalle.» No paraba de repetirlo. Me hizo traérselo junto a la cama. Ya casi no podía ver ni levantar la cabeza. Si lo hubieras visto... Solo podía hablar de ese tema, June. ¿Lo entiendes? Así que se lo prometí. Le dije que haría todo lo posible por dejarlo perfecto. —Agachó la cabeza—. Pues eso. ¿Vale? Ahora ya lo sabes.

Recordé los bastos botones y no pude creer que Toby pensara que mejoraban el cuadro. Mi cara debió delatarme, porque él dijo:

—Vale, ya lo sé. La he cagado del todo. Pero no te imaginas lo que fue aquello. Estábamos los dos solos esa tarde, y después..., después estaba yo solo.

Miré su cara: estaba reviviendo aquel día.

—Había tanto, tanto silencio. Pensé que al menos podría hacer una cosa bien, solo una... Y ni siquiera pude hacerlo. Ni siquiera unos simples botones negros.

Mi corazón se aceleró al imaginarme la casa aquel día. Finn inmóvil de repente, muerto. Toby desesperado y titubeante. Me mordí el labio, sintiendo el temblor en la comisura de la boca, lo cual significaba que estaba a punto de echarme a llorar, y no quería hacerlo delante de Toby. Gotas de lluvia caían desde mi pelo empapado y me resbalaban por la cara, y los ojos oscuros de Toby estaban clavados en los míos, esperando una respuesta. No iba a llorar. No iba a hacerlo, pero entonces, de repente, las lágrimas aparecieron imparables.

Eché a caminar alejándome, pero me di la vuelta. De pronto decidí no retener las lágrimas y quedarme allí, bajo un toldo en Madison Avenue, y dejar que Toby me viera. Dejarle comprender que yo echaba de menos a Finn tanto como él. Y una vez que empecé, ya no había forma de parar. Todo aquello que me había dedicado a apretujar y guardar a presión en el fondo de mi corazón, se deshizo. Me quedé allí, tiritando e hipando en Madison Avenue delante de Toby, esperando que él huyese corriendo o me metiese apresuradamente en un taxi, pero no lo hizo. Se acercó, me estrechó entre sus largos brazos y apoyó la cabeza en mi hombro. Nos quedamos así, bajo aquel toldo, y percibí que él también lloraba. El crujido del caramelo contra sus dientes, los frenos chirriantes de los coches, la lluvia repicando en la lona sobre nuestras cabezas, todo se unió a nuestros gemidos profundos y graves para componer una especie de música. La ciudad entera se convirtió en un coro para nuestro dolor, y pasado un rato casi dejó de hacer daño y se transformó en otra cosa, algo similar al alivio.

Cuando nos separamos, no fui capaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento —le oí susurrar—. No soy un artista, June. Lo siento muchísimo... Por todo. Por todo.

Me encogí ligeramente de hombros, escupí mi caramelo en la mano y lo arrojé a la acera.

—Son asquerosos —dije.

Toby sonrió.

—Ya —dijo. Pero no escupió el suyo. Lo conservó en la boca, donde debió de seguir quemándole la lengua hasta desaparecer.

## TREINTA Y SIETE

Fue muy tarde, por la noche, aquel mismo día. Bastante después de que todos estuvieran dormidos. Me encontraba sentada en el suelo de la cocina, con la agenda ilustrada abierta entre las piernas. Protegí el micrófono del teléfono con la mano y susurré:

—Llamaba para decirte que me lo inventé todo.

—Ah... Vale. ¿Que hiciste qué? —La voz de Toby sonaba adormilada, como si lo hubiera despertado de un sueño pesado.

—La historia. Mi anécdota de Finn. No era verdad.

—Ah, eres tú, June. Hola. ¿Qué hora es?

—Tarde. Siento haberte despertado.

—No estaba dormido. Solo descansando mientras me tomaba un brandy.

Me reí con la boca cerrada, procurando no hacer ningún ruido. Acerqué la mano al armarito que había junto al lavavajillas. Uno estrechito que era el bar de mis padres. Rebusqué en su interior hasta que di con el brandy. Lo puse a mi lado en el suelo y tamborileé con un dedo sobre el tapón de la botella.

—Pues eso, que te debo una historia.

—¿Estás segura de que no era cierta? Me la creí hasta la última palabra.

Sonreí, aunque me pareció que se estaba burlando de mí.

—¡Anda ya!

—No, en serio. Hiciste una excelente descripción de los detalles. Sobresaliente.

—Toby también hablaba entre susurros, aunque estaba solo.

Nos quedamos callados unos segundos, y luego él dijo:

—Mira, June, no pasa nada. No tienes que contarme ninguna historia si no quieres. —Oí cómo bebía un trago de su brandy.

Quitó el tapón de la botella, metió un dedo y me lo llevé a la lengua.

—No, sí que quiero. La próxima vez.

Casi pude oír su sonrisa.

—Ven cuando quieras. Cuando puedas. Lo sabes, ¿verdad? Si necesitas cualquier cosa...

Pensé que si me estuviera ahogando en el océano, Finn sería como un recio barco de madera pulida y velas que siempre ondeaban al viento. ¿Y Toby? Bueno, él sería más parecido a una lancha amarilla de plástico que podía hundirse en cualquier momento. Sin embargo, igual también se encontraría allí. Eso era lo que estaba

empezando a pensar.

Asentí y me llevé la botella a los labios. El brandy bajó quemándome tan fuerte que por un instante sentí que mis entrañas se volvían de lava.

—Lo sé —susurré. De nuevo, silencio—. Está bien... entonces, buenas noches.

—Felices sueños, June.

Me tumbé de espaldas en el frío suelo de linóleo y dejé el auricular sobre mi pecho. El único sonido en la cocina era el tictac del reloj de pared, encima del fregadero. Debí de pasar un par de minutos así, y luego oí mi nombre.

—June.

Me llevé el auricular a la oreja.

—Sí.

—Vete a la cama.

—Vale —susurré—. Tú también.

Luego colgué, dejando a Toby solo en la casa de Finn.

No sabía qué hacer para sellar un pacto con un muerto. Con alguien que no está muerto, puedes usar unas tijeras y hacer un pequeño corte en tu ropa. No vale con prendas viejas. Tiene que ser algo nuevo, que te pongas a menudo y que cortarlo suponga un marrón. El corte puede ser en cualquier parte. Por dentro del dobladillo, o en el sobaco, y puede ser tan pequeño como logres realizarlo. Ahí estaba el truco. En aprender a hacer cortes realmente pequeños. Esas eran las reglas que Greta y yo teníamos para sellar promesas cuando éramos pequeñas, porque nos daba miedo emplear sangre.

Me levanté, elegí una postal de Miami Beach del corcho y la dejé sobre la encimera. Sostuve la chincheta y me la clavé en el dedo índice, apretando hasta que salió una gotita de sangre, como una joya diminuta. Leí la nota de Finn una vez más, y luego apreté encima el dedo con fuerza.

Mi tío no se equivocaba: estaba claro que Toby no tenía a nadie. Pero no importaba. Todo estaba pactado: ahora me tenía a mí.

## TREINTA Y OCHO

Marzo estaba mayeando, como dice el refrán. Los árboles seguían desnudos, pero aparte de eso y de los escasos restos de nieve en los rincones de los grandes aparcamientos, el invierno parecía acabado.

Los carteles de *South Pacific* comenzaron a aparecer por toda la ciudad. Los ponían con bastante antelación para que, si se vendían bastantes entradas, hubiera tiempo de programar un par de noches extra. Beans ganó el concurso de diseño del cartel. Hizo la S de *South* y la P de *Pacific* como dos palmeras, y el póster en su conjunto tenía forma de cabaña tiki. Era muy bueno, y pensé que debería decírselo la próxima vez que la viese.

El ambiente primaveral se iba adueñando de todo, excepto de nuestros padres, que entraban en la fase ojerosa de la campaña de la declaración de la renta. El mechón gris de mi madre aumentaba de tamaño, y hacía días que no veía a mi padre bien afeitado. Greta y yo estábamos al borde de la intoxicación de tanto comer guisos, algo que, como solíamos decir, ocurre cuando tu sangre se convierte en salsa de carne.

Al salir de clase, me dirigí al banco, en el centro.

El pan de oro —el de verdad— es muy caro, pero la pintura dorada a veces puede lograr el mismo efecto y cuesta lo mismo que cualquier otro color. Compré un botecito de pintura color oro y un pequeño pincel en Kmart. Los guardé en el bolsillo lateral de mi mochila, junto a la llave de la caja fuerte.

Esta vez, el señor Zimmer no comentó nada sobre el sida. Actuó con normalidad y me llevó directamente al sótano.

—Cerramos dentro de media hora —dijo, mirando su reloj—. Te avisaré con un golpecito en la puerta para que tengas tiempo de recoger tus cosas, ¿vale?

—Está bien.

Tumbé el cuadro en la mesa y pasé el dedo por cada botón negro. Uno a uno. Ya no me parecían tan feos. Ahora que conocía su historia, casi resultaban bonitos. Relucientes perlas negras. Luego repasé con el dedo la calavera en la mano de Greta.

Incorporé el lienzo apoyándolo en la pared y le sonreí. A Finn le gustaría —no: le encantaría— lo que me disponía a hacer. Saqué de la mochila el bote de pintura y el pincel y los dejé sobre la mesa. Me costó un poco quitar la tapa, pero salió al cabo de

unos segundos. Un suave olorcillo a vapores de pintura inundó la sala y aspiré hondo, porque ese aroma me recordaba mucho a Finn. Luego mojé el pincel en el bote y lo escurrí contra el borde. Me detuve con la mano en alto sobre el lienzo, de repente temerosa de aquello. Pero conocía a Finn. Yo no era como los que habían intentado completar el *Réquiem* por Mozart. Yo sabía lo que Finn diría.

Así que empecé, primero muy suave, bajando el pincel por un mechón de mi cabello en el retrato. Luego hice lo mismo en uno de Greta. Retrocedí un paso y observé como hacen los artistas. Ladeando la cabeza, como siempre hacía Finn cuando intentaba capturar algo. No quería pasarme. Sabía lo fácil que resultaría dejarme llevar. Volví a mojar el pincel, y en aquella pequeña sala bajo tierra intenté imaginar la mano de Finn guiando la mía, rozándola apenas, su suave palma contra el reverso de mi mano. Dejé que el pincel descendiera lentamente a lo largo de mi pelo pintado, ese pelo que había creado Finn. Su obra. ¿Con cuánto detalle habría tenido que mirarme para recrearme? ¿Qué había visto? ¿Se habría fijado en que yo siempre me ponía brillo de labios Bonne Bell, ese con sabor a chicle, cuando iba a verle? ¿Me habría pillado mirando sus pies descalzos mientras trabajaba en el lienzo? ¿Habría sido capaz de leer mi corazón? Ojalá que no. Me gustaría pensar que tuve la suficiente habilidad para mantenerlo oculto.

Pinté unos mechones más de mi pelo, y luego otros más del de Greta. Retrocedí un paso de nuevo. Lo que estaba buscando era algo como las alas de los ángeles en uno de los manuscritos iluminados que exhibían en la planta baja de los Cloisters. Algo por el estilo, pero no exactamente lo mismo, porque nosotras no teníamos alas, solo un pelo liso y soso, aunque luminoso. Quería un brillo de oro en ese cuadro. Quería que el lienzo proclamase cómo era Finn y cuánto lo quise. Del mismo modo que lo hacían los botones de Toby, si conocías la historia.

Tapé el bote de pintura, envolví el pincel en un papel y guardé ambas cosas en mi mochila. Ahora estábamos todos en ese retrato. Los tres. Greta, Toby y yo.

Y el lobo. Al volver a guardar el cuadro en su caja de metal lo divisé. Ahí seguía, oculto entre las sombras del espacio negativo.

## TREINTA Y NUEVE

—¿Qué ropa vas a llevar?

Ya estaba vestida, así que eché un vistazo a mi atuendo.

—Mi falda granate y un jersey gris.

—Hoy no, pánfila. El día de la fiesta. El sábado.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Ben me ha preguntado si vas a ir.

Puse los ojos en blanco.

Estábamos en la calle, esperando al autobús, que se retrasaba. Greta parecía cansada. No llevaba maquillaje y se había recogido el pelo en un moño chapucero. La cinta de su mochila habitual se había roto al volver a casa a principios de semana, así que tenía que usar una de Snoopy de hace años, en la que Emilio revolotea alrededor de la cabeza de Snoopy, dispuesto a posarse.

—¿Por qué siempre intentas que me interese por Ben Dellahunt? Si casi no lo conozco.

Greta soltó un suspiro frustrado.

—Eres un caso perdido.

—No, en serio.

Mi hermana frunció los labios, puso los brazos en jarras y me miró.

—Tal vez intento ayudarte. ¿No se te ha ocurrido?

—No.

Capté un gesto fugaz en su rostro, como si quisiera decir algo pero no pudiera.

—Da igual, June. Da-i-gu-al. Eres..., eres...

—¿Qué?

—Nada.

—De todos modos, quizá deberías pensar en lo que vas a ponerte *tú* para la fiesta. Quizá tampoco estás tan guapa.

Se giró con las manos en las caderas. Su cara pasó de normal a asesina en un instante.

—Ya sé que no estuviste en el ensayo el lunes. Eres una auténtica mentirosa, June. Nos lo dijiste a mamá y a mí. ¿Pensabas que nadie iba a enterarse de adónde vas? ¿De verdad crees que puedes mantener tu gran secreto oculto para siempre?

Me estaba chillando en plena calle. Parecía una bomba detonando, y me quedé helada. Luego, con la misma rapidez, me dio la espalda y caminó hasta detrás del



arce. Se apoyó en el árbol, de modo que desapareció de mi vista. Solo podía ver uno de sus pies asomando a un lado del tronco, pateando sobre el barro. Esperamos otros cinco minutos el autobús, tiempo que pasé contemplando las pataditas que daba el delicado pie de Greta, como si estuviera enviando una especie de mensaje en código Morse al suelo.

Aquella noche mis padres regresaron a casa a tiempo para la cena. Greta había comentado que no tenía ensayo, así que decidieron que estaría bien tener una cena en familia de verdad. Me alegré de estar allí, de no haber hecho planes para ir a la ciudad. A veces, ni siquiera recordaba que, en cierto modo, echaba de menos a mis padres durante la campaña de la renta. Solo cuando finalmente los tenía cerca me acordaba de lo agradable que resultaba que estuvieran allí. Si tenía que prepararme yo la cena, me limitaba a echar un cazo de guiso en un plato, pero cuando lo hacía mi madre, preparaba pan de ajo, una ensalada y añadía una pizca de nata en cada plato. Parecía una comida de verdad y no algo que simplemente debes hacer.

Greta y yo estábamos haciendo los deberes en extremos opuestos de la mesa de la cocina cuando nuestros padres llegaron a casa. Greta había levantado una muralla con sus libros de Biología y Cálculo, para no tener que verme. Los bajó cuando mi padre entró por la puerta.

—Adivinad lo que traigo —dijo él, levantando una bolsa de los almacenes Caldor con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué es? —pregunté.

—Adivina.

Greta echó un vistazo a la bolsa y dijo:

—Un Trivial Pursuit.

—¡Vaya! —exclamó mi padre con aire desilusionado—. Esto..., bueno, creo que has acertado.

La desilusión se aferró unos segundos a su rostro, pero nada más abrir la caja empezó a emocionarse de nuevo. Supuse que probablemente seríamos la única familia en todo el país que no tenía un Trivial Pursuit. Mi padre siempre tardaba en comprar las últimas novedades. Siempre decía que la gente inteligente espera un poco, a que bajen de precio.

—Bueno, ¿a quién le apetece una partida? —dijo, lanzando las fichas sobre la mesa.

Aunque era un día entre semana, nos quedamos hasta tarde jugando. Los cuatro. Mi madre hizo palomitas y té frío instantáneo, que sabía dulzón y a limón.

Era el primer juego que veía en años que se les daba realmente bien a nuestros padres y, aunque Greta se negó a mirarme durante toda la partida, lo pasamos bien.

—¿Quién hizo de Junior Bonner en *El rey del rodeo*? —leyó Greta, y mi madre no dudó:

—Steve McQueen.

Yo acerté algunas preguntas de ciencias, como «¿Qué elemento químico representa el símbolo Fe?» y «¿Cuál es el nombre científico de la aurora polar?», pero la mayoría eran muy difíciles. Las más divertidas eran las de deportes, que en realidad eran sobre bebidas. A Greta le tocó «¿Qué hace que un Black Russian sea negro?», y no le costó acertar. La respuesta era Tia Maria o Kahlua, y Greta dijo las dos.

Al final, mi padre ganó con una pregunta de historia: «¿A la construcción de qué se llegó tras un acuerdo entre el Reino Unido y Francia en 1962?»

—Ummm... ¿Del Concorde? —respondió mi padre.

Todos soltamos un gruñido de rabia y él se quedó inmóvil, incapaz de creérselo.

—¿He ganado? ¿He ganado una partida?

Mi madre subió a acostarse y Greta se fue a llamar a una amiga, pero mi padre y yo nos quedamos allí sentados, leyéndonos preguntas y tomando té frío hasta que nos costó mantener los ojos abiertos. De vez en cuando salía una del estilo «¿Qué es un prestidigitador?», y yo me acordaba de Toby.

—¿Papá?

—Espera, déjame leer otra.

—No. Tengo una pregunta de verdad.

—Está bien —asintió—. Dispara.

—¿Conocías al... amigo especial del tío Finn? —Casi me atraganto al pronunciar esas estúpidas palabras, pero no quería descubrir nada.

Mi padre miró a sus espaldas, hacia el pasillo. Supuse que estaba asegurándose de que mi madre se había ido. Luego se volvió hacia mí.

—Lo vi un par de veces. Cuando se instalaron aquí. Fue hace unos ocho o nueve años. ¿Qué quieres saber?

—Es solo... bueno, mamá parece odiarlo y, no sé, no me imagino que Finn pudiera estar con alguien tan malo.

Mi padre levantó su ficha de plástico y tiró los quesitos sobre la mesa. Luego, uno a uno, volvió a meterlos. Suspiró.

—Está bien. Voy a contarte un par de cosas, y confiaré en que no les des más importancia de la que tienen. Y en especial, voy a confiar en que no se lo vas a repetir a tu madre, ¿vale? —Asentí, y continuó—: No quiero que pienses que tu madre es... Quiero que comprendas de dónde viene todo esto.

—Vale.

—Tú has conocido a Finn y tu madre como adultos. Eran tan distintos que casi no se diría que fueran hermanos, ¿verdad? Tu madre, contable. Finn, en la ciudad con su arte y tal. Pero antes las cosas no eran así. De niños, durante sus años de adolescencia, los dos estaban muy unidos, pasaban todo el tiempo juntos. Cuando se trasladaban a una nueva base militar, solo se tenían el uno al otro. Yo no sé mucho de arte... vale, no sé nada de arte, pero tu madre tenía talento para el dibujo. A veces,

todavía habla de ello. Finn y ella se iban por ahí y se pasaban horas pintando. ¿Ella te lo ha contado alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sabía que dibujara.

—Exactamente.

Me acordé del bloc de dibujo que Finn le había regalado hacía años. La cara que puso mi madre en aquel restaurante.

—¿Sabes? Tu madre todavía guarda la caja de latón de acuarelas que tenían. Decía que habían hecho planes. Que los dos se irían a Nueva York a vivir como artistas. Hablaban de ello como si fuera verdad, como si realmente fuera a suceder algún día. Ya conocías a Finn. Cuando decía algo, no podías evitar creértelo. Y tu madre no pudo evitar pensar que su hermano encontraría un modo de lograr que ocurriera. Y entonces, un día, él se marchó. Por supuesto, era joven, solo tenía diecisiete años, pero a ella eso la destrozó. Él le dejó una nota en que ponía que volvería, que se la llevaría a Nueva York cuando estuviera asentado, pero no fue suficiente. Tu madre no pudo superarlo. Finn se dedicó a recorrer el mundo: París, Londres, Berlín... Mandaba postales de sus exposiciones, y tu madre decía que aquello era peor que no tener noticias de él. Y luego, un día, Finn volvió. Realmente estaba en Nueva York. Pero para entonces nosotros ya nos habíamos casado y os teníamos a Greta y a ti, y tu madre llevaba años sin pintar ni dibujar nada. Fuimos a la ciudad para ver a Finn, y tu madre estaba como un flan. Puede que me equivoque, pero creo que en secreto albergaba la esperanza de que finalmente tendría su oportunidad de hacer arte. De que quizá nos instalaríamos en la ciudad y podría colaborar con Finn de algún modo.

No lo podría asegurar, pero me pareció ver un ligero rastro de dolor en la cara de mi padre. Volvió a volcar las piezas sobre la mesa y las dejó allí.

—Aquel día, en la ciudad, quedamos con Finn en una cafetería, pero no se presentó solo. Toby vino con él. Y todo el entusiasmo previo de Danni se esfumó al verlos juntos. En aquel entonces, no lo entendí. Me parecía que Toby no estaba mal. Un tipo algo raro pero simpático. Pero tu madre le tuvo manía desde el primer instante. Más tarde, me contó que Finn le había hablado de Toby en sus cartas. Le había contado su pasado. No me sé toda la historia, pero parece que estuvo metido en un buen lío. Tu madre siempre sacaba ese tema: que no le convenía, que se estaba aprovechando de Finn. Y luego, años más tarde, cuando Finn enfermó... Bueno, Toby cargó con todas las culpas. Él provocó que su hermano se volviera un vago, él hizo que dejara de pintar, él lo apartó de su familia y, por si fuera poco, le contagió el sida. Creo que ella se imaginaba que, de algún modo, sin Toby las cosas habrían sido distintas entre los dos hermanos. Danni siempre decía que Finn se merecía algo mejor. Sinceramente, no creo que tuviese nada que ver con lo que Toby hubiera hecho en el pasado. Ya podría haber sido premio Nobel de la Paz, que a Danni le habría caído mal. Creo... —Bajó la vista y dio unos golpecitos a las piezas del Trivial

—. Creo que a tu madre le disgustaba cómo habían salido las cosas. Le disgustaba haber acabado de gestora; haberse casado con un tipo viejo, aburrido y de números como yo, y vivir en la temible periferia. Ahí estaba Finn, artista en Nueva York, con su novio inglés tan molón, y ahí estaba ella, contable, madre de dos hijas, viviendo en los suburbios, sentada a mi lado, el tipo menos molón que puedas imaginar.

Esta vez sí había dolor en su voz.

—¿Has visto los dibujos de mamá? —pregunté.

—Solo una vez. La abuela Weiss me los enseñó, sin que se enterara tu madre. La abuela Weiss siempre decía que se sentía culpable. Que Danni nunca tuvo la oportunidad de hacer lo que quería. Yo diría que era tan buena como Finn. Incluso, no sé... hasta mejor.

Saqué el cartón de leche del frigorífico. Serví un vaso para cada uno.

—No creo que mamá esté disgustada contigo.

Sonrió.

—Gracias, Junie. Ojalá tengas razón.

Bebí un trago de leche, mi padre hizo otro tanto, y nos quedamos allí sentados, en la silenciosa cocina, por la noche, sumidos en nuestros pensamientos.

—Papá.

—¿Sí?

—Entonces, ¿por qué Finn es mi padrino, si mamá estaba tan enfadada con él?

—Oh, no estaba enfadada con Finn. Nadie podía enfadarse con él. Era todo por Toby. No tuviste padrino hasta los cinco años. ¿Lo sabías? Tu madre siempre tuvo a Finn en mente. Conservaba la esperanza. Luego Finn empezó a escribir, a decir que pensaba en mudarse a la ciudad. Nunca mencionó que Toby vendría con él. Dijo que pensaba regresar de Inglaterra y alquilar un piso en el centro. Entonces fue cuando tu madre se lo pidió, y Finn se entusiasmó con la idea. Recuerdo que nos reímos porque dijo que regresaría a América lo antes posible, como si fuera una especie de emergencia. —Mi padre se detuvo, como recordando esa época—. Creo que tu madre pensaba que convertir a Finn en tu padrino sería un modo de atarlo. Un vínculo para retenerlo. Y que él lo veía de un modo distinto, como si quizá Toby y él fuesen a ser tus padrinos. Una forma de sentar la cabeza, de tener su extraña familia o algo así. O quizá sean todo bobadas mías. Además, ya es demasiado tarde para nada de eso.

Soltó un bostezo de hipopótamo y se llevó la mano a la boca. Luego recogió los vasos de la mesa y los llevó al fregadero. Me miró pensativo y luego dijo:

—¿Qué? ¿Esto ha resuelto todos los misterios del universo?

Sonreí.

—Sí —contesté—. Al menos algunos.

## CUARENTA

La mañana siguiente, me senté sola cerca del final del autobús. Encontré una página en blanco en mi cuaderno de Lengua Inglesa, lo cual no fue difícil porque en esa clase no tomo apuntes. Cuando te has leído *De ratones y hombres*, ¿para qué necesitas perder el tiempo anotando que George y Lennie compartían una maravillosa amistad o que la muerte de Lennie era algo inevitable? Sencillamente, lo sabes. Son cosas que resulta imposible olvidar.

En la parte superior de la página escribí:

Cuidar de Toby:

Fase 1: Llamarlo y visitarlo siempre que sea posible.

Fase 2: Algo grande y espectacular (fase aún en construcción).

Aquel día, me escapé del instituto en cuanto pude. Me arriesgué a saltarme Ebanistería y Aula de Estudio para llegar al tren de las 13.43. Cuando llamé al timbre, Toby salió a la puerta en pijama y con una vieja bata azul afelpada que me recordó al Monstruo de las Galletas de *Barrio Sésamo*. Sus ojos parecían enormes, más grandes que nunca.

—Lamento que haga tanto frío aquí dentro, pero pasa. ¡Qué adorable! Es encantador verte.

No me pareció que hiciera frío en absoluto, pero no dije nada. Lo que sí merecía una disculpa era el gran desorden que reinaba en el piso. Platos y vasos sucios por todas partes, discos tirados sin sus fundas, y al menos tres ceniceros a rebosar de bolsas de té y colillas. No me importaban demasiado esas cosas, pero la casa de Finn nunca estuvo hecha un desastre, de modo que casi parecía un sitio diferente.

Recogí un par de platos y me dirigí a la cocina.

—¡No, no! —protestó Toby—. Déjalos. —Me los quitó de las manos y volvió a dejarlos sobre la mesita del café.

—No me importa. Puedo ayudarte un poco.

—Lo sé, pero este es mi desorden. —Se detuvo y miró a su alrededor. Entonces pareció comprender algo. Me miró apurado y añadió en voz baja—: Te molesta, ¿verdad? Ver esto así.

Me encogí de hombros.

—Tienes razón. Es espantoso. —Compuso una sonrisita compungida—. Finn me mataría si lo viera.

No, no lo haría, pensé.

—¡Venga, pues! —dijo—. Vamos a limpiar esto.

Me pasé la siguiente hora recogiendo platos, tazas y puede que una docena de copitas de color rubí repartidas por toda la casa. Lo llevé a la cocina y Toby se puso a fregar. Cuando todo eso estuvo limpio, me senté cruzada de piernas delante de una montaña de discos sueltos e intenté encontrar sus fundas y cubiertas.

—Por esto sí que te mataría Finn —comenté cuando entró Toby secándose las manos en un trapo de cuadros.

—Lo sé.

Se sentó en el suelo y me ayudó a ordenar los discos. Yo lo observaba a hurtadillas. Al principio no me había parecido justo que algunas cosas que me encantaban en Finn pudieran provenir de Toby, pero comenzaba a pensar que igual tenía algo de positivo. Igual podía funcionar a la inversa. Si miraba atentamente, podría captar retazos de Finn brillando a través de Toby.

Toby deslizó un montón de discos ya enfundados en una estantería y luego me miró. Sonrió y metió una cinta en el radiocasete. Se sentó en la silla azul de Finn y, de repente, una intrincada música de guitarra clásica inundó la estancia. Bach, me pareció. Y me resultaba familiar. Quizá Finn había puesto esa misma casete durante alguna de mis visitas.

—¿Qué es? —pregunté.

—¿Te gusta? —Se agachó para recoger otro disco.

—Sí, es... —rebusqué en mi mente algo inteligente que decir— compleja.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. Complicado es lo malo. Complejo es bueno, ¿no? Entonces, ¿qué es?

—Nada. Algo que solía tocar antes.

—¿Tú?

Asintió.

—Pero suena como si fueran dos o tres guitarras.

—Ahí está el punto. Por eso es tan difícil. Soy el hombre de las manos de oro, ¿recuerdas?

Lo miré. Su cuerpo larguirucho apenas encajaba en la silla. Lo conocía, pero sin saber nada de él. Empecé a comprender por qué Finn lo había elegido. Toby realmente tenía algo que ofrecer. Sin embargo yo, ¿qué tenía yo? ¿Algún día tendría algo? Estaba condenada a la mediocridad. Como Salieri en *Amadeus*, consciente de que jamás será tan bueno como Mozart, y encima es el malo de la película, al que todos terminan odiando.

—Claro —comenté, apartando la vista—. El hombre de las manos de oro.

Le dije que quería ir al baño, pero en vez eso, me colé en el dormitorio. Abrí los cajones del tocador y fisgoneé en el armario. Abrí un cajón tras otro, buscando algo, sin saber el qué. Quizá algo que no existía. Igual esperaba dar con algún objeto que demostrara que todas las horas que pasé con Finn significaron para él tanto como

para mí. Saqué unos calzoncillos tipo bóxer del tercer cajón. Los desdoblé y extendí ante mis ojos, intentando adivinar de quién eran.

—Puedes llevarte lo que quieras, ya sabes.

Me volví sobresaltada. Toby estaba en la puerta, el hombro apoyado en el marco. Me quedé paralizada, con aquellos calzoncillos azules desplegados entre mis manos como un mapa.

—No te recomendaría unos calzoncillos míos como primera elección, pero, ya sabes, eres libre de llevarte lo que quieras.

Varias capas de vergüenza me cubrieron en ese momento, y me puse tan colorada que temí que me iba a estallar la cabeza. Hice una bola con los calzoncillos y los dejé encima del tocador.

—Lo siento mucho, yo... —Empecé a sentir el calor de unas lágrimas incipientes y bajé la mirada al suelo.

—No le des importancia.

Entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama, en el lado de Finn. Dio unas palmaditas al colchón y, sin mirarlo a los ojos, me arrimé furtivamente y me senté. Toby pasó su largo brazo por mis hombros y me encontré apoyando la cabeza en su pecho. Permanecimos así sentados un buen rato, en silencio. Vi las fotos en la mesilla del lado de Finn. Toby aparecía con aspecto joven, e incluso estaba guapo a su manera, con esos ojos oscuros y ese pelo desaliñado. Me acurruqué más cerca de él y sus brazos me apretaron más fuerte. Sentaba bien. Toby era cálido y amable y, de un modo extraño, resultaba casi familiar. Y triste. Igual que yo.

—¡Ey! ¿Sabes qué? He estado pensando —dijo Toby—. Ya sabes que me estoy muriendo, ¿verdad?

Nunca me había dicho algo así. Algo tan fuerte, tan explícito. Me quedé bloqueada, como si hubieran echado cemento líquido en todos los rincones de mi cabeza donde solía esconder los «quizá».

—Supongo que sí.

—¿Entiendes lo que eso significa?

—Eso creo.

—Dímelo.

—Significa que no estarás mucho más por aquí.

Toby asintió.

—Sí, eso, pero también algo más, ¿no lo ves? Significa que puedo hacer lo que me apetezca. Podemos hacer lo que queramos. —Por un instante desagradable, sentada a su lado en la cama, pensé que se refería al sexo. Puse cara de asco y él se apartó tan rápido de mí que casi me caigo al suelo. Se cruzó de brazos y dijo—: ¡No, no! Nada de eso. Ay, Dios, June, ¿no habrás pensado que...?

—¡Puaj! No seas guarro.

Ese era un truco de Greta. Haz que la otra persona piense que es ella quien ha tenido una idea asquerosa y te librarás del apuro.

Toby se relajó un poco.

—Vale. Está bien. En serio, June.

Me levanté y me paseé por la habitación. Vi un pisapapeles de cristal y deslicé los dedos por su superficie suave y fría. Pensé en lo que acababa de decir Toby sobre poder hacer cualquier cosa. No tenía mucho sentido.

—Bueno, no te ofendas, pero yo no me estoy muriendo.

—No, pero ¿qué es lo peor que podría pasarte? A mí, me podrían enviar a la cárcel o deportarme, pero ahora eso ya no importa. Soy libre. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí.

—Entonces dime: si pudieras hacer lo que fuese, ¿qué te apetecería? Lo que quieras, June.

Así de golpe no se me ocurría nada. Además, no creía que Toby comprendiera que aunque a mí seguramente no me metiesen en la cárcel, en casa sí podría buscarme problemas gordos.

—Pues no lo sé. Es una bonita oferta y tal. Me lo pensaré, ¿vale?

—No pretendía ponerte en un compromiso. Tómate tu tiempo. Piénsalo.

—Toby.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo es no mucho?

En circunstancias normales, no le preguntaría algo así. En circunstancias normales, no me apetecería saberlo. Greta es la que siempre quiere saberlo todo hasta el menor detalle. Yo en cambio comprendía que, si sabes demasiado, puedes echarlo todo a perder. Sin embargo, ahora las cosas eran distintas. Yo era la encargada de cuidar de Toby. Necesitaba saber cosas.

Toby se encogió de hombros.

—No soy mucho de médicos. —Luego puso una voz escamosa y etérea, y añadió —: Hay que ir día a día, June. Día a día.

Se inclinó hacia la mesilla de su lado y sacó dos cigarrillos de la cajetilla. Sonreí, porque había estado practicando en una esquina de nuestro patio cuando no había nadie en casa. Me senté en la cama y eché la cabeza atrás para dar una calada larga. El humo entró cálido y reconfortante, como una manta que se extendiera por mi interior.

—Finn no parecía muy preocupado por estar muriéndose —dije. Y era cierto. Había estado tan tranquilo como siempre hasta la última vez que lo vi.

—¿No lo sabes? Ese es el secreto. Si siempre te encargas de ser exactamente la persona que esperabas ser, si siempre te aseguras de rodearte solo de la mejor gente, entonces te da igual morirte mañana.

—Eso no tiene sentido. Si fueras tan feliz, te apetecería seguir vivo, ¿no? Querrías vivir para siempre, para seguir siendo feliz. —Estiré el brazo y tiré la ceniza en un bonito plato de cerámica que Toby usaba de cenicero.

—No, no. Los más infelices son los que quieren seguir viviendo, porque piensan



que no han hecho todo lo que querían hacer. Creen que no han tenido tiempo suficiente. Se sienten timados. —Extendió las palmas de ambas manos y, por medio de gestos, hizo como si frotara un cristal—. Dar cera, pulir cera —dijo, moviendo una mano en círculos y luego la otra—. Estás consiguiendo que me convierta en todo un señor Miyagi con esta charla. Siento que estoy en *Karate Kid*.

Me reí, porque no podía imaginarme que Toby hubiera visto aquella peli. Lo que decía seguía careciendo de sentido, pero tuve la sensación de estar a punto de captar alguna cosilla. Por un instante me pareció comprender, aunque luego todo se volvió a evaporar.

—¿Y tú? —dije.

—¿Yo?

Asentí.

—Quiero decir... ¿te sientes timado?

Dio una profunda calada a su cigarrillo y estiró el brazo sobre la cama.

—Supongo que pertenezco a ese reducidísimo grupo de gente que no espera a que su historia se desarrolle. Si mi vida fuera una película, ya me habría ido del cine.

—Vaya, pues yo no. No me iría.

—Porque no has visto la primera parte.

—Cuéntamela, entonces. Toda.

Se pasó una mano por el pelo, frunciendo el ceño por un segundo.

—En otra ocasión, ¿vale? Otro día. Mira, hace bueno. Por una vez no has traído la lluvia contigo —bromeó con una sonrisa—. Vamos a algún sitio.

Comprendí que nunca conocería la verdadera historia de Toby. No habría otra ocasión. Todo lo que había entre él y yo se reducía al aquí y ahora. No teníamos más. El aquí, el ahora, y Finn. No más historias, solo algunos retazos y los meses venideros. Y, la verdad, aquello tenía algo de perfecto. Significaba que todo se podía arreglar. Todo podía ser nuevo y tal como debería ser.

—¿Vas a salir con eso? —pregunté, señalando la bata azul de rizo.

—Solo si tú me lo pides —dijo con tono jocoso.

Me levanté y salí del dormitorio, cerrando la puerta para que pudiera cambiarse.

Cuando iba a la ciudad, siempre tenía la sensación de que todo el mundo podía ver mi interior. Como si la auténtica gente de ciudad pudiera ver al instante que yo provenía de la periferia. No importaba lo que me pusiera o lo moderna que intentase parecer, se notaba que llevaba Westchester escrito de pies a cabeza. Pero no cuando estaba con Finn. Mi tío era como un pasaporte para ser una verdadera persona de ciudad. Desprendía un brillo que me cubría con genuina luz urbanita. Pensé que me pasaría lo mismo con Toby, pero no. Con Toby me daba la sensación de que los dos éramos unos extraños en aquel lugar. No solo me sentía de los suburbios, sino que venía de algún sitio a un mundo de distancia de allí. Como si no estuviese en mi lugar y

tampoco quisiera estarlo. Como si no me importara. Y, en cierto modo, aquello me sentaba igual de bien que mimetizarme con la ciudad, incluso mejor.

Era una hermosa tarde. Cálida y con un cielo azul resplandeciente, y todo el mundo parecía de buen humor. Paseamos hasta Riverside Park, un parque largo y estrecho que se extiende junto a la orilla del Hudson hasta la Calle 158. Era agradable volver a tener a alguien con quien charlar, y hablé demasiado. Le hablé de Greta, de *South Pacific* y de *Annie*, de que mi hermana estaba probablemente a punto de convertirse en una estrella de Broadway.

Toby se rio.

—¿Broadway? Vaya, June, a Finn le habría encantado verla.

Entonces le conté lo del día que la encontré tapada bajo las hojas después de la fiesta. Le conté que las dos habíamos sido muy amigas, pero que ya no. Que ahora Greta me odiaba.

—No te odia de verdad —dijo Toby, pero repliqué que sí, que me odiaba de verdad.

—Y hay otra fiesta el sábado —añadí—. Me ha enredado para ir, pero yo no quiero.

—Igual te lo pasas bien.

Le lancé una mirada que expresaba que no había ninguna posibilidad de eso. Toby me devolvió una mirada comprensiva.

—Por ese motivo Finn pintó el retrato, ¿sabes? —dijo después—. Tenía la convicción de que si os pintaba juntas, entonces siempre habría algo que os uniría. No sé exactamente qué pensaba, pero quería hacer algo debido a cómo acabaron las cosas entre él y tu madre.

—¿Qué quieres decir?

Toby arrugó la frente y no me respondió enseguida. Luego, pareció tomar una decisión.

—No debería contarte esto; no es algo que me incumba. Pero ¿a quién le importa? ¿Qué más da ahora? Finn siempre estuvo triste porque él y Danielle no fueran tan buenos amigos como en el pasado, porque su hermana se hubiera alejado de él. ¡Antes estaban muy unidos! Como cambiaban tanto de ciudad, durante muchos años solo se tuvieron el uno al otro. Ella fue la que se encargó de que su padre nunca sospechara que Finn era gay. A Finn le daba igual que la gente lo supiera, pero tu madre comprendió lo que supondría, teniendo en cuenta que su padre era un militar. Organizaba citas entre Finn y sus amigas para mantener las apariencias. Y, por supuesto, todas terminaban enamorándose de él, así que, en el fondo, resultaba hasta cruel.

Me sonrojé.

—Finn me contó que no era su intención pasar tanto tiempo fuera. Lo sabías, ¿verdad? ¿Sabes cómo se marchó Finn? —Asentí como si llevara años sabiéndolo, cuando en realidad era otra de esas cosas que nadie se había preocupado por

compartir conmigo—. Me contó que le escribía todo el tiempo. Desde el día que se fue, en el autobús en que se marchó. Durante años no recibió respuesta, ni una sola carta. Y, ¿sabes?, puedo entenderlo. Pero Finn no pretendía hacerle daño con su partida. Él no lo veía como dejarla tirada. Siempre pensó que volvería en unos meses. Pero como ella no le escribía y él empezó a moverse por el mundo... Bueno, solo tenía diecisiete años. Imagínalo.

No podía. No quería.

—Finn me contó que una vez hasta le envió dinero a tu madre, para que se reuniera con él en Berlín. Igual fue su oportunidad para haber hecho algo distinto con su vida. No lo sé. Pero ella no fue, así que ahí se quedó todo. Y luego, de repente, Finn vuelve a América y ya no se parece en nada al hermano pequeño que ella conocía. Al jovencito de la playa. Y lo siguiente que descubre es que está enfermo, así que Danni vuelve a perderlo. No es justo. Nada es justo. Que yo me quedara fuera de la relación que Finn tenía con vosotras, toda esa historia, era la forma que tenía Danielle de decirle a su hermano que no se puede tener todo. Que él también debía hacer algún sacrificio. Finn siempre sintió que le debía algo a Danni..., y supongo que yo acabé siendo ese algo.

—Pero es absurdo. No resolvía nada.

—Pues claro que no.

Me acordé de la historia de mi madre. La de Finn llevando en brazos aquel enorme cangrejo herradura para ella.

—Pero si se querían tanto, ¿no podían hablarlo?

Toby soltó una risa exasperada.

—Al final te vas acostumbrado a las cosas. Es la forma de ser de cierta gente. — Fijó la vista en un banco vacío como si pudiera ver a toda la gente que se hubiese sentado allí en el pasado, y toda la que se sentaría en el futuro. O igual solo estaba pensando en Finn—. A veces es duro, ¿sabes? Es duro parar. Finn no quería que a Greta y a ti os sucediera lo mismo. Así que os metió juntas en ese cuadro.

Dos mujeres con falditas de tenis pasaron corriendo por nuestro lado. Después, adelantamos a un hombre que paseaba a dos rechonchos perros salchicha. Los animales jadeaban, las lenguas colgando y casi rozando el suelo.

¿Cómo iba a conseguir mi tío hacer un cuadro que no le sentara mal a Greta? Entonces se me ocurrió que tal vez había sido Finn quien enviara la foto del retrato al periódico. Tal vez, de algún modo, era todo parte de su plan. Exponernos así al mundo. Las dos en el candelero, juntas, a la vista de todo el mundo. Pero ¿qué iba a cambiar con eso?

Toby se detuvo ante un puesto de granizados Slush Pippie y compró uno de naranja para mí y otro de mora para él. Nos sentamos en los escalones del Monumento de Soldados y Marines, sorbiendo de nuestras grandes pajitas.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Por haber tenido que esconderte de mí.

Se encogió de hombros.

—No es culpa tuya.

Sabía que no lo era, pero la idea de que fuera culpa de mi madre me parecía peor que asumir la responsabilidad. Era una demanda tan infantil, tan desesperada y ruin... No quería pensar que mi madre era así. Me hacía sentir lástima de ella.

—Eh —dije, intentando que nos animáramos un poco—, ¿quién le pidió a Matilda que se fuera a recorrer el mundo con él?<sup>[1]</sup>

—¿Qué es eso?

—Trivial Pursuit. Es una pregunta. Te estoy poniendo a prueba.

—Oh, no, las pruebas no son mi fuerte. Déjame ver...

Toby empezó a tararear el principio de la canción, pero desistió. Desafinaba mucho, así que me llevé la mano a la boca para no reírme. Resultaba difícil creer que alguien pudiera hacer una música tan maravillosa con una guitarra y cantar tan mal.

—Un simpático bracero, ¿no? —respondió finalmente.

Asentí, todavía riéndome.

—¿Y qué es un bracero?

—Me parece que algo así como un vagabundo. Un jornalero que vive de acá para allá.

A veces, como en aquel momento, a Toby le salía un acento marcado. Me encantaba cuando eso sucedía. Nunca había oído a nadie hablar así, y desde luego habría escuchado cualquier cosa que quisiera decirme.

—Y entonces, ¿quién es Matilda? —pregunté.

Toby inclinó su vaso y revolvió el granizado con la pajita.

—Supongo que Matilda es la chica a la que consideraba su hogar.

Aquella noche volví a leer la nota de la agenda ilustrada. A veces, cuando la releía, veía en esas palabras que Finn me quería. En otras ocasiones, solo podía ver que quería a Toby, que solo le preocupaba asegurarse de que Toby estuviese bien.

Me tapé bien con las mantas, como el enfermo del dibujo. Así son las cosas, pensé, y sentí una punzada de rabia en el vientre, porque lo que yo quería era que cuidaran de mí, que alguien me cuidara, como se suponía que debía ser. ¿Acaso no era yo la niña? Toby era el adulto, el mayor. Ser el enfermo parecía mejor que ser la enfermera. Estar tumbada, con gente que te trajera todo lo que necesitases. ¿Quién no iba a querer eso?

Pero entonces me lo pensé mejor. El enfermo siempre iba a ser el enfermo, mientras que la enfermera solo tenía que serlo por un tiempo. Y entonces fue cuando comprendí lo que significaba, lo que Toby estaba intentando decirme antes. Él iba a morir, estaba claro. No disponíamos de tiempo, pero tampoco había límites. Si yo iba a hacer algo por él, algo importante, tenía que hacerlo pronto.

Bajé a hurtadillas a la cocina después de que todos se durmieran y llamé a Toby.  
Hablamos un ratito y luego fui directa a lo que me interesaba saber:  
—¿Cómo se llama tu ciudad? El sitio donde naciste en Inglaterra.

## CUARENTA Y UNO

Era sábado, el día de la fiesta, y entré al ensayo por si Greta me estaba buscando. Tocaba representar la obra entera, y el señor Nebowitz parecía exasperado. Hacía repetir las frases a los chicos una y otra vez hasta que quedaba satisfecho.

—Se supone que eres una enfermera, Julia —le oí decir—. No puedes quedarte ahí enfurruñada. ¡Venga, chicos! Echadle ganas. Hoy ha venido gente de la ciudad, por si no os habíais dado cuenta. —Señaló los dos asientos a su lado. Un hombre mayor con pañuelo al cuello y una mujer con el pelo rojo brillante estaban presenciando el ensayo. Me pregunté si serían de *Annie* y habrían venido a ver a Greta. El señor Nebowitz dio unas palmadas antes de pedir a todos que repitieran la escena entera.

Pude ver la cabeza de Greta en la primera fila. Todos los actores que no estaban en el escenario se encontraban sentados en los aterciopelados asientos rojos del salón de actos. El director dijo que era importante que todos comprendieran la obra en su conjunto, no cada uno solo su parte, y eso suponía que cuando no estabas en el escenario tenías que quedarte a ver las demás escenas. Pensé en sentarme al lado de mi hermana. Igual Toby tenía razón y Greta no me odiaba. Quizá se tratase de otra cosa distinta. Pero, entonces, el temor de que me hiciera quedar como una estúpida ahí delante, en la primera fila, me hizo cambiar de idea. Así que me senté al fondo y esperé a que subiera ella al escenario.

En esta ocasión no lo hizo ni mucho menos tan bien como la última vez que la había visto, cuando, ni siquiera vestida como el personaje, había dado la sensación de ser Bloody Mary de verdad. Hasta había llegado a olvidarme de que estaba viendo a Greta. Pero esta vez no fue así, podía ver a mi hermana de la cabeza a los pies, sobre todo cuando cantó «Happy Talk». Todas las notas eran correctas, pero, aun así no me creí ni una palabra. Parecía aliviada de poder bajarse del escenario cuando terminó la canción. Me marché del salón de actos justo antes de que Nellie, a la que interpretaba Antonia Sidell, cantara «Dites-moi» por última vez.

Bajé hasta el vestuario, que estaba casi vacío. Oía a bocadillos rancios, y las únicas personas que había allí abajo eran dos chicas de atrezo y un chaval que pintaba decorados. Interrumpieron su conversación al verme, y luego se giraron y continuaron hablando. Volví a la escalera y cuando llegué arriba me quedé allí, la espalda contra la pared, preguntándome adónde podría ir. Experimenté una gran sensación de soledad, con todo el mundo a mi alrededor tan metido en esa historia de

la que yo no formaba parte, y yo sin saber dónde meterme, haciendo tiempo para una fiesta a la que no quería ir. Lo único que me apetecía era llamar a Toby. No tenía nada que decirle, al menos nada interesante, pero daba igual. Me parecía que Toby era la única persona que conocía en este mundo a la que podía llamar para no decirle nada. Busqué en mi bolsillo alguna moneda, el cambio de mi dinero para la merienda, pero no encontré nada. Así que hice lo mejor que podía hacer: irme al bosque.

Soplaba el viento y había la típica humedad de primavera. Una vez que estuve allí, el aire pareció llevarse consigo toda la tristeza. Hacía bastante que no iba, casi me había olvidado de cuánto me gustaba. Vagué sin rumbo fijo al principio, pero luego intenté poner atención. Quería volver a tomar la medida al lugar, asegurarme de saber exactamente dónde estaba cada cosa. Mi plan para la fiesta era vigilar atentamente a Greta y luego escabullirme lo antes posible.

Seguí el río, que bajaba rápido a causa de la lluvia y la nieve del deshielo. No recorrí todo el camino hasta mi rincón junto al arce; me aparté del río antes y anduve hasta un gran peñasco no lejos del instituto. Intenté imaginarme que estaba en la Edad Media, pero no funcionó como antes. Cada vez que estaba cerca de lograrlo, me acordaba de algo que había dicho Toby. O de una pregunta del Trivial Pursuit. O de un fragmento de la letra de una canción de *South Pacific*. Era como si mi cerebro hubiera cambiado. Como si una parte de él, mi parte preferida, se hubiera apagado.

Abrí la mochila y saqué un cigarrillo. Lo encendí y me senté apoyada en la roca, hasta que se desvanecieron las últimas luces. Hasta que el espacio entre las ramas de los árboles se fundió con las propias ramas, convirtiéndose todo en la misma masa oscura. No tenía miedo. Aquella fiesta era una chiquillada. Yo tenía un amigo secreto en la ciudad, fumaba cigarrillos y había probado el brandy. Yo tenía a alguien a quien cuidar.

Cuando Toby me dijo el nombre de su ciudad natal, me fui a la biblioteca y la busqué en un atlas. No me podía creer lo afortunado que era. Su pueblo estaba justo en el borde de los páramos del norte de Yorkshire. *Cumbres borrascosas*, *Jane Eyre*, *El jardín secreto*. ¿Cómo era posible que alguien abandonara un lugar así? Finn decía que Toby no tenía a nadie, pero debía de referirse a nadie en Nueva York, porque parecía imposible que yo fuera la única persona que tenía en el mundo. Decidí decirle que quería ir a Inglaterra, aunque en realidad mi intención fuera llevarlo de vuelta a casa. Había visto lo feliz que parecía en Londres, en aquella foto del dormitorio, libre y despreocupado. Pero no debía estropear la sorpresa. Había detalles que preparar, llamadas que hacer, un pasaporte que buscar. Había mucho trabajo por delante, pero por una vez iba a hacerlo todo bien. Esta era esa cosa espectacular que iba a hacer para Toby.

Di una calada profunda al cigarrillo para que el ascua reluciera con un naranja brillante y ardiente en la menguante luz del anochecer. Pensé que cuando te

necesitaban, cuando tenías un objetivo, adquirías cierto poder. Podía sentirlo endureciendo mis huesos y espesando mi sangre. Me sentía más mayor y más inteligente que nadie que yo conociera. Me sentía capaz de hacer cualquier cosa, lo que fuera.

Pasado un rato, la gente empezó a aparecer bajando por la cuesta desde el instituto. Los vi como puntitos de luz, como luciérnagas dando saltitos por el bosque. Se oían risas y chillidos cuando algunos chicos tropezaban con raíces o se les caían las linternas al suelo. Me oculté en un hueco detrás de un enorme tronco caído y observé.

No vi a Greta, pero sí a Julie, Megan y Ryan, con los brazos unidos por la espalda, bailando el cancán colina abajo. Y a Ben con la capa puesta, seguido por un grupito de chavales más pequeños del equipo de iluminación. Había chicos a los que no conocía. Alguien había traído una guitarra, y otro puso a todo volumen la peor música del mundo en un radiocasete que encajó entre las ramas de un árbol. Tiffany, con su voz ñoña, cantando «I think we are alone now».

La luna era enorme, y el bosque adquirió un brillo desconocido. Había más gente que la vez anterior, y era todo más ruidoso y salvaje. Miré y miré, pero no vi pasar a Greta. Igual me había despistado, porque había visto casi a todos los demás, pero entonces la divisé. Iba sola, bajando por la colina despacio y con cuidado. Llevaba el abrigo largo negro y una bufanda naranja fosforito. El pelo oscuro le caía sobre los hombros hasta bien entrada la espalda, y no sonreía.

Se arrimó a la hoguera y sacó una botella del bolsillo de su abrigo. Se la llevó a la boca y la mantuvo tanto tiempo en alto que debió de vaciar la mitad en ese primer trago. No hablaba con nadie, y pensé en acercarme a ella, pero no lo hice. Me encontraba observándola cuando los nudillos de Ben Dellahunt me golpearon en la cabeza. Me giré y solté un chillido.

—¡Tranqui, tía! —dijo él, retirando su mano.

—¡Me has asustado!

—Ya lo veo. —Señaló la hoguera y sonrió—. Las chicas que espían se vuelven asustadizas.

—No estoy espiando. Le prometí a Greta que vendría, y voy a lo mío, eso es todo.

—Ya, ya.

—Es verdad.

Ben me irritaba actuando como si fuera mucho mayor que yo. Como si fuera un adulto y yo una niña.

—Bueno, escucha esto —dijo—. No me chivaré si me cuentas dónde está el sitio de los lobos.

Lamenté haberle mencionado el tema de los lobos.

—¿Para qué quieres saberlo?

Se llevó la mano al bolsillo y sacó un par de dados de forma extraña. Los lanzó al aire y los recogió al vuelo.



—Una misión. Dragones y Mazmorras. Además, esos chavales de primero se mearán encima si les digo que hay lobos por aquí.

No tenía elección. Necesitaba que me dejaran sola para seguir controlando a Greta. Así que le dije que siguiera el cauce del río hasta un gran árbol partido y que entonces subiera colina arriba.

—Los oirás —dije.

—¡Bien! —Sonrió y me dio unas palmaditas en el hombro—. Y ya sabes, si alguna vez cambias de opinión... —Me dio uno de aquellos extraños dados—. Piénsalo.

—Vale —dije—. Te mantendré informado.

Me miró sonriente un instante, y de repente se abalanzó y me plantó un beso en los labios. Antes de que yo pudiera reaccionar, Ben salió corriendo. Mientras corría, se sujetaba la capa con las manos y gritaba a los demás chavales con un vozarrón de mando que no sabía que tuviera.

Me quedé en la oscuridad, sonrojada. Aquel beso seguramente no significaba nada. Nadie me había besado antes con intenciones. Pero ¿y si por una vez era así? No. Probablemente Ben solo intentaba molestarme. Quiero decir, si alguien se parecía a la Reina Loba de las Regiones Remotas, esa era Greta. Bajo aquella enorme luna reluciente, Greta parecía la reina triste de cualquier cosa. Eso era lo que estaba pensando mientras intentaba localizarla de nuevo. Repasé los rostros reunidos alrededor del fuego. Mis ojos recorrieron dos veces el círculo, pero Greta no estaba allí.

Pregunté a todos los que me encontraba si habían visto a Greta. Nadie. Ryan dijo que le parecía que mi hermana estaba como una cuba, pero se apoyaba en mi hombro mientras me lo decía, como si él estuviese peor. Margie Allen dijo que creía haberla visto subiendo hacia el instituto, pero que no me fiara porque no estaba segura de que fuera Greta. Aun así, corrí colina arriba. Recorrí las traseras del edificio hasta la puerta del vestuario, pero la encontré cerrada con llave. Miré por el ventanuco: la sala estaba vacía.

Si fuera lista, me hubiera ido a casa en aquel mismo instante. Greta no se merecía que perdiera el tiempo buscándola por ahí. Sin embargo, no fui capaz de marcharme. Regresé al bosque, bajé la colina y me senté junto a la hoguera, con la esperanza de que mi hermana apareciera.

El fuego crepitante, las risas, las voces atenuadas y la música del radiocasete fueron creciendo hasta convertirse en una masa confusa en mi cabeza. Me tapé los oídos y todo se desvaneció. Solo quedaba el latido de los bajos de la música, y casi lo disfrutaba. Casi me sentía invisible, justo en medio de todo.

Entonces, vi a unos chavales levantarse. Luego, otros más. De repente, muchos corrían y gritaban y se oían sirenas de policía. Vi luces rojas y azules en lo alto de la

colina, en el aparcamiento del instituto, atravesando la oscuridad. A mi alrededor, a la gente le entró el pánico. Esta vez lo habían hecho todo fatal. La hoguera estaba demasiado cerca del instituto y el ruido era excesivo.

Los chicos corrían en todas direcciones. Hacia el interior del bosque o saliendo de él, para poder cortar por las calles sin pasar por el aparcamiento. Alguien tiró tierra al fuego y yo eché a correr como una posesa, buscando a Greta. Se habían dejado el radiocasete, así que la escena parecía tener una banda sonora. Estaba sonando «Blister in the Sun» —por fin una canción buena—, y hacía que todo se pareciera a los dibujos animados que ponen los sábados por la mañana, con las persecuciones de los polis entre los árboles, apuntando con sus linternas y gritando a los chavales que se detengan.

Me moví de árbol en árbol, escondiéndome hasta que resultó seguro avanzar. Me fui adentrando cada vez más en el bosque, en busca de mi hermana. No necesitaba linterna, porque la luna iluminaba bastante. Entonces, sin pensármelo, me di la vuelta y corrí hacia donde había encontrado a Greta la otra vez. Mi rincón.

Fue como si me hubiera estado esperando, como si quisiera que la encontrara. No podía ser una coincidencia que mi hermana conociera este lugar en concreto. Seguramente sabía que era mi rincón. Pero no lo entendí. Greta estaba enterrada en hojas, exactamente igual que en la otra ocasión. Era una noche más cálida, mucho más suave que la última vez, y se había acurrucado debajo de las hojas como si fueran una manta húmeda. Su rostro bañado por la luna parecía algo separado del resto de su cuerpo.

Le quité las hojas rápidamente. Esta vez decidí que mi hermana tendría que andar. Correr, incluso. La incorporé de un tirón y la zarandeeé para despertarla. Abrió los ojos y me miró.

—June —susurró—. Eres tú.

—Despierta, Greta. ¡Ahora mismo! —Me levanté y tiré de sus brazos hasta ponerla casi de pie.

—No, no. Escucha. Shhhh. June, creo que me estoy muriendo. —Abrazaba una botella de licor de albaricoque. Había visto esa misma botella no hace mucho, polvorienta y olvidada, al fondo del mueble bar de nuestros padres.

—No te estás muriendo. Solo estás borracha. Venga, arriba.

Se rio y sus ojos volvieron a cerrarse. Luego parpadearon y se abrieron. Se llevó un dedo a los labios.

—Somos amigas, ¿verdad?

—Si caminas, sí —dije—. Somos amigas si caminas.

Y lo hizo. Me pasó un brazo por los hombros y avanzó tambaleante a mi lado por el bosque. Era duro, caminábamos trabajosamente por la orilla del río. No podíamos volver hacia el aparcamiento, por la policía, así que teníamos que atravesar el bosque

y luego atajar por las calles como habíamos hecho la última vez. Greta colgaba de mi hombro como una bolsa pesada.

—Vamos —dije, pero se detuvo y no quería seguir.

—¿Te acuerdas de «salón de belleza»?

Ya empezamos otra vez, pensé. Yo arrastrando a Greta a casa mientras ella hacía eses por la calle de los recuerdos. Al principio me enfadé, pero luego ella tomó mi mano entre las suyas y pasó un dedo por cada una de mis uñas.

—¿Te acuerdas de aquellos pétalos de geranio? —dijo, y mi enfado disminuyó, porque me acordaba.

«Salón de belleza» era un juego de nuestra infancia, cuando todavía éramos buenas amigas. Cuando le tocaba a Greta hacer de esteticista, yo tenía que sentarme en la hierba. Entonces, ella se perdía en el jardín, buscando material. Recogía cosas como pétalos de geranio, pelusas de algodoncillos y esas pequeñas violetas moradas que crecían en nuestro césped. Me pedía que me tumbase de espaldas con los brazos extendidos. Luego se ponía manos a la obra. Colocaba violetas en mis párpados, esparcía la pelusa de algodoncillo por mi pelo y, uno a uno, ponía esos pétalos de geranio rojo brillante en las uñas de mis manos y pies, buscando los que tenían justo el tamaño de cada uña. Luego gritaba «¡Foto!» y hacía un sonido de obturador, fingiendo que tenía una cámara en la mano para immortalizar ese momento.

Cuando terminaba, yo intentaba levantarme con mucho cuidado de no deshacer su obra. Normalmente, solo lograba evitar que se cayeran las uñas de los pies y la pelusa. Con eso bastaba. Sobre todo las uñas de los pies, porque aquellos pétalos parecían esmalte de uñas de verdad.

Lo más vergonzoso es que la última vez que recuerdo haber jugado a eso, yo tenía once años y Greta trece. Las dos sabíamos que éramos muy mayores para ese juego —por entonces ella ya se ponía maquillaje de verdad—, pero también sabíamos que nos gustaba ese juego, y cuando estás sola con tu hermana puedes hacer cualquier cosa vergonzosa que te venga en gana.

—Túmbate —dijo.

Al principio no la entendí, pero luego sí. Greta quería jugar a «salón de belleza» allí mismo, en el bosque. Seguí andando, tirando de ella.

—Imposible —dije.

—¡Jolín, June, venga! Como antes.

—¿Como antes? ¿De qué estás hablando? Tú eres la mala. Tú eres la que te cargaste nuestra relación.

No dijo nada. Apartó el brazo de mi espalda.

—¿Nunca te has parado a pensar que yo también tengo mis problemas? —dije—. ¿Qué podría estar pasando por... cosas?

Greta avanzó a trompicones por delante de mí. Se volvió y se rio.

—¡Pobrecita, la señora afortunada! ¡Pobrecita, la señorita especial, con todos sus problemas! —dijo—. Quizá debería salir por ahí y pillar el sida. Así todos os

dedicaríais a adularme y...

—¡Cállate, Greta! ¡Calla!

—¿Así sería lo bastante especial para ti, June? ¿Lo bastante trágica?

Me lanzó una mirada de reprobación y salió disparada, como si se hubiera espabilado de repente.

—¡Espera! —grité. Pero no lo hizo.

Tuve que correr para alcanzarla. La luna iluminaba el bosque con un resplandor fino y plateado. Yo creía que Greta se iba a perder, pero no. Se apartó del río justo en el sitio adecuado, y luego atajó por Evergreen Circle, donde por fin le di alcance.

Recorrimos en silencio el resto del camino, atajando por patios y por las calles de nuestro barrio. Miré la espalda de Greta. Su pelo enmarañado, decorado con hojas marrones y barro. ¿Qué le estaba pasando a mi hermana? ¿Y si yo no hubiera ido? ¿Cuánto tiempo se habría quedado escondida bajo aquellas hojas frías y húmedas? ¿Cuánto tiempo hasta despertarse sola y asustada, con la única compañía de los aullidos de los lobos?

—Greta, tienes que contarme qué te pasa. Me estás asustando, en serio. Me voy a chivar. Se lo contaré a mamá y papá si es necesario.

Me miró y sonrió.

—No, no lo harás. Tú también estás aquí, ¿verdad? Y vas a otros sitios, ¿a que sí? ¿Les cuento lo de tus escapadas? ¿Les cuento que ahora fumas?

—Jolín, Greta, no te lo digo para molestarte. Te ayudaré con lo que sea. En serio.

Se sentó en el bordillo, entre la casa de los Ault y la de los DeRonzi. Me senté a su lado. Una farola nos iluminaba, así que era como estar en un circulito brillante separado del resto del mundo. Me miró con sus agotados ojos de borracha.

—¿De verdad te asusto, June? ¿En serio?

—Sí. Claro que sí.

Parecía a punto de echarse a llorar.

—Eso está bien —dijo, y me abrazó. Un abrazo de verdad, fuerte y largo. Olía a licor y humedad del bosque, pero por debajo estaba el dulce aroma a bebé de Jean Naté. Entonces susurró—: Yo también, Junie. También estoy asustada.

—¿De qué?

Me acarició la mejilla con los dedos y rozó mi oreja con sus labios:

—De todo.

## CUARENTA Y DOS

A la mañana siguiente, las dos dormimos hasta tarde. Al menos, hasta que nos dejó mamá, que fue a las diez y media. Aquella tarde íbamos a una barbacoa a casa de los Ingram. Todos los años organizaban una para nuestros padres, justo cuando se acercaba el final de la campaña de la renta. Para ayudarles a superar el último tramo, decían.

A mí me daba igual ir a casa de los Ingram, pero Greta procuró escabullirse. Lo gracioso fue que al final se vio obligada a ir porque sería de mala educación para Mikey si no iba, pero cuando llegamos resultó que el propio Mikey había salido con sus amigos. También nos informaron de que ya no quería que lo llamasen más Mikey, ahora era solo Mike. Así que allí estábamos, en el patio de los Ingram, Greta, resacosa, y yo meciéndonos en su viejo columpio oxidado. Mi hermana escarbaba con la puntera de su bota en una franja de tierra pelada. Yo me columpiaba lo más alto que podía, provocando que una pata de la estructura del columpio se levantara del suelo una y otra vez, como si todo el trasto estuviera a punto de salir volando.

—¿Quieres parar?

—No —contesté, y seguí columpiándome.

Greta se levantó y miró hacia la mesa del picnic, donde los adultos estaban sentados con vasos de cerveza y vino. Mi padre había traído el Trivial Pursuit, y aunque hacía un par de años que los Ingram tenían uno, los convenció para jugar. Me llegaron las risas de mi madre, y tuve ganas de taparme los oídos porque no podía evitar pensar en lo que sabía de ella. ¿Cómo podía alguien actuar con tanta seguridad y normalidad, y por debajo estar tan desesperada y triste? Y ser tan malvada. Esa era la parte más dura. Hasta hacía bien poco, nunca había pensado en Finn y mi madre como hermanos. Nunca había creído en serio que fueran algo más que lo que eran para mí: madre y tío. Quizá ellos también habían estado en un columpio de un patio durante alguna barbacoa, aburridos como ostras, igual que Greta y yo. Seguramente tendrían sus secretos el uno con el otro, igual que nosotras.

Mi hermana se llevó una mano a la boca, hizo un sonido como de arcada y soltó un suspiro antes de volver a sentarse en el columpio. Yo intentaba encontrar un modo de hablar sobre todo lo sucedido la noche anterior sin que Greta se cabreara conmigo al instante. Tenía los brazos alrededor de las cadenas del columpio y las manos en los bolsillos del abrigo porque hacía frío. Demasiado frío para una barbacoa, aunque todo el mundo fingiera lo contrario. Jugueteé con algo que había en mi bolsillo izquierdo,

y me di cuenta de que era el extraño dado que me había dado Ben. Saqué las manos de los bolsillos y esperé a que el columpio llegara a su punto más alto. Entonces salté sobre la hierba.

—Mira esto —dije, y mostré mi palma a Greta.

Era la primera vez que veía el dado a la luz del día, y no era feo. Azul translúcido, con diez caras, como dos pirámides de cinco caras unidas por la base. Parecía una joya con números grabados.

Greta lo miró.

—Vaya, qué bien. ¿Qué es?

—Un dado de Dragones y Mazmorras. Me lo dio Ben.

Mi hermana se animó.

—Ooooh —dijo—. Los ritos de cortejo de los frikis en celo.

Noté que me sonrojaba, pero por muy humillante que resultara inventarme algún cotilleo nuevo sobre Ben y yo, comprendí que era un modo de romper el hielo. Vi que mi hermana se relajaba. Además, supongo que lo del beso seguía estando ahí.

—¿Lo viste anoche? ¿Con esa capa?

Mi hermana negó con la cabeza y dijo:

—Aunque, por lo visto, tú sí. —Enarcó las cejas y esbozó una media sonrisa.

Asentí para mantener algo de misterio en torno al asunto y que Greta siguiera pensando. Me miró atentamente y luego puso cara de saber todo lo que se cocía bajo el sol.

—Mira, June, solo estoy siguiéndote la corriente. Puedes dejar de actuar.

—¿Actuar?

—Esto de Ben. No hay nada con Ben.

Lo gracioso era que, por una vez, sí que había algo. Ben me había besado. Un beso torpe y rápido, que quizá no significaba nada, pero real.

—¿Sabes qué, Greta? No lo sabes todo. Te crees que sí, pero no es así...

—Sé que vi a Ben marcharse con Tina Yarwood anoche.

Aparté la mirada rápidamente. Esa información me dolió más de lo que me hubiera esperado.

—Vaya —dije pasado un momento.

No es que me hubiera hecho ilusiones con Ben Dellahunt. No me gustaba especialmente. Era un creído y un rarito, muy distinto de Finn o Toby. Sin embargo, cuando Greta dijo lo de Tina Yarwood pensé en aquel beso, y en cuánto me había sonrojado después, como si significara algo. Al recordarlo, se me hizo un nudo en la garganta, pues comprendí que nada había cambiado. Yo volvía a ser la estúpida, la chica que nunca comprendía lo que era para la gente.

Greta me sostuvo la mirada con una sonrisa de superioridad. Podía ver que me había herido, se notaba. Y aunque era lo peor que podía hacer, aunque Greta era la última persona en el mundo a la que debería contar nada, miré su cara resacosa y dije:

—Ben no es nada, Greta. Tengo un novio en la ciudad. Es mayor que yo. Mayor

que tú, incluso. Voy a la ciudad sola todo el rato, y fumamos, bebemos y hacemos lo que nos da la gana. —Estuve a punto de seguir y mencionar mi plan de ir a Inglaterra, pero me contuve a tiempo.

—Mentirosa —repuso con tanta agresividad que supe que le daba credibilidad a mi afirmación.

Me encogí de hombros.

—Puedes creer lo que quieras.

—No te preocupes. Lo haré.

Me había costado lo mío sonar tan confiada, y me quedé en el columpio, temblando durante unos minutos, pensando en la estupidez que acababa de cometer. En todos los problemas que acarrearía. No solo para mí, sino también para Toby. Me levanté y comencé a alejarme, pero entonces me acordé de algo.

—Una cosa: ¿cómo supiste lo de ese rincón en el bosque?

Greta sonrió.

—Te he visto, June. Las colinas tienen ojos...

—¿Qué estás diciendo? —En aquel momento mi hermana parecía tan llena de poder que me preocupó lo que pudiera decir. Pero tenía que saberlo—. Cuéntame —dije.

—Te he estado siguiendo. Te vi bajar al bosque un día después de clase, al comienzo del curso, y te seguí. Me quedé allí toda la tarde, viendo tus extraños juegucitos. Cómo hablabas sola, te ponías ese estúpido vestido viejo, esas botas tan especiales que tienes...

—¿Me has estado espiando?

—Muchas veces.

Me quedé mirándola fijamente. Debería estar avergonzada, pero lo único que sentía era rabia. Me di la vuelta y me marché sin decir palabra. Seguía temblando y apreté los puños para controlarme. Presioné el dado azul con fuerza en mi mano y volví a pensar en Ben. Entonces arrojé el dado al césped de los Ingram; dentro de unos meses, su cortacésped lo trituraría. Bien. Fui a la mesa y me senté con los adultos. Fingí que quería jugar al Trivial Pursuit hasta la hora de volver a casa.

## CUARENTA Y TRES

El miércoles siguiente era April Fool's Day, el día de los Inocentes. El presidente Reagan apareció en la tele y ofreció por primera vez un gran discurso sobre el sida. Por lo visto, hacía tiempo que estaba al corriente del tema, pero había decidido guardar silencio. Lo que dijo fue que todo el mundo —en especial, los adolescentes— debía dejar de practicar sexo. No lo dijo exactamente con esas palabras, pero fue su argumento principal. A mí no me pareció una idea tan mala. Quiero decir, ¿por qué el sexo tiene que ser tan importante? ¿Por qué las parejas no pueden vivir juntas sin más, pasar toda la vida juntas solo porque disfrutan de la compañía del otro, solo porque los dos se gustan más que cualquier otra persona en el mundo?

Si encuentras una persona así, no necesitas tener sexo. Te basta con abrazarla, ¿no? Puedes sentarte a su lado, acurrucarte encima para oír los ruiditos de su maquinaria vital. Puedes pegar la oreja a su espalda, escuchar sus ritmos, saber que los dos estáis hechos exactamente del mismo material. Puedes hacer cosas así.

A veces, cuando estás lo bastante cerca de alguien, no sabes muy bien a cuál de los dos le rugen las tripas. Os miráis y os disculpáis diciendo: «He sido yo», y luego reís. No hace falta sexo para que pasen esas cosas, para que tu cuerpo se olvide de avisarte si tiene hambre, para que confundas el hambre de otra persona con el tuyo.

Una vez, justo después de cumplir los trece, me sucedió eso en casa de Finn. Estaba apoyada junto a mi tío en uno de los ventanales, esperando a que mi madre volviera. Aquel día ella había bajado a los almacenes Bloomingdale's a comprar un regalo de bodas para alguien que mis padres conocían del trabajo, y queríamos verla toda abrigada, cruzando la calle a toda prisa con su abrigo largo y abultado y una gran bolsa de Bloomingdale's. A los dos nos encantaba aquello de mirar a alguien desde arriba sin que se enterase. Sabíamos que a veces se puede captar cómo es en realidad una persona cuando la observas de ese modo. Así que, aunque hacía frío, nos asomamos a la ventana, con nuestros hombros rozándose. Finn me daba un masajito en la espalda para calentarme de cuando en cuando. Llevaba puesto un gorro de lana azul casi del mismo tono que sus ojos, y me enroscó su bufanda de punto roja al cuello.

—Eh, cocodrilo —dijo.

—¿Qué?

—Tu mamá me ha dicho que ha hablado contigo. Sobre mí. Sobre lo que me pasa. Habían pasado un par de meses desde aquel día en la cafetería de Mount Kisco,



pero yo no le había dicho ni palabra a Finn. Yo nunca actuaba como si lo supiera todo. No podía. Estaba convencida de que arruinaría el tiempo que nos quedaba. Alcancé la bufanda y le di una vuelta alrededor de mi cuello.

—¿Podemos no hablar de eso?

Sentí la mano de Finn posada en mi espalda. Asintió.

—Es solo, ya sabes, que si quieres preguntarme alguna cosa...

—Vale —lo interrumpí. Comprendí que estaba a punto de seguir largo y tendido. Que si lo dejaba, empezaría a enrollarse, a contarme todo sobre su enfermedad, y yo no quería oírlo. Señalé hacia una ventana—. ¿Esa no es Barbara Walters?

Finn se asomó más y ladeó la cabeza. Luego, sonrió y me dio un golpecito con el hombro.

—Más bien es la abuela de Dolly Parton, diría yo.

Reí, contenta de haber encontrado un modo de cambiar de tema. Entonces fue cuando sucedió: uno de nuestros estómagos soltó un rugido burbujeante. Miré a Finn toda avergonzada, creyendo que había sido el mío. Pero entonces él dijo que seguramente había sido el suyo, ya que solo había tomado un café. Después de darle vueltas al asunto, me llevó a la cocina y dijo que no importaba.

—Mis tripas son tus tripas, cocodrilo —añadió.

Abrió un armario y sacó una caja de galletitas saladas Wheat Thins, y después sacó del frigorífico ese queso caro que venía envuelto en una gruesa capa de manteca granate, y nos apoyamos en la encimera a comer hasta que mi madre llamó al timbre.

El día de los Inocentes tenía que estar atenta porque Greta siempre me preparaba alguna broma. No siempre fue así. Hasta hacía pocos años, éramos ella y yo las que hacíamos inocentadas a nuestros padres. No solían ser de las mejores —sal en el tarro del azúcar, ketchup como sangre falsa en un dedo, ese tipo de cosas—, pero las preparábamos juntas. Desde hacía unos años, la cosa había cambiado a Greta contra mí. A veces era una de esas bromas en que me decía que iba a pasar algo muy bueno, como que nos daban un día de vacaciones en el cole para ir al parque de atracciones Great Adventure, y luego, en cuanto empezaba a entusiasarme con la idea, se reía y exclamaba «¡Inocente!». Otros años, hacía lo contrario. Fingía que había pasado algo realmente malo, como que se había escapado mi hámster, y me hacía llegar hasta las lágrimas antes de enseñarme que tenía al animalito escondido en una caja de zapatos bajo su cama.

El año pasado, nada más levantarse entró en mi cuarto con una cara de desolación total y me dijo que Finn había muerto. Esperó a que la noticia me calara hasta el tuétano y me derrumbara o echara en sus brazos en busca de consuelo. Pero yo me quedé paralizada, sentada en la cama, helada. Mi hermana aguantó un poco más y luego abandonó. «Inocente», dijo con tono desencantado.

Normalmente, ni me enteraba de que era 1 de abril, pero esta vez me acordé, así que me preparé para el ataque de Greta.

Pero no llegó. El desayuno fue normal. Estábamos las dos solas porque nuestros padres se habían ido temprano al trabajo. Observé la espalda de Greta mientras ella se inclinaba sobre la encimera y extendía mermelada de uvas en su tostada. Cuando se dio la vuelta, vio que la estaba mirando y puso una cara de «¿qué te pasa?» antes de tomar su café. Aparté la mirada y me comí una cucharada de cereales Cookie Crisp. Las bolitas, que sabían a galletas de chocolate, se habían quedado pastosas en la leche, pero no me importó.

—¿Quieres esta? —dijo Greta, enseñándome su segunda tostada con mermelada.

—Vale.

La lanzó sobre la mesa, junto a mi tazón, y luego fue a prepararse para ir a clase. Eché un buen vistazo a la tostada y luego la olí, creyendo que esa sería la inocentada de este año. Le habría echado pimienta blanca, cayena en polvo o algo así. Me sentí aliviada por haber descubierto su broma tan fácilmente. Me llevé la tostada a la boca y la probé con la lengua, esperando que empezara a picar. Pero no pasó nada. Le di un mordisco y aguardé de nuevo. Pero no, no era ninguna broma.

Decidí ir andando al instituto, para no darle una segunda oportunidad a Greta mientras esperábamos el autobús. Era temprano y hacía una mañana reluciente y calurosa, así que caminé por el bosque.

Las hojas reblandecidas rezumaban un olor dulce y empalagoso. En Westchester solo teníamos unos pocos días de primavera. Lo normal era que pasáramos del invierno a un verano cálido y húmedo sin preludios. En abril todavía podía nevar, pero luego llegaba mayo, y con él el calor. Y ahí se acababa mi temporada de bosque. No puedes fingir que estás en la Edad Media con treinta y pico grados. En mi versión de esa época siempre es otoño o invierno, todo está siempre frío y húmedo, hay que ponerse abrigos y botas. Siempre botas.

Pero por ahora se estaba bien. Me tomé mi tiempo en llegar al instituto. Tenía el bosque para mí sola. Tarareé el *Réquiem* y fingí ser una chica marcada en el pecho por mendigar.

En el instituto, abrí con precaución mi taquilla, porque la broma podía estar ahí dentro, pero nada. Pasé todo el día esperando ver a Greta. En cada esquina que doblaba por los pasillos, en la cola del comedor, en los servicios. Ninguna señal de peligro.

El día de los Inocentes de abril de 1987 terminó sin una sola jugarreta por parte de Greta. Cuando volví a casa, en el buzón había un paquetito acolchado que me enviaba el Consorcio para la Conservación de los Discos sin Funda. Por un instante creí que era la broma de Greta, pero estaba claro que era de Toby. Me mandaba la cinta de su grabación de guitarra. «Te lo enseñaré», había garabateado en la carátula.

A la hora de cenar, Greta y yo comimos el guiso de ternera y verduras que nos había dejado mamá. Luego yo vi *Una habitación con vistas* antes de subir a la cama.

Aquella noche me quedé despierta intentando entender por qué Greta se iba a saltar todo un año. Pensé que igual no era demasiado tarde, igual intentaba algo unos minutos antes de medianoche, pero eché un vistazo a su cuarto un poco antes de las once y ya estaba dormida. Yo me quedé en la cama, desvelada, pensando, y cuantas más vueltas le daba, más comprendía que en realidad Greta no se había saltado este año, pues ya había hecho todo el trabajo los años anteriores. Ya no necesitaba hacer nada más. Yo había arruinado todo mi día esperando la inocentada, mientras ella se regocijaba de verme así.

O quizá es que ya no le importaba nada. Quizá yo no merecía el esfuerzo. Me quedé dormida con ese pensamiento triste en la cabeza, y cuando desperté por la mañana, seguía allí, como un frío agujero negro justo en mitad de todo.

## CUARENTA Y CUATRO

Me gusta la palabra «clandestino». Suena a medieval. A veces me imagino que las palabras están vivas. Si «clandestino» cobrase vida, sería una muchachita pálida con el pelo del color de las hojas en otoño y un vestido tan pálido como la luna. Clandestina era el tipo de relación que teníamos Toby y yo.

La siguiente vez que vi a Toby, que fue dos días más tarde, después de clase, le llevé un bonsái. Bueno, no un bonsái de verdad, sino el esqueje de arce japonés que teníamos en el jardín y que metí en un recipiente con tierra.

—Para usted, Toby-san —dije inclinando la cabeza. Me daba miedo que no se acordase de la broma. Yo siempre me acuerdo de las bromas, pero algunas personas las olvidan y luego acabo quedando como una rarita por seguir recordando algo tan nimio.

—El alumno sabio es el que aprende de su maestro —dijo Toby, agachando la cabeza y sin titubear. Luego imitó como un patoso la patada de la grulla, que, con su figura larguirucha y desgarbada, no le hacía parecer una grulla exactamente, sino alguna extraña especie de ave desconocida.

Me reí y le di un empujón, pero era más fuerte de lo que parecía y no se movió.

Yo había ido en tren, como de costumbre, y Toby hizo té, como siempre. Parecía que había estado intentando mantener ordenado el piso, aunque todavía había cierta sensación de dejadez. No comenté nada, porque se veía que había estado esforzándose. Me tendió una caja de galletas Oreo y saqué una. La separé y arranqué la nata con los dientes. Luego mojé las dos mitades en mi té. Toby no comió nada.

—He estado pensando —dije— en lo que dijiste. Lo de que podemos hacer lo que nos dé la gana.

—¿Sí?

—Bueno, todavía estoy dándole vueltas. Aún no lo tengo todo planificado.

—El suspense, June. El suspense. —Abrió los ojos como platos y sonrió—. Me gustaría poder decirte que te tomaras todo el tiempo del mundo, pero...

—Ja, ja —me reí, aunque en realidad no era una broma del todo—. Y...

—¿Sí?

—Bueno, también he estado pensando que, si quieres, podemos echar un vistazo a esos cuadros. Los del sótano.

—¿Estás segura? ¿Crees que estás preparada?

La verdad era que no sabía si alguna vez iba a estar preparada, pero asentí.

En esta ocasión, fui yo delante, directa al cubículo, sin la menor vacilación. Esperé a que Toby abriera el candado pringoso y entré la primera.

Había dos pilas de lienzos encima del palé de madera. Treinta o cuarenta cuadros en total. Me giré para mirar a Toby.

—¿Son todos de Finn?

Asintió.

—Pero aquel artículo... ¿Leíste el artículo del *Times*?

Toby sacudió la cabeza.

—No compro periódicos.

—Un artículo en que salía una foto de nuestro retrato... —Me detuve, esperando a ver si reconocía haberlo enviado.

—¿Sí? —dijo, sin dar ninguna pista de que supiera algo del tema. Intenté fijarme en si escondía algo, pero solo parecía ligeramente confuso.

—Bueno, decía que Finn dejó de pintar hace diez años o así.

Toby meneó la cabeza.

—No, no. Solo dejó de enseñar sus obras. ¿Te puedes imaginar a Finn sin hacer algún tipo de arte?

Una vez más, me sentí estúpida. Como si no conociera a mi tío.

—No, supongo que no —admití—. Pero ¿por qué dejó de enseñarlo?

—Decía que le aburría todo ese circo. De modo que vendía un cuadro por aquí y otro por allá cuando necesitaba dinero, y eso era todo. «No tengo que demostrar nada más», decía.

Todo aquello tenía sentido para mí, pero sabía que a mi madre le parecería ridículo. Que pensaría que Finn fue un tonto al dejar que la oportunidad pasara nadando por su lado.

Toby señaló los cuadros.

—Puedo marcharme, si quieres. Dejarte a solas con esto. Cierra y vuelve arriba cuando hayas terminado. —Me ofreció la llave.

No dije nada y él se dio la vuelta. Le oí salir y cerrar la puerta a mis espaldas. Me apetecía mirar los cuadros sola y no quería tener miedo, pero mi madre estaba en lo cierto: aquel sitio parecía sacado de una película de terror.

—Toby.

—¿Sí?

—Puedes quedarte... Bueno, si quieres.

Sonrió y ya estaba de nuevo en el cubículo, tumbado en la *chaise longue*, sirviéndose una bebida de aquellas lujosas botellas de cristal.

—No te miraré —dijo—. Haz como si no estuviera.

Me senté en el suelo y contemplé los cuadros uno a uno. En su mayoría se trataba de lienzos de formato pequeño. Del tamaño de una puerta de microondas, más o menos. Los primeros eran abstractos. Formas y colores. Me disgustó encontrarlos aburridos, pero así fue. De ser más lista, probablemente me parecerían los mejores cuadros del mundo, pero soy la que soy y sinceramente me resultaron bastante aburridos. Aun así, me tomé mi tiempo para estudiar cada uno, por si Toby me estaba mirando. No quería dar la impresión de que no me gustaban las obras de Finn. Pero en cuanto acabé con la tanda de abstractos, más o menos una decena, todo mejoró. Había una pieza de papel blanco escrita con la vieja letra de Finn. No la temblorosa que tenía cuando estaba enfermo, sino la firme y clara que poseía antes. «Deseando tenerte aquí (23).» Eso ponía.

Aquello me dejó enganchada del todo.

Los cuadros de la serie *Deseando tenerte aquí* parecían grandes postales al estilo antiguo en las que aparecían lugares de toda América. En cada una había pintado complicados sellos y matasellos, y escenas con colores poco realistas. El agua era más turquesa, los cielos tan azules que casi hacía daño mirarlos. Taos, Fairbanks, Hollywood. Pero lo más extraño de aquellos cuadros era que en todos aparecía la imagen de Toby de alguna forma. No exactamente el Toby de verdad, sino uno transformado. En uno del Monte Rushmore salía su cabeza tallada en la montaña junto a los presidentes. En uno de Alaska había un oso grizzli con su cara. En el de los Everglades me costó encontrarlo, porque Finn lo había pintado como un retorcido árbol de los manglares.

Lancé una mirada a Toby. Se había quedado dormido en la *chaise longue*, con una guía práctica de conchas marinas abierta sobre el pecho. Agarré la sábana blanca que cubría los cuadros, me levanté y se la eché por encima, tapándolo hasta la barbilla. Permanecí a su lado un minuto, observando cómo la sábana subía y bajaba con su respiración. Sonreí, porque era lo primero que hacía que pudiese contar como cuidar de él, y me gustó hacerlo. Como si estuviera en el buen camino.

Pasado un rato, volví a los cuadros. Algunos eran tan grotescos que no pude evitar reírme. Creo que mi preferido era el de Arizona: Toby aparecía como un enorme cactus con un búho justo en medio. Me eché a reír porque todo aquello resultaba tan... Bueno, tan tonto. Era la única palabra que se me ocurría. Debí de despertar a Toby, porque al instante lo tenía ahí, arrodillado en el suelo a mi lado, mirando por encima de mi hombro y diciendo: «No le veo la gracia», antes de romper a reír también.

—No puedo creer que te haya permitido ver estas cosas, June Elbus.

—Yo tampoco.

De pronto se oyó un portazo en el sótano y los dos nos quedamos helados.

—Shhh —dijo Toby.

Alguien estaba recogiendo su colada. La puerta de una secadora se abrió y Toby volvió a chistarme. Pasé al siguiente cuadro. La cara de Toby aparecía en un

estilizado salmón inuit que saltaba corriente arriba. «Columbia Británica», ponía, y el pez-Toby saltaba por encima de la C de «Columbia». Solté una carcajada y Toby me imitó. Los dos intentamos contenernos, pero no podíamos. Yo no podía.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz de anciano desde la zona de lavandería.

Toby me acercó a él, chistándome una y otra vez. Me estrechó entre sus brazos y me puso la mano sobre la boca, intentando que dejara de reírme. Sus brazos parecían más fuertes de lo que hubiera pensado. Mucho más. Me quedé callada y pensé: Esto es lo que se siente al ser Finn. Esto es lo que se siente cuando te abraza alguien a quien amas. Pasé al siguiente cuadro, esperando encontrarme otra postal, pero en su lugar apareció Finn. Un autorretrato que nos miraba fijamente. No tenía nada de especial. Mi tío con su sombrero azul y sus ojos azules intentando transmitir algo sin palabras. El anciano seguía dando voces y la mano de Toby seguía tapándome la boca. Sentía sus dedos sobre los labios mientras los dos mirábamos fijamente a Finn. «Salid, maldita sea.» La humedad terrosa del sótano; los dedos de Toby que parecían labios sobre mi boca; los ojos de Finn diciendo «Te quiero, June». Sin pensarlo, separé los labios y besé los dedos de Toby. Un beso ligero y suave, con los ojos cerrados, imaginando todo y nada, mientras sentía sus brazos cada vez con más fuerza, su respiración en mi pelo. Y entonces recibí un beso. Un beso suave y solitario en mi nuca.

Los días siguientes, iba a ver a Toby siempre que podía. A veces llegaba al tren justo al terminar las clases. Otras veces me iba antes. Me saltaba Gimnasia, Economía Doméstica y, si me sentía osada, incluso Español.

Creo que Nueva York es el sitio perfecto para Toby, porque seguramente es el único lugar donde nunca se quedará sin restaurantes nuevos. Con Finn había unos sitios fijos: Horn & Hardart, los Cloisters... Lugares a los que íbamos tantas veces que uno empezaba a sentirse como en casa. Toby era más libre. No estaba atado a nada, excepto quizá a Finn. Eso fue lo que empecé a descubrir. Sin Finn, Toby era como una cometa sin nadie que sujetara el hilo.

Una tarde se propuso enseñarme a manejar la bicicleta del circo de pulgas. Pasados quince minutos de esforzarme en que pareciera que había una pulga montada en esa bici, comprendí lo bueno que era Toby. A veces, incluso de cerca, me parecía verla conduciendo esa bicicleta. Incluso estando al lado de Toby, me daba esa sensación. Mis manos se movían como si fueran de arcilla espesa y mi cara me traicionaba. Cualquiera podría notar que estaba moviendo una mano por debajo del escenario.

Pero Toby no se daba por vencido. Me hizo intentarlo una y otra vez, y cuando llegó la hora de irme a casa ya era capaz de hacer que la bici recorriera la pista. Me salía a duras penas, lento y mal, pero Toby fue paciente y no parecía importarle. Lo que me gustaba de él era que nunca mentía. Nunca intentaba camelarme fingiendo

que yo era un genio en ciernes del circo de pulgas. Nunca decía: «Muy bien» ni «Fantástico», ni otros comentarios patéticos de ese tipo. Nunca parecía estar hablando con una niña. Cuando decía algo, me lo podía creer.

Al final de aquel día, me dijo: «Sigue intentándolo. Te aseguro que mejorarás». Solo eso, pero me hizo feliz porque sabía que lo decía de verdad.

En otra ocasión, dimos un paseo por Central Park y luego bajamos por el centro hasta Chinatown. Toby me explicó cosas sobre la guitarra, mientras sus dedos increíblemente largos tocaban en el aire. Yo le hablé del bosque, de los lobos y de saltar a la comba hacia atrás, y no se rio de mí. Terminamos en un restaurante llamado Cheng Fat Lucky Fortune, donde pedimos verduras *mu shu* con doble ración de tortitas. Toby pidió también una copa Volcán, que resultó ser una bebida que ardía. La servían en un gran tazón de cerámica con imágenes de bailarinas hawaianas y palmeras, y llevaba sombrillitas de papel, trocitos de piña, guindas y largas pajitas. Era dulce, como una mezcla de coco y zumo Hawaiian Punch, y apenas sabía a alcohol. Bebimos, charlamos y comimos, aunque me fijé en que él casi no probaba bocado. Se limitaba a remover la comida en su plato.

Aquel día fue la primera vez que me emborraché, y me alegró que fuera con una copa Volcán. De repente, comprendí que emborracharse era solo un modo más de abandonar este sitio, este tiempo. Salimos dando tumbos del Cheng Fat Lucky Fortune y, mientras la cabeza me daba vueltas, me pregunté por Greta. La recordé en el bosque, enterrada en hojas, borracha del todo... ¿hasta dónde se atrevería a llegar?

Toby me rodeó con un brazo para enderezar mis pasos delante del restaurante. Lo miré con ojos turbios.

—Ahora estamos solos tú y yo, ¿verdad? —dije, aunque sabía que no era cierto del todo. Finn siempre estaba ahí. Siempre lo estaría.

Y entonces se me ocurrió algo terrible. Pensé que si Finn siguiera con vida, Toby y yo no seríamos amigos. Si Finn no hubiera pillado el sida, yo ni siquiera habría conocido a Toby. Esa idea extraña revoloteó por mi cabeza atolondrada. Y se me ocurrió otra cosa aún más terrible. ¿Y si había sido el sida lo que hizo que Finn sentara la cabeza? ¿Y si, incluso antes de saber que la tenía, la enfermedad le hizo levantar el pie del acelerador y lo devolvió a su familia, haciendo que aceptara ser mi padrino? Es posible que, sin el sida, yo nunca hubiera conocido a Finn ni a Toby. Habría un gran hueco en el lugar de todas esas horas y días con ellos. Si pudiera viajar en el tiempo, ¿sería lo bastante altruista como para evitar que Finn pillara el sida, aunque aquello supusiese no tenerlo nunca como amigo? No lo sabía. No tenía ni idea de lo egoísta que era realmente mi corazón.

Me quedé contemplando cómo el cielo sobre Canal Street iba pasando de anaranjado a rosa polvoriento. Una anciana arrastraba un carrito de la compra lleno de bolsas calle abajo, *trac, trac, trac*, por la acera. El sol seguía cayendo, y pensé en cuántas pequeñas cosas buenas en el mundo se levantan sobre algo terrible.

Miré a Toby. Tenía los ojos cerrados y sonreía como recordando el mejor



momento de su vida, y de repente comprendí que esto no iba a seguir para siempre. No podía ser. No solo porque antes o después me pillarían por saltarme las clases. No solo porque la campaña de la renta estaba a punto de terminar y entonces tendría a mis padres controlando todos mis movimientos. Y no solo porque Toby iba a morir. No sé cómo explicarlo, solo puedo decir que todo el asunto resultaba frágil, como hecho de caramelo hilado.

Pero no quería pensar en eso. Había encontrado a un amigo. Y empezaba a creer que a Toby le gustaba verme por mí misma, no solo por lo que yo sabía de Finn. Ya había cometido antes ese error, no comprender quién era yo para la gente. Para Beans, para Ben, para Finn, quizá también para Greta. Pero Toby no tenía a nadie. Y no me parecía estar recayendo en esa trampa con él, de ningún modo.

## CUARENTA Y CINCO

**M**i madre rebuscaba en su bolso. Era jueves por la mañana, antes de ir a clase. El día había amanecido gris y las ramas superiores del arce se sacudían con el viento. Mi padre se había ido ya al despacho, pero la primera cita de mi madre era más tarde, así que decidió no ir con él. Se había puesto uno de sus trajes azul marino de abultadas hombreras. Cuando vestía la ropa del trabajo se movía por la cocina como si fuera un planeta desconocido, manteniéndose siempre lejos de la encimera, con cuidado de no rozar nada grasiento o mojado.

—Hoy te comprarás el almuerzo, ¿verdad, June?

Normalmente lo hacía. Pizza, patatas y refresco. Todo aquello era mejor que un sándwich de fiambre revenido en una bolsa marrón revenida. Iba a decir que sí, pero me contuve.

—No lo sé. Estaba pensando que hoy podría llevar el almuerzo de casa. Un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, algo así.

Lo que me animó a pedírselo fue la imagen de sus manos, con la manicura hecha, untando una capa fina y uniforme de mantequilla en el pan, poniendo la cantidad justa de mermelada con una cucharilla; la imagen de mi madre cortando el sándwich en diagonal, y luego envolviéndolo en film transparente; la imagen de mi madre haciendo todo eso para mí, ocupándose así de mí.

Cerró su bolso y me miró.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Pues sí.

Dejó el bolso en la encimera y empezó a remangarse la chaqueta. Buscó en el armario y sacó los tarros. Luego se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Sabes, Junie? Ya tienes catorce años. Creo que puedes hacerte perfectamente un sándwich tú sola. Toma.

Deslizó la mantequilla de cacahuete sobre la encimera hacia mí y se bajó las mangas. Aunque no tenía ni una miga encima, se sacudió la chaqueta con ambas manos. Miré el tarro unos instantes.

Lo gracioso era que si mi madre hubiese sabido lo que llevaba en la mochila, me habría preparado aquel sándwich sin rechistar. Si supiera que había buscado y rebuscado por toda la casa hasta encontrar la llavecita de la caja a prueba de incendios que ocultaba al fondo del cajón de su ropa interior; si supiera que había

abierto la caja y sacado mi pasaporte, que en aquel preciso momento descansaba en una bolsita de plástico en el fondo de mi mochila; si supiera por qué lo llevaba ahí; si supiera una migaja de todo eso, se habría apresurado a prepararme el sándwich. No habría dicho «Ya tienes catorce años» como si me considerara un adulto responsable. Qué va. Antes bien, habría dicho: «Solo tienes catorce años». Y también que estaba loca por querer ir a Inglaterra siendo tan pequeña. Loca hasta por haberlo pensado. Y eso antes de saber que me iba con Toby.

Pero mi madre no sabía nada. Y en ese momento no quería mancharse la ropa del trabajo con pringosa mermelada de uva. Así que, en lugar de prepararme un sándwich, se inventó que los catorce años eran un punto de inflexión en mi largo trayecto hacia la edad adulta.

—Está bien —dije—. Da lo mismo. Me quedaré con el dinero y ya está.

Mi madre puso un gesto de decepción. Se lo devolví. Por todo, no solo por el sándwich.

## CUARENTA Y SEIS

—¿Toby?

—Hola, June.

—Esto... Bueno, estaba pensando si te apetecería ver *El nombre de la rosa* conmigo. Algún día. Cuando sea. Bueno, si quieres.

Era la primera vez que era yo la que proponía hacer algo. Hasta entonces, siempre había sido él. Al volver a casa, tiré la mochila al suelo de la cocina y lo llamé. Normalmente, disponía de la casa vacía durante por lo menos una hora, así que me había llevado el teléfono a la despensa junto a la cocina, donde había un taburete para sentarse.

Había elegido *El nombre de la rosa* porque va sobre monjes medievales en un monasterio perdido en Italia. Es una peli de misterio y al parecer bastante buena, así que pensaba que Toby aceptaría sin más, pero no fue así. Como tardaba en responder, pensé que le había pasado algo.

—¿Sigues ahí?

—Yo no soy Finn, ¿sabes?

Esta vez fui yo la que se quedó sin palabras. Al cabo, dije:

—Ya, ¿y? —dije con tono de sorpresa, porque no entendí lo que quería decirme.

—Es que no sé, igual no me gusta.

Lo pensé un segundo.

—Bueno —dije con paciencia—. Yo tampoco soy Finn.

—No te servirá de nada. Sería como ir al cine con un viejo idiota.

—Ya lo sé —dije.

Se rio, pero solo un poco.

—Entonces, venga. Di que sí.

Volvió a reír, esta vez con más ganas. Más de verdad.

—Bien. Sí, vale. Me estoy comportando como un estúpido.

Le dije que ya me encargaría de no tener ningún pensamiento brillante mientras veíamos la peli, y luego él bromeó un poco sobre su estupidez, y al final acabamos desternillándonos.

Le dije que lo llamaría pronto, en cuanto averiguase los horarios del cine y demás. Salí de la despensa con el teléfono en la mano y el rostro encendido por la risa, pensando que estaba haciendo bastante bien lo de cuidar a Toby.

Lo recuerdo prácticamente como a cámara lenta: yo disponiéndome a dejar el

teléfono en su base; un carraspeo detrás de mí; yo dándome la vuelta para mirar. Puedo verlo fotograma a fotograma: mi sonrisa desapareciendo al ver a Greta y comprender. Estaba sentada a la mesa de la cocina, con su pijama sedoso de Victoria's Secret, con todas las cosas que yo escondía en el fondo de mi armario. El papel de regalo azul de mariposas. La bolsa de cartón con las cintas del *Réquiem*. Las propias cintas. La foto de época isabelina en que salíamos Toby y yo, mirando a la cámara con aquellos cuellos enormes y absurdos. La tetera con el hilo de una bolsita de té colgando. Y, lo peor, las notas de Toby, desdobladas y, evidentemente, leídas por Greta.

Mi hermana estaba ahí sentada sin expresión en el rostro.

—Ya has vuelto —dije, intentando por alguna estúpida razón sonar inocente y natural. Debía de haber estado esperando a oírme llegar, acechando, aguardando mi regreso a casa.

—Estoy enferma. Gastroenteritis. —Sacudió la cabeza despacio, como si quisiese relentizar toda la situación para que resultase lo más dolorosa posible—. ¿Eres consciente del lío tan gordo en el que estás metida?

No me moví.

—¿Te haces una idea del problemón que tendrá Toby cuando mamá y papá descubran que te ha estado camelando para que salgas con él?

—Eso es asunto mío —contesté, pero ella siguió.

—A nadie le importará que sea gay. Es un adulto y eso lo condena. Es un adulto y tú una niña, solo eso importa. Lo detendrán por pervertido, y luego descubrirán que le pegó el sida a Finn e irá a la cárcel. Le-pegó-el-sida-al-tío-Finn. ¿Acaso te da igual? ¿Estás mal de la cabeza?

«Estoy mal de la cabeza. ¿Estoy mal de la cabeza?»

—No me ha estado camelando.

—Entonces, ¿ha sido idea tuya? ¿Este es tu novio? —Y soltó una risita burlona.

—No. No es eso lo que quiero decir. Quiero decir...

—Sabía que mentías. Lo sabía —dijo Greta sonriendo—. Como si de verdad tuvieras un novio. ¿En qué estaría yo pensando? Eres una perdedora, June. —Su voz sonaba estridente y aterradora.

—Yo... él...

—Él ¿qué? ¿Es tu nuevo amigo íntimo? Te he oído al teléfono. Desternillándote de risa. Con ese tono meloso... ¡Venga ya, June! ¡Como si a ese tipo le apeteciera perder el tiempo al teléfono contigo!

—Tú no sabes nada de esto. Eres una estúpida. Una idiota rematada. —De pronto tuve ganas de soltar todo lo que sabía, contarle lo de la nota de Finn, y que ninguno de ellos sabía nada sobre el sida, que no había sido culpa de Toby. Pero a Toby no le gustaría que hiciera eso. Además, temí que Greta me contara cosas que no quería oír, que manipulara la historia hasta que yo no pudiera discernir cuál era la verdad.

Ella guardó silencio un momento, mirándome con aire de suficiencia y su

sonrisita socarrona.

—Es evidente, June —dijo luego.

Y caí directamente en su trampa.

—¿Qué es evidente? ¿Qué?

—Que te está utilizando para sentirse menos culpable. Te ha dicho que no fue él, ¿verdad? ¿A que sí? Pero él sabe muy bien que sí fue él, que le pegó el sida a Finn, y ahora quiere un salvoconducto que le exima de toda culpa. De lo contrario, ¿por qué iba a pasar sus últimos días en este mundo contigo?

A veces Greta decía cosas tan hirientes que casi podía sentir sus palabras cortando mis entrañas, desgarrándome el estómago y el corazón. Sabía que estaría mirándome, leyendo mi cara, de modo que intenté recobrar la compostura. Pero ella ya había visto mi reacción.

—Sabes que es cierto —insitió.

—No sabes nada de nosotros. —Mi voz era temblorosa, insegura.

Ladeó la cabeza, me miró y dijo:

—Vaya, así que ahora sois «nosotros», ¿eh?

Cuando Greta se ponía así, podía manipular al instante cualquier cosa que yo dijese. Era como si fuera una escultora y mis palabras una bola de arcilla en su mano. Un millón de posibilidades esperando cobrar forma. Dijera lo que dijese, Greta lo convertiría en algo estúpido e iluso. Aunque quizá tenía razón. Quizá no era que cambiara el significado de mis palabras, sino que era capaz de desarmarlas y reducirlas a la verdad desnuda. Fea, descarada, cruda.

Mis hombros se hundieron y pensé que iba a echarme a llorar delante de mi hermana por primera vez en años. Allí estaban todos mis secretos, extendidos sobre la mesa. Como si alguien me hubiera arrancado las entrañas para enseñárselas al mundo. ¡Mirad, aquí están sus estúpidas esperanzas! ¡Mirad, aquí tenéis su tonto y débil corazón!

Levantó la tetera y se llenó la taza. El té salía suave y limpiamente, no se derramó ni una gota. Dejó la tetera de nuevo en la mesa y apoyó un dedo en la tapa.

Greta se estaba regodeando con mi tetera, la que me había regalado Finn, y eso hizo que desapareciera todo lo demás. Observé su arrogante dedo posado en la tetera, y mi pecho se hinchó tanto de rabia que pensé que podía matar a Greta allí mismo. Ella sopló sobre su taza y luego bebió un sorbito muy femenino. Tuve el impulso de darle de puñetazos y avancé un paso hacia ella. Me detuve en mitad de la cocina y chillé con todas mis fuerzas. En aquel grito iban todas las maldades que me había hecho mi hermana, todos los comentarios desdeñosos, los gestos despectivos y las amenazas, lo que provocó que sonara más y más fuerte. Al final se asustó.

—¡¡No toques mis cosas!! —aullé con una voz salida de un sitio que ignoraba poseer.

Greta posó lentamente la taza en la mesa y me miró atónita, pero solo un segundo. Se pasó una mano por el pelo y luego se ajustó la coleta en la nuca.

—Un lío muy, muy gordo —dijo, sacudiendo la cabeza.

—¡Te odio! —grité, y me abalancé sobre ella.

Ya no me importaba nada. La agarré del pelo y ella me dio una patada en las rodillas. Retrocedí, todavía aferrando su pelo. Greta chilló, se revolvió y logró liberar su coleta de mi puño.

—¡Para! —dijo, y levantó una mano en el aire—. ¡Shhh! Viene mamá.

Las dos nos quedamos paralizadas.

Oí la puerta del coche al cerrarse y comprendí que Greta había vuelto a ganar. Iba a disfrutar de su victoria cuando mamá se encontrara con todas mis cosas. Disfrutaría de cada segundo mientras observaba cómo yo intentaba explicarlo. No sabía qué hacer. Me volví, esperando ver a Greta componer su expresión de inocencia para mi madre, pero en cambio vi que estaba tan asustada como yo.

—¡Rápido! —dijo.

Corrió al armario debajo del fregadero y sacó una bolsa negra de basura. La abrió de un golpe y con un barrido del brazo volcó dentro casi todas las cosas de la mesa. Yo agarré la tetera y salí corriendo, derramando té por el camino. Me oculté en el lavabo del hueco de la escalera y cerré la puerta. Bajé la tapa del retrete y me senté, abrazada a mi tetera.

Oí las voces amortiguadas de Greta y de mi madre en la cocina. Luego pegué la oreja a la puerta y escuché con claridad. Este era el lavabo de espiar y, por una vez, yo iba a ser la espía.

—... ya era hora de limpiar a fondo mi cuarto —decía Greta. Me la imaginé sosteniendo la bolsa de basura.

—Vaya, esta sí es una grata sorpresa. Eso tengo que verlo.

—Mejor espera a que termine.

Luego oí que la puerta se abría y se cerraba.

Tiré el té por el sumidero y busqué algún sitio en aquel diminuto cuarto donde esconder la tetera. No lo había. Abrí un poco la puerta y miré. Despejado.

Subí corriendo hasta mi cuarto con la tetera bajo el brazo, cerré la puerta, con cuidado de no hacer ruido, y deslicé la tetera debajo de la cama. Respiré hondo unas cuantas veces, calmándome.

Al menos la agenda ilustrada estaba en mi mochila, pero entonces caí en la cuenta de que había olvidado la mochila tirada en medio de la cocina. Bajé la escalera de tres en tres.

Mi madre había dejado su maletín y su abrigo en la mesa y estaba mirando el rastro de té que iba de la cocina al vestíbulo. Mi mochila seguía donde la había dejado, así que la recogí rápidamente.

—Vaya, Junie. No sabía que ya estabas en casa. He conseguido salir un poco antes para ver cómo se encontraba Greta. Por la mañana estaba fatal. ¿Sabes qué ha...? —preguntó señalando el té delator.

—Ah, sí. He sido yo.

Arranqué unos trozos de papel de cocina y me puse a secarlo, siguiendo el reguero hasta el lavabo.

En la puerta, me di la vuelta. Mi madre estaba mirándome. Sacudió la cabeza y regresó a la cocina.

Greta me pidió que le ayudara a limpiar su cuarto para dar credibilidad a su mentira. Recogí toda la ropa tirada por el suelo y colgada de su silla mientras ella ordenaba los papeles de su mesa. Me habría gustado preguntarle por qué me había salvado, por qué me había restregado por las narices todo lo que sabía para, al final, sacarme del apuro, pero me abstuve. Sabía que me contaría cualquier patraña. Además, tenía el *walkman* puesto. Podía oír el soniquete de los Bon Jovi desgañitándose como unos bobos con el «Livin' on a Prayer».

Más tarde, mientras mis padres veían las noticias, Greta llamó a mi puerta y entró sin esperar respuesta. Se quedó con la espalda contra la puerta. Me miró y después escudriñó rápidamente la habitación.

—¿Qué? —dije.

—Solo quería informarte de que estás saliendo con un exconvicto.

Yo estaba tumbada en la cama y busqué debajo de la almohada a *Celia*, mi vieja foca de peluche. Era el único peluche que todavía guardaba en mi cama. Puse los dedos en su cuello, donde el relleno se había vuelto fino y hacía que la cabeza se le ladeara.

—¿De qué me hablas?

Capté el ligero brillo de una sonrisa triunfal en sus labios. Se tomó su tiempo, mirando mi cuarto, deteniéndose un momento en la puerta de mi armario.

—Toby, tu amigo especial, ha estado en la cárcel. Es un exconvicto. —Su cara tenía casi la misma expresión que en el retrato de Finn: se moría de ganas por revelar un secreto.

—Pero... —Me ardía el rostro. Froté el pulgar contra la foca. Mi padre había dicho que Toby estuvo metido en líos, pero no pensé que se refiriera a ese tipo de líos.

—No hay nada que decir, June. Es la verdad. Conoció a Finn en la cárcel.

—Finn no estuvo en la cárcel. No es posible...

—No, no. Finn estaba impartiendo un taller de pintura. Toby se apuntó. Así fue como se conocieron. —Sacó un libro de mi estantería y lo hojeó, como si estuviera planeando quedarse allí toda la noche, como si acabara de presentarse para leer un ratito.

—¿Cómo lo sabes?

No contestó. Bajó el libro, lo dejó en mi mesa y alzó las cejas. Se quedó así, sacudiendo la cabeza y chasqueando la lengua.

—Ya sé que es difícil encontrar a un amigo, Junie, pero un exconvictoapestado



con el sida es caer muy bajo. En particular, si es el que asesinó a tu tío.

—Eres una mentirosa —dije, sabiendo que no mentía. Greta era delgada, pero se volvía enorme cuando poseía información. Y en aquel momento parecía enorme. El doble de su tamaño real, por lo menos. Incluso su postura —estirada, espalda apretada contra la puerta de nuevo, brazos cruzados sobre el pecho— estaba llena de verdad.

—Como quieras —dijo.

Pensé que iba a marcharse, pero se quedó contemplando mi alfombra como si estuviera pensando algo. Luego, con una voz menos segura, dijo:

—Mira, June, si me prometes que no lo verás más, te dejo en paz. Sé razonable. ¿De acuerdo?

Metí a *Celia* entre las sábanas. Oí que apagaban la tele en el piso de abajo, y luego voces y platos resonando en el fregadero.

Greta seguía allí, y por un instante me pareció que se iba a echar a llorar. Tenía los ojos enrojecidos, pero no apartó la mirada. Siguió mirándome, como para que yo viese que estaba al borde de las lágrimas, esperando mi respuesta. No dije nada. No le prometí que dejaría de ver a Toby, porque sabía que no podría cumplirlo. Pasado un rato, Greta pareció desinflarse un poco, como si su perverso plan le hubiera salido por la culata, como si no le quedaran cartas en la manga. Entonces, alzó la cabeza y me miró fijamente.

—Sabes... pensaba que una vez que no estuviera Finn... Pensaba que tú y yo...

—¿Pensabas qué? ¿Qué podrías atormentarme las veinticuatro horas del día?

—No, yo... —Empezó a llorar, antes de balbucear con voz de desencanto—: La cárcel, June, estuvo en la cárcel. —Y se dirigió hacia la puerta.

—No me importa —dije a su espalda mientras Greta salía.

Esa noche, más tarde, salí a inspeccionar los cubos de basura. Esperaba que Greta hubiera dejado ahí la bolsa con mis cosas, pero no. La había abierto y había desparramado todo el contenido. Debía de haber metido el brazo hasta el fondo para sepultarlo todo bajo los desperdicios de una semana. Debía de haberse pringado bien pringada. Había hecho un buen trabajo. Lo único que pude rescatar fue la foto de Playland, pero también se había estropeado. Tenía salsa de espaguetis en la mitad de Toby. Y ahí estaba yo, sentada muy estirada y vestida de época, al lado de un asqueroso pegote rojo. Aunque había dicho que jamás lo haría, al final tuve que cortar el trozo en que salía Toby.

Subí a mi cuarto y comprobé el fondo de mi armario. No quedaba nada. Moví algunas cosas para ver si por error se había dejado algo, pero no, nada.

Solo las pulseras negras, las que trajo de la ciudad aquel domingo, las que dijo que eran para mí. Estaban en los colgadores metálicos.

Lo único que quedaba era la agenda ilustrada en mi mochila y la tetera. Y el

dinero que me dio Toby, que estaba en el cajón de mi ropa interior, envuelto en un chalequito de niña que ya nunca me ponía. Saqué la tetera de debajo de la cama y la sostuve. Al menos todavía conservaba eso, la mejor tetera del mundo. Pasé el dedo por los osos bailarines, cada uno en equilibrio a dos patas, moviendo las garras, tratando de atrapar el aire. Los miré y de pronto vi que en realidad no estaban bailando, solo trastabillaban como enormes criaturas patosas a punto de perder el equilibrio.

## CUARENTA Y SIETE

—Hoy no puedo ir.

—¿Por qué?

—Por mi diario. Tengo que entregar las entradas de un trimestre y medio para clase de lengua.

—¿El profesor recoge vuestros diarios para leerlos?

—Sí, y yo todavía no he escrito ni una entrada.

—Eso es ridículo. Un diario es personal por naturaleza...

—Lo sé, pero así son las cosas. Tampoco es que escribamos nuestros secretos más tenebrosos. No voy a escribir nada sobre ti.

Estaba sentada en el suelo de la despensa, con la espalda apoyada en la pared, pero inclinada para poder ver si entraba alguien en la cocina.

—Pues hazlo después —dijo Toby con una voz más ronca de lo normal, entrecortada.

—Son cuatro meses de entradas. Eso hace como... no sé, unas cincuenta. Igual más. Te veré la próxima semana o así.

No quería decirle el resto. No tenía valor para contarle todo lo que había pasado con Greta. Y además, era cierto. Tenía que escribir el diario. Era el veinticinco por ciento de nuestra nota de lengua, y no podía permitirme fallar.

Él hizo una pausa y luego dijo:

—Puedo ayudarte si quieres. Hacerte compañía.

—No sé.

—Oh, venga. Será mejor que estar sola encerrada en casa.

No me esperaba que me ofreciera su ayuda.

—No hace falta. No pasa nada.

Suspiró y dijo:

—Quiero que vengas.

Me quedé callada. ¿Por qué dejaba que Greta se metiera en mi cabeza? No quería tratar así a Toby. Daba la sensación de que lo estaba poniendo a prueba, quería demostrar lo fácil que sería conseguir que se rindiera.

—Bueno... ¿te refieres a ayudarme en plan preparar té y poner buenas cintas de música, o ayudarme en plan salir a tomar copas Volcán?

—Lo primero, por supuesto. ¿Por quién me tomas?

Esperé. Me pasó por la cabeza contarle que sabía lo de su paso por la cárcel, pero

no pude hacerlo.

—De acuerdo. Pero tienes que prometer que no vas a distraerme de ningún modo, ¿vale?

—¡Okey! —dijo, en un intento grotesco de imitar el acento americano.

Cuando llegué a su casa, Toby tenía puesto un jazz alegre y estaba sentado en un sillón, fingiendo que leía un libro. Es fácil adivinar si alguien finge leer, porque sus ojos se mueven demasiado. Suben y bajan por toda la página. No sé por qué, pero aquello me dio mala espina. Me alegré de haber empezado el trabajo en el tren.

—Te he traído una cosa —dije.

—¿De verdad?

Le entregué una cajita, torpemente envuelta en un papel de regalo rosa para bebés, el único que había encontrado en casa. Dejó el libro, un viejo y maltrecho ejemplar de *Los cuentos de Canterbury*, y alcanzó la caja.

—Es una tontería —dije.

—No pasa nada. Me encantan las tonterías. —Sacudió suavemente la caja junto a su oreja.

—Ábrelo luego, ¿vale?

Asintió y dejó la caja sobre la repisa de la chimenea.

Aparté la mesita del café, abrí mi diario en el suelo y me tumbé boca abajo sobre la alfombra.

—Venga, empieza —dijo Toby.

—¿A qué?

—Léemelo. Vamos a escuchar lo que tienes por ahora.

—No, imposible.

—Pensaba que querías que te ayudase. No puedo ayudarte si no sé lo que tienes escrito.

Pensé en las notas que él me había escrito. Escribir no parecía una de sus grandes habilidades.

—No necesito ese tipo de ayuda. Basta con, no sé, que me traigas algo de comer o algo así.

—Por favor.

—No. Es privado.

Puso cara de «sí, claro».

Pasado un rato, ya no soportaba escuchar sus súplicas y me rendí. Le leí una entrada, que consideró aburrida, y luego me salió con algo ridículo para sustituirla. Seguimos así, en un tira y afloja hasta que finalmente llegamos a conseguir un buen ritmo y nos turnábamos para dar ideas. A mí se me ocurrieron entradas sobre danza del vientre, sobre adiestrar un halcón, y ser elegida joven clavecinista del año. Las ideas de Toby eran más enrevesadas. Dijo algo sobre ceguera temporal, y sobre un

fantasma que se aparecía en la lavadora cuando ponías el programa de «prendas delicadas». Nos encargábamos de que esas locuras se colaran en medio de una entrada que sonaba normal. Estuvimos fumando, riendo y tomando té con brandy, y me alegré de haber ido. Me preocupaba un poco lo que sucedería si la señorita Link se leía de verdad el diario, pero me daba igual. Toby conseguía que te sintieras así. Decidí que Greta estaba equivocada en todo.

Y entonces llegamos al 5 de febrero. El día que murió Finn.

Al principio, ninguno de los dos comentó nada. El diario se quedó sobre la alfombra, a medio camino de ambos. Hasta ese momento, habíamos encontrado el modo de evitar a Finn. No exactamente a propósito, sino como si los dos supiéramos que no había que tocar ese tema. Pero ahora resultaba imposible no acordarse de él. Aquella página vacía y pálida suplicaba unas palabras.

Podría haberme saltado el 5 de febrero, haber dejado la página en blanco o haber escrito cualquier cosa. Pero me pareció mal. Igual era una estupidez, pero lo consideré una falta de respeto hacia Finn.

Le devolví el cuaderno a Toby.

—Tú primero —dije.

—June, mira, no puedo. En serio, no puedo. Tú no estabas. No sabes...

No era la primera vez que me decía algo así, y las palabras se quedaron allí suspendida. «Tú no estabas. No sabes.»

No respondí enseguida. Dejé que aquellas palabras fueran horadando mi cabeza. Las dejé arrastrarse hasta mi corazón. Asentí lentamente y luego cerré el cuaderno con un dedo. Me levanté y fingí mirar mi reloj.

—Oh, June, no te vayas. Yo... No sabes cómo fue. No...

—¡Basta ya! —grité—. ¡Cállate! Ca-lla-te. Deja de decir eso. —Me sentía llena de una rabia desconocida, como si quisiera empujar a Toby y darle de puñetazos. No soy una persona violenta, al menos no creía serlo, pero algo peligroso parecía estar despertándose en mí. Algo salvaje y oscuro que dormía en lo más profundo de mi ser había abierto un ojo.

Y entonces salió. Así, sin más. Fue como si un globo hubiera reventado dentro de mi pecho, soltando toda la rabia. Me quedé allí, seca. Miré el cuaderno, apretado en mi mano, mis uñas hundiéndose en la cartulina azul celeste.

Toby tenía la boca abierta, como si buscara algo que decir.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada. Es culpa mía. —Se dejó caer en el sillón y yo me senté a su lado. Apoyé la cabeza en el mismo brazo escuálido que hacía solo un minuto había querido golpear, y Toby me revolvió el pelo con sus dedos. Noté que soltaba una de mis trenzas y volvía a hacerla. Repitió el gesto una y otra vez, mientras decía «No pasa nada, la culpa es mía», hasta que tuve la sensación de que ya no hablaba conmigo.

Aquella noche tuve sueños entrecortados. Soñé con lobos de *origami* que cobraban forma en las páginas de la agenda ilustrada. Los vi sacudiendo los pliegues hasta convertirse en seres enteros y musculosos, peludos y rápidos. Saltaban de mi mesa y se lanzaban sobre mi cama, con los colmillos chorreando baba. Soñé que intentaba devolverlos al libro una y otra vez, pero no podía. Sabían dónde vivía.

«No es más que un juego de manos», dijo un lobo de ojos verdes.

«No es más que una de esas cosas que le gustan a la gente», respondió otro, y cuando desperté fue como si no hubiera dormido absolutamente nada.

## CUARENTA Y OCHO

**H**abía dos cosas en la caja que le di a Toby. Una era la tapa de la tetera rusa de Finn. Me pareció que podría ser como una de esas medallitas con forma de medio corazón que a veces comparte la gente. A los doce años, Greta compartía una con Katie Tucker en la que ponía «Amigas del alma». Cada una llevaba una mitad dentada del corazón en una cadenita de oro falso, hasta aquel día en que Katie mintió a Greta sobre una fiesta de pijamas que organizaba en su casa y dejaron de ser amigas del alma. Greta tenía la segunda mitad, en la que se leía «gas» y por debajo «lma», como si fuera el nombre de una empresa de gas.

No sabía si Toby captaría lo que yo pretendía con esa tapa. Quería hacerle entender que lo consideraba uno de los mejores. Que yo pensaba eso, con Finn o sin Finn.

La segunda cosa que contenía era mi pasaporte, con una notita que ponía «Podríamos ir a Inglaterra», pegada encima de la foto en que salgo con cara de alelada.

Intenté buscar un modo de viajar sin que nos pillaran, sin que nadie se enterara, pero comprendí que era imposible. Así que mi plan consistía en lo mejor que se me ocurrió: dejar una nota a mi familia y llamar cuando ya estuviese allí. Todos sabrían que estaba bien, que iba a volver. Por supuesto, cuando todo terminase me encontraría metida en el lío más gordo de mi vida, pero esas cosas ya no me preocupaban.

Probablemente, solo estaríamos unos días, pero para mí sería como en *Una habitación con vistas* o en *Lady Jane*. Cuidaría de Toby y sería muy romántico. No romántico en plan empalagoso, sino del otro. Daría lo mejor de mí. Soy normalita en lengua y matemáticas, pero no iba a ser normalita en cuidar de Toby. Esta vez iba a hacerlo perfecto.

## CUARENTA Y NUEVE

Me encontraba tirada en el suelo del salón, armando un puzle de 750 piezas de una vidriera de la catedral de Chartres que Finn me había traído una vez de Francia. Solo eran las cinco de la tarde, demasiado pronto para que hubiera alguien en casa un día de entre semana, pero en ese momento entró mi padre, que parecía agonizante.

—Virus estomacal —dijo, derrumbándose en el sofá. Cerró los ojos y se llevó una mano al estómago. Olió el ambiente y me pareció que se ponía un poco más verde—. Aghh, esa condenada olla.

—Puedo traerte un *ginger ale* y... no sé... una bolsa de agua caliente, si quieres. Tenía los ojos todavía cerrados, y una sonrisita se extendió por su rostro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Oh, nada.

—¿Qué? —dije—. Venga.

—Nada. Es solo que me hace gracia que te ofrezcas a cuidar de tu pobre papi enfermo.

La olla pitó cuando entré en la cocina. Levanté la tapa y revolví el guiso. Serví dos vasos de *ginger ale* y los llevé al salón. Cuando llegué, mi padre estaba tirado de costado en el suelo, rebuscando entre las piezas del puzle.

—¿Te importa si te ayudo? —dijo.

—Adelante.

Era un puzle complicado. Los colores eran casi todos primarios y oscuros, rojos vivos y azules, e incluso después de separarlos en montoncitos costaba bastante. Intenté ensamblar algunas partes del montón rojo. Mi padre se encargó de los azules.

—Pronto se acabará todo, ¿verdad, Junie?

—¿El qué? —pregunté, probando la ubicación de una pieza.

—La campaña de la renta. Se acabó un año más. Gracias a Dios.

—No está tan mal, ¿no?

Mi padre puso cara de «¿estás de broma?».

—Bueno, entonces, ¿por qué lo hacéis?

Lo decía en serio. Me preguntaba por qué la gente siempre anda haciendo cosas que no le gustan. Parecía que la vida fuera una especie de túnel que se iba estrechando. Nada más nacer, el túnel era enorme. Podías ser cualquier cosa. Luego, digamos que un segundo después de nacer, el túnel se encogía a casi la mitad de su tamaño. Si eras niño, ya estaba claro que no podrías ser madre, y seguramente no



acabaría de esteticista ni de maestro de guardería. Luego, empezabas a crecer y todo lo que hacías estrechaba un poco más el túnel. Te rompías un brazo trepando a un árbol y quedabas eliminado como posible lanzador de béisbol. Suspendías todos tus exámenes de Matemáticas y anulabas cualquier esperanza de ser científico. Así de sencillo. E iban pasando los años hasta que te quedabas atrapado. Acababas de panadero, bibliotecario o camarero. O de gestor. Y ahí estabas. Me imaginaba que el día de tu muerte, el túnel sería tan estrecho, te habrías apretujado con tantas elecciones, que te aplastaba.

—¿Por qué lo hago? —dijo mi padre—. La respuesta es sencilla. Lo hago por ti. Por ti, por Greta y por tu madre.

—Vaya —dije, sintiéndome de repente tremendamente triste porque alguien malgastara su vida solo para asegurarse de que otros eran felices—. Bueno, gracias.

Esbozó una sonrisa tan grande que pude ver el pequeño hueco entre sus incisivos.

—No hay de qué. —Luego, de golpe, se llevó la mano a la boca—. Oh, no... —dijo, levantándose de un salto, y corrió hacia el cuarto de baño.

Me quedé allí sentada, contemplando mis piezas, aquellos tonos de rojo, todos distintos. Pensé en Finn. Él hizo todo lo que quiso, al menos eso decía mi madre. Nunca dejó que el túnel lo atrapara. Y sin embargo, así le había ido. Al final sus propias decisiones lo aplastaron hasta la muerte. Quizá lo que me dijo Toby era cierto. Quizá tienes que estar muriéndote para finalmente poder hacer lo que quieres.

Mezclé un buen rato las piezas del puzle, pero no tuve suerte. Nada parecía encajar sin un montón de esfuerzo.

Entonces, se me ocurrió esto: ¿Y si bastaba con ser consciente de que un día ibas a morir, de que nada de esto duraría para siempre? ¿Sería suficiente con eso?

Luego me acordé de una cosa que había dicho mi padre: «Pronto se acabará todo». Me acerqué al calendario de la cocina, el que encargaron hacer mis padres para repartir entre sus clientes. «Elbus y Elbus – Gestoría», rezaba, y solo tenía una foto, un paisaje kitsch con un lago azul y cristalino y al fondo unas montañas cubiertas de nieve. Era 13 de abril. Quedaban dos días para que terminara el plazo para presentar las declaraciones de la renta. Si le sumaba la semana que tomaban mis padres para atender las reclamaciones y poner las cosas en orden, eso me proporcionaba casi una semana y media más de orfandad. Era la primera vez que deseaba que la campaña de la renta durase más. El primer año que necesitaba ser huérfana.

## CINCUENTA

Greta no me miró ni una sola vez desde el día que asaltó mi armario. Si yo estaba en la cocina, se saltaba el café y salía directamente a la calle a esperar el autobús. Si me encontraba en la mesa haciendo deberes, ella subía a su cuarto. En el instituto, se daba la vuelta si me veía aparecer por los pasillos. Era como si quisiera que yo no existiese.

Y a mí me daba igual. Eso me decía a mí misma. Me daba igual que sus ojos estuvieran siempre cansados y enrojecidos. Me daba igual no verla ya nunca con amigas, que ni siquiera se sentase con su grupito de admiradores durante el almuerzo, que siempre pareciera estar sola. Me daba igual que, al terminar este curso, Greta se fuera de la ciudad. Tenían un albergue tutelado donde se quedaban los niños que salían en *Annie*, y si le daban el papel, allí se iría. Después de aquello, se marcharía a Dartmouth. Y eso sería el final. No más hermana. Algunos días, eso sonaba como un sueño hecho realidad. Eso me decía.

Sin embargo, a pesar de todo, de cuando en cuando me dejaba caer por los ensayos. Pensaba que si Greta me veía por allí pensaría que ya no me veía con Toby. Fue un intento patético, ni siquiera creo que le importara, pero de todos modos lo hice.

Me quedaba cerca de las primeras filas del salón de actos, pegada a la pared, justo al lado de la puerta, para marcharme cuando la cosa se pusiera demasiado tediosa. Una tarde estaba allí, más aburrida que una ostra, viendo cómo el señor Nebowitz organizaba el coro y los figurantes, cuando vi a Ben Dellahunt asomado a la barandilla del gallinero, haciéndome señas con la mano. Siguió gesticulando hasta que comprendí que pretendía que subiera a la cabina de iluminación. Volví la cabeza y miré a ambos lados. Ben asintió y volvió a hacerme gestos. Yo no quería subir. Cada vez que veía a Ben me acordaba de que era una idiota.

—Venga, Elbus —me llamó desde arriba. Y entonces no me quedó más remedio que subir.

Sonrió, sujetando la puerta de la pequeña cabina mientras yo cruzaba el gallinero. Pete Loring y John Untermeyer también estaban allí dentro, y me senté en una silla plegable detrás de los tres.

—Te molan los ensayos, ¿eh? —dijo Ben.

—Puede.

—No, en serio, pareces muy aburrida. ¿Por qué sigues viniendo?

Por un segundo pensé en contárselo. Por un extraño segundo quise desvelar todos mis secretos a Ben Dellahunt allí mismo, en aquella oscura cabina. Así sabría quién era yo en realidad. Así sabría que Tina Yarwood no era nada comparada conmigo. Naturalmente, no lo hice.

—Le prometí a Greta que vendría a ayudar —dije en cambio.

—¿Y a ella qué más le da que ayudes? Además, no es que colabores mucho.

Me crucé de brazos.

—Mira, fuiste tú el que me pidió que subiera aquí. No te estaba molestando. Mejor me voy.

—Tranqui. Ya me callo.

Los otros dos chavales no dijeron nada. Estaban concentrados en apretar interruptores y girar botones en el tablero. John Untermeyer me miró, pero Pete permanecía con la cabeza gacha, como si le diera vergüenza que hubiera una chica, incluso una como yo, en la cabina. Antonio salió para cantar el bis de «Dites-moi».

—Tú vas a clase de francés, ¿no? —le pregunté a Ben.

—Pues sí.

—¿Qué significa *dites-moi*?

Ben se lo pensó unos segundos. Movi6 el dedo índice en el aire como repasando la letra de la canción para sus adentros.

—«Dime tú.» Eso significa: dime tú. Luego dice algo así como que por qué la vida es muy bonita. Dime tú por qué la vida es tan bonita. Una letra bastante... gay.

—Se sonroj6 y se apresur6 a añadir—: Solo bromeo, ya sabes.

—Claro, bromeas. Ya sé.

Greta subi6 al escenario para la escena en la que el Teniente Cable dice que no puede casarse con la hija de Bloody Mary porque no es blanca. Se supone que en esa escena Bloody Mary est6 furiosa y Greta la interpret6 casi como una psic6tica. Golpe6 varias veces en el pecho a Craig Horvell, que hacía de teniente Cable. Le dio unos empujones tan fuertes que parecía que iba a sacarlo del personaje. El chico parecía asustado y un par de veces mir6 de reojo al se6or Nebowitz, con la esperanza de que lo rescatara. Nunca había visto a Greta así de enfadada, dando pisotones por el escenario como si tuviera una cuenta que saldar. Como si Craig Horvell le hubiera arruinado la vida y estuviera dispuesta a hacérselo pagar. Pero cuanto más la miraba, más me parecía que no era rabia, sino tristeza. Desesperación. Deambulaba por el escenario y parecía desesperada por que alguien se fijara en que estaba pasada de rosca, pero nadie parecía darse cuenta. Solo yo. Yo, sentada en el gallinero, asistiendo a la autodestrucción de mi hermana.

Cuando sali6 del escenario, Ben se volvi6 y me dijo:

—Es muy buena, ¿eh?

Asentí.

—Ya lo sé.

Nos quedamos en silencio un rato.

—Mira, la otra noche en el bosque...

—No te preocupes. No me acuerdo de nada.

—Bueno, te di un beso, ¿te acuerdas?

No pude evitar reírme. A la mayoría les habría valido esa historia de la amnesia, pero a Ben no.

—No te preocupes —dije—. No se lo contaré a Tina. —Y me levanté y me fui.

Después del ensayo, esperé a Greta en la puerta del instituto. No sabía qué quería decirle, pero haberla visto en aquel escenario, tan indefensa y hundida, despertó mis deseos de hacer algo. Igual le diría que la perdonaba por tirar mis cosas más preciadas a la basura, aunque no fuese cierto. O le pediría ayuda para maquillarme y así me contaría qué le ocurría. Toda la verdad, sin estar borracha. El sol daba al cielo un hermoso tono rosa anaranjado, como la cara interior de una concha. Miré hacia la pista de atletismo, donde unos muchachos daban vueltas. Los vi pasar tres veces, y como Greta seguía sin salir, me marché. No me molesté en atajar por el bosque. Fui por el centro, porque se tardaba más. A veces está bien tomar el camino más largo de vuelta a casa.

## CINCUENTA Y UNO

Me encontraba en la cocina del piso de Finn, apoyada en la encimera. La casa entera olía a chamuscado, porque Toby estaba haciendo tostadas y siempre se le quemaban aunque estuviera junto a la tostadora. Esto fue casi una semana después de lo del diario. Toby me había llamado para decirme que se sentía mal por cómo terminaron las cosas en mi última visita. Dijo que quería resarcirme. Fui a la estación en cuanto terminaron las clases y luego tomé el metro hasta su casa. Ya no me importaba montar en el metro sola, y salía mucho más barato que ir en taxi.

—Bueno, ¿qué te parece? —Estaba segura de que a Toby le encantaría el plan de Inglaterra. Tenía que gustarle, porque era perfecto.

—¿Qué me parece qué?

—Ya sabes... Lo del pasaporte. El viaje.

Ahí estaba yo, sonriendo como una imbécil. Al instante comprendí que Toby no parecía nada contento.

—Ah. Eso.

—Dijiste que podíamos hacer cualquier cosa que quisiéramos, así que pensé en Inglaterra. Podrías enseñarme aquello. Los castillos y... no sé, todo. Tu pueblo. Lo he buscado. Me gustaría conocer los páramos. Ya sabes, *Cumbres borrascosas*. Podemos ir en verano. Todavía estoy ultimando los detalles, pero igual consigo que mi madre me mande a un campamento de verano y entonces...

La tostadora saltó. Toby sacó la tostada, la examinó y luego la raspó hasta casi no dejar nada de ella. Después la arrojó a un plato.

—June, lo siento. Lo siento de veras, pero eso es imposible. —Abrió un cajón de la cocina, sacó mi pasaporte y me lo dio.

Fuimos al salón. Él sacó el paquete de tabaco de su bolsillo trasero y extrajo un cigarrillo sin siquiera ofrecerme.

Tiré mi pasaporte sobre la mesita del café, entre él y yo. Empezaba a sentir un ligero mareo. Había pasado mucho tiempo urdiendo ese plan, y luego rebuscado por toda la casa hasta dar con mi pasaporte, y me había costado un mundo encontrar la llave de aquella caja.

—Nada es imposible. Tú dijiste...

—¿Castillos, June? ¿*Cumbres borrascosas*? ¡Joder! Si soy de un suburbio de Leeds.

—Bueno, vale, no sé. Da igual. Lo que te apetezca enseñarme. Tu Inglaterra.

—Nos íbamos a hartar de reír.

—No me importa.

—June, no puedo sacarte del país, así, sin más. Finn nunca... Solo tienes... ¿Cuántos? ¿Catorce años? ¿Quince? —Toby pensaba que tenía quince años. Casi me da la risa, pero me contuve—. Además...

—Además ¿qué?

—Además, no me dejarían volver si me marchó, ¿vale? No puedo irme. —Bajó la vista, como decepcionado consigo mismo, y añadió—: Lo siento, June. Sé que te prometí que haríamos cualquier cosa, pero...

—¿Y? ¿Tan malo sería quedarse allí?

Toby sacudió la cabeza despacio, pensativo.

—Para mí sí lo sería. Sería horrible. Y en verano... Bueno, todavía queda mucho para eso.

Ya estábamos a mediados de abril. Solo quedaban un par de meses para el verano, me disponía a replicar, pero entonces lo miré. Tenía unas marcadas manchas grises alrededor de los ojos. Sus mejillas desaparecían cada vez que daba una calada al pitillo. De repente, comprendí lo que estaba intentando decirme.

—Pero Finn quería...

—No sabes lo que Finn quería —dijo, y por un instante fue como si Greta estuviera allí, hablando por boca de Toby.

Me eché la mochila a la espalda, dispuesta a marcharme. Entonces le dije:

—Sí lo sé. Él quería que cuidase de ti.

Toby apagó el cigarrillo y sonrió por primera vez. Primero un poco, y después más, hasta reírse. De mí. Se estaba riendo de mí. Luego se desplomó en la silla azul de Finn, porque si algo le hacía demasiada gracia ni siquiera podía tenerse en pie. Me sonrojé y me di la vuelta para irme. Antes de llegar a la puerta, abrí mi mochila y busqué la agenda ilustrada. La abrí y pasé las páginas hasta dar con la que quería.

—Ríete si quieres, pero Finn lo dejó por escrito. Aquí. Más claro que el agua. Puso «Cuida de Toby». ¿Te vale con esto, o necesitas más pruebas?

—June, no me estoy riendo de ti.

De pronto, tuve un arranque de maldad que brotó de mi corazón y llegó a mis labios:

—Finn me dijo que no tenías a nadie. Absolutamente a nadie.

Él no apartó la vista. Sus carcajadas se convirtieron en una sonrisa suave y cómplice.

—Eso es verdad —reconoció. Luego se levantó y se acercó a la repisa de la ventana. Metió la mano en un gran jarrón azul metálico y sacó un papelito doblado. Lo desdobló lentamente y me lo pasó.

Estaba arrugado y desgastado, como si lo hubieran leído cien veces.

Amor mío:

Ya te he dicho todo lo que tenía que decir, excepto esto, lo último.

Por favor, cuida de June por mí. Por favor, prométeme que harás todo lo posible por cuidar de mi niñita. Con tanto amor que se me parte el corazón...

Finn

La leí dos veces, fijándome con atención en todas y cada una de las palabras, imaginando la mano temblorosa de Finn mientras daba forma a cada una de esas letras torcidas. Eché un vistazo al piso. Ahí estaban esas dos fotos que yo creía que eran las manos de mi abuelo, hasta que descubrí que se trataba de las manos del abuelo de Toby. Ahí estaba el viejo baúl tallado donde Finn guardaba las mantas. Ahí estaba la puerta del cuarto de Finn, que volvía a estar cerrada. Privado. Releí la nota, sintiéndome estúpida y confusa.

—Ven aquí —dijo Toby.

Moví la cabeza con vehemencia. Ahí estaba. Llevaba todo este tiempo buscando en Toby el brillo de Finn, y lo había tenido ahí todo el rato. Cada cosa que Toby había hecho por mí provenía de mi tío. Sentí un calor subiéndome desde los dedos de los pies hasta el cuero cabelludo. Repasé mis recuerdos desde aquel primer día en que lo vi en el funeral. Toby intentando llamar mi atención, intentando, con sus torpes maneras, hacer las cosas bien por Finn. Exactamente lo mismo que intentaba yo.

—No pasa nada. Todo va a salir bien.

Sabía que no sería así, era evidente. Pero él abrió los brazos y me lancé a ellos. Me metí de golpe en su abrazo, como si Toby fuera un armario enorme que pudiera llevarme a donde yo quisiera.

—Shhh —dijo—. Shhh. Ya está. —Nos mecimos y lloré en el pecho de Toby. En su corazón—. Shhh —repitió, hasta que tuve la sensación de que dejábamos de ser dos personas separadas—. ¿Ves? —dijo por fin—. ¿Ves cuánto te quería Finn?

Me abracé a Toby y sus costillas se me clavaron, como vías de tren que me llevaran muy, muy lejos. Me abracé a él como si tuviera el poder de retenerlo aquí. Lo abracé como suponía que lo hacía Finn. Con todo mi ser, con todo el amor que tenía.

Entonces, mi llanto se convirtió en risas. Me aparté un poco y lo miré.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Míranos. Debemos de ser los peores cuidadores del mundo.

Toby se rio también.

—No lo sé —dijo—. Yo pensaba que lo estaba haciendo bien.

Enarqué las cejas.

—La semana pasada nos emborrachamos con copas Volcán. No sé yo si eso era lo que tenía pensado Finn.

Toby esbozó una sonrisa avergonzada. Luego fingió un gesto de seriedad y carraspeó.

—Cuando te encamines a la edad adulta, June, es probable que te topes en tu camino con exóticas bebidas de naturaleza alcohólica. Me pareció que era mi deber familiarizarte con esas bebidas potencialmente dañinas.

Me reí y le di un puñetazo en el brazo.

—Además —dijo, cambiando su expresión de seriedad—, fue divertido, ¿no?

Asentí.

Y pensé que tal vez Toby lo había entendido todo. Quizá aquello era todo lo que pretendía Finn. Que nos riéramos juntos. Puede que mi tío solo tuviera en mente que sus dos seres más queridos cantasen, se riesen y saliesen por la ciudad a pasarlo bien, como si disfrutaran de los mejores momentos de sus vidas.

Conseguí conservar esa sensación cálida gran parte del trayecto de regreso a casa en tren, pero cuando llegamos a Hawthorne algo distinto empezó a formarse. Aquella nota significaba dos cosas. La primera, la buena, era que yo le importaba a Finn, que me quería tanto como para asegurarse de que Toby cuidaría de mí. Pero la segunda significaba que el único motivo por el que Toby había pasado tanto tiempo conmigo era por Finn, porque mi tío se lo había pedido. No tenía nada que ver conmigo. Greta tenía razón. Como de costumbre, mi hermana lo había entendido todo.



# CINCUENTA Y DOS

## LAS MÁS BUSCADAS DE AMÉRICA

Eso ponía en la portada. Las letras, en negrita, ocupaban todo el ancho de la página. Debajo, salíamos Greta y yo. El retrato. Las dos en la portada de la revista *Newsweek*.

El reportaje trataba sobre obras de arte desaparecidas o que podían estar clandestinamente en colecciones privadas. Escondidas. Al parecer, ocupábamos el sexto lugar de la lista. Más importantes que nosotras eran un cuadro de Andy Warhol, una pintura del siglo XVIII que representaba una importante batalla de la Guerra de la Independencia, dos esculturas y una bandera de Estados Unidos que solo tenía doce estrellas y se suponía que era anterior incluso a la de Besty Ross. Luego, íbamos nosotras.

Supuse que se trataba de la misma foto que habían usado en el *New York Times*, porque los botones no estaban. Mi camiseta era negra y sin añadidos.

Había una foto de las diez obras desaparecidas que encabezaban la lista, y luego se recogían otras cincuenta más. Un hombre del Museo Whitney contaba que estaba intentando organizar una exposición con el título «Objetos perdidos», y que si conseguía localizar unas cuantas obras de la lista podría sacarla adelante.

En el artículo, afirmaba: «Conocemos la existencia de estas obras solo porque alguien ha escrito sobre ellas, o porque aparecen en una foto o una película. Las llamamos “obras fantasma”, porque solo contamos con sus pistas, no con su presencia física verdadera».

La parte dedicada a nuestro retrato decía prácticamente lo mismo que pusieron en el *Times*. La única diferencia era que habían entrevistado al dueño de la galería donde Finn solía exponer su obra. El hombre decía que no se le ocurría mayor tragedia que Finn Weiss abandonando el arte. A mí me pareció una exageración, aunque me sentí orgullosa de que alguien dijera eso de mi tío.

Fue Beans la que llevó la revista al instituto y me la enseñó. Al principio, pensé en esconderla o tirarla a la basura, pero era el *Newsweek*. Había miles y miles de ejemplares repartidos por todo el país. Probablemente ya tendrían uno en la biblioteca, colgado en el tablón de anuncios. Y alguien habría llamado al tipo del Museo Whitney para contarle dónde estábamos.

El artículo concluía con el hombre del Whitney explicando que se sentía como un detective, siempre a la búsqueda del arte perdido. Regresé a la portada y contemplé nuestra imagen. Me imaginé a aquel tipo buscándonos. Siguiendo nuestro rastro.

Comprendí que no sería muy difícil dar con nosotras y, en cierto modo, aquello me asustó. La idea de que llamase a nuestra puerta me produjo un estremecimiento.

Mi madre trajo un *Newsweek* a casa. Dos personas le habían dado un ejemplar en la oficina. A la hora de la cena, nos sentamos a la mesa. Mi madre, mi padre, Greta y yo. La revista en medio. Esa noche no íbamos a degustar las delicias de la olla eléctrica. En su lugar, mi madre había calentado dos cajas de macarrones precocinados Kraft. La pasta naranja brillante permanecía intacta en nuestros platos.

—He decidido llamarlo —dijo.

Se me cayó el tenedor de la mano. Por un segundo, fue como si el retrato estuviera ahí, delante de mí. El pelo pintado de dorado. La calaverita negra.

Me puse a protestar, pero Greta me dio una patadita por debajo de la mesa. Me acertó en el tobillo y tuve que contenerme para no soltarle un sopapo. La miré, y aunque ella no me miraba a los ojos, comprendí que tenía un plan.

—Cuanto más esperemos —dijo—, cuanto más lo tengamos oculto, más valor adquirirá, ¿no? Pensadlo. Aunque ese tipo descubra que tenemos el cuadro, no estamos obligados a enseñárselo, ¿no?

Nuestros padres se miraron, leyéndose mutuamente el pensamiento, intentando decidir qué sería lo mejor.

—Bueno —dijo papá—, tienes razón, pero estaría bien sacarlo un poco. Igual es lo que hubiera querido Finn.

—No —dije. Greta volvió a darme una patadita, pero esta vez la ignoré—. Él no habría querido eso. Lo pintó para nosotras.

—Cariño, la obra de un artista pertenece al mundo, en cierto modo.

—Pero es mi cara. La mía y la de Greta. Nosotras no pertenecemos al mundo. Finn lo hizo para nosotras, y yo digo que no.

—Cálmate, Junie. —Papá siempre hacía lo mismo, intentaba que todos nos lleváramos bien sin tomar partido.

Miré de reojo a Greta, que se echó para atrás en su silla, cruzada de brazos.

—Solo querrá echarle un vistazo y luego ya veremos —terció mamá—. Nadie está hablando de venderlo, ni siquiera de exponerlo. Vayamos paso a paso.

Miré de nuevo a Greta. Las dos sabíamos lo que habíamos hecho al cuadro. No podía imaginarme cómo iba a reaccionar mamá. O quizá sí. Quizá ese era el problema. Al otro lado de la mesa, nuestros padres también se miraban. Ella se giró y extendió sus brazos hacia nosotras.

—Está bien. Tranquilas, chicas. La verdad es que... ya le he llamado. Hablé con él esta tarde.

—¿Qué dices? —salté.

—Vendrá la semana que viene a echarle un vistazo.

—Pero es nuestro. No queremos... —Miré a Greta.

Mi hermana sonrió levemente y permaneció así unos segundos, sin decir palabra. Luego echó la cabeza atrás y miró al otro lado de la mesa.

—Como queráis —dijo—. Igual está bien. Como has dicho, a ver qué pasa luego. Me quedé sin palabras, boquiabierta.

Al día siguiente fui directamente al banco después de clase. Desde el día en que Greta había sacado todas las cosas de mi armario, siempre llevaba en la mochila mi trozo de la foto isabelina y la agenda ilustrada. Ahí las tenía cuando fui a ver el retrato. Ya empezaba a hacer buen tiempo, así que me até el jersey a la cintura mientras caminaba por la ciudad. En el trayecto, me paré en el supermercado Benedetti y compré una lata de Yoo-hoo y una bolsa de Doritos.

El señor Zimmer no estaba trabajando en el banco aquel día, así que tuve que firmar para que la mujer del mostrador me permitiera bajar a la cámara. Lo hice lo mejor que pude, y se notaba que estaba mejorando, pero la mujer, que era joven, guapa y elegante como jamás llegaría a serlo yo, miró unas cuantas veces el formulario y mi firma. Luego me analizó de arriba abajo y me preguntó dirección y teléfono, hasta que al final le convencí de que era realmente June Elbus.

Esta vez me resultó casi doloroso sacar el retrato de la caja. Albergaba la esperanza de que el dorado de nuestro pelo y la calavera en la mano de Greta quedaran bien, ya que nadie parecía haberse fijado en los botones de Toby. Esa era mi esperanza, aunque sabía que no iba a ser así. No puedes poner una pintura dorada brillante en un cuadro y esperar que nadie se dé cuenta. Saqué el retrato despacio, con los ojos cerrados. Cuando finalmente lo miré, era incluso peor de lo que me imaginaba. La pintura dorada atraía hasta el último rayito de luz de aquella sala y la reflejaba directamente hacia mis ojos.

Y había algo nuevo. Los labios de Greta, antes de color natural, ahora estaban pintados de rojo brillante, el mismo de la sopa de tomate Campbell's que nos servía mamá cuando éramos pequeñas. En vez del aire original de superconfiada en sí misma, ahora Greta parecía estar frunciendo el ceño. Más que frunciéndolo, incluso. Con el oro en el pelo y los labios así, diría que daba hasta miedo.

Me acerqué al cuadro. Quería ver las pinceladas de Greta, mirarlas de cerca. Probablemente había visto lo que yo había hecho en nuestro pelo. Entonces lo entendí. En la vida real, Greta hacía todo lo posible por evitarme, apenas había cruzado una palabra conmigo desde el día que encontró mis cosas. Pero esto era casi como si habláramos, como un lenguaje secreto. El retrato contenía todas las palabras que ya no nos decíamos.

Coloqué junto al retrato la mitad de la foto de Playland. Miré a la chica del cuadro, esa muchachita que todavía tenía a Finn, la niña tonta que se creía la única

que poseía a Finn, y me costó reconocerla. No podía imaginármela cuidando de nadie. Luego miré a la chica con aquel ampuloso vestido isabelino y pensé lo mismo, que las dos parecían estúpidas. Una de esas chicas incapaces de hacer nada por nadie. Me alegré de no tener un espejo a mano, porque sabía que vería lo mismo. ¡Pues claro que Toby no iría a Inglaterra conmigo! ¿Por qué iba a hacerlo?

Pegué la espalda a la pared y me fui deslizando hacia el suelo.

¿Por qué Toby fingía que le gustaba? ¿Por qué haría alguien algo así?

«Porque se siente culpable, por eso.»

No. Nadie sabía nada sobre el sida cuando se contagiaron. Eso era cierto. ¿Por qué iba a sentirse culpable Toby?

«¿Y por qué nunca te ha contado lo de la cárcel?»

No lo sé. No lo sé. No lo sé.

«Pues claro que no irá a Inglaterra contigo. Nunca lo pillas, ¿verdad? Nunca entiendes qué eres para los demás. Ben, Beans, Finn, Greta. ¿Por qué iba a querer Toby estar contigo? Y, además, esa estúpida tapa de la tetera...»

Cerré los ojos y susurré el «Dies Irae» del *Réquiem*. Una y otra vez, repetí las palabras en latín —*Dies irae, dies illa, solvet saeculum in favilla*— hasta que, tras un rato, se desvaneció una parte de mi miedo.

Me incorporé y volví a mirar al cuadro. A Greta y a mí. Rebusqué en el fondo de la mochila y encontré el bote de pintura dorada. Me imaginé a mi hermana allí mismo, coloreando sus labios, sabiendo que yo vería su aporte, y de repente necesité que me oyera. Necesitaba que Greta supiera que estaba contestando a su llamada. Así que, en lugar de intentar tapar nada, saqué el botecito de pintura dorada, mojé el pincel y, con el máximo cuidado, pinté de oro las uñas de mi hermana.

## CINCUENTA Y TRES

Me encontraba al lado de Toby en el andén, esperando el monorraíl. Estábamos en Asia Salvaje, en el Zoológico del Bronx, a punto de montar en el Bengalí Express, que —junto a los Cloisters— es la mejor forma de abandonar Nueva York sin salir de la ciudad.

El zoo del Bronx no es un zoológico deprimente. Es enorme y está lleno de árboles y praderas abiertas, así que te olvidas de que te encuentras en una ciudad. Lo tienen dividido por continentes —África, Asia y América del Norte— y cada sección posee un toque del lugar que se supone que es. La parte de África es polvorienta, sin apenas árboles, y los puestos de helados tienen forma de chozas. Asia es más exuberante; hay bambúes, estatuas de dioses indios y arcos de estilo chino.

Le había pedido a Toby que pasase a recogerme por mi casa a las diez de la mañana. Era un día de clase, pero mi plan consistía en levantarme temprano y decirle a mi madre que había pillado el mismo virus intestinal que tuvieron papá y Greta. Ella posó su suave mano en mi frente durante un segundo antes de convenir en que estaba caliente. Me arrastré hasta la cama y esperé a que todos se hubieran marchado. Luego me vestí y me senté junto a la ventana del salón, a esperar.

Como de costumbre, a Toby ni siquiera se le pasó por la cabeza lo extraño que resultaba para mí que viniera a recogerme un día de entre semana a las diez. Se presentó en la puerta de atrás con un grueso abrigo de lana gris, al parecer feliz de verme.

—Es primavera —dije, mirando el abrigo.

A Toby pareció incomodarle mi comentario, y miró hacia el jardín.

—Había estado aquí antes, ¿sabes? —dijo.

—¿De verdad?

—La tetera. El cartero era yo. Entrega urgente.

Rememoré aquel día, y me pareció que había transcurrido mucho tiempo. Me resultaba increíble que solo hubiera sido dos meses atrás.

—Ah, vale —dije—. Ya sabía que eras tú.

Toby parecía estar a kilómetros de distancia, pero se recobró.

—Eso pensaba —comentó con una sonrisa.

Le dije que me tocaba a mí llevarlo a un sitio. Al principio, pensé en los Cloisters, pero aún no estaba preparada para desprenderme de eso. Así que elegí el zoo. Toby dijo que podía conducir yo si quería. Me ofreció las llaves.

—Bueno, no sé conducir del todo. No tengo carné ni nada.

—Yo te enseñaré. —Encendió un cigarrillo, pero solo consiguió dar una calada antes de empezar a toser. Se le cayeron las llaves de la mano y las recogí. Antes de poder devolvérselas, Toby ya se había colado en el asiento del pasajero. Esto no era lo que tenía pensado, pero no quería parecer asustada, así que abrí la portezuela del conductor y me senté. Luego vi la mano del pitufo, esa manita que Finn había pegado en la palanca de cambios, y encontré un modo de librarme de aquello.

—Es de cambio manual. No podré... —Dejé las llaves en el salpicadero.

Toby seguía tosiendo, pero asintió. Recogió las llaves y se pasó al asiento del conductor.

Dejamos el coche en el aparcamiento del río Bronx, lo que significa que entramos por la sección de América del Norte. Era la parte más convincente. Los altos árboles y las verdes praderas con ciervos, bisontes y lobos estaban muy bien. Como una especie de versión resumida de toda la fauna americana. Como si cada cosa que nos habíamos cargado hubiera sido devuelta al mundo.

—Vale —dije—. Esto es como en Playland. Quiero enseñarte algo. No solo los animales. Vamos. —Lo miré. Toby parecía mayor, más viejo que la última vez que lo había visto, y noté que se esforzaba por no caminar despacio—. Vamos —repetí, fingiendo no darme cuenta.

Entonces, en un arrebato de energía, estiró los brazos y corrió hacia mí, entre risas. Parecía una especie de animal loco, con aquel enorme abrigo gris. Yo también reí y eché a correr por delante. Recorrimos a toda prisa América del Norte, dejando atrás las praderas de ciervos y lobos, el Mundo de los Pájaros y el Mundo de la Oscuridad hasta que, pasado un rato, los bosques y prados dieron paso a los arbustos más exóticos de la sección de Asia.

—Aquí —dije, señalando un tramo de escaleras flanqueadas por relucientes banderas indias rojas y amarillas.

Toby se apoyó en la barandilla. No podía parar de toser y estaba encorvado como un anciano. Sentí una punzada de pánico, porque no sabía qué hacer. No tenía ni idea de cómo ayudar a alguien enfermo de verdad. Le di unas palmaditas patéticas en la espalda. Él intentaba seguir sonriendo entre toses, fingiendo encontrarse bien. Cuando por fin recobró el aliento, le pregunté si quería beber algo.

—No —dijo—. Sigamos. Estoy bien.

Bajamos las escaleras. Al fondo, pasamos por un redil donde podías dar paseos en camello. Los animales iban todos engalanados por debajo de las sillas con exuberantes tapices de colores canela, páprika y mostaza. Un par de ellos cargaba con críos, pero el resto estaban allí parados, con aspecto aburrido.

Señalé una taquilla que había más adelante.

—Por aquí —dije—. Prométeme que te gustará.

Toby tardó unos instantes en contestar, y me temí la misma respuesta que yo le había dado aquel día en Playland: decir que no podía prometerme algo así. Pero no.

—Te lo prometo —dijo—. Aunque no me guste, te prometo que me gustará.

Saqué los billetes del monorraíl y esperamos bajo el techo de paja del andén. En el otro extremo, un grupo de colegiales de excursión esperaban junto a la barandilla de madera. Cuando el tren se acercó, esperamos a que los pequeños se subieran todos apiñados antes de elegir un vagón tranquilo en la otra punta.

Los asientos del monorraíl estaban dispuestos en dos filas que, en lugar de mirar adelante y atrás, daban a los lados del tren, abierto. El viaje dura unos veinte minutos, pero la voz de megafonía te va dando explicaciones, como si estuvieras recorriendo toda Asia, y si no miras muy lejos, si te concentras en los árboles y el agua junto al tren, te lo puedes creer. Puedes creer que esos ciervos almizcleros negros están realmente en las colinas del sur de China, y que los elefantes vagan por las planicies de la India.

El tren arrancó. Al instante estábamos cruzando el turbio río Bronx, y una voz femenina sonó por los altavoces anunciando que estábamos en la India, por encima del Ganges. Toby soltó una risita y le di un codazo.

—No mires demasiado lejos —le advertí—. Lo estropea.

Greta siempre miraba a lo lejos. Siempre era la que señalaba los sitios donde se podía ver el auténtico Bronx asomando entre los árboles.

Cuando cruzáramos el río Bronx a la vuelta, la megafonía decía que era el Yangtsé y que estábamos en China. Ahora, nos hablaba de antílopes, tigres y tres clases de ciervos.

—Eh —dijo Toby.

—¿Qué?

—Ven aquí. —Dio unas palmaditas al asiento libre a su lado.

Me acerqué. Me pasó el brazo por los hombros y me arrimó a él, hasta que mi cara quedó pegada a su gran abrigo.

—Aspira hondo.

Al principio no sabía qué se proponía, pero respiré largo y profundo cerca de su ropa y ahí, como por arte de magia, estaba Finn. El mismo olor de Finn. No solo a lavanda y naranja, sino a otras cosas. El leve aroma cítrico de la loción del afeitado. Y a café, pintura y otras cosas cuyos nombres desconocía pero que formaban parte de Finn. No quería moverme. Me acurruqué contra Toby, con la cabeza pegada a su abrigo. Él me abrazaba y apretaba más y más, y por el ligero temblor de sus hombros supe que lloraba. Cerré los ojos y fue como si estuviera volando sobre el Ganges, aferrada a Finn. Sus brazos me estrechaban con más fuerza que nunca. Pensé en las distintas clases de amor que había en el mundo. Se me ocurrieron al menos diez sin esforzarme: el amor de los padres por sus hijos, el amor por un cachorrito, por el helado de chocolate, por tu casa, tu libro favorito o tu hermana. O tu tío. Están esas clases de amor, y luego está el otro. El de estar colado por alguien: el amor entre

marido y mujer, novia y novio, el modo en que amas a un actor en una película.

Pero ¿qué sucede si acabas presa del tipo de amor equivocado? ¿Y si por error terminas colgada de alguien, y resulta que enamorarse de esa persona es algo tan inaceptable que no puedes contárselo a nadie? Debes ocultarlo muy hondo dentro de ti, hasta casi convertir tu corazón en un agujero negro. Es el tipo de amor que metes más y más adentro, pero da igual cuánto empujes, cuánto desees ahogarlo, porque nunca lo logras. Al contrario, parece inflarse, volverse gigantesco con el paso del tiempo, relleno cada espacio libre que queda en ti, hasta convertirse en ti misma. Tú eres ello. Hasta que todo lo que ves o piensas te lleva a esa persona. La persona a la que se supone que no debes querer de ese modo. ¿Y si esa persona es tu tío, y tienes que cargar a diario con ese sentimiento repugnante, creyendo que nadie lo sabe y que, mientras nadie lo sepa, todo saldrá bien?

De nuevo olí hondo el abrigo cuando el monorraíl tomaba una suave curva, saliendo de la India hacia Nepal, e imaginé que era todo verdad. Que estaba abrazando con fuerza a Finn, que habían sacado el dolor de mi estómago y lo habían convertido en algo real, que podía abrir los ojos y ver a Finn sonriéndome.

Toby apoyó la mejilla en mi cabeza y un hilo de lágrimas se deslizó por mi frente y mi cara, chorreando por mis ojos, dando la impresión de que era yo quien lloraba. Bajaron por mi mejilla y mis labios. No sabía si podías pillar el sida a través de las lágrimas, pero no me preocupó. Ya no me daban miedo esas cosas.

Permanecemos así el resto del trayecto, y me pregunté si los sueños de Toby serían como los míos. Me pregunté si él también me habría transformado en su verdadero amor.

El monorraíl regresó a la estación, pero ninguno de los dos nos movimos. Volví la cabeza para mirar el vagón, secándome la mejilla con la gruesa tela del abrigo de Toby. Una madre con cuatro niños me observaba. La miré a los ojos y vi lo que debíamos de parecer Toby y yo. Vi lo desagradables que debíamos de resultar, pero no me importaba. Tiré de la manga de Toby y nos levantamos, todavía abrazados. Nadie conocía nuestra historia, pensé. Nadie sabía lo triste que era nuestra historia.

Salimos de Asia y volvimos a América del Norte. Dejamos atrás la zona de lobos. Nunca veías ningún lobo por allí. Se escondían, probablemente intentando fingir que no estaban en una jaula. Seguramente sabiendo que cuando estaban tras unos barrotes no parecían más que simples perros viejos. Nos detuvimos un rato, apoyados en la valla, mirando aquella versión reducida de las Grandes Llanuras. Enfrente del campo de los lobos había un tótem falso, del tamaño de una persona. La pintura azul y roja se descascarillaba en las cabezas de águila, oso y lobo. Me detuve.

—¿Qué pasa? —dijo Toby.

—Dame el abrigo.

—¿Para qué?

—Por favor, dámelo.

Él torció el gesto con una expresión suplicante, pero me puse de brazos en jarra,



y, pasado un momento, comenzó a desabotonarse lentamente el abrigo. Cuando estaba abierto del todo, agachó la cabeza. Se lo quité de un tirón, me acerqué al tótem y lo envolví con el abrigo; abroché los botones para que la cabeza del águila asomara por el cuello. Retrocedí, ladeando la cabeza y entornando los ojos.

—Perfecto —dije con una ancha sonrisa, pero Toby seguía en el mismo sitio.

Se había quedado en la piel y los huesos. Llevaba la misma camiseta de huesos de dinosaurio que aquella primera vez en el piso, y tenía los brazos cubiertos de marcas oscuras como costras. Allí, al cálido sol de abril, parecía un animal despellejado. Seguía con la cabeza gacha sin decir palabra.

—Ellos cuidarán de él por nosotros, ¿verdad? —dije, señalando el campo de lobos.

Toby se frotó los brazos con sus grandes manos, como temiendo que las piezas de su ser se desmontaran.

—He pensado que igual deberíamos intentar, no sé, pasar página —dije.

Toby alzó la mirada. Antes, me había parecido más mayor, pero ahora, sin la chaqueta, parecía más joven. Reducido a la mínima expresión. Ladeó la cabeza y me miró con gesto atónito.

—Pero ¿qué hay en la página siguiente?

No lo sabía, y en ese momento me sentí muy estúpida por haberlo dicho. Sentí que estaba traicionando a Finn. Ahí estaba Toby, el fiel, el que jamás se apartaría ni un centímetro del fantasma de Finn. Y ahí estaba yo, la del amor trasnochado. Pasar página. Menudo cliché. ¡Qué vergüenza! Sentí que me ardía el rostro. Contemplé el abrigo en el tótem, que hacía un minuto me había parecido algo tan inteligente y ahora parecía el capricho de un niño. Una niña estúpida que no tenía ni idea de lo que era el amor de verdad.

Agaché la cabeza y, en silencio, desabroché el abrigo. Se lo devolví a Toby sin mirarlo a los ojos.

Él volvió a ponérselo y, de golpe, comprendí la verdad una vez más. ¡Pues claro que Greta tenía razón! No existía el «nosotros». Toby estaba haciendo lo que Finn le había pedido. Ni más ni menos.

Ya en el coche, estiró el brazo por encima de mis rodillas y abrió la guantera. Sacó mi pasaporte y lo dejó en el salpicadero.

—No te olvides de esto —dijo sin mirarme.

El librito azul oscuro se reflejaba en el parabrisas y parecía que había dos pasaportes. Dos recordatorios de mi estúpido plan. Repasé las páginas del mío. Toby había arrancado la nota que pegué a mi foto, y mi cara de niña de once años me miraba con una leve sonrisa. «Estúpida, estúpida, estúpida.» Arrojé el pasaporte al suelo, junto a mi mochila. Luego lo aparté con la punta de la bota.

Me giré hacia Toby.

—Sé que conociste a Finn en la cárcel.

Pareció confundido, como si no me hubiera oído bien. Pero esa historia de la cárcel no me molestaba para nada. Greta pensaba que era su carta ganadora, pero me sentía igual que Nellie en *South Pacific*. A Nellie no le importaba que Emile fuera un asesino, podía perdonárselo como si nada. Era lo otro, los crímenes que él ni siquiera sabía que había cometido, lo que ella no podía olvidar.

Toby unió las manos y dio unos golpecitos sobre el volante.

—Lo sabes, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y aún sigues aquí?

Asentí de nuevo.

—Y quieres saber lo que hice, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No hay nada de lo que asustarse.

—¡Como si me dieras miedo! —me burlé.

Me miró y luego contempló la fila de coches aparcados. Cuando se volvió hacia mí, su cara estaba seria.

—Si no te lo cuento, te imaginarás cualquier cosa, y no quiero eso. —Parecía preocupado, o quizá atrapado. Se agarró la cabeza entre las manos—. ¡Uf! Es tremendamente estúpido. Todo eso sucedió en otra vida.

No dije nada.

—De acuerdo. Ahí va, pues. Yo estudiaba Música en la Royal Academy. Tenía una beca, pues mis padres no me daban ni un penique; hubieran preferido que yo no existiera. Así que de vez en cuando tocaba en las estaciones de metro y... y entonces, una noche... —Exhaló lentamente—. Lo que intento contarte es esto. Hubo una noche, un sábado, que yo estaba allí abajo, y era tarde. Había una pandilla de tíos borrachos. Yo no tenía dónde ir, estaba ahí tocando la guitarra. Hasta me acuerdo de lo que estaba tocando, porque era esa fuga de Bach, ¿sabes? —Asentí, aunque no conocía ninguna fuga de Bach—. Yo estaba concentrado en la música. A veces me pasaba. Podía olvidar dónde estaba y desvanecerme en la música, añadiendo cosas y jugando con ella, y eso espantaba el frío. Pero entonces, de pronto, recibí un fuerte golpe en las costillas. Salí despedido hacia atrás, intentando sujetar la guitarra porque era de mi abuelo, el padre de mi madre española, y era lo único que tenía. Mi cuerpo se podría curar, pero a la guitarra no podría reemplazarla. Eran cuatro grandullones borrachos. Uno se quitó la chaqueta y otro me pegó en la cabeza, y entonces oí que venía un tren. Recibí un golpe y luego otro mientras el traqueteo del tren iba en aumento y los chirridos silenciaban la pelea. Así lo recuerdo, como si el tren me estuviera llamando. Uno de ellos intentó arrebatarme la guitarra y entonces oí de nuevo el fragor del tren, y toda mi fuerza se concentró en eso, y lo empujé, June. Empujé a aquel hombre hacia la vía. Ni siquiera sabía que me habían roto el tobillo. No sentía nada. Avancé hasta el borde, revolviéndome y gritando, y él cayó a las vías

unos segundos antes de que el convoy entrara en la estación.

—¿Murió...?

Toby meneó la cabeza.

—Perdió las dos piernas. —Miró al suelo, lejos de mí—. Eso es todo. Por eso fui a la cárcel. Eres libre de decidir si quieres dejar de verme.

—Pero no fue culpa tuya. Ellos empezaron.

Se encogió de hombros.

—Estuvo mal.

—Pero... te robaron todos esos años. Te...

Toby guardó silencio, hasta que dijo:

—Pero me dieron a Finn.

Lo dijo como si por eso hubiera merecido la pena. Como si fuera algo que volvería a hacer si se le presentara la misma situación. Como si estuviera dispuesto a arrancar las piernas de un hombre y perder años de su libertad si no quedaba otro remedio. Pensé en que era algo terrible, malo y hermoso, todo a la vez.

Creí que la historia había terminado, pero Toby empezó de nuevo. Tuve la sensación de que ya no hablaba conmigo, como si su único objetivo fuera soltar al mundo su historia con Finn. Me contó que tenía veintitrés cuando conoció a Finn. Mi tío tenía treinta y estaba en Londres haciendo un máster en arte, y una parte de los estudios consistía en labores de voluntariado para la comunidad. Finn eligió el proyecto de arte en las prisiones, que consistía en impartir clases a los reclusos.

—Así que era su primer día de clase. Estaba yo y una sala llena de criminales de verdad. Y Finn ahí delante. Se nota que intenta no parecer vacilante. Repasa el aula con la mirada y yo no puedo dejar de mirarlo, su cara, el modo en que se muerde nervioso la comisura del labio, su espalda perfecta y estrecha. Y pienso: Mírame. Soy el único aquí que importa. Y los presentes empiezan a incomodarse. Y entonces un cabrón macarra y fibroso... Perdona, June, un tipo le grita a Finn: «El arte es para maricas», y todo el mundo se queda en silencio, esperando a ver la reacción del profesor. Veo una sonrisa asomar en el rostro de Finn, ya sabes qué sonrisa, y agacha la cabeza, intentando ocultarla, pero luego decide que no. Decide arriesgarse. Mira al tipo a los ojos y le dice: «Vaya, entonces estás en el sitio adecuado», y eso le granjea el respeto de todos, excepto el de ese tipo. Todos ríen y baten palmas. Yo no, por supuesto. Yo permanezco en silencio, y entonces él se fija en mí. Lo miro, intentando decirle todo con mis ojos a ese hombre, a ese desconocido. Finn ladea ligeramente la cabeza y le sostengo la mirada. Durante unos segundos el tiempo se paraliza, nosotros dos somos los únicos en esa aula, y aprovecho mi oportunidad. Tenía que hacerlo. «Ayúdame», musito moviendo los labios, sabiendo que él probablemente apartará la vista, cohibido. Pero no lo hace y sigue mirándome... Así empezó todo, June. A partir de ahí nos carteamos, y nunca me perdí una de sus clases. Finn me rozaba al pasar, deslizaba su mano casualmente por mi espalda. O dejaba caer un lápiz y me tocaba el tobillo con un dedo al agacharse a recogerlo. —Cerró los ojos y sonrió,

evocando ese momento—. Había algo eléctrico en aquello, peligroso. Esos pequeños roces lo eran todo. Yo vivía por ellos. Puedes construir todo un mundo alrededor de un ligero roce. ¿Lo sabías? ¿Te lo puedes creer?

Sus ojos empezaron a humedecerse. Yo quería decirle que claro que lo sabía. Lo sé todo sobre las cosas pequeñas. Proporción. Lo sé todo sobre un amor demasiado grande para quedarse en un cubito, que se derrama por todas partes del modo más embarazoso. No quería seguir oyendo la historia, pero no podía evitar escuchar. El dolor que provocaba casi sentaba bien.

—Me salvó, ¿sabes? Se quedó en Inglaterra más de lo que le permitía su visado. Me esperó. Ya empezaba a ser conocido. Ya estaba vendiendo su arte por una auténtica fortuna. Podría haber ido a cualquier parte, pero esperó. Por mí. El día que salí...

—No quiero oírlo.

Toby parecía avergonzado. Levantó las manos en gesto de disculpa.

—Lo entiendo —dijo.

—¿Qué entiendes?

—Lo que sientes por Finn. Perdón. No he sido sensible. Soy un imbé...

—¿Qué siento yo por Finn?

—June...

—No; dime lo que piensas. Piensas que siento algo porque no quiero oír cómo te lanzaste en brazos de mi tío después de estar encerrado en la cárcel.

—June, no pasa nada. Sabemos cómo te sentías. —Me miró intensamente, ladeando un poco la cabeza para asegurarse de que yo lo entendía.

Y, de pronto, como si me hubiera caído un ladrillo en la cabeza, lo entendí. Finn lo sabía. Finn lo sabía, y Toby también. Los dos lo sabían. Claro que Finn lo sabía. Conocía mi corazón.

Perdí por completo el oído. Mi cabeza estaba llena de ruidos de todas las criaturas zumbadoras del planeta. Quería convertirme en cera y fundirme, borrar cada célula errónea de mi cuerpo. Me sentí tan mal por estar viva que habría hecho cualquier cosa por que se acabara. Si no estuviéramos en el Bronx, habría saltado del coche y vuelto corriendo a casa.

Sin embargo, tenía que quedarme allí sentada junto a Toby tres cuartos de hora más. Cuarenta y cinco minutos mirando por la ventanilla, apartando mi cuerpo todo lo posible. Cuarenta y cinco minutos que parecían años. Cuarenta y cinco minutos de silencio, a excepción de un único momento, en la salida norte de Yonkers, en que él estiró el brazo, posó una mano en mi espalda y dijo:

—¿Crees que no sé lo que es el amor equivocado, June? ¿Crees que no comprendo el amor embarazoso?

Aparcó a una manzana de mi casa y me soltó su típico rollo de «Si necesitas algo...».

Salí del coche sin más, y cuando me volví, vi mi pasaporte tirado en la alfombrilla del suelo, manchado de barro de mis botas. Lo miré: un librito hecho con toda mi estupidez. Y deseé perderlo para siempre.

Toby se bajó del coche y se acercó a mí. Me esforcé por actuar como si nada hubiera pasado, como si no fuera importante. Lo miré con una sonrisa forzada. Quedamos en vernos el jueves siguiente. Dijo que creía que todavía estaría bien para conducir. Le dije que dejara el coche en el aparcamiento del Grand Union, en la parte de atrás, donde está la cuesta y lo tapan los árboles, junto a los contenedores de la beneficencia. No eran más que palabras vacías que salían de mi boca, no significaban nada. Le dije que estaría allí a las tres y media. Toby asintió y en eso quedamos. Así fue exactamente como lo dejamos.

## CINCUENTA Y CUATRO

Con olor a tortitas con canela, con mi madre tarareando «Some Enchanted Evening», con el sol entrando a raudales por la ventana de mi cuarto y con el estruendo machacón del estéreo de Greta en la pared detrás de mi cabeza. Con mi padre trasteando en la despensa debajo de la escalera y con dos herrerillos en la rama enfrente de mi ventana. Así fue como empezó el sábado, y yo tirada en mi querida y cálida cama, sonriendo porque no había Tobys, no había secretos, no había nada más que mi hogar. Nada más que cosas normales, y eso me hacía sentir que podría acabar siendo un buen día de verdad.

Esa noche iba a ser la primera representación de *South Pacific*. La noche del estreno. Todos teníamos entradas, y Greta nos dijo que se suponía que debíamos enviarle flores al instituto. Nos dijo que normalmente los chicos regalaban un clavel, y los padres mandaban rosas o un ramo de flores. Mi madre asintió y dijo que no se preocupase.

—Prometedme que os acordaréis, ¿vale? —insistió Greta.

—Cariño, tendrás tus flores. Necesitas tranquilizarte. Deja de preocuparte por todo o estarás machacada para cuando empiece la representación. —Mi madre puso una mano en el hombro de mi hermana y lo masajé.

Me lo callé, pero la verdad es que Greta ya parecía machacada. Su piel estaba seca y escamosa, y su pelo se encontraba áspero en lugar de brillante y suave como solía ser. Ya ni siquiera se preocupaba por hacerse las uñas. Parecía que se las mordía.

Mamá le acarició el pelo.

—Lo vas a hacer genial. Sé que lo harás. Siéntate, desayuna algo. Tú también, Junie.

Trajo unas bandejas con montañas de tortitas con sirope de arce. Tras limpiar la encimera y fregar unos platos, mi madre se fue al centro, y Greta y yo nos quedamos solas por primera vez desde el día que asaltó mi armario. Ella apartó la tortita a un lado del plato y luego empezó a trocearla. No nos dijimos nada. Podría haber aguantado todo el desayuno sin decir palabra, pero la miré cortando su tortita en pedacitos minúsculos, miré a mi hermana, empequeñecida y cansada, y recordé que este era un gran día para ella.

—Esto... ¿estás, no sé, nerviosa? —pregunté. Pensé que iba a ignorarme, pero frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Ni siquiera me apetece hacerlo —respondió sin mirarme—. Ojalá no me

hubiera presentado nunca al *casting*. Ojalá fuera una figurante. O nada. Ojalá no fuera nada.

La ventana de la cocina estaba abierta y se oían los botes de la pelota de Kenny Gordano mientras practicaba baloncesto en el patio de al lado.

—Lo vas a hacer genial.

Greta aplastó con el tenedor un trozo de tortita.

—Igual no me apetece hacerlo genial. Igual me apetece ser normal. En todo. A lo mejor quiero ser como tú.

—No lo creo. Hazme caso.

—No, June. Hazme caso tú. ¿Sabes lo que significa ser genial? Significa que te roben un año de tu vida. Un año entero perdido por ahí. Y, ¿sabes?, quiero que me lo devuelvan. Quiero seguir estudiando. Solo tengo dieciséis años. Y ahora... ¿ahora se supone que tengo que irme de casa para siempre? ¿Eso es justo? Tú sabes que me encantaba *South Pacific*. Era como ese pequeño sitio en mi vida al que podía ir tranquilamente y cantar. Sin presiones ni nada de eso. Y luego, sin darte cuenta, se convierte en la gran oportunidad de tu vida. ¿Por qué todo tiene que ser así para mí? Me he pasado toda la vida escuchando a mamá: oportunidades, ocasiones. Y no quiero ser desagradecida. No quiero echarme a perder, pero a veces me tumbo en la cama, echo un vistazo a mi cuarto y no me puedo creer que ya no sea una niña. ¿Y qué pasa con esa oportunidad? ¿Dónde está la segunda oportunidad para eso? —Su voz se volvió temblorosa, a punto de hacer pucheros. Metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó una botellita de vodka. Ni siquiera intentó esconderla a mi vista, la abrió y vació la mitad en su zumo de naranja. Se bebió medio vaso. Luego se acercó a mí y dijo—: No voy a hacer *Annie*, June. Me da igual lo que tenga que inventarme. No pienso ir.

—Te ayudaré. Ya se nos ocurrirá algo. Dile a mamá que has cambiado de idea o algo así.

Bebió un trago de zumo y se rio.

—Sí, claro. En fin. Bueno, ¿vas a venir? —preguntó—. ¿Esta noche?

—Pues claro que sí. Tengo una entrada.

—A la obra no. Después. A la fiesta del equipo.

La combinación de todo lo que acababa de decir, el vodka y la naturalidad con que me invitaba a la fiesta de los del teatro me dejaron atónita. Me quedé mirándola.

—Lo dices de broma.

—No. Para nada. Te lo pregunto.

—Me espías en el bosque. Me abres el armario. Destruyes mis cosas privadas, cosas irremplazables. ¿Y luego crees que puedo pensar en serio en ir a una fiesta contigo otra vez? A ver, lamento esa historia de que fueras una niña prodigio y todo eso, pero...

—Pero Ben... ya sabes, a lo mejor...

—Ben se fue con Tina Yarwood. Tú misma me lo dijiste, ¿recuerdas?

—Oh —dijo, de repente con gesto triste—. Ya.

—Yo no formo parte del reparto ni del equipo, y... —Me interrumpí. ¿Por qué debería dar explicaciones?

Greta no respondió y posó lentamente el tenedor al borde del plato.

—¿Sigues yendo a verlo? —preguntó.

—¿A quién?

—Ya sabes a quién.

—¿Y por qué iba a contártelo? Ahora te comportas como si fuéramos buenas amigas o algo así. Me invitas a fiestas, pero siempre estás metiéndote en mis asuntos. Bueno, ya estoy harta. Se acabó. Se-a-ca-bó. —Giré mi silla para darle la espalda. En el piso de arriba, mi padre cantaba «Younger than Springtime» con su voz estruendosa.

—Solo dos palabras, June: Ryan White. ¿Vale?

—Sí, lo que tú quieras, Greta.

—Piénsalo.

Me volví hacia ella.

—¿Qué pasa con Ryan White?

Lo único que sabía era que Ryan White era un chico de alguna ciudad del Medio Oeste que había pillado el sida en una transfusión de sangre.

—Dispararon contra su casa. La gente canceló sus suscripciones a los periódicos porque no querían que él se los repartiera. Periódicos, June. Creían que podían contagiarse de sida por tocar el papel.

—¿Y qué? No me da miedo. Toby no tiene a nadie, ¿vale? Y para mí, al contrario que para otros, eso importa. Así que aléjate de mí. Si me odias tanto, si odias a Toby, ¿por qué no aprovechas para meternos en un lío ahora que puedes? —Casi estaba gritándole, pero al mismo tiempo me daba lástima. Ahí estaba ella, esa persona que ya no era una hermana mayor, ¡bebiendo vodka en el desayuno!

Greta no dijo nada. Se acabó el zumo de naranja, dejó el vaso encima de su plato, lo recogió todo y empezó a levantarse. Pero volvió a sentarse. Tenía los ojos húmedos, y alargó el brazo y tomó mi mano entre las suyas. Acarició con el índice cada una de mis uñas, luego tocó las suyas y sonrió.

—Me ha gustado el dorado —susurró.

Durante un segundo no comprendí, pero luego sí, y me resultó extraño y explosivo que mencionara allí mismo, en la mesa de la cocina, lo que habíamos hecho al cuadro. Le devolví una leve sonrisa y luego susurré:

—Me alegro.

Y justo entonces, en ese preciso momento, sentí que el muro entre el mundo de secretos y el mundo real empezaba a derrumbarse. Sentí que las chicas del retrato se convertían en nosotras, y nosotras en ellas, y sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Asentí con fuerza.

—Me alegro mucho, mucho.



Permanecemos así, en silencio. Kenny seguía botando su pelota, y me entraron ganas de quitársela y lanzarla por encima del seto de los Gordano.

—No debería haber cotilleado en tu armario.

—¿Por qué tuviste que tirarlo todo? Podías haber...

—Lo sé.

Miré el plato de Greta. La tortita seguía allí.

—Deberías comer algo.

Se encogió de hombros.

—Entonces... ¿vendrás esta noche a la fiesta del teatro? Hablaremos, ¿vale? Eres la única...

Nos miramos. Era como si no hubiera oído ni una de mis palabras.

—¿Por qué no puedes hablar ahora conmigo?

Sacudió la cabeza.

—En el sitio de siempre —dijo, y me miró para asegurarse de que yo entendía que se refería al bosque—. Promételo, June.

—No.

—Promételo —repitió, y esta vez apretó tan fuerte mi mano que me hizo daño, como si eso fuera lo único que podía salvarla de su perdición—. ¿Lo prometes?

No me soltó hasta que asentí un poco.

—Vale, lo prometo —susurré.

Greta se levantó para irse. Llegó hasta la puerta, se volvió y, sin mirarme, dijo:

—Ese Toby no tiene a nadie, ¿verdad? ¿Verdad, June? Bueno, ¿a quién te crees que tengo yo?

Y se marchó antes de que yo pudiera responder.

Mi padre llevaba su bolsa de golf colgando del hombro cuando entró en la cocina. Sería alrededor de las diez y media, una hora después de desayunar. Yo estaba fregando los platos porque le había dicho a mi madre que lo haría. Mi padre me sonrió y apoyó la bolsa de golf en el frigorífico.

—Lo tengo, bichito mío. Este año por fin lo tengo.

—¿El qué? —pregunté.

—Solo quedan dos semanas para el día de la Madre. Vamos a ir todos al *brunch* con champán del Gasho. Ya he hecho la reserva.

—Bien hecho, papá. —Ni siquiera me había acordado del día de la Madre. Normalmente se me daban muy bien esas cosas. Greta y yo solíamos salir al patio para recoger flores, e intentábamos preparar unos huevos revueltos.

—Tu madre ha tenido un año muy duro. Hagamos que se lo pase bien esta vez, ¿vale?

—Sí, buena idea.

Puede que sí fuera una buena idea. A lo mejor, si intentaba ver a mi madre

exactamente como la veía antes —trabajadora, inteligente, amable— podría olvidar lo que sabía.

—¡Greta! —llamó a voces mi padre—. ¡Vamos!

El señor Nebowitz quería que todos los actores y el equipo estuvieran en el instituto a mediodía, y mi padre dijo que llevaría a mi hermana de camino a su partida de golf. Pasados un par de minutos, Greta bajó la escalera con una enorme bolsa con cosas que necesitaba para la obra.

—Te veo luego —me dijo cuando salieron por la puerta.

La casa se quedó vacía, y aunque solo faltaban dos semanas para el día de la Madre, subí a mi cuarto y me puse a confeccionar una tarjeta de felicitación. Como antes, con cartulina, rotuladores, pinturas de colores y brillantina. Y entonces me resultó casi inconcebible que hubiera otra yo suelta por ahí, que bebía copas Volcán, fumaba y cuidaba de personas que hasta hacía poco eran completos desconocidos.

Media hora más tarde, mi madre llamó a la puerta de mi cuarto.

—Cariño.

—¿Sí?

—Ven aquí un momento.

Oculté las cosas con que estaba preparando la tarjeta de felicitación bajo unos libros y asomé la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Tienes que acompañarme al centro.

—¿Por qué?

—Tenemos que pasar por el banco. Lleva tu llave de la caja fuerte.

El pánico debió de adueñarse de mi rostro, porque mi madre sonrió y añadió:

—No te asustes, no vamos a venderlo ni nada de eso. El hombre del museo Whitney vendrá a verlo el jueves por la tarde, y no voy a tener tiempo de recogerlo entre semana.

—Es que... estoy ocupada.

—June.

—Estoy haciendo... un trabajo de clase.

—Guárdate la llave y vístete, ¿entendido?

Empecé a cerrar la puerta, pero antes volví a asomar la cabeza.

—Puedo pasar a recogerlo yo por ti. El lunes —dije. No sabía qué podría hacer el lunes, pero ganaría algo de tiempo.

—Basta, June. No hay nada de lo que preocuparse. Te espero abajo en quince minutos, y no se hable más.

Me vestí lo más despacio que pude, intentando urdir algún plan. Si Greta estuviera allí sabría qué hacer, aunque tal vez no. Tal vez ni mi hermana conseguiría sacarnos de esta.

En la cocina, mi madre estaba revisando unos papeles de su bolso.

—El coche está abierto. Has traído la llave, ¿verdad? No me extrañaría que te la dejases olvidada adrede.

Asentí.

—Enséñamela.

—Mamá...

—Lo siento, June, pero esta mañana estás consiguiendo que me cueste confiar en ti.

—Bueno, tal vez a mí también me cuesta confiar en ti.

—June, no sé qué te pasa, pero quiero ver esa llave.

Metí la mano en el bolsillo y la saqué. Lo cierto era que me había pasado por la cabeza dejarla en mi cuarto, pero me pareció un plan muy tonto. Se la enseñé y mi madre observó cómo la volvía a guardar en mi bolsillo.

—Vale —dijo—. Venga, vámonos.

—No creo que el banco abra en sábado, ¿no?

—Pues claro que abre. Llevan por lo menos un año abriendo los sábados hasta la una. Anda, sube al coche. Llegamos tarde.

Mi madre se hizo visera con la mano cuando salimos al jardín. Hacía calor, probablemente era el día más caluroso del año, y el interior del coche estaba sofocante. Mantuve la vista fija en el reloj digital que había en mitad del salpicadero: 12.17.

Fue el trayecto al centro más rápido que nunca he hecho. Todos los semáforos que encontramos estaban en verde y apenas había nada de tráfico.

—Ten, June. Échame estas cartas. —Mi madre se detuvo en una de esas plazas de carga y descarga enfrente de la oficina de correos y me entregó un fajo de sobres—. Todas llevan sello, excepto esta más pesada. —Me dio un dólar y me dijo que la pesara antes de echarla al buzón.

Eché un vistazo al reloj: 12.29.

—Date prisa.

—Sí, está bien —dije, y bajé del coche.

Corrí hasta la oficina como esforzándome al máximo por ser rápida, pero una vez dentro ralenticé el paso. Atravesé la puerta y me detuve a esperar. A continuación, salí con sigilo y fui a la farmacia de al lado.

Cuando tienes un reloj, el tiempo es como una piscina. Hay bordes y lados. Sin reloj, es como un océano. Impreciso y vasto. No llevaba reloj, de modo que tuve que adivinar cuánto tiempo pasé en la farmacia. Después de lo que me parecieron diez minutos, regresé a correos y me puse al final de la cola. No me parecía especialmente bien hacerle esto a mi madre, tenerla esperando ahí fuera, cabreándose cada vez más, pero pensé que mi única oportunidad era estirar el tiempo hasta que fuera la una

pasada.

Cuando finalmente salí, mi madre no estaba en el coche. Había dejado las puertas abiertas, así que subí y esperé. El reloj marcaba las 12.42. No era tan tarde como esperaba, y pensé en volver a salir. Pero entonces apareció mi madre, acercándose. El coche estaba aparcado de modo que el sol caía a plomo sobre el parabrisas, y tuve que entrecerrar los ojos para verla. Venía de brazos cruzados y muy rígida mientras cruzaba en diagonal la calle. Cuando se montó no dijo ni una palabra.

Aparcamos frente al banco. El reloj señalaba las 12.49.

Al principio, pensaba que si pudiera viajar en el tiempo solo una vez, iría a la Edad Media. Luego, decidí que regresaría al día en que Finn conoció a Toby, para poder salvar la vida de mi tío. Ahora creo que volvería a las 12.49 de aquel sábado 25 de abril de 1987. Volvería exactamente al momento en que mi madre y yo estábamos en el aparcamiento del banco. Entonces echaría a correr o me desmayaría, o sacaría la llave del bolsillo y la arrojaría entre los espesos setos. Haría lo que fuese para evitar que entrásemos en el banco. Pero no se puede viajar en el tiempo, así que no tenía ni idea de cómo sería el resto del día y, en lugar de echar a correr, caminé en silencio hasta la puerta del banco y entré.

El señor Zimmer nos condujo directamente al sótano.

—¿Cómo le va a Dennis? —preguntó mi madre.

—No me puedo quejar, la verdad —dijo—. Está muy metido en la música últimamente.

—June, algún día podrías invitar a Dennis a casa, ¿no te parece?

—Supongo —dije, solo porque su padre estaba delante.

El señor Zimmer abrió la sala número dos y bajó la caja al suelo.

—Está bien —dijo. Consultó su reloj—. Cerramos en... Bueno, estamos a punto de cerrar, así que...

—Vaya, tendremos que dejarlo hasta la semana que viene —me apresuré a decir con voz demasiado entusiasta.

Mi madre me lanzó una mirada severa.

—Necesitamos llevárnoslo, Dave. Ya lo miraremos en casa.

Mi madre se dirigió hacia la salida con la caja.

—Me temo que no está permitido sacar la caja del banco. Tendréis que llevaros solo el cuadro.

—Vaya —dijo mi madre, y vi cómo le ponía al señor Zimmer la misma cara de pena que Finn sabía poner. Exactamente el mismo gesto triste que me puso cuando intentó convencerme de pintar el retrato la primera vez. Esbozó una ligera sonrisa torcida y el señor Zimmer cambió de idea en el acto.

—Qué diablos —dijo—. Hace años que os conozco.

—Gracias, Dave. Es solo —bajó la voz—, bueno, algo bastante valioso.

—Claro, claro. Devolved la caja cuando podáis.

Así que nos fuimos a casa con el retrato en el asiento trasero, y durante todo el trayecto deseé que ocurriera un milagro. Me imaginé que, de algún modo, el cuadro original se podría tragar todo lo que habíamos añadido. Invoqué al fantasma de Finn, mirando al sol hasta que solo veía puntitos negros en mis ojos, pensando que si había un fantasma Finn podría deslizarse su ser vaporoso en aquella caja y borrar todo lo que habíamos hecho. Miré entre los árboles y los jardines. Miré bajo los coches y hacia lo alto, al resplandeciente cielo azul, como si la respuesta a todo pudiera encontrarse allí, pero no había nada. Solo sombras y brillos. Sombras y brillos, una y otra vez.

En cuanto llegamos, subí directamente a mi cuarto. Cerré la puerta, puse el *Réquiem* a todo volumen y esperé acontecimientos. Desde aquel día en el tren, cuando mi madre dijo que ella le había enseñado el *Réquiem* a Finn, me resultaba extraño ponerlo. Como si fuera una especie de conversación entre Finn y mi madre, como si se tratara de Finn intentando decir que todavía se acordaba de todo lo que habían compartido. Desde entonces detestaba ponerlo. No me gustaba que me usaran así. Pero no pude evitarlo. Me moría por escucharlo de nuevo, y aquella tarde me rendí. Saqué la tarjeta de felicitación que estaba preparando para mi madre. Dibujé el contorno de unas mariposas, las coloreé y puse con delicadeza purpurina en algunos puntos de sus alas. Abrí mi caja de pinturas y saqué tres tonos de azul. Empecé a colorear el cielo con furia, tan fuerte que pensé que iba a atravesar la cartulina. Por un momento creí que, aunque viajar en el tiempo fuera imposible, hacer cosas de niño tenía el poder de ralentizar el tiempo. De detenerlo lo suficiente para que todo saliera bien.

## CINCUENTA Y CINCO

**T**ronaba a lo lejos. Me había quedado dormida, y cuando desperté, eso fue lo que oí. Por lo demás, la casa estaba en silencio. Mi reloj despertador marcaba las cuatro y media. Al asomarme a la ventana, vi que el cielo estaba más oscuro y que los dos coches se encontraban aparcados delante de casa. Tuve que comprobarlo, porque cuando duermes de día es así. Al despertar, tienes la sensación de que podrías estar en cualquier parte.

Crucé en silencio mi habitación, salí y me dirigí a la escalera. Me quedé allí un rato, con la esperanza de descubrir de algún modo si mis padres ya habían visto el cuadro. ¿Me habrían despertado de haberlo visto? ¿Me habrían sacado a rastras de la cama?

Bajé las escaleras de puntillas, afinando el oído. No había tele ni radio. Ni cortacésped ni robot de cocina. Ni siquiera el rumor de páginas al pasar. Cuando llegué a la planta baja, me detuve de nuevo, sin apenas respirar, intentando adivinar dónde estaban mis padres, con la intención de echar un vistazo a la caja del banco. Nada.

Me asomé a la cocina, que estaba desierta, y luego al salón.

Ahí estaba el retrato. Fuera de la caja, encima de la chimenea. La ausencia de mis padres me resultó extraña. Solo el cuadro y yo, a solas en aquella sala. Ninguna magia había borrado lo que hicimos. Nuestro pelo seguía dorado brillante, dándonos el aspecto de chicas de un cuento. Chicas que sabían todo lo que había que saber. Los labios de Greta estaban más rojos todavía, más morritos de lo que recordaba. La calavera de su mano resultaba más evidente, y sus uñas parecían las garras de un felino mitológico. Hasta los botones, que antes pasaban casi inadvertidos, parecían intensos, brillantes y resplandecientes en comparación con la pintura original. Era casi como si hubiéramos hecho invisible a Finn con nuestras torpes pinceladas.

Entonces oí pisadas en las escaleras. Suaves. De zapatillas. Mi madre. Me senté en el sofá, delante del retrato. A esperar. La oí entrar en la cocina y abrir el frigorífico. Oí cómo abría un armario, posaba un vaso en la encimera y servía una bebida. Volví a oír truenos, todavía sordos y lejanos. Luego, las zapatillas de mi madre caminando hacia el salón, hasta que vi su sombra en la puerta. Estaba en bata. De un immaculado rizo blanco.

—Ya lo sé —dije antes de que pudiera empezar.

Se acercó al aparador y dejó encima el vaso. Ni siquiera se preocupó por poner un

posavasos.

—No creo que lo sepas, June. Ya no creo que tengas la menor idea sobre lo que está bien y lo que está mal. —Se ciñó más el cinturón de la bata y se acercó lentamente al retrato. Con sus ojos, recorrió las mechas de nuestro cabello iluminado, deteniéndose por un instante en Greta—. Lo que más nos molesta a tu padre y a mí, más que el hecho de que el valor de este cuadro haya bajado al menos medio millón de dólares por tus actos infantiles, es que parece que has hecho todo lo posible por pintarrapear a tu hermana.

—¿Cómo sabéis que he sido solo yo? ¿Por qué siempre me echáis la culpa de todo?

Ella resopló y sacudió la cabeza.

—Greta ha estado muy ocupada con sus ensayos, ¿de verdad piensas que voy a creer que ha encontrado tiempo, o que querría malgastarlo, en ir al banco a pintarrapear una valiosa obra de arte? Esa es la diferencia entre Greta y tú. Ella tiene cosas mejores que hacer. Participa en clubes, en actividades. Tiene amigos. Pero ¿y tú? Te pasas el día en tu habitación...

—Pensé que a Finn le gustaría.

Entonces, todo el enfado que había en el rostro de mi madre se desvaneció. Torció el gesto y pareció asustada. Como a punto de llorar.

—¿Qué te está sucediendo, Junie? ¿Eh?

—Nada.

—Tu tío pintó este cuadro para ti y tu hermana. Es el último cuadro que hizo. ¿No has leído los artículos? ¿El del *Times*, el del *Newsweek*? ¿Comprendes quién era Finn? Y tú, una cría de catorce años, ¿crees que puedes mejorar su obra?

La puerta de la cocina se abrió y se cerró de un portazo. Mi padre entró en el salón con su chándal viejo, su sombrero de jardinería y las manos embarradas, apartadas del cuerpo. Miró a mi madre, luego a mí, y levantó las manos.

—Voy a lavarme y ahora mismo bajo.

—¿Lo ves? Mira a tu padre. Trabaja haciendo un montón de horas extra, juega al golf, y encima tiene tiempo para cuidar del jardín el fin de semana. Como Greta. Como yo. Todos buscamos un modo de estar ocupados. De ahora en adelante, vas a tener una agenda apretada. Voy a apuntarte a actividades extraescolares todos los días de la semana, y me encargaré de comprobar que asistes. No nos hemos ocupado de tenerte atareada. Tienes demasiado tiempo libre, tiempo lleno de tonterías. Ahora lo entiendo.

Había muchas cosas que podría haber dicho sobre estar ocupada. Sobre llenar tu vida con clubes, deportes y obras estúpidas en las que la gente se ponía a cantar sin ningún sentido. Pero no lo hice. No dije ni una palabra.

Mi madre siguió:

—A partir de hoy estás castigada. Cualquier cosa que no sean actividades supervisadas y organizadas queda prohibida hasta que veamos alguna mejora.

Las consecuencias de eso pasaron como un fogonazo repentino por mi mente. Toby fue lo primero que me vino a la cabeza. Y tras unos segundos, Greta.

—Le dije a Greta que iba a ir a la fiesta del teatro.

—No vas a ir a ninguna fiesta esta noche, que te quede claro. —De pronto alzó los brazos—. ¡Es como si no comprendieras la magnitud de lo que has hecho!

—Pero se lo prometí...

Mi padre regresó a la sala. Se había puesto ropa limpia.

—Tu hermana se las arreglará sin ti —dijo.

—Lo que no comprendes es que a quien más daño has hecho es a ti misma. Ese hombre, el de Whitney, dijo que si el cuadro pasaba el examen de comprobación, nos podría ofrecer diez mil dólares por exhibirlo en una exposición. ¿Y sabes lo que pensábamos hacer con ese dinero? ¿Lo sabes?

Negué con la cabeza.

—Pensábamos hacer un viaje. Toda la familia. A Europa, a Inglaterra, tal vez a Irlanda. Sabíamos que había sido un año duro y pensamos: «Mira, a June le encantará. A June le gustará visitar castillos y esa clase de cosas. Así que ahí queda eso. Reflexiona un poco».

Ya no podía mirar a mis padres. Bajé la vista a la alfombra azul celeste, siguiendo con mis ojos el diseño de hilos de lana mullidos.

—Esto va a ser muy embarazoso. Ese hombre va a pensar que somos unos chiflados.

Mi padre posó la mano en mi hombro:

—Mira, June, si esto es una especie de grito pidiendo ayuda, lo hemos oído, ¿vale? Alto y claro.

Me quedé allí, escuchando una larga lista de cosas que no funcionaban en mí. Y escuché cómo repetían varias veces la cifra de medio millón de dólares, que, para no ser lo más importante, parecía muy cerca de serlo.

Pasado un rato, mi padre levantó las manos y dijo:

—Está bien. Ya es suficiente. Sube a tu cuarto y empieza a prepararte.

Habían decidido que, a pesar de todo, debía asistir a la obra. Dijeron que no era justo para Greta no contar con el apoyo de toda su familia.

Cerré la puerta y me senté en el borde de la cama arrugada. Intenté escuchar la discusión que mantenían mis padres abajo, pero no logré distinguir lo que decían. Los truenos seguían rugiendo en algún punto en la distancia de aquel sombrío cielo de sábado.



## CINCUENTA Y SEIS

Se habían agotado las entradas para el estreno, como todos los años. En esta ocasión, el señor Nebowitz puso especial énfasis en explicar al reparto que había invitado a algunos actores amigos suyos de la ciudad para ver la obra. No dijo quién exactamente, pero comentó que serían caras conocidas, y que si alguien los reconocía por el centro o durante las representaciones, les rogaba no importunarlos. Puede que se tratara de la misma gente que estaría observando a Greta. Los que decidirían si era lo bastante buena para Broadway.

Me senté en el asiento trasero del coche para el trayecto hasta el instituto y nadie habló. Cuando llegamos, vi que alguien había puesto celofán de colores en las luces del césped, de modo que la hierba brillaba de rojo, naranja y amarillo. Mi madre me lanzó una mirada de advertencia cuando entramos, y luego vi que se ponía en modo normal. Charlaba con otras madres, diciendo lo orgullosa que estaba de Greta.

Intenté escabullirme para buscar a Greta y contarle lo del retrato y que no podría ir a la fiesta, y así igual no hacía el numerito de enterrarse en mi rincón. Sabría que tendría que cuidar de sí misma, porque nadie iba a ir a buscarla por el bosque.

Mi padre y yo nos quedamos junto a la pared donde la Asociación de Padres ofrecía copas de un ponche rojizo, y *brownies* y *cupcakes* caseros. Me dispuse a marcharme por el vestíbulo, pero mi padre me agarró del hombro.

—Ni se te ocurra. Órdenes estrictas de tu madre. Te quedas conmigo.

—Pero ¿en qué lío me podría meter aquí?

—No lo sé, pero es la noche de Greta y no queremos correr ningún riesgo —dijo. Entonces puso la cara de mayor decepción que creo haberle visto, y añadió—: Te has cargado nuestra confianza en ti, June.

—Lo sé —admití.

Eché un vistazo al vestíbulo, con la esperanza de ver a alguien con quien enviar un mensaje a mi hermana, pero solo había padres y niños pequeños. Luego, las luces se encendieron y apagaron unas cuantas veces, y todos enfilamos el camino hacia el salón de actos. Mi hermana tendría que arreglárselas sola. No había otra solución.

Había una orquesta profesional, y en cuanto se atenuaron las luces empezaron a tocar la obertura. Esta pieza es, con mucho, la parte más aburrida de la obra. Es la parte más aburrida de cualquier espectáculo, y no creo que nadie sepa ni por qué existe. Me encontraba encajada entre mi padre y mi madre, y miré alrededor para ver si era verdad que había algún actor famoso entre el público. Me fijé en un hombre

parecido a Danny DeVito, pero no era más que el padre de Kelly Hanrahan.

La obra me la tenía muy sabida, ya la había visto muchas veces. Para matar el tiempo, me dediqué a pillar errores. El único que vi fue cuando a Gary Jasper, el chico que hacía de Luther Billis, se le escapó una risita al pronunciar una de sus frases. Tampoco fue una gran sorpresa, porque Gary Jasper no solo era el payaso de la clase, sino el payaso de todo el instituto, motivo por el cual le dieron el papel.

Greta salió a escena y mi padre me dio un pellizco en la mano, como si yo no fuera a notar su presencia. Estaba espléndida, toda maquillada y metida en el personaje. Mis padres sonreían. Parecían muy orgullosos de ella, y pensé que no podía recordar la última vez que se mostraron así con algo que hubiera hecho yo. Mi hermana tenía que revolotear por el escenario mientras un puñado de desaliñados marinos encabezados por Gary Jasper cantaban «Bloody Mary», diciéndole que su piel es como un guante de béisbol y que no usa pasta de dientes, pero que aun así es la chica que aman. No es una canción muy bonita, y además la dirección del instituto obligó al señor Nebowitz a eliminar el «joder» del estribillo, así que ahora cantaban «No está tan mal, jolín», que no suena tan bien ni por asomo.

Cuando Greta comenzó a cantar «Bali Ha'i» empecé a pensar que algo iba mal. Esa canción posee un rasgo de ensoñación poética. Bloody Mary intenta conseguir que el teniente Cable se imagine esa isla maravillosa, así que al principio pensé que Greta se mecía porque estaba metida en el papel. Pero luego la observé y escuché mientras cantaba sobre un lugar en alguna parte donde nunca te sentirías solo. Empieza siendo un lugar, pero al final acabas comprendiendo que Bloody Mary se refiere a sí misma. Ella es la isla. Ella es quien flota en mitad del océano, esperando a que la encuentren.

Era como si mi hermana estuviera absorta en la letra de la canción. Cantó más despacio y la orquesta perdió la sincronía con ella. Los instrumentos intentaban seguirla mientras ella me buscaba entre el público, o al menos eso me pareció. Por unos segundos, mientras cantaba esa letra, pensé que estaba cantándola solo para mí.

Y entonces comprendí que Greta estaba borracha. Ahí arriba, sobre el escenario, delante de todo el mundo.

Miré a mis padres, pero no parecían darse cuenta de nada. Nadie se daba cuenta. Bloody Mary era un personaje raro, y supongo que la gente pensó que así era como la interpretaba Greta. Como una vieja borracha.

Tras el descanso, vi a Greta haciendo «Happy Talk», chascando los dedos como si sus manos charlaran la una con la otra, y empecé a cabrearme. Sentí que todo mi cuerpo se ponía en tensión y apreté los puños. Greta creía que podía hacer lo que le diera la gana, incluso emborracharse como una cuba, porque luego yo me encargaría de llevarla a casa. Se creía que, después de cargarse todas mis cosas de Finn, de hacerme quedar como una estúpida una y otra vez, todavía podía fiarse de mí. Bueno, pues se equivocaba y esta vez lo iba a descubrir. Yo no estaría allí para rescatarla, y se acabó.

Cuando nos íbamos, vi a Ben en el vestíbulo principal, con su ropa toda negra de tramoyista, pidiendo una copa de ponche hawaiano en el puesto de la Asociación de Padres.

—Hola —le saludé al pasar.

—Eh, hola, June. —Sonrió—. ¿Vas a ir a casa de los Reed?

—¿A casa de los Reed?

—Ya sabes, la fiesta del grupo de teatro. Vendrás, ¿verdad?

Mis padres estaban detrás, charlando con los Farley, pero mi padre parecía listo para marcharse, porque me dio un toquecito en el hombro e indicó con la cabeza hacia la puerta. Asentí. Luego me volví hacia Ben y susurré.

—Entonces, ¿la fiesta no es en el bosque?

—Los Reed siempre organizan la fiesta del teatro. ¿Has visto su casa?

Negué con la cabeza.

—Es flipante, supermoderna, con grandes ventanales. Ya sabes, una de esas casas de Woodlawn Court. —Señaló la ventana, donde el viento hacía temblar hasta los gruesos cristales de la escuela—. Además, mira qué tiempo hace. ¿Quién querría estar en el bosque?

—Sí, claro. Esto...

—Entonces, ¿irás?

Negué con la cabeza.

—No puedo. —Entorné los ojos y miré en dirección a mis padres.

—Ya. —Su sonrisa creció aún más—. Entonces puedes prestarme tus botas, ¿verdad?

Me disponía a responderle que ni loca, pero entonces comprendí que era una broma.

—Ja, ja —sonreí.

Cuando salí del instituto, escoltada por mis padres, no dejaba de pensar en Greta. ¿En serio iba a ir al bosque sola? ¿A esperarme? O igual no era eso. Igual solo se trataba de otro truco de mi hermana. A lo mejor quería hacerme ir al bosque a buscarla como una estúpida, yo sola. Pero no. No creo que hiciese eso. No después de todo lo que nos habíamos dicho esa mañana. Miré al instituto, luego a mis padres, y salí corriendo como una centella.

—¡Ahora mismo vuelvo! —grité volviendo la cabeza.

Subí a trompicones los escalones, atravesé las puertas y me abalancé sobre Ben, dándole una palmada en la espalda. Un poco de ponche rojizo se derramó de su vaso de plástico.

—¡Pero bueno! —protestó.

—Lo siento, lo siento. Mira..., necesito que avises a Greta que no podré ir a la fiesta, ¿vale? Por favor, es importante.

—¡Vale, tía, tranqui! —dijo, posando una mano en mi hombro—. Lo haría si pudiera, pero Greta se marchó en cuanto cayó el telón. Ni siquiera se cambió de ropa.

Salió por la puerta del vestuario y se fue al bosque.

Sentí cómo todo mi cuerpo se derrumbaba.

—Vaya —dije.

—Pero si la veo...

Cuando salí del instituto, mis padres estaban al pie de los escalones de piedra, mirándome, los dos de brazos cruzados. Pero yo solo podía pensar en Greta. No debería haberme importado, no era asunto mío, pero aun así no podía apartar su imagen de mi cabeza. La hermosa cara de Greta brillando en el suelo, esperando a que su hermana la rescatara.

## CINCUENTA Y SIETE

La noche avanzaba y yo seguía despierta en mi cuarto, escuchando el rugir de los truenos, preocupada por Greta. ¿Y si se había desmayado bajo su manto de hojas? ¿Y si había bebido tanto que no podía despertarse? Había visto esas cosas en las noticias. ¿Y si había tomado algo más? Drogas, o algo que yo no podía ni imaginarme. ¿Y si había relámpagos? ¿Y si un rayo caía en el alto arce del bosque? ¿Y si golpeaba directamente en el suelo, justo en la cabeza de Greta? Esas ideas no paraban de darme vueltas. Mi hermana había dicho que encontraría un modo para escaquearse de *Annie*. ¿Qué quería decir? ¿Y si intentaba hacerse algo? No quería preocuparme, pero, como siempre, me preocupé. Greta estaba unida a mi corazón. Enroscada, retorcida y ensartada en medio de mi corazón.

El primer destello de un relámpago me asustó. No tardaría en llover, una lluvia fuerte y torrencial. El suelo alrededor de Greta se convertiría en barro. El río crecería y se desbordaría si llovía con suficiente intensidad y rapidez. Me imaginé que la riada se llevaba a Greta flotando. Y los lobos... ¿Y si los lobos andaban rondando por allí? ¿Y si eran reales? ¿Y si tenían hambre? Recordé la cara que ponía mi hermana cuando hablábamos de las sirenas invisibles, como una niña. Aunque los lobos no fueran más que coyotes, encontrarían a Greta y la harían papilla.

Acabaron las noticias de las once, y luego empezó *Saturday Night Live*, que mis padres veían porque todavía les parecía divertido. Cada pocos minutos, mi padre me llamaba y esperaba hasta oír mi respuesta. Mis padres pensaban que quería escaparme, y puede que lo hubiera hecho de no ser tan cobarde.

En vez de eso, crucé el pasillo, pasé frente a la puerta cerrada de la habitación de Greta, dejé atrás el cuarto de baño y llegué al dormitorio de mis padres. Su cama estaba siempre hecha, así que me tumbé sobre la alfombra rizada beis, cerca de la mesilla de noche de mi padre. Levanté el auricular del teléfono y, muy despacio, tomándome mi tiempo con cada dígito, marqué el número de Finn. Sonó dos, tres veces, y por un momento pensé que Toby no estaba o que no quería responder. Sostuve el auricular en mi oreja y decidí darle seis toques antes de colgar. Respondió al quinto.

—¿Toby?

—June. Es tarde. ¿Estás bien?

No respondí enseguida. Me resultaba incómodo hablar con él después de la última vez. Para él, nada había cambiado, pero para mí, todo. Me había vuelto de cristal,

desnuda. La niña con el corazón transparente. La niña más estúpida del mundo. Un ataque de rabia recorrió todo mi cuerpo.

—Se supone que siempre tenemos que estar el uno para el otro, ¿verdad? Por si necesitamos algo.

—Claro, claro que sí. ¿Qué pasa? ¿Estás bien, June?

—Estoy bien. No es por mí. Es por Greta.

—¿Greta? ¿Qué ha pasado?

—Tengo miedo. No sé. Estoy castigada y no puedo ir a buscarla. Y... —Cada vez hablaba más fuerte, atropellándome con las palabras.

—¿June? —me llamó mi padre desde el salón.

—¡No pasa nada! —grité, intentando sonar tranquila y feliz—. Solo estoy cantando. Nada más.

—¡Shhh! Tranquila —dijo Toby.

—Vale. —Solté un largo suspiro—. Vale.

Le conté otra vez lo de las fiestas y lo de Greta, cómo la había encontrado las dos últimas veces.

—Me estaba esperando allí. Y esta noche volverá a ir. Sé que lo hará. Dijo que quería hablar. Y yo no sabía que me iban a castigar ni nada de eso. Hay rayos y truenos. Durante la obra ya estaba borracha, como una cuba. Se le notaba. Hay más cosas, pero no tenemos tiempo.

—¿Por qué estás castigada? No será por mí, ¿verdad?

—No, no. Ya te lo contaré, ¿vale? Ahora centrémonos en Greta.

—Está bien, está bien. Entonces, ¿dónde está tu hermana?

—¿Te acuerdas del sitio donde aparcaste cuando me recogiste la última vez en el instituto? ¿El día que fuimos a Playland? ¿Recuerdas el aparcamiento detrás del edificio?

Se acordaba, y a partir de ahí le describí exactamente cómo internarse en el bosque, cómo seguir el río y encontrar el arce donde estaría Greta. Se lo conté una vez, y luego me pidió que se lo repitiera todo, dos veces más.

—Vas a necesitar una linterna, ¿vale?

Toby no dijo nada durante unos instantes.

—June.

—¿Sí?

—Bueno, estoy un poco preocupado. Seguramente... Lo más probable es que tu hermana se asuste al verme, ¿no? No me conoce. Tu familia... Bueno, me odian, ya lo sabes. No sé...

—Está bien, si no quieres... A ver, me dijiste que «cualquier cosa», y primero me sales con que nada de Inglaterra, y ahora... —Me sentí mal por valerme de su sentimiento de culpa. Ojalá no lo hubiera hecho, pero lo hice. Es la verdad. Le hice sentirse culpable todo lo que pude.

—Está bien. Vale, pues.

—Dile que te envió yo. Dile esto y te creará: que mis padres han visto el cuadro, ¿vale? Dile que me han castigado por lo del retrato y que te llamé para que fueras a buscarla. Lo más probable es que ni se despierte. En ese caso, déjala delante de casa y ya está. Aparca en la calle, un poco antes de llegar. Yo estaré atenta a la puerta de atrás y la meteré en casa. Todo saldrá bien.

—Lo siento, no lo tengo muy claro, June.

—No te preocupes. No tengas miedo.

No dijo nada. Luego suspiró.

—Está bien, iré. Lo hago por ti.

—¿De verdad? —repuse sorprendida. Igual estaba poniéndolo a prueba, y quizá pensaba que me iba a fallar.

—Sí, lo haré por ti. No te preocupes. Estaré allí dentro de poco.

Colgué, y al momento sentí un intenso escalofrío. Tendría que habérselo dicho a mis padres. Debería haber dejado que Greta se metiera en un lío. Me quedé allí sentada, en el suelo del dormitorio de mis padres, asimilando lo que acababa de hacer. Entonces volví a descolgar el teléfono y marqué de nuevo el número. Me temblaban los dedos, y cuando finalmente lo conseguí ya era demasiado tarde. El teléfono sonó y sonó. Toby ya había salido. No sé qué le habría dicho si hubiese contestado. ¿Le habría suplicado, incongruentemente, que no fuera? Quién sabe. No conozco tanto mi corazón. Lo único que sabía era que Toby cumplía sus promesas. Lo había dejado todo así, sin más, para acudir a mi llamada de auxilio.

Fui a la planta baja, donde mis padres se reían con el *Saturday Night Live*. Mi madre se había puesto cómoda, con unos pantalones de chándal rosa y una sudadera holgada. Estaban en el sofá, y apoyaba la cabeza en el hombro de mi padre. Me senté cruzada de piernas en el sillón reclinable.

Dennis Miller estaba haciendo su numerito del noticiario cómico. Mis padres se reían de una broma tonta sobre Gary Hart. Empezaron los anuncios y miré a mis padres.

—Lo siento —dije.

Mi madre miró a mi padre. Luego a mí, apretando los labios. Su rostro se puso severo. Finalmente, pareció calmarse un poco y asintió levemente con la cabeza.

—Es bueno oírte decir eso, June.

—Lo digo en serio. De verdad. Lo siento.

Ella dio unas palmaditas a su lado en el sofá, así que abandoné el sillón de vinilo y me acurruqué a su lado como no hacía en años. Se estaba calentito y muy a gusto.

Cuando se acabaron los anuncios, volvió *Saturday Night Live* y Jon Lovitz hizo un *sketch* sobre un servicio de mensajería llamado Einstein Express en el que, siguiendo las teorías de Einstein sobre el continuo espacio-tiempo, los paquetes podían llegar antes incluso de ser enviados. Era una buena idea, aunque, como la

mayoría de las cosas de ese programa, el *sketch* no era muy divertido.

Pero no me importaba. Este día pronto se acabaría, el hombro de mi madre era mullido, el sofá era mullido, y ahora salía Suzanne Vega a cantar *Luka*, esa canción sobre un chico triste que vive en el segundo piso, y todo resultaba reconfortante, tranquilizador y bueno.

Aquella noche, los minutos parecían pasar a cámara lenta. El cuerpo de mi madre se sacudía cuando reía, como el de Finn, y mi padre roncaba. Después del *Saturday Night Live*, mis padres se fueron a la cama y yo me quedé en la cocina a esperar a Toby en la puerta de atrás. Todo saldría bien, claro que sí. Eso me decía. Le daría las gracias a Toby y todo volvería a la normalidad. La lluvia golpeteaba la ventana de la cocina y yo contemplaba la oscuridad del patio, la silueta esquelética del columpio, los arbustos de azaleas sacudiéndose por la tormenta. Permanecí allí un buen rato, mirando, esperando ver aparecer a Toby.

Entonces, llamaron al timbre.



## CINCUENTA Y OCHO

Eran dos policías. A uno lo conocía, era el agente Gellski. Iba al colegio una vez al año desde que estaba en la guardería, para darnos charlas sobre el peligro de hablar con extraños, los riesgos de electrocutarse con el tercer raíl o la manera de montar en bici con seguridad. Era más mayor que mis padres. El otro era jovencito.

Empequeñecida entre ambos, estaba Greta. Se encontraba rígida, mirando al suelo. Todavía llevaba la falda de paja que vestía como Bloody Mary, y estaba calada hasta los huesos. Tenía pegotes de barro y hojas en el pelo, y la cara pringada por el maquillaje corrido. La lluvia caía con fuerza detrás de los tres, pero mi padre se quedó allí, con la mano en la puerta, mirándolos.

—¡Greta! ¿Qué demonios...? —susurró—. ¿Se encuentra bien?

—¿Podemos pasar? —preguntó el agente Gellski.

—Sí... sí, por supuesto. Adelante. —Mi padre abrió del todo la puerta y los tres entraron en el recibidor. El policía más joven miró sus zapatos embarrados y luego a mi madre.

—No se preocupe —dijo ella, gesticulando con la cabeza—. Pasen a la cocina. Por aquí.

El agente entró primero. Greta se quedó detrás. Mi padre le pasó un brazo por los hombros y la guio hasta la cocina, donde le acercó una silla. Los policías hacían que la cocina pareciera pequeña. Sus uniformes azul oscuro y sus grandes pistolas provocaban que todo en casa pareciera endeble.

—Siéntense —les dijo mi madre.

—No pasa nada. Estamos bien —dijo Gellski, forzando una sonrisa.

El joven le tendió una bolsa de plástico.

—El abrigo de su hija —dijo—. Estaba empapado.

Mi madre levantó la bolsa y la sostuvo en el aire, apartándola de sí.

—Déjala en la bañera, June, por favor —pidió sin mirarme.

Yo estaba en la puerta de la cocina, y me dirigí hacia mi madre para recoger la bolsa. Me acerqué todo lo que pude a Greta, rozando su brazo al pasar, intentando atraer su mirada. Pero no me miró.

—¡June, date prisa! —dijo mi madre—. Está chorreando.

Al salir de la cocina, oí a mis padres haciendo preguntas a los policías. Yo solo podía

pensar en Toby. ¿Qué le habría pasado? ¿Esto significaba que no había dado con mi hermana? ¿Se habría perdido en el bosque? ¿Llegó tarde? ¿Se iba a pasar toda la noche ahí fuera, buscando a mi hermana, intentando cumplir su promesa? Subí la escalera de dos en dos, encendí la luz, saqué el abrigo de la bolsa y lo arrojé a la bañera.

Apenas lo miré, deseosa de regresar abajo, pero cuando mi mano se dirigía al interruptor de la luz, me giré. Ese abrigo no era negro como el de Greta. Contemplé el bulto mojado en la bañera, sin comprender muy bien lo que estaba viendo. No era el abrigo de Greta. Tirado en la bañera, como una especie de animal muerto, había un enorme abrigo gris. El de Finn. El de Toby. El que llevaba el día del zoo.

Bajé la escalera de dos en dos.

—Cuéntenos qué ha pasado —decía mi madre.

Me quedé en la puerta, intentando llamar la atención de Greta.

—Bueno, creemos que no le ha sucedido nada a Greta —dijo el agente Gellski.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó mi madre, retorciéndose las manos.

—Detrás del instituto, señora Elbus, en el bosque. Los chavales suelen hacer fiestas por ahí y de vez en cuando nos pasamos a echar un vistazo. Parece que su hija ha bebido más de la cuenta. Se ha pasado de rosca, pero no es eso lo que nos preocupa.

«Mírame, Greta. Mírame.» Me concentré todo lo que pude en mi hermana, pero nada.

—¿No? —dijo mi padre.

El policía joven no paraba de cambiar el pie de apoyo. Parecía incómodo, como si después de entregar el abrigo no le quedara más que hacer.

—No, eso no es lo que nos preocupa —confirmó Gellski.

—Bueno, entonces ¿qué pasa?

—Estaba con un hombre, señor Elbus.

Tuve la sensación de que mi estómago se volvía de piedra. «Mírame, Greta. Por favor, mírame.»

La voz de mi padre sonó alarmada, más alta, más grave:

—¿Un hombre? ¿Qué clase de hombre?

El agente Gellski describió exactamente lo que habían visto. Dijo que estaban en el coche patrulla en el aparcamiento del instituto. Algunos vecinos de la calle habían llamado quejándose de ruidos, lo cual, nos contó, era habitual un sábado por la noche. Lo que resultaba más raro es que el vecino había informado de un grito, no el típico alboroto de una fiesta, sino un chillido de chica. Así que estaban los dos sentados en el coche con las luces apagadas, observando, atentos a cualquier movimiento en el bosque, cualquier indicio de que hubiera una fiesta.

—Nos apeamos para hacer una ronda, pero entonces empezó a llover muy fuerte. Pensamos que no serviría de nada mojarse, pues la lluvia se encargaría de hacer salir a la gente del bosque.

Mis pensamientos corrían desbocados.

—Estábamos a punto de marcharnos. Ya había arrancado el motor y acababa de encender las luces. —El agente Gellski imitó el gesto de darle al contacto—. Empecé a dar marcha atrás. El vehículo estaba frente al bosque, de modo que las luces daban en los árboles, iluminando el lugar, y entonces fue cuando salió.

—No lo entiendo —dijo mi padre.

Intervino el policía joven:

—El hombre en cuestión salía del bosque con su hija en brazos, señor Elbus. —Extendió los brazos como si estuviera cargando un bulto.

—Al principio pensamos que llevaba a un perro o algo así. Un animal muerto —dijo Gellski.

—Era ese abrigo tan grande —dijo el joven.

Mientras Gellski describía lo que había sucedido, yo vi toda la escena en mi cabeza. Toby, cual Ichabod Crane larguirucho, avanzando por el bosque, tiritando y empapado, llevando en brazos a Greta, envuelta en su abrigo, mientras su buen corazón latía acelerado. Podía verlo con claridad, intentando hacer las cosas bien por mí, por Finn, entornando los ojos al salir del bosque, cegado por los focos del coche patrulla. Abrazando con más fuerza a Greta, ambos calados hasta los huesos.

—Los subimos a los dos al coche y esposamos al hombre. No hemos podido sacarles ni una palabra. A ninguno de los dos.

Mi madre miró a los policías y a mi hermana.

—Greta, ¿quién es ese hombre? ¿De qué están hablando? La fiesta del teatro era en casa de los Reed, ¿no? No entiendo qué...

Mi padre sacó una silla y ella se sentó, con aspecto derrotado. Entré en la cocina, saqué un vaso del armario y lo llené de agua.

Greta no contestó, y mi madre se volvió de nuevo hacia los agentes.

Me acerqué a mi hermana y me acuclillé, ofreciéndole el vaso. Alcé la vista hacia su cara. Mientras los adultos hablaban, la miré a los ojos y la obligué a sostenerme la mirada. Durante esos pocos segundos, una vez que nuestras miradas se encontraron, fue como si solo estuviéramos nosotras allí. Posé una mano en su brazo e intenté transmitirle que todo había sido idea mía, que nada de aquello era culpa de Toby. Mis ojos le suplicaron que lo salvara. A cambio le perdonaría todas las cosas malas que me había hecho. Por este único gesto. Seguí mirándola, esperando ver alguna señal de su parte. Pero no vi nada. Era Greta la que sabía leer a las personas, no yo. Pasados unos segundos, bebió un lento sorbo de agua y apartó la vista.

—El hombre se llama Tobias Aldshaw. ¿Les dice algo ese nombre?

Mis padres se miraron como si les hubieran dicho que acababan de aterrizar marcianos en el patio de casa.

—¿Toby? —dijo mi madre.

—¿Conocen a este hombre? —preguntó el agente Gellski.

—Bueno...

—Hay algo más —dijo Gellski.

¿Algo más? ¿Estaría Toby borracho? ¿Habría estado bebiendo antes de que yo le obligara a conducir?

Gellski se llevó la mano al bolsillo de la pechera.

—Encontramos esto en su bolsillo. —Lanzó un librito azul marino sobre la mesa y todos se quedaron mirándolo.

Solté un gemido y me llevé la mano a la boca. Mi pasaporte. Llegados a aquel punto, la confusión de mis padres era tan grande que pensé que se les quedaría marcada en la cara para siempre. Mi madre recogió el pasaporte y fue a la página de la foto. La contempló un momento y luego me miró. Yo permanecí helada, pero aparté la cara.

—¿June? Es el pasaporte de June. Esto está empezando a asustarme de verdad —dijo mi madre, volviéndose hacia mi padre—. No entiendo...

Entonces lo comprendí todo. Vi la gran trampa en la que había caído Toby. Si nadie decía nada, si parecía que estaba allí por su cuenta, como un demente, con mi pasaporte, con Greta en brazos, lo arrestarían. Y quizá más. ¿A la cárcel? ¿Deportado a Inglaterra? Pero si les contaba la verdad, si descubrían que Toby había estado viéndome, citándose a solas en la ciudad con una chica de catorce años, no sabía lo que pasaría. Con ninguno de los dos.

—Greta —la llamé por debajo de las voces de los adultos.

Mi hermana volvió lentamente la cabeza y me miró por encima del hombro. Parecía mayor de dieciséis años, demacrada, y tan cansada que no entendía cómo se mantenía recta en la silla.

—Por favor —murmuré moviendo los labios sin que apenas se oyese nada.

Las palabras «secuestro», «sida» e «inmigrante ilegal» revoloteaban por la estancia, pero yo solo miraba a Greta. Se volvió muy despacio y permaneció allí sentada, sin decir nada. No iba a ayudar. Iba a dejar que aquel marrón me hundiese del todo. Iba a obligarme a contemplar cómo Toby recibía todo lo que ella pensaba que se merecía.

—Mamá —dije. No me oyó, así que lo repetí más alto—: ¡Mamá!

—June, no pasa nada, cariño. No te asustes.

Sacudí la cabeza.

—No, mira, es solo que...

Entonces Greta se levantó. Metió una mano en su falda de paja, buscando en el bolsillo una goma para el pelo. Se recogió el cabello en un moño perfecto y lo sujetó con la goma. Luego respiró hondo y, con parsimonia, exhaló. Echó un vistazo a la habitación, mirando a los ojos de los presentes, y con una voz tan alta y clara como la que ponía en *South Pacific*, dijo:

—Es todo culpa mía.

El silencio se adueñó de la cocina, acompasado por el tictac del reloj amarillo.

Las manos me temblaban tanto que tuve que meterlas en los bolsillos.

Cuando Greta empezó a hablar, no pude hacer otra cosa que contemplar maravillada a esa persona que era mi hermana. Lo único que pude hacer fue admirar a su capacidad de improvisar sobre la marcha una historia. Les contó que conocía a Toby. Que se lo había encontrado una vez que bajó a la ciudad con sus amigas. Había ido al barrio de Finn, pasó delante de su edificio y allí estaba Toby, saliendo del portal. Dijo que él la reconoció por el retrato y por fotos que tenía Finn en el piso, y la llamó; que Toby le explicó quién era, y entonces ella lo recordó del funeral.

—Era el tipo que nos señalaste, ¿te acuerdas, papá?

Contó la historia con todo lujo de detalles. Que ella y sus amigas se habían comprado unas bebidas en Gray's Papaya. Que ella pidió una piña colada —sin alcohol, explicó, mirando a mis padres—, pero las otras dos tomaron mango, y que estaba a punto de tirar a una papelera su vaso cuando vio a Toby. Dijo que no pensaba acercarse a él al principio, pero luego decidió hacerlo, solo por un minuto, y se pusieron a hablar.

—Fue una tontería, sé que lo fue —admitió—. Pero él parecía tan triste, y empezó a hablar y hablar de lo mucho que echaba de menos a Finn. De lo solo que se sentía. Era todo muy extraño, yo no sabía qué decirle, así que terminé invitándolo a la fiesta. Le dije que igual le sentaba bien salir un poco, y que teníamos una fiesta. —Arrugó la frente con aire desamparado—. No... no sabía qué decirle.

Nadie dijo nada, así que continuó:

—No creí que fuera a presentarse. A ver, solo se lo dije, pero no iba en serio, pensaba que tendría mejores cosas que hacer...

—Vaya, no se te ocurrió nada mejor, ¿eh? —protestó mi madre, frunciendo los labios.

—Déjale acabar, Danni —terció mi padre.

—Pero al final fue una buena idea, ¿no? Yo me emborraché mucho. De no ser por Toby, todavía estaría en el bosque, inconsciente bajo la lluvia torrencial.

—Pero la fiesta era en casa de los Reed, ¿no?

—La fiesta oficial sí, pero...

Mi hermana no me miró en todo el tiempo que estuvo hablando. Era como si estuviera interpretando un papel. Como una magnífica actriz, realizando las pausas exactas cuando necesitaba afirmar algo, cambiando de expresión en el momento adecuado, eligiendo a qué persona mirar cuando decía algo particularmente duro.

—Eso no lo explica todo, Greta —dijo mi madre—. ¿Un adulto con sida en el bosque, invitado a una fiesta de instituto? No. Eso no está bien. Y de ningún modo está bien que ese tipo ande por un aparcamiento con mi hija en brazos. Y el pasaporte de June. Todavía está eso. ¿Qué demonios pintaba el pasaporte de June en su bolsillo?

—Nuestros pasaportes están guardados bajo llave en nuestro dormitorio —informó mi padre al agente Gellski—. No tiene sentido.

Deseé con todas mis fuerzas poseer una mente como la de Greta. Habría dado

cualquier cosa con tal de dar un paso al frente con una explicación ingeniosa de por qué un hombre llamado Tobias Aldshaw tenía mi pasaporte en el bolsillo. Pero todas mis ideas parecían difuminarse y mezclarse. Las posibilidades de que saliera una historia inteligente de mi boca eran cero.

—Es imposible. Lo mires por donde lo mires —dijo mi madre—. ¿Por qué demonios iba a tener ese hombre el pasaporte de June en el bolsillo? —repitió.

Miré a Greta y supuse que el asunto del pasaporte la había aturrido, porque no decía nada. Seguí mirándola hasta que vi que algo cambiaba. Vi el momento exacto en que su cara adoptaba un aire de culpabilidad. Bajó la vista al suelo y volvió a levantarla, mirando por detrás de su flequillo, tratando de parecer una niña pequeña. Luego, con toda frescura, contó una historia sobre documentos falsificados para comprar alcohol.

—Me hice uno hace tiempo. Está mal, lo sé, pero June quería uno también. Pensaba que iba a venir a la fiesta. Le dije que intentaría conseguirle algo, y...

Los policías asentían con la cabeza.

—Hemos visto muchos casos así, señora Elbus —comentó el agente joven—. Sé que cuesta creerlo cuando se trata de los propios hijos.

—¿Estás diciendo que Toby os ayuda a falsificar los pasaportes, Greta?

—¡No, no! —Greta sacudió la cabeza—. Probablemente el pasaporte se me cayó del bolsillo. Toby debió de recogerlo.

Nuestros padres parecían atónitos. Era difícil saber si se habían creído la fantástica historia de Greta. Pero ¿qué iban a creer si no? ¿Que ese moribundo estaba intentando secuestrarnos a Greta y a mí? ¿Se podían llegar a creer algo así? ¿Podían pensar que Finn iba a estar con alguien tan tarado?

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó mi padre—. Creo que tenemos que hablar con él.

El agente Gellski no respondió al momento, como si calibrara su respuesta.

—Lo tenemos en el coche —dijo por fin.

Todos los ojos se dirigieron hacia la ventana del salón, la que daba al jardín delantero. Toby estaba ahí fuera, delante de casa.

Mi padre avanzó un paso, pero el agente Gellski levantó la mano.

—No creo que sea el momento, señor Elbus. Tenemos que llevarlo a comisaría. Déjenos hablar primero con él. Después, quizá dentro de un par de días...

—Tengo que ir al baño —dijo.

—Ve, rápido —dijo mi madre—. Tú también estás metida en esto, June.

Salí de la cocina, aunque en realidad quería salir corriendo por la puerta a ver a Toby. Quería pedirle mil perdones, repetirle que lo sentía hasta que me creyera, hasta convencerme de que Toby entendía que se lo decía desde lo más hondo de mi corazón. Pero no podía. Tenía que mantener la cabeza fría.

Bajé al sótano con sigilo. En el costado de una caja de cartón escribí «¡¡¡No les cuentas nada!!!» con un rotulador negro de punta gruesa.

El salón da al jardín delantero, pero también mi dormitorio. Subí la escalera de puntillas y quité las velas falsas de mi alfeizar. Abrí la ventana.

Ahí estaba el coche de policía, con Toby sentado detrás. Tenía los brazos desnudos, el pelo todavía mojado, e incluso pude ver que tiritaba. Me entraron ganas de bajar, buscar un abrigo de mi padre y arropar a Toby. Quería sacar las mantas de mi cama, correr al coche y envolverlo con tanta fuerza que dejase de temblar al instante. Pero no podía. Todo era culpa mía. Encendí y apagué la luz de mi cuarto varias veces para llamar su atención, y luego pegué la caja a la ventana. La sostuve allí unos instantes, ocultando mi cara tras el cartel. Luego la retiré y miré.

Toby asentía ligeramente, con su cara delgada enmarcada en la ventanilla del coche. Acto seguido, miró para otro lado, avergonzado o enfadado conmigo por haberlo metido en semejante lío.

No podían acusar a Toby de nada. No después de lo que había contado Greta. Eso fue lo que nos dijo el agente Gellski, y añadió que enviarían los datos de Toby a Inmigración. Por lo visto, su permiso de residencia llevaba años caducado.

Mis padres dieron las gracias por todo a los policías y los acompañaron hasta la puerta. Se quedaron mirándolos mientras bajaban los escalones y subían al coche.

—Casi siento lástima por ese pobre diablo —dijo mi padre, mirando el coche patrulla.

—Lo sé, pero no puedes —dijo mi madre—. Es de esas personas que siempre trae problemas. Mira lo que le hizo a Finn... —Su voz se quebró.

—Tranquila, todo saldrá bien. —Él le pasó el brazo por los hombros y subieron a su dormitorio con aspecto de haber librado una batalla épica.

Greta ya había subido a su habitación, dejándome sola abajo. Fui de cuarto en cuarto, apagando luces.

En el salón, me detuve a mirar el retrato. Ahí estábamos. Las dos chicas de siempre. Iluminadas. Pensé que nuestros añadidos no estaban tan mal, que tenían cierta belleza. Al menos había una pequeña hermosura en lo que habíamos hecho.

Apagué la luz y desaparecimos.

## CINCUENTA Y NUEVE

Ya en el piso de arriba, me lavé los dientes y a continuación me senté en el borde de la bañera, mirando el abrigo. Ahí estaba, como un lobo muerto, todos los hermosos olores de Finn eliminados por el agua. Lo toqué, suavemente al principio, acariciándolo con la mano abierta.

—Lo siento —susurré, y froté con más fuerza la tela, una y otra vez.

Aunque las luces estaban apagadas y pasaba de la medianoche, aquel sábado no quería terminar. El día aguantaba, manteniéndome despierta, obligándome a estirlo hasta el domingo. Tumbada en la cama, repasé una y otra vez lo que Greta había hecho por mí. Por Toby y por mí. Y luego pensé en Toby, y me sentí fatal por el lío en que lo había metido. Me preguntaba si lo tendrían encerrado en el calabozo de la comisaría, pasando frío y empapado. Ese en que nos metieron apretujados a toda la clase cuando fuimos de visita con el colegio en cuarto. «Aquí es donde no os gustaría acabar nunca, ¿verdad, niños?», bromeó el policía. Todos asentimos, excepto Evan Hardy, que apoyó las manos en sus caderas de niño y dijo: «Sí, a mí sí me gustaría». Recuerdo que temí por Evan. Recuerdo que pensé que lo dejarían allí dentro si seguía hablando así. Ahora estaba Toby, y me moría por atravesar corriendo las calles de la ciudad hasta aquel calabozo. Quería llevarle ropa seca y decirle cuánto lo sentía.

Intenté apartar todo aquello de mi mente. Conté hacia atrás desde mil. Escuché el ritmo de los ronquidos de mi padre y traté de acompasar mi respiración a la suya. Abrí la cortina y me tumbé boca arriba. La tormenta había amainado, y contemplé las nubes postormenta que pasaban rápidas por delante de la luna, tapándola para luego dejarla brillar. Entonces, en medio de todo aquello, oí un llanto.

Pegué la oreja a la pared junto a mi cama. El lloro continuó, luego se detuvo un rato y después comenzó de nuevo. Greta estaba despierta.

Las luces del cuarto de mi hermana estaban apagadas, salvo la lámpara nocturna azul con forma de corazón que tenía debajo de su mesa. Cuando abrí su puerta, Greta se acurrucó rápidamente bajo las mantas y volvió la cara hacia el otro lado.

—¿Puedo entrar?

Mi hermana se encogió de hombros y yo me metí en silencio en su cama,



apretando mi espalda contra la suya. Permanecimos así, sin decir nada, con los cuerpos rígidos y tensos.

—Gracias por todo lo que contaste —le dije.

Me pareció que se secaba los ojos con el edredón.

—No debí llamarlo. Sé que lo odias... —Noté que mi voz se rasgaba.

Greta se echó a reír sin pizca de alegría, más bien con tristeza y frustración.

—No lo pillas, ¿verdad? —Noté que sacudía la cabeza y me volví. Se había incorporado y buscaba algo bajo el colchón. Sacó una botella de licor—. Baja a buscar algún refresco del frigorífico, ¿vale?

—¿De qué tipo?

—Me da igual, pero no hagas ruido.

Salí con sigilo y regresé con una botella a medias de Cream Soda y un vaso. Greta se echó un poco de licor y lo completó con la gaseosa.

—Toma —dijo, ofreciéndome la mezcla.

Bebí un sorbo. Sabía muy empalagoso y a continuación venía el ardor del licor. Le devolví el vaso y ella se lo acabó de un trago. Volvimos a acurrucarnos bajo las sábanas.

—¿Qué es lo que no pillas? —Bajé la vista, con la esperanza de que me contestaría si no la miraba directamente a los ojos.

—La suerte que tienes —susurró, y luego se dio la vuelta.

—Ya.

—¿Sabes lo que se siente cuando deseas que alguien muera?

—Yo...

—¿Alguna vez te has preguntado cómo supe que Finn estaba enfermo mucho antes que tú pese a que él era tu padrino?

Lo pensé un instante.

—No... A ver, siempre te enteras de las cosas antes que yo. Así ha sido siempre.

Greta se acercó a mí, pegando su cuerpecito a mi voluminosa masa.

—¿Te acuerdas del día en que Finn nos llevó a Serendipity a tomar batidos de chocolate? ¿Te acuerdas del sitio?

Asentí. Serendipity era una heladería estilo antiguo que estaba de moda en el Upper East Side. Por dentro era oscura, con mucha madera, y recuerdo aquellos enormes chocolates helados cubiertos por una montaña de nata. Greta y yo compartimos uno con dos pajitas.

—Eso fue antes de que hubiera empezado con el retrato. Yo tendría tu edad de ahora, o menos. Igual todavía tenía trece, no lo sé. Mamá, tú y yo estábamos en casa de Finn después de volver de Serendipity. Yo fui al baño y dejé la puerta entornada, y mamá entró y me vio usando la barra de cacao de Finn. Todavía recuerdo la cara que puso. Lo recuerdo como si estuviera viendo una foto. De terror. Me quedé helada, sujetando la barra, avergonzada y con sentimiento de culpa, y mamá me la arrancó de la mano. Con fuerza. Me hizo daño y todo. Se metió en aquel pequeño cuarto de baño

y cerró la puerta. Yo no comprendía qué estaba pasando. Sabía que no debía tocar las cosas de Finn, pero él siempre se ponía aquel bálsamo para labios que olía a coco y piña. ¿Te acuerdas? Olía tan bien.

Me acordaba. Sabía exactamente de qué olor estaba hablando.

Greta se encogía a medida que hablaba, hasta que su columna formó una curva apuntando hacia la mía.

—No sabía lo que estaba pasando. No tenía ni idea. Y mamá empezó a gritarme intentando no elevar la voz. Luego, de repente, se echó a llorar y me abrazó. Me preguntó si era la primera vez que usaba la barra de labios de Finn. Le contesté que sí y pareció calmarse, y me abrazó con más fuerza. Entonces me contó que Finn estaba enfermo. Me dijo lo del sida. Me lo contó y me hizo prometer que no volvería a usar sus cosas nunca más. Dijo que no debía preocuparme, porque solo había sido una vez. Me tranquilizó diciendo que no pasaría nada. No pasará nada, repetía, mientras me frotaba los labios con papel higiénico. Le prometí que no volvería a hacerlo nunca más. ¿Te acuerdas de los labios de Finn, June? ¿Te acuerdas de lo agrietados que los tenía? Todos los inviernos le sangraban.

Asentí. No sabía qué decir.

—Pero ¿sabes qué? —Giró el cuerpo para mirarme directamente, de modo que nuestras caras casi se tocaban—. Pues que no me asusté ni nada. Cuando mamá cerró la puerta y volvió al salón, me senté en el suelo del lavabo y estaba feliz.

—¿De qué hablas?

—Pensé en Finn... Si se estaba muriendo, entonces igual podríamos volver a ser como antes. ¿Has visto cuánta maldad? ¿Has visto lo mala que soy? —Se tapó la cara con la sábana.

—Pero si tú me odias.

Greta resopló.

—Eres tan, tan afortunada, June. ¿Por qué tienes siempre tanta suerte? Mírame. —Asomó los ojos, cubiertos de lágrimas—. Me he pasado todos estos años observándoos a ti y a Finn. Y después a ti y a Toby. ¿Por qué, June? ¿Cómo has podido preferir a Toby antes que a mí?

—Pero Finn siempre te preguntaba si querías venir con nosotros. Lo sabes. Y tú siempre te comportabas como si fuera lo último que te apeteciese.

—Finn siempre me preguntaba, claro que sí. Pero yo sabía que tú esperabas que le dijera que no. No me mientas, sé que lo deseabas. Era como una trampa. Si yo os acompañaba, te molestaría. Y si no iba, bueno, entonces no formaría parte de lo vuestro.

Era cierto. Por supuesto, mi hermana se daba cuenta.

Busqué su mano, pero no la encontré y le acaricié suavemente el hombro.

—No lo sabía.

—¿Ni siquiera te acuerdas de lo unidas que estábamos? Yo pensaba que me encontrarías en el bosque y..., y te preocuparías. ¿Cómo iba a competir con Finn?

¿Cómo iba a ser yo mejor que Toby? Me voy, June. Un par de meses más y me iré, y luego... no sé. ¿Y si acabamos como mamá y Finn? ¿Y si me marchó y se acaba lo nuestro? Es como... Siento como si me estuvieran arrojando al mar. ¿Entiendes? Cuando te seguía por el bosque, vi que jugabas como una niña. Como una niña de verdad, ¿sabes? Como hacíamos antes. Me moría de ganas de gritarte: «Eh, June, estoy aquí. Oye, déjame jugar contigo».

Se tumbó boca arriba, y yo también, las dos mirando al techo, bajo el edredón blanco estampado de arcoíris y nubes de Greta, el mismo que tenía desde los diez años. Los ronquidos de mi padre se oían en el silencio. Un rayo de luz de luna se coló entre las cortinas e iluminó el polvoriento globo terráqueo que había en la mesa.

Estuvimos charlando en la oscuridad durante horas. Le conté todo lo que había pasado ese día: lo del cuadro; que nuestros padres pensaban que era todo culpa mía; que dejé que lo creyeran, porque era lo correcto, lo noble. Greta me contó que había intentado estropear el retrato, pero que nunca lo conseguía. La calavera y los labios. En cierto modo, lo hacían más hermoso, dijo. Me explicó que a veces bajaba a la cámara del banco y se quedaba sentada, con la esperanza de que yo apareciera por allí. De que la pillara. Lo mismo que hacía con Bloody Mary. Ella intentaba cagarla todo el rato, pero, de algún modo, cuanto más empeño ponía en hacerlo mal, mejor le parecía a la gente el resultado.

—Yo lo noté —dije—. Te vi en el escenario y supe que estabas intentando cagarla. Fui la única que pareció darse cuenta.

—Sé que eres la única. Esa es la historia. Somos dos huérfanas. Sabía que tú lo notarías. Siempre te decía que vinieras a los ensayos, pensando que... No sé. —Su voz se le atragantó en la garganta—. No quiero que volvamos a tratarnos mal.

—Yo nunca quise —dije. Y finalmente descubrí que habíamos sido las dos. Siempre fuimos las dos, no era solo ella. Todo lo que había dicho era cierto. Después de tantos años siendo amigas fieles, yo la había abandonado. ¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Cómo pude haber sido tan egoísta?

Greta se bajó de la cama y encendió la radio con el volumen muy bajo. Tenía una percha pegada a la antena y podía pillar la WLIR desde Long Island. La WLIR era la radio que molaba, porque ponían sobre todo música inglesa. Estaba sonando esa canción de Echo and the Bunnymen, «The Killing Moon», y la escuchamos.

—Cuéntame qué pasó en el bosque —dije después de un rato.

—Vete a dormir.

—Lo siento si Toby te asustó —susurré—. No sabía qué hacer.

Greta se alejó más de mí para que ya no nos rozáramos. Parecía que no iba a decir nada, pero luego, tras una larga espera, carraspeó.

—Creo que lo asusté más que él a mí —dijo.

—¿Estabas sola en el bosque? —pregunté bajito, temiendo que Greta se encerrara en sí misma.

—Al principio pensé que eras tú. Luego oí una voz de hombre. Muy ronca. Me

llamaba por mi nombre y decía que no me inquietase. No dijo «No te asustes», sino «No te inquietes». Entonces fue cuando grité. Y yo sé chillar fuerte cuando quiero. Él dio un respingo y parecía que iba a echar a correr, pero entonces balbuceó algo sobre que mamá y papá habían visto el cuadro. Dijo que venía de tu parte, que era el amigo de Finn. Y entonces todo encajó. Intenté ponerme en pie. Me sacudí las hojas, pero estaba llena de barro y chorreaba. Me resbalé. No quería su ayuda, pero no tenía opción. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Y entonces él se quitó el abrigo, de eso sí me acuerdo. Se quitó el abrigo, lo extendió en el suelo y me depositó encima. Luego me dijo que me volviera a dormir. Que todo iba a salir bien.

—Toby no es cómo piensas, Greta.

Entonces le conté todo lo que sabía sobre mamá. Todos sus celos y su pena. Toda la maldad que puede surgir cuando quieres a alguien más de la cuenta.

Greta se rio, apenas un ligero y triste resoplido por su nariz.

Cerré los ojos y dejé que Depeche Mode, Yaz y The Cure borrarán todo lo que había pasado. No quería que mi mente fuera más allá del ahora, porque cada vez que lo hacía, veía la cara desconsolada de Toby en el coche patrulla y no podía soportarlo. Todavía no.

Permanecimos un buen rato en silencio, pero ninguna de las dos podía dormir. Pasado un rato, Greta me dio un golpecito en la espalda.

—¿Qué?

—¿Te has enterado de que la WPLJ ha prohibido esa canción tan estúpida de George Michael, «I Want Your Sex», por lo del sida?

Moví la cabeza.

—Como si la gente se fuera a poner cachonda al escuchar esa bazofia.

Ahí fue cuando estallamos en carcajadas. Nos reímos hasta que Greta se cayó de la cama. Y siguió riéndose en el suelo. No me acordaba de la última vez que habíamos reído así las dos juntas, y comprendí que eso significaba que mi hermana estaba empezando a volver. Que, de algún modo, Toby había ido al bosque y había sacado de allí a Greta para mí. Me había devuelto a mi hermana.

Escuchamos más música, bebimos brandy con Cream Soda y charlamos sin parar, y aquel sábado no acabó nunca. No para nosotras. Nos quedamos despiertas hasta que el mundo empezó a iluminarse de nuevo. Hasta que vimos el rosado amanecer por encima del seto recién podado de los Gordano.

## SESENTA

Llamé a Toby a las cinco y media de la mañana del domingo. Solo Greta y yo estábamos levantadas. El teléfono sonó y sonó; pensé que estaría dormido, así que lo dejé sonar. Esperé a que diera veintitrés tonos sin respuesta, y colgué. Estaba claro que no se encontraba en casa, que aún seguía en la comisaría. No me hacía gracia imaginármelo allí, pero no me preocupé. Simplemente, todavía no había vuelto a casa.

Después de tantas horas de charla y brandy con Cream Soda, Greta y yo finalmente caímos rendidas. Me fui a mi cama y dormimos hasta la hora de comer, cuando mamá nos despertó.

Llamó a mi puerta, y luego asomó la cabeza. Me miró de un modo distinto al habitual, como si mirara a otra persona. A una extraña.

—June —dijo. Pronunció mi nombre con tono profesional, pausado pero con determinación—. Tu padre y yo queremos olvidar todo esto y pasar página.

Escuché la voz de Toby en mi cabeza —«Pero ¿qué hay en la página siguiente?»—, y no sé si logré ocultar la sonrisa que debió de brotar en mi rostro.

—¿June? ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro.

—Ha concluido el período de la renta, y cuando termine esta semana se habrá acabado *South Pacific*. Hemos pensado que deberíamos empezar a hacer más cosas en familia. Salir juntos un tiempo, hasta que recuperéis la normalidad. No hemos estado cuando nos necesitabais. Lo sabemos.

Me dieron ganas de decirle que si no hubiera obligado a Finn a mantener en secreto a Toby, nada de esto habría sucedido, pero no pude. Era culpa mía. No tenía sentido arrastrar a mi madre a aquello. Además, comprendía cómo se sentía. Sabía lo peligrosas que pueden llegar a ser las esperanzas perdidas, cómo pueden convertir a una persona en alguien inimaginable.

Pasé todo el día esperando que Greta me ignorara o dijera algo arrogante o malicioso. Intuía que mi hermana querría hacer algo para dejar claro que todo lo que había dicho la noche anterior no iba en serio, pero no lo hizo. Cuando me vio en la cocina, sonrió.

Una sonrisa de verdad, auténtica, no de suficiencia.

Después, por la tarde, nos sentamos en el sofá a contemplar el retrato.

—No se lo digas a mamá, pero me gusta —susurró Greta.

—A mí también.

En aquel instante el dorado en nuestro pelo parecía perfecto, y supe que las dos lo veíamos. Nos hacía parecer las hermanas más unidas del mundo. Chicas hechas exactamente del mismo material.

## SESENTA Y UNO

Aquella noche llamé a Toby y no contestó. Tampoco a primera hora del lunes. Pensé que igual había decidido odiarme por lo que le había hecho. Ojalá no fuera así, pero podría ser.

Mi vida recobró una normalidad que hacía mucho que no conocía. Ya no había escapadas secretas a la ciudad. No había copas Volcán ni cubículos secretos en sótanos. Ni siquiera había ya una cámara subterránea de banco. Quizá lo peor era esa normalidad en todo. Había perdido a Toby. Estaba desaparecido, y yo era la única que lo buscaba. Estaba desaparecido, y era por mi culpa.

El lunes, después de clase, fui a la biblioteca. Allí me encontré a Ben, que estaba buscando libros para un trabajo sobre Hiroshima. Solo llevaba vaqueros y camiseta negra, ni rastro de su vieja capa de terciopelo verde. Me vio cuando me dirigía a la cabina de teléfono.

—Eh, tú —me llamó—. ¡Chica loba!

Puse los brazos en jarras y me di la vuelta:

—¿Qué quieres?

—¿Lo has visto?

—¿El qué? ¿Qué tengo que ver?

—En la *Gazzete* de hoy.

—No —dije con cautela. ¿Habría algún artículo sobre la presencia de Toby en el bosque?

—Tus lobos. No existen.

—¿Qué dices?

—Son perros asilvestrados. Una manada entera. Da miedo. ¿Conoces esa pista forestal, Wrisley Road? Hace un año murió un viejo que vivía allí, y todos sus perros, siete u ocho, se volvieron salvajes.

Estaba casi segura de que conocía esa casa. En coche, tienes que subir por Rampatuck Road, que es una pista, para llegar hasta Wrisley Road, que es también otra pista pero más estrecha todavía. Pero si vas andando, solo tienes que subir la colina que asciende desde el río del bosque detrás del instituto.

—¿Qué ha pasado?

—Unos vecinos se quejaron de que había perros revolviendo los cubos de basura, y cuando vinieron los de la perrera y vieron lo que sucedía, los mataron a tiros. A todos. Has tenido suerte de que no te hayan atacado cuando ibas por allí.

—Pero ¿por qué los mataron?

—Porque son perros asilvestrados. ¡Hola, ¿hay alguien?! ¿No me has oído? Son peligrosos. Asquerosos, sucios, salvajes. ¿Qué querías que hicieran? ¿Buscarles un hogar como cariñosas mascotas?

—¿Y no podían dejarlos en paz y ya está?

—Considérate afortunada. No te digo más.

—No, no me considero afortunada, porque no había nada que temer.

Ben sonrió, y adiviné qué aspecto debía de tener cuando era un niño pequeño.

—¿Puedo seguir llamándote Chica Loba?

—No —dije, poniendo la cara más seria que logré componer. Y sin poder evitarlo le espeté—: ¿Por qué no se lo llamas a Tina Yarwood? Seguro que ella sí te deja.

Genial. Ahora había quedado como una estúpida celosa. Y por Ben Dellahunt, para más inri. Él ni siquiera me interesaba. No estaba mal, tenía algunos puntos buenos, pero no pasaba de eso.

Ben parecía confuso.

—¿Por qué voy a llamar nada a Tina?

Arrastré los pies, deseando irme.

—Bueno, estás saliendo con ella, ¿no?

—Pero bueno..., ¿no sabes que somos primos? Ya sé que te mola todo ese rollo de la Edad Media, pero...

—Oh... No, no lo sabía. ¡Dios! Es una burrada, claro, muy gorda. Lo siento, yo...

—Vale, vale. No lo sabías. No importa. No hace falta que te lles un disgusto.

—Sí, ya. Pero lo digo en serio. No lo sabía. Y a mí no me va ese tipo de cosas, ¿vale?

Ben me puso las manos en los hombros y me miró a la cara.

—June, ¿en serio crees que puedo pensar que te mola enrollarte con parientes? ¿De verdad? Tienes que encontrar la forma de relajarte un poco. Escucha, el próximo fin de semana, cuando se acabe esto del teatro, puedes venir a mi casa y te preparamos un personaje de rol. Sin compromiso. Solo jugamos al rol, a ver qué pasa. ¿Qué me dices? Veo en ti madera de asesina. —Retrocedió un paso, ladeó la cabeza y me observó. Por un instante, me recordó el modo en que Finn contemplaba una obra de arte y sonreí, lo cual probablemente provocó que él pensara otra cosa, porque me devolvió la sonrisa—. Una asesina elfa, con poderes mágicos. Si obtuviéramos una buena puntuación de carisma, no me importaría trucar los puntos de constitución para darte una buena oportunidad. ¿Qué me dices?

Me había puesto a jugar con una de mis trenzas entre los dedos, y me dejé llevar. Bajé la mirada y murmuré:

—Vale.

—¿En serio?

—Sí, vale. Iré.

Sentaba bien decir que sí. Aceptar algo tan normal. Aceptar pasar un rato con un



chico que considerase imposible que me gustara salir con parientes. Estuve unos minutos más con Ben y me olvidé de todas las cosas terribles. Luego, él se despidió y se fue, y enseguida regresó todo.

Fui a la cabina del vestíbulo y llamé a Toby, en vano. Volví a intentarlo otra vez, marcando más despacio, pensando que igual había introducido mal el número. Pero no. Sonó y sonó hasta que colgué.

Regresé a casa corriendo y fui al buzón. Habría dado cualquier cosa por encontrar una carta con algún remite raro de Toby. La Liga de Bebedores de copas Volcán, la Sociedad de Fans de Miyagi-San, Unión de Manos de Oro. Cualquier cosa. Pero solo había dos facturas y propaganda del Grand Union.

A los pocos minutos de entrar en casa, mi madre llamó desde el trabajo para asegurarse de que había vuelto.

Greta se quedaba hasta tarde en el instituto porque había representaciones de *South Pacific* a las siete el lunes, miércoles y viernes de esa semana. Así que me senté a la mesa de la cocina y saqué mis deberes. Ejercicios de geometría. Tracé una línea sobre un folio e hice dos columnas.

Miré la hoja de problemas. Postulados. Axiomas. Congruencia. Las palabras se quedaron ahí. Sin sentido, muertas. Tamborileé con mi lápiz sobre el papel. Luego, en lugar de trabajar con dos demostraciones distintas del teorema de Pitágoras, escribí: «Demostración de por qué es imposible que nunca vuelva a ver a Toby». Lo estudié unos segundos. Quería que fuese una demostración sencilla. Como la que probaba que una línea recta siempre es un ángulo de 180 grados. Pero no fue así. Solo se me ocurrían argumentos para lo contrario.

Por ejemplo: ¿Y si la policía se lo había llevado directamente al aeropuerto y lo había sentado en un avión de vuelta a Inglaterra? ¿Y si Toby había hecho las maletas y se había largado a algún sitio que yo nunca conocería? ¿Y si la policía le había dado una paliza y lo tenía escondido en una celda oscura y profunda para que nadie lo encontrara? ¿Y si era algo peor? ¿Y si era una de esas cosas que yo ni me imagino?

—¡No! —dije en voz alta, antes de arrugar el papel. A continuación, volví a llamar a su número. Sonó y sonó, nada más.

## SESENTA Y DOS

Podría confeccionar una lista de las razones por las que había llamado a Toby aquel sábado por la noche. Razones convincentes, fáciles de creer: estaba preocupada por Greta; me pareció la mejor opción; estaba asustada. Hay más. Podría aportar más en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, por debajo de todas subyace la razón que me asusta. La que todavía me atormenta por las noches. La que aún ronda por ahí disfrazada de lobo, mostrando unos colmillos afilados y relucientes.

Esa razón en la que no quiero creer es que lo hice a propósito. Que llamé por todos aquellos domingos que me pasé esperando a que sonara el teléfono. Todos aquellos domingos en que imagino que Finn se lo estuvo pasando en grande con Toby. Llamé por lo molesto que hubo de resultarle a Finn tenerme dándole la lata todo el rato. Llamé porque a veces imaginaba oír sus risas, riéndose de mí, de lo tonta que era, de lo gracioso que resultaba que yo no supiera nada sobre ellos dos, de lo cómico que era que yo sintiera algo por mi tío. Tumbada en mi cama, podía oír la hermosa risa de Finn en mis oídos. «Je, je, je», reía, como si se hubiera tragado el sol. Llamé porque quería oírla más, pero al mismo tiempo no la anhelaba para nada. No soy celosa. Eso solía decir. Eso solía creer.

Pero igual sí lo soy. Igual eso es precisamente lo que soy. Igual lo que quería era que Toby oyera los lobos que habitaban en el oscuro bosque de mi corazón. E igual ese era su significado: deja escapar a los lobos. Quizá Finn lo entendía todo, como de costumbre. No sirve de nada que los ahuyentes, porque de todos modos te van a encontrar. Siempre lo hacen.

Empecé a pensar que tal vez mi madre y yo no éramos tan distintas en realidad. No en nuestros corazones. Y quizá Toby fue quien se llevó la peor parte. Digo quizá, pero en el fondo sé que es la verdad. Cuando lo llamé, sabía que iba a ir. Sabía que era peligroso, y sabía que él haría cualquier cosa por cumplir la promesa que le había hecho a Finn.

Antes creía en todas esas buenas razones por las que realicé aquella llamada esa noche de sábado estúpida y tormentosa, pero cada día que pasaba, cada día sin Toby, dejaba de creer. Empezaba a saber la verdad.

Aquella noche no dormí. Cada hora bajaba con sigilo la escalera y llamaba a Toby. Todas las veces, el teléfono sonó y sonó. En la oscura noche de mi cocina, podía

imaginarlo sonando en el desordenado piso de Finn. La vibración del timbre sobre los platos sucios, entre los libros, por encima de la alfombra turca. Buscando y buscando un oído adecuado que lo escuchase.

## SESENTA Y TRES

—¿Sabes algo? —Greta se acercó y se sentó conmigo en la cafetería del instituto. Era la primera vez que sucedía, y fue todo un detalle.

Negué con la cabeza.

—Bueno, ya aparecerá —dijo—. Toma. —Me pasó la mitad de su sándwich.

—No, gracias.

—Venga, tienes que comer algo.

Negué con la cabeza.

—No puedo.

—No es culpa tuya, June, ¿vale? Es un adulto.

—Está enfermo. —Estuve a punto de añadir que yo debía cuidar de él, pero aquello era algo que nunca lo sabría nadie más que yo.

—Todo saldrá bien —dijo mi hermana. Me puso una mano en el hombro, como a veces hacen las chicas. Otras chicas, chicas de verdad.

Miércoles. Habían pasado cuatro días sin noticias de Toby. Me odiaba a mí misma.

Busqué el número de la comisaría en la guía telefónica. Pregunté por el agente Gellski y me pasaron con él.

Le dije que me preguntaba, solo por curiosidad, qué había sucedido con Tobias Aldshaw después de que se lo llevaran de casa el sábado por la noche.

—¿Eres amiga del señor Aldshaw? —preguntó.

No supe qué responder. No quería hacer nada que empeorara la situación de Toby, pero había un lugar en mí, justo en el centro de mi corazón, que deseaba proclamar a voz en grito que Toby era mi amigo. Quería decirle a aquel policía que era mi mejor amigo, que no tenía otro amigo mejor en el mundo que Tobias Aldshaw. Pero no lo hice.

—Soy la hermana de Greta Elbus —dije—. El señor Aldshaw era un buen amigo de mi tío. Yo lo conocía un poco.

El agente no respondió enseguida.

—Ajá. Está bien. Bueno, íbamos a tenerlo detenido hasta el día siguiente, pero... —Hizo una pausa e intuí que estaba decidiendo si seguir o no—. Bueno, tu madre nos contó que es un sidoso y, en fin, todo el mundo quería que saliera de aquí cuanto antes.

—¿Así que lo dejaron marchar?

—Estaba ardiendo de fiebre. Como te dije, de no ser porque es un sidoso, lo habríamos retenido más tiempo.

Lo llamaba «sidoso» como si fuera una especie de animal peligroso o un apestado.

—O sea, ¿lo soltaron?

—Pedimos una ambulancia y se lo llevaron.

—¿Sabe adónde?

—No estoy seguro. Tratándose de un sidoso y tal, seguramente a un hospital.

—¿Hay algún modo de saber a cuál?

—Sí, espera un momento. —El policía tenía una voz potente, y pude oír cómo gritaba hacia la otra punta de la sala, y luego el murmullo de una respuesta—. Al Bellevue. Como te he dicho, lo llevaron allí directamente, por ser sidoso.

—Por ser un enfermo de sida —le corregí.

—Sí. Eso he dicho.

—Se dice enfermo de sida, no sidoso.

—Vale, niña, como quieras.

Llamé al hospital. Pregunté por Toby dando su nombre completo, que llevaba rondando por mi cabeza desde el sábado, cuando lo oí por primera vez. Tobias Aldshaw. Sonaba a nombre de alguien famoso, no a una persona invisible que no tenía a nadie en el mundo, solo a mí.

Me respondieron que no se podía poner al teléfono. Añadieron que su habitación era la 2763, y que llamara más tarde.

—¿Qué quiere decir con que no se puede poner al teléfono? —pregunté.

—Ni idea. No contestan cuando intento pasar la llamada —respondió la enfermera—. Podrían estar haciéndole pruebas. O puede que esté dormido. Llame más tarde.

—Se encuentra bien, ¿verdad? Sigue ingresado.

Oí que la enfermera revisaba unos papeles.

—Su nombre sigue en el registro. Llame más tarde.

Mi madre tenía entradas para todas las representaciones de *South Pacific*. Papá y yo solo fuimos a una, pero ella quería verlas todas. Mi madre y Greta regresaron a casa alrededor de las nueve y media; mi hermana se duchó y se cambió. Mis padres terminaron de ver las noticias de las diez y se fueron a acostar. Yo llevaba en mi cuarto desde la tarde, y cuando oí que arrancaban los ronquidos de mi padre, bajé la escalera con sigilo.

Estiré el cable del teléfono hasta llegar a la puerta de atrás, de modo que logré

agazaparme debajo de la ventana del dormitorio de Greta, y llamé a la habitación de hospital de Toby. Suponía que sonaría y sonaría, porque después de tantos días me costaba creer que Toby fuera a responder. Pero lo hizo.

Al principio apenas lo oí. Casi había perdido la voz. Carraspeó y volvió a intentarlo:

—¿Diga?

—¿Toby?

—¿June?

—Oh, Toby, no sabes cuánto me alegro de...

—June, la cagué, ¿verdad? Lo siento mucho.

—¿Que lo sientes? Fui yo la que te metió en esto y ahora... ¿Estás bien? Debes de odiarme.

—June, claro que no te odio.

—No sabía dónde estabas. Ignoraba lo que te había pasado.

—No podía llamarte a tu casa. No después de...

—Fue una mala idea. La peor. Lo siento. ¿Te encuentras mejor? ¿Qué te hizo la policía?

—Estoy bien —dijo, pero su voz expresaba lo contrario. Sonaba jadeante, como esforzándose por no toser—. ¿Y tú? ¿Y Greta?

—Estamos bien. No te preocupes por nosotras. —Enrosqué y desenrosqué el cable ondulado en mi dedo.

—Uf, me alegro.

Luego nos quedamos callados, y pensé que me estaba costando más que nunca hablar con Toby.

—¿Cuándo volverás a casa? —pregunté.

Tosió, y sonaba horrible. Tos de pecho y profunda. Escuché cómo intentaba volver a respirar con normalidad.

—June, escucha, probablemente no vuelva...

—Pues claro que vas a volver —lo interrumpí, pero empezaba a asustarme—. Ahora estoy metida en un buen lío, pero ya me inventaré algo. Iré a verte en cuanto pueda, ¿vale?

—June, lo digo en serio. Puede que no...

—¿Por qué no? En el piso está tu guitarra, y tus amiguitas las pulgas, y...

—June...

—No, Toby. No. Todavía tengo que llevarte a los Cloisters, y luego, cuando estés mejor, debes conocer a Greta como Dios manda. Tienes que hacerlo. No tienes elección.

—June...

Su voz se fue apagando y de nuevo empezó a toser. Siguió carraspeando, y oí a una enfermera que le decía algo.

Quería contarle todo lo sucedido en los últimos días. Quería encontrar otros

modos de decirle que lo sentía. Y quería que los dos tuviéramos fe en que iba a volver a casa. Pero me quedé allí fuera, sentada, sin decir nada. La luna era una rodajita, y no corría ni la más ligera brisa. Miré al frente, hacia las polvorientas mariposillas grises que revoloteaban alrededor de la bombilla del patio.

Me brotaron las lágrimas.

—¿Toby?

Pero él siguió tosiendo, hasta que ya no pude soportarlo.

—Toby, mira, iré a verte. En cuanto pueda, ¿vale? Tú aguanta. Por favor, espérame.

—No, June... Estaré bien. Me estoy portando como un tonto. No te metas en más líos.

—Tú solo espérame, ¿vale? Por favor.

Cuando alcé la vista, vi que Greta estaba mirándome desde su ventana abierta. Las dos nos miramos durante unos segundos. No logré adivinar qué pensaba mi hermana.

—¿Me acompañarás? —le susurré.

Greta cerró la ventana y soltó una bocanada de aire en el cristal. Con el dedo, escribió «SÍ» en el vaho. Sin vacilar, lo escribió del revés, como en un espejo, así que me pareció perfecto.

Aquella noche, Greta condujo. Esperamos a que pasara la medianoche y nuestros padres estuvieran profundamente dormidos. No me preocupaba buscarme nuevos problemas. Ya no había un lío más gordo en que meterse. Y Toby no tenía a nadie. En su mundo, yo, June Elbus, lo era todo, y tenía que arreglar las cosas. Me disponía a deshacer todos los entuertos en que lo había metido.

Era una noche cálida y despejada. Greta arrancó el coche de papá delante de casa y, como siempre hacía con todo, condujo como si llevara años haciéndolo, aunque acababa de sacarse el carné. Bajamos por la carretera Saw Mill Parkway, a esa hora desierta, y Greta puso la cinta de Simon & Garfunkel de mis padres. Saqué dos pitillos de mi bolso. Apreté el encendedor del coche y esperé.

—¿Qué harás cuando lleguemos? —preguntó Greta.

—No lo sé.

—Todo saldrá bien.

Intenté creerla. Intenté creer que tenía el poder de hacer que la historia acabara del modo que yo quería. Llevé la punta de los cigarrillos al encendedor, y chupé dándoles vida.

—Ten —dije, pasándole uno a Greta.

—¿Sabes? Esto de que fumes, me sorprendió.

—No es más que algo novedoso —dije sonriendo, y sentí que Toby brillaba a través de mí con tanta fuerza que por un momento me volví casi invisible.

## SESENTA Y CUATRO

Antes, siempre que había estado en la ciudad por la noche había sido con Finn. Una vez, me llevó a ver una sesión especial de *Qué bello es vivir* en el Radio City Music Hall. Otro día fuimos a ver *La bohème* en el Lincoln Center. Y en otra ocasión, no hace tanto, toda la familia quedamos con él en la ciudad y fuimos a cenar a un italiano para celebrar el cumpleaños de mi madre. Se suponía que en Nueva York por la noche tenía que estar Finn. Así que, en cierto sentido, me imaginaba que estaría allí. No físicamente, pero sí formando parte del ambiente nocturno de la ciudad, y podría sentir su presencia. Pero no fue así. Solo estábamos Greta y yo, en la acera delante de su edificio, y yo rebuscaba en mi bolsillo la llave con el lacito rojo.

Habíamos decidido pasar primero por casa de Finn. Quería llevar a Toby ropa para que pudiera cambiarse. Además, no teníamos ni idea de dónde estaba el hospital Bellevue.

Supuse que el piso estaría hecho un desastre. Peor que la última vez. Me estaba preparando para explicárselo a Greta, para excusar a Toby, pero cuando abrí la puerta, el piso se encontraba limpiísimo, nunca lo había visto así. Todo estaba en su sitio. Ni una sola prenda tirada por las sillas, ni un solo montoncito de platos con bolsitas de té y colillas aplastadas. Hasta el olor a cerrado había desaparecido. Los ventanales estaban abiertos unos centímetros, dejando entrar una brisa que debía haber ventilado el ambiente. Intenté no mostrarme demasiado sorprendida.

—Esto me resulta muy raro —dijo Greta—. Estar aquí, así.

—Ya —contesté, pensando que mi hermana no tenía ni idea de lo raro que resultaba, porque ella no había visto el desorden que reinaba en aquella casa solo unas semanas atrás.

Fui por una bolsa de plástico a la cocina y me dirigí hacia el dormitorio en busca de ropa. La puerta estaba cerrada, como siempre. La abrí despacio y me acerqué a los cajones. Greta me siguió por detrás.

—Así que este es el dormitorio privado —dijo.

La cama estaba hecha y ya no había paquetes de tabaco estrujados sobre la mesita de Toby. Greta estuvo a punto de abrir el armario, pero detuvo su mano.

—Ahora no —dije—, ¿vale?

Mi hermana buscó la dirección del Bellevue en el listín telefónico. Resultó que estaba



bastante lejos, en el centro, cerca del río en el East Side.

—Deberíamos irnos —dije, junto a la puerta, mirando hacia el salón. Sentí un escalofrío, porque era tarde y estaba cansada, pero también porque tuve la repentina sensación de que sería la última vez que veía aquella casa. Pero no podía obsesionarme con eso. Greta estaba dando vueltas por el piso, fijándose en cada detalle. Como un detective buscando pistas—. Venga, deprisa.

Bajamos en coche por West End Avenue, que después se convierte en la Avenida 11, hasta llegar a la Calle 23. A esa hora de la noche, el West End estaba tranquilo. Casi daba miedo. Y en el coche de mi padre, que apenas hacía ruido, parecía que flotábamos sobre la ciudad.

Cuando llegamos al Bellevue eran casi las dos de la madrugada. Greta aparcó en una bocacalle.

—Vuelve a casa —dije.

—No puedes ir tú sola.

—Hoy has tenido función, debes de estar agotada. Además, tienes que contarle a mamá y papá dónde estoy. Se volverán locos si por la mañana faltamos las dos.

Se lo pensó un momento.

—Primero quiero asegurarme de que logras colarte. Luego me iré. ¿Vale?

Asentí.

Estaba a punto de entrar por las grandes puertas automáticas, pero Greta me detuvo.

—Oye, en los hospitales no dejan entrar visitas a cualquier hora —dijo—. Espera un poco.

Me alejó de la puerta, hacia un lado. Me agarró por los hombros y me miró. Aquello me gustó mucho. En medio de aquella terrible noche, no había nada mejor que sentir las manos de mi hermana en los hombros, mostrándome cómo hacer bien las cosas. Sentí que las lágrimas afloraban a mis ojos y que me flaqueaban las piernas. Greta me apretó en los hombros.

—Para —dijo.

Asentí, secándome la cara con la manga.

—Todo va a salir bien. Te preguntarán quién eres. Si eres pariente. —Siguió mirándome, me arregló un poco el pelo y me observó un poco más—. Vale, esto es lo que debes decir: que eres su hermana, de Inglaterra. Que te llamó y te dijo que estaba muy enfermo. Eres el único pariente que tiene y no estás segura de su estado, ¿vale? Pon acento, pero que no suene estúpido. Intenta imitar a Toby o algo así.

Pensé en la voz de Toby. No tenía el típico acento inglés, sino que alargaba todas las úes.

—¿Y tú? —pregunté.

—Te estaré vigilando. Para asegurarme de que te dejan subir. Luego volveré a casa.

—Mamá y papá te van a matar. ¿Qué vas a contarles?

—Entraré sin que se enteren, y si no has vuelto para cuando se despierten, ya me inventaré algo. Descuida. Tú solo sube, ¿vale?

—Vale —asentí.

—Ahora, recuerda, el truco consiste en entrar con decisión, segura de que te dejarán subir. Como si fuera tu derecho. ¿Lo pillas?

Asentí de nuevo y dejé que aquellas grandes puertas blancas se abrieran para mí.

Bellevue no parecía el tipo de hospital que alguien elegiría si tuviera opción. En una parte del vestíbulo estaban de obras, y había zonas acordonadas con carteles de DISCULPEN LAS MOLESTIAS. La mayoría de las sillas tenían rasgados los respaldos de vinilo naranja, y en una esquina un cubo recogía el agua de una gotera marrón en el techo. Había gente dormida, tirada en sillas. Una madre llevaba a un bebé en brazos envuelto en una manta que alguna vez había sido rosa. Un tipo, al que parecía que habían pegado un tiro en el brazo, estaba ahí sentado con cara de dolor, apretando una toalla de playa de diseños coloridos contra la herida. En un televisor atornillado a una repisa cerca del techo se veía un episodio de *Colombo*, pero sin voz.

Bellevue tenía el aspecto de ser uno de esos sitios donde les importa un pimiento quién viene de visita, ni cuándo ni cómo. El personal no parecía prestar demasiada atención a las cosas. Y era muy grande, demasiado para encontrar a Toby yo sola. Así que crucé el vestíbulo hasta el mostrador de información.

Fue exactamente como me había dicho Greta. La recepcionista intentó despedirme sin más, pero entonces seguí las indicaciones de mi hermana y funcionó. Recorrí el pasillo hasta el ascensor y eché un vistazo atrás, hacia el vestíbulo. Allí estaba Greta, con las piernas cruzadas, sentada junto a una mujer que parecía embarazada de trece meses. Mi hermana se tapaba la cara con una revista, y distinguí que era el número de *Newsweek* en que salíamos. Me entró la risa y me llevé la mano a la boca para contenerme. Greta bajó la revista, me miró y sonrió. Cuando la puerta del ascensor comenzó a cerrarse, se levantó y se despidió alzando una mano. Fue uno de esos momentos que se quedan en tu memoria, porque el gesto solemne de Greta me hizo comprender que detrás de aquello había algo muy importante. Que mientras el ascensor eclipsaba nuestro contacto visual, estábamos diciendo adiós a las niñas que una vez fuimos. Niñas que sabían jugar a sirenas invisibles, que podían correr por pasadizos oscuros, imaginando que salvaban el mundo.

Toby estaba en un ala de la octava planta. Parecía el sitio asignado a los enfermos de sida. Sabía que no estaba bien, pero me resultó imposible no echar un vistazo a cada habitación al pasar. En casi todas las camas había hombres. La mayoría estaban solos, pero algunos tenían acompañantes. De una de las habitaciones salía una música dulce y ligera de violín, y cuando me asomé vi a un hombre que, al verme, intentó volver el rostro, pero renunció y cerró los ojos.

Me asomé a la habitación de Toby y lo vi en la cama. La habitación estaba en penumbra. El único resplandor provenía de una pequeña lámpara fluorescente encima del lavabo. Su cara se veía grisácea y su pelo parecía el plumón de un pollo, nunca lo había visto así. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno, algo que no me esperaba.

Estaba con los ojos abiertos, y al verme se quitó la mascarilla del rostro y me ofreció una sonrisa tan ancha y sincera como siempre. Una sonrisa semejante a la que me dedicó aquella primera tarde en la estación de tren, como si no pudiera creerse la suerte que tenía. La diferencia era que, en esta ocasión, le costaba esbozarla. Solo consiguió mantenerla unos segundos. Avancé unos pasos por la habitación, sin apartar la mirada de él, y sentí que me derrumbaba. Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas y me llevé la mano a la boca.

—Sal fuera. Inténtalo otra vez —dijo Toby con la voz más ronca del mundo, indicando la puerta con sus ojos.

Asentí y salí. En el pasillo, me apoyé en la pared, doblada por la cintura, entre arcadas. Controlé la respiración. «Vale, vale, vale», me dije. Solté un largo suspiro, intentando no pensar en que todo aquello era por mi culpa. Tenía que dejar de pensar en eso o jamás sería capaz de volver a entrar en aquella habitación. Respiré hondo y lento unas veces más, y luego me di la vuelta y entré.

Toby se había girado de espaldas a la puerta, quizá para facilitarme la entrada en la habitación. O quizá se debía a que ya no soportaba mirarme.

Observé cómo su manta subía y bajaba al ritmo de su respiración jadeante. Lentamente, me acerqué al borde de la cama y me incliné sobre él, apoyando la oreja contra su espalda.

—Has venido —dijo, rompiendo el silencio.

—Te he traído algo de ropa —repuse, y levanté la bolsa aunque él estuviera mirando hacia el otro lado—. Para cuando llegue el momento de irte a casa.

Toby volvió la cabeza y sonrió, pero al parecer le dolía por los labios resecos. Empezó a toser y le serví un vaso de agua.

—Shhh. No pasa nada —dije.

—Ven, ayúdame a incorporarme un poco, ¿quieres?

Lo miré, incómoda, sin saber cómo ayudar. Luego deslicé los brazos bajo su cuerpo y lo aupé en la cama. Creí que me costaría, pero Toby se había quedado en nada. Pesaba tan poco que tuve que controlarme para no soltar un gemido. Daba la impresión de que podría levantarlo y sacarlo de aquella cama sin apenas esfuerzo.

Le ahuequé las almohadas y las coloqué a su espalda para que pudiera tumbarse un poco incorporado.

—¿Así mejor? —pregunté.

—Perfecto.

Acerqué la silla todo lo posible a la cama y me envolví con una manta sobrante.

—El piso está muy limpio.

—Vaya, June, parece que te sorprende. —Quiso imitar voz de ama de casa ofendida, pero le salió un susurro ronco, como un ama de casa ofendida que fumara cinco paquetes al día. Me reí.

—Está como lo tenía Finn.

Toby sonrió brevemente. Bebió otro sorbo de agua, pero hasta eso le hacía toser. Pasado un rato, la tos se convirtió en una especie de ladrido frágil. Se llevó una mano al costado, entornando los párpados de dolor, y me miró con unos ojos más grandes y profundos que nunca. Su cara era todo ojos, y siguió mirándome durante largo rato, como si su tiempo se hubiera ralentizado. Estiró el brazo buscando mi mano y me acarició la palma con el pulgar.

—Esto no es culpa tuya, ya sabes. Porque lo sabes, ¿verdad? Esto me habría terminado pasando de todos modos. Dentro de un mes. O de dos.

Bajé la vista y observé sus largos dedos sobre mi mano y los puntitos en el linóleo del suelo.

—¿Cómo puedes decir que no es culpa mía? —susurré—. ¿Cómo puedes seguir siendo tan bueno conmigo, cuando yo... no soy buena persona? ¿Es que no lo ves?

—Oh, June.

—Sigo buscando algún modo de compensarte...

—Shhh —dijo, y me agarró la otra mano—. Shhh.

Una vez más, empezó a toser y yo permanecí allí impotente. Me señaló una estantería al otro lado de la habitación. Miré y vi un tubito de caramelos mentolados Live Savers. Saqué uno y se lo puse en la boca. Mis dedos rozaron sus labios, tan ásperos y secos que casi retiré la mano. Pasado un rato, la tos se calmó y me miró con una ligera sonrisa. Me senté en el borde de la cama.

—¿Sabes que llevo todo este tiempo buscando algún modo de hacer algo grandioso para ti? Pero no he dado con ello. Y entonces, cuando por fin me pides una cosa, no puedo hacerla. Nunca se me ocurrió que me pedirías que te llevase a Inglaterra.

—No, era yo la que te iba a llevar a ti. Yo quería llevarte.

—Es lo mismo, ¿no?

—No, en absoluto.

—Pero no habría podido traerte de vuelta. Aunque hubiéramos solucionado los demás problemas que nos impedían ir, yo no hubiera podido regresar al país. Hace muchos años que caducó mi visado. Y tengo antecedentes penales. En los controles de inmigración esas cosas no hacen ninguna gracia, ¿entiendes? Y no podía dejar que volvieras sola a casa. Finn no lo habría querido así. Yo tampoco. Si las cosas fueran diferentes...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El qué? ¿Decirte: «Siento mucho decepcionarte, pero dejé a un hombre inválido de por vida y además soy un inmigrante ilegal, así que salir del país no creo que sea una buena idea»? ¿Qué habrías pensado de eso? Te habría perdido.

Pensé en ello.

—Entonces, ¿ese fue el motivo de todo? ¿Cumplir lo que le prometiste a Finn?  
¿Todo el tiempo que pasamos juntos?

Movió la cabeza tan lentamente que apenas resultó perceptible.

—¿De verdad lo piensas?

Aparté la mirada.

—A veces.

—¿Acaso no lo ves? Es como si nos conociéramos de hace años. Sin siquiera habernos visto. Es como si hubiera una... relación etérea entre tú y yo. Tú tirando mis púas por el suelo, yo comprando galletas de chocolate blanco y negro cada vez que ibas a visitar a tu tío. Tú no sabías que las compraba yo, pero así era.

Era verdad. Cuando íbamos a casa de Finn siempre había esas galletas blancas y negras, suaves y dulces, de una pastelería de la Calle 76. En una caja blanca atada con un hilo rojo y blanco.

—¿Recuerdas que Finn a veces te arreglaba cosas? Un reloj de cuerda una vez, y aquella cajita musical. Esa con forma de tarta que tocaba el «Cumpleaños feliz» cuando la abrías. Le faltaban unos dientes, unas de esas láminas diminutas de metal.

—¿Fuiste tú?

Toby asintió y alzó la mano.

—Estos dedos —dijo.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué has esperado hasta este momento para decirme la verdad?

Apartó la vista.

—Porque no querría marcharme de este mundo siendo invisible. Igual necesito que al menos una persona recuerde algo de mí. Y...

—Y ¿qué?

Cerró los ojos y respiró hondo. Pensé que estaba a punto de quedarse dormido, pero estiró el brazo en busca de mi mano otra vez y me miró a los ojos.

—Él fue nuestro primer amor, June. Para los dos.

Las palabras permanecieron allí suspendidas y las mejillas me ardieron. Me volví para que Toby no me viera.

—Tú y yo estamos unidos, ¿lo entiendes? —Se detuvo, esperando mi reacción.

No podía mirarlo a los ojos.

—Será mejor que me vaya.

—No, June. No pasa nada.

Me giré para mirarlo.

—Finn era mi tío.

—Lo sé —dijo, mirándome con compasión.

—Los tíos no pueden ser tu primer amor.

Toby asintió lentamente, con los ojos cerrados.

—Nadie puede evitar lo que siente, June.

—Yo...

—Era tan guapo, paciente, listo y talentoso. Y para ti, puede que fuera dos personas a la vez. ¿No lo ves? ¿Quién podría resistirse a nosotros dos aunados en una única persona tan hermosa? ¿No te parece? —Sonrió. Su voz sonaba cada vez más ronca, pero aun así siguió hablando—. Se lo dije, ¿sabes? Le dije que terminaría consiguiendo que te enamorasas de él, pero no me hizo caso. Nunca comprendió que tenía esa clase de poder. Y yo era como tú, siempre con tan poca confianza en mí mismo, siempre preguntándome por qué querría él estar conmigo. June, creo que si lo dices, si lo sacas, te liberarás. Él también fue mi primer amor, June.

Me disponía a contestarle que no era verdad. Que Finn solo era mi tío, que los tíos no pueden ser el primer amor de sus sobrinas. Pero, de repente, el peso de todo aquello me superó. De repente, no entendía por qué había estado cargando tanto, tantísimo tiempo con aquello.

—Está bien —dije en un arrebato—. Vale, estaba enamorada de Finn. Ahí lo tienes. Ya está. ¿Vale? —No podía mirarlo a los ojos, pero sentí que él trataba de acercarme. Su mano tiraba de mi brazo.

—Así mejor, ¿verdad?

Asentí. Y en cierto modo, así era.

Permanecimos un rato así. Yo apoyada en el borde de la cama, acariciando lentamente su escuálido brazo, mientras él me acariciaba la mano. Como una pareja de toda la vida. Así era como lo sentía, como si fuéramos dos personas que se conocían de siempre. Gente que podía contárselo todo el uno al otro, o simplemente quedarse allí sentados, sin decir nada.

—Venga —dije.

—¿Qué?

—Vámonos. Te voy a llevar a casa. A mi casa. No puedes quedarte aquí.

No fui consciente de que aquel era mi plan hasta que lo dije, pero entonces supe que era lo correcto. Supe que era perfecto y lo que había que hacer. Me quité la manta con que me envolvía y fui a cerrar la puerta. Hice caer la ropa que llevaba en la bolsa sobre la silla.

—June, no puedo ir. Tus padres..., tu madre.

—Calla. Podemos hacer lo que queramos. Eso fue lo que dijiste, ¿no?

Le dediqué una ancha sonrisa y le ofrecí el brazo. Él hizo un gesto de dolor al deslizar las piernas fuera de la cama.

—Estoy empezando a pensar que nunca debí haber dicho eso. Estoy empezando a pensar que se presta a una interpretación demasiado abierta.

Me reí.

—Toma. —Le entregué una camisa de cuello abotonado a cuadros naranjas y negros que nunca le había visto. Cuando elijo ropa para otra persona, siempre hay algo que me impulsa a escoger prendas que nunca les he visto puestas. Como si quizá, enterrada al fondo de un cajón del armario, existiera la posibilidad de

actualizar una versión distinta de la persona. Toby apartó la camisa y me miró.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Nunca te he visto con ella.

Puso una cara que expresaba que había un buen motivo para ello, pero luego se pasó la camisa por la cabeza sin preocuparse por desabrochar los botones. Le había traído unos vaqueros normales y pareció aliviado al verlos. Volví la cabeza cuando se quitó la bata del hospital. Al darme la vuelta, lo vi sentado en el borde de la cama. Se había puesto los vaqueros, pero estaba encogido, como si cambiarse de ropa lo hubiera agotado. Me senté a su lado e incliné la cabeza para pegar la oreja a su pecho. Había tantos estertores y pitidos que resultaba difícil imaginar cómo conseguía algo de aire. Entonces, me acordé del oxígeno. Estiré la mano sobre la cama, agarré la mascarilla y se la tendí.

Asintió y se la colocó sobre la nariz y la boca. Un gesto de alivio se extendió por su rostro.

Seguí con la vista el tubo que salía de la mascarilla, con la esperanza de que condujera a alguna pequeña bombona portátil. Pero no, llegaba hasta una tubería que corría por la pared y parecía conectada al propio edificio.

—No vamos a poder llevarnos esto —dije—. Irnos quizá es una mala idea.

Toby se quitó la mascarilla y movió la cabeza.

—No, no pasa nada. Me dará el aire fresco.

—¿Seguro?

Asintió, pero en el fondo de mi corazón supe que Toby estaba tomando una decisión. Y comprendí lo que suponía.

—Toby.

—Mmm...

—No..., no decías en serio eso de que Finn fue el primer amor de tu vida, ¿verdad? —Me giré, incómoda por habérselo preguntado. Pero necesitaba saberlo.

Guardó silencio. Me quedé escuchando su respiración jadeante, pensando que probablemente no estaba bien plantear una pregunta así. Que igual a veces lo privado debe seguir siendo privado. Iba a decirle que lo olvidara, pero entonces tomó mi mano entre las suyas y habló con un hilillo de voz:

—Finn jamás lo supo. Es algo solo entre tú y yo, ¿vale? No importa. No es culpa de nadie.

Sus dedos acariciaron mi palma, y fue como si estuviera metiendo el secreto a través de mi mano. De repente, todos los olores de aquel cuarto —alcohol, desinfectante de pino y gelatina de frambuesa— se volvieron más penetrantes y marcados, como si intentaran ocultar esa revelación que lo cambiaba todo y nada. Toby había cerrado los ojos, pero los míos seguían abiertos como platos y no podía dejar de mirarlo. Así es el amor, pensé, y apreté con cariño su mano.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le dije—. Te lo prometo.

Sonrió sin abrir los ojos.

—Lo sé.

Tenía razón respecto al Bellevue. Era el tipo de sitio del que podías irte sin que nadie se diera cuenta. Fui por una manta y una silla de ruedas que estaban junto al puesto de enfermería, y llevé a Toby hasta el ascensor. Unas enfermeras nos miraron, pero todas parecían demasiado atareadas en sus cosas como para preguntar nada. Lo dejé en el vestíbulo, y salí a parar un taxi. No tardé mucho. Le dije al conductor que esperara y volví por Toby.

Cuando salimos, el conductor nos miró, intentando descifrar qué vínculo nos unía. Me acordé de Playland, de aquella mujer que pensó que éramos una pareja asquerosa. Sabía que ahora era imposible que alguien llegara a esa conclusión. Absolutamente imposible. Y quizá fue porque se me pegó algo de la travesura de Toby, o quizá solo se debió a que me apetecía probar cómo sonaba esa palabra en mis labios —quería ver si mis labios podían soportar una palabra tan enorme y poderosa —, pero de hecho lo miré a los ojos, me agaché y le dije:

—Disculpe, ¿podría ayudarme a subir a mi novio al coche?

Fue la primera vez que Toby se rio. Volvió la cabeza, intentando seguir con el juego. El taxista se quedó con la boca abierta, como un palurdo de dibujos animados, pero yo seguía mirándolo fijamente, como si no comprendiera qué problema había. Dejé que la palabra «novio» permaneciera suspendida en su mente hasta que finalmente hizo un gesto con sus manos, como queriendo decir «Ver para creer», «Esto solo pasa en Nueva York» o «Cada loco con su tema». Esas frases que dice la gente sobre las cosas que nunca podrá comprender. Luego agarró a Toby del brazo y le ayudó a acomodarse en el asiento trasero.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó el taxista.

Le di mi dirección. No la del piso de Finn, sino mi dirección de verdad, la de mi casa.

—Pero... —empezó Toby.

—No pasa nada.

—¿Tienen dinero para ir hasta Westchester? —preguntó el taxista—. Voy a tener que pedirles una fianza.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué un fajo de los billetes que me había dado Toby hacía ya tanto tiempo.

—Tenga —dije, dándole dos billetes de cincuenta.

—Vale, vale —dijo, y arrancó. Se giró para mirarnos y preguntó—: ¿Les apetece algo de música?

Toby sonrió.

—Música, sí. Música —murmuró.

El hombre movió el dial de la radio y, al poco, sintonizó la NYU, en la que alguien anunciaba: «Y ahora escucharemos a Frankie Yankovic y su “Tick Tock



Polka”».

El vehículo se inundó de Frankie, su acordeón y esa absurda polka. Toby y yo nos miramos y reímos tan fuerte que incluso me dolió.

Y entonces fue cuando por fin obsequié a Toby con una de mis historias de Finn. Era una anécdota modesta, como todas las mías, la del día en que Greta llevó el muérdago a casa de Finn. Se la susurré al oído. Le hablé del tiempo que hacía, de los copos de nieve durante el trayecto en coche, del aspecto que tenía Finn, lo que llevaba puesto. Ni siquiera estaba segura de que Toby me escuchase, pero le conté que el *Réquiem* sonaba en el equipo de música. Que el retrato estaba casi acabado. El miedo que pasé. Lo estúpida que fui. Y cómo, al final, nada de aquello importaba, porque Finn lo captó todo. Le conté lo del beso de mariposa que me dio Finn en la frente. Cómo mi tío había comprendido exactamente lo que yo sentía y lo arregló todo. Como siempre.

Toby se apoyó en mi hombro y noté que asentía ligeramente con la cabeza. Ya no tosía mucho, pero su respiración se había vuelto pesada, como un borboteo. Como si respirara agua en vez de aire.

Me habría quedado horas y horas allí. Puede que semanas, o meses. Quizá el resto de mi vida. El taxi nos sacó de la ciudad subiendo por la Primera Avenida y cruzando el puente de Willis Avenue. Después pasó frente al Yankee Stadium y dejó poco a poco las calles bien iluminadas para entrar en la oscuridad de la autopista. Ventanilla abierta. El fresco aire de la noche dándonos en la cara, y la radio emitiendo polkas sobre relojes, cerveza, rosas amarillas y ojos azules que lloran. La cabeza adormilada de Toby sobre mi hombro y mi mano abierta en su cabeza, y la áspera manta de lana tapándonos, y la sensación de haber reído y reído, y llorado hasta vaciarnos del todo. Solo nos quedaba paz. La mejor de las paces. Así es como recuerdo aquella noche. Así es como siempre quiero recordarla.

## SESENTA Y CINCO

Toby tenía razón. Finn fue mi primer amor. Pero él, Toby, fue el segundo. Y aquello poseía una tristeza que se extendía como un gélido riachuelo a lo largo de toda mi vida. Probablemente, mi firma acabará consolidándose, y las campañas de la declaración de la renta llegarán y se irán. Algún día acabaré guardando las botas medievales al fondo del armario y empezaré a ponerme playeras y vaqueros como todo el mundo. Igual crezco algo más, o igual no. Igual me convierto en la Reina Loba de las Regiones Remotas, o igual me quedo en June Elbus, Reina de los Corazones Celosos. Igual me paso la vida sola, esperando que aparezca alguien que sea solo la mitad de bueno que Toby o Finn. O incluso un cuarto de bueno. O igual no. Igual yo ya sabía que no sirve para nada esperar algo así. Igual estoy destinada a enamorarme siempre de personas que no puedo tener. Igual existe un surtido entero de gente imposible esperando a que yo los encuentre, dispuestos a hacerme sentir la misma impotencia una y otra vez.

Pero bueno, supongo que es lo que me merezco. O no. Eso sería poca cosa. Me merezco algo mucho peor.

Toby durmió en el sofá de nuestro salón. Las Greta y yo del cuadro y las Greta y yo de verdad cuidamos de él toda la noche. Durmió tapado con todas las mantas de nuestras camas, mantas con arcoíris, globos y con Holly Hobby con su enorme sombrero de paja con un lacito. Durmió sin que le quitáramos los ojos de encima.

Greta me había esperado levantada. No dijo nada cuando vio que traía a Toby. Me hizo un ligero gesto con la cabeza para que supiera que lo entendía. Pasamos casi todo el tiempo en silencio, pero de vez en cuando Greta canturreaba fragmentos de canciones que le venían a la cabeza, y cada vez que lo hacía asomaba una sonrisita en la comisura de los labios de Toby. De modo que mi hermana seguía cantando. Canciones de *South Pacific*, de James Taylor y Simon & Garfunkel. Procurábamos hablar en voz muy baja, y aparte del suave y dulce canturreo de Greta, apenas dijimos nada. Yo estuve sentada en una silla junto al sofá, posando de vez en cuando la mano en la frente febril de Toby. Como él probablemente hizo con Finn.

Y entonces, el mundo empezó a despertar. Ante la primera señal de claridad, Greta corrió las cortinas, dejándolas tan pegadas que no se colaba ni una rajita de luz. Pero incluso sin luz, el día estaba comenzando. Se oían portazos de coches.

Neumáticos resbalando en senderos de gravilla. El radio-despertador de mis padres, la voz seria de los presentadores de 101 WINS, todo noticias, todo el día. La puerta del baño se cerró, luego volvió a abrirse, y a continuación hubo pasos en zapatillas bajando por la escalera.

—Deja que yo... —dijo Greta.

—No. —Sacudí la cabeza, y acerqué la silla aún más a Toby. Quería que todo resultara evidente y directo. Quería que mi madre bajara y viera mi mano en la cabeza de Toby.

Y así fue. Se detuvo en la escalera, con la bata puesta, entornando los ojos para ver mejor en la penumbra del salón.

—¿June? —dijo, y eso fue todo, porque nos miró a mí, a Toby y a Greta, y no hubo nada más que decir. Ahí tenía toda la historia. Se llevó la mano a la boca, y luego volvió a subir en busca de mi padre.

Después de aquello, hubo una larga charla. Tuvo sus momentos de enfado, momentos hirientes, pero en su mayor parte fueron solo preguntas. Cuando concluyó, ya no quedaba nada por decir. Los dos comprendieron que Toby había sido mi amigo.

Por un largo rato, estuvimos los cuatro en el salón, sumidos en ese frágil silencio que solo he percibido en iglesias y bibliotecas. Esa clase de silencio que todo el mundo procura no romper. Contemplamos el pecho de Toby subir y bajar, subir y bajar, la única prueba de que seguía con nosotros.

Fue mi madre la primera en levantarse. Cruzó la habitación, se arrodilló junto a Toby y posó una mano en su cabeza. Observé cómo le pasaba los dedos sobre el pelo suave como plumón, y aunque estaba de espaldas a mí creo que la oí decir: «Lo siento». Quiero creer que eso fue lo que oí. Necesitaba saber que mi madre comprendía que ella también formaba parte de aquello. Que todos los celos, la envidia y la vergüenza que arrastrábamos era, en cierto modo, nuestra enfermedad. Una enfermedad igual que el sida de Toby y Finn.

Al final, solo quedamos nosotras dos en la habitación. Mi madre y yo. El cuerpo de Toby se detuvo, y mi madre estiró el brazo y me posó la mano en el hombro. Así fue cómo acabó la historia de una persona.

Aquella noche, más tarde, bastante después de que se hubieran llevado el cadáver y todos estuvieran dormidos, vi algo que solo le he contado a Greta. No podía dormir, así que bajé la escalera en silencio. El salón estaba a oscuras, a excepción de una lámpara en una mesa cerca de la chimenea. A su lado, sentada en una silla del comedor, estaba mi madre. Tenía un fino pincel en una mano, y en la otra la tapa de plástico de un tarro de helado, que usaba a modo de paleta. La observé en silencio, sin que me viera, mientras mojaba delicadamente el pincel en la pintura. Vi cómo ladeaba la cabeza y ojeaba el retrato antes de tocar con su pincel el lienzo, exactamente igual que Finn. Permanecí allí, sin dar crédito, viendo cómo mi madre

aplicaba pinceladas en el cuadro. Por la mañana, me levanté la primera para ver qué había hecho. Alrededor de mi cuello había un intrincado collar de plata pintado con perfección. En el dedo de Greta, un anillo de plata con su piedra astral.

A veces me digo que no fue algo tan malo. Ser la responsable de la muerte de alguien que, de todos modos, se estaba muriendo. Asesinar a una persona que ya casi estaba muerta. Eso es lo que en ocasiones intento pensar, pero nunca funciona. Dos meses son sesenta días, 1440 horas, 86 400 minutos. Yo era una ladrona de minutos. Se los robé a Toby y me los robé a mí misma. A eso se reduce todo. Mi familia seguiría pensando por siempre que Toby fue un asesino, pero nunca sabrían lo mío. Jamás se imaginarían que había una asesina de verdad viviendo en su propia casa. No importaba que Toby me hubiera perdonado de manera auténtica y sincera, que se hubiera ido de este mundo sin guardarme ningún rencor. Nada de eso cambiaba las cosas. Hay unos botones negros muy oscuros tatuados en mi corazón. Los llevaré por el resto de mis días.

Pero hay otro rincón en mi corazón que sabe que finalmente cumplí mi promesa. Fui yo la que cuidó de Toby hasta el mismísimo final, la que se quedó con él para que no estuviera solo. Como Finn hubiera querido. Y, a veces, cuando no quiero estar triste, pienso que con eso es casi como si compensara lo otro.

Lo que sí sé es que he perdido mi superpoder. Mi corazón está roto, se ha reblandecido, y otra vez soy normal. Ya no tengo amigos en la ciudad, ni uno. Antes pensaba que tal vez me gustaría ser halconera, pero ahora estoy convencida de ello, porque necesito descubrir el secreto. Necesito adivinar cómo conseguir que las cosas vuelvan volando a mí, en lugar de escaparse por el aire.

Finn había dispuesto las cosas de modo que cuando Toby muriera, Greta y yo nos quedásemos con todo, incluido el piso. A veces me imaginaba nuestras vidas en el futuro. Las dos encaminándonos en direcciones diferentes. Universidad, maridos y niños. Igual viviríamos separadas por miles de kilómetros. En países distintos. Continentes distintos, incluso. Hasta me imaginaba más adelante, cuando fuéramos ancianitas. Encorvadas abuelitas con grandes bolsos, gafas y chales de punto. Me imaginaba que las dos, pasados todos esos años, en el futuro, volvíamos al piso de Finn. Nuestro rincón secreto. El sitio que Finn y Toby nos dejaron.

Pero aquel cuarto del sótano, aquel pequeño lugar mágico, sería solo mío para siempre. Encontré la copia de Toby de aquella estúpida foto que nos hicimos en Playland y la enmarqué. Después la colgué en la pared del cubículo. Es la única vez que he vuelto allí. Bajé en el ascensor sin nada de miedo, ni una gota. Toby me dijo una vez que cuando él y Finn se enteraron de que tenían el sida, en lugar de sentirse heridos y condenados, ya sin tiempo por delante, sintieron justo lo contrario. Se

sintieron todopoderosos, como si nada pudiera afectarlos. Igual se me había pegado algo de eso, porque cruzando el sótano, entre aquellos tétricos colchones y pasillos oscuros, solo me sentía fuerte y dura. Quería gritar: «¡Venid a atraparme!» Sabiendo que nada podría atraparme.

No hubo funeral por Toby. Y él no quería que lo enterraran. Me lo dijo una vez, bromeando. «No me veo muy de tumbas», dijo. Y probablemente yo le dije que tampoco lo veía muy de cenizas. Algo así. No lo recuerdo exactamente.

Siempre me pregunté dónde estaban las cenizas de Finn, y tras preguntarlo cien veces, mi madre finalmente reconoció que las tenía ella. Estaban en una bonita urna de madera pulida que guardaba en la balda superior de su armario. Me la imaginé sacando esa urna de madrugada. Me la imaginé pasando la mano por sus suaves curvas. Me la imaginé diciendo cuánto sentía lo mal que se había portado con Toby. Cuánto sentía cómo habían salido las cosas. Me imaginaba esas cosas porque lo necesitaba. Necesitaba creer que todo lo que mi madre había hecho fue por amor. Porque eso lo podía entender y perdonar. Me hacía creer que tal vez un día yo también sería capaz de perdonarme mis errores.

En lugar de un funeral de verdad, Toby fue incinerado, y entonces por fin tracé un plan. Quería devolvérselo a Finn. Quería que los del crematorio abrieran la urna de Finn y echaran las cenizas de Toby en las de mi tío. Pensaba que mi madre se opondría, pero no lo hizo. Dijo que le parecía una buena idea, que era lo mínimo que podíamos hacer. Lo mínimo que las dos podíamos hacer. Y después de hacerlo, sentí que, por una vez, había hecho algo bien del todo.

Ahora, cuando voy al bosque, siempre me encamino por el arroyo hasta el alto arce. Correteo por allí, como Toby debió de hacer aquella noche de tormenta, y luego me agacho y me arrastro por el suelo. Porque, ¿y si hay alguna pista? ¿Y si hay un trozo de chicle de fresa todavía envuelto en su papel ceroso, o un librito de cerillas descolorido por la humedad, o un botón caído de un enorme abrigo gris? ¿Y si enterrada bajo todas esas hojas estoy yo? No esta yo, sino la chica con el viejo vestido Gunne Sax y la cremallera negra abierta. La chica con las mejores botas del mundo. ¿Y si está ahí abajo? ¿Y si está llorando? Porque si la encuentro, seguro que estará llorando. Sus lágrimas contarán la historia de lo que sabe: que pasado, presente y futuro solo son una cosa. Que desde aquí no se puede ir a ningún sitio. El hogar es el hogar, es el hogar.

## SESENTA Y SEIS

Nos encontrábamos todos sentados en el salón cuando sonó el timbre de la puerta. Era una mañana de sábado y estábamos esperando la visita del hombre del Whitney. Mi madre se levantó y nos miró a todos.

—No quiero una escenita —dijo, volviéndose para mirarme.

—¿Qué? —protesté, poniendo mi mejor cara de «yo jamás haría algo así».

—Nada de comentarios inadecuados y nada de numeritos, ¿entendido? Todo esto ya es bastante embarazoso.

En eso estaba de acuerdo con ella. Ya había sido embarazoso. La primera vez que vino el hombre del Whitney para ver el cuadro mi padre no estaba en casa. Creo que las tres nos esperábamos a una persona del mundo del arte, agradable y relajada, pero aquel tipo parecía más un militar que alguien relacionado con el arte. Llevaba un corte de pelo estilo recluta y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Traía un maletín negro y, como predijo mi madre, le pareció que éramos una familia de tarados. Nos dijo que estaba horrorizado por lo que habíamos hecho. Lo repitió tres o cuatro veces con un gesto de profundo enfado. Noté que hasta mi madre se sentía intimidada por él, porque se olvidó de ofrecerle un café, ella, que nunca olvida ser atenta. Nos sentamos allí, en el salón, mientras él observaba el retrato. Sacó una carpeta con un bloc de hojas amarillas del maletín y se puso a tomar notas mientras lo estudiaba. De vez en cuando se acercaba unos pasos, luego retrocedía, después a la izquierda y a la derecha, garabateando en el bloc todo el rato.

Yo no tenía claro si aquel hombre comprendía que era a Greta y a mí a quienes estaba mirando, que estábamos ahí, detrás de él. No estaba dispuesta a recordárselo, pero cuanto más observaba el hombre, más me molestaba yo. ¿Cómo se atrevía a mirarnos de ese modo? ¿Qué derecho tenía a desgarrarnos así con sus ojos? Todas esas horas que dedicó Finn a intentar retratarnos lo mejor posible. Porque nos amaba. Porque quería hacer eso para nosotras. Todo ese amor no significaba nada para el tipo del Museo Whitney. Eso resultaba evidente. Nos observaba como si fuéramos especímenes de laboratorio. Miraba y remiraba, y de repente me entraron ganas de protegernos, a nosotras y a Finn. Quería proteger la obra de Finn.

Me levanté.

—¿Ya ha visto suficiente? —pregunté, de brazos en jarras. Pensé que mi madre me diría que fuera amable, que fuera paciente. La miré y, en vez de parecer molesta por mi brusquedad, se levantó también.

—Sí —dijo, asintiendo—. Creo que ya es suficiente.

Entonces Greta se levantó también, pero no dijo nada.

El tipo del Whitney nos miró lentamente, una a una, y me pregunté si se pasaba toda la vida así, evaluando todo lo que veía. Al cabo de un rato, asintió con un gesto leve.

—Está bien —dijo—. Discutamos las opciones que tenemos. —Señaló una silla—. ¿Me permiten?

—Por supuesto —dijo mi madre.

Todos nos sentamos y escuchamos.

Repitió una vez más que era una vergüenza, que habíamos «infligido» unos daños gravísimos. Utilizó palabras como «patochada» y «abominación», y toda la valentía que habíamos sentido unos minutos antes no tardó en evaporarse. Cuando pareció convencido de que comprendíamos la magnitud de lo que habíamos hecho, nos dijo que probablemente un buen restaurador podría llegar a limpiarlo todo.

—No será una tarea barata —dijo—, pero es necesaria, y creo que deberían sentirse todas aliviadas de que al menos sea posible.

Asentimos y, tras negociar un poco, aceptamos que se llevara el cuadro al museo. Nos dijo que podríamos recuperarlo en menos de un mes.

A continuación se marchó. En circunstancias normales, aquel habría sido uno de esos momentos en que se liberan los sentimientos reprimidos, y todas deberíamos haber estallado en carcajadas. Pero había un gran espacio vacío en la pared, que en cierto modo hacía que todo aquello no resultara divertido para nada.

Ahora, el hombre estaba otra vez ante nuestra puerta, en esta ocasión con el cuadro en la mano.

—Vale, lo prometo —le dije a mi madre—. No diré nada.

El hombre tenía el mismo aspecto de la última vez. Me imaginé un armario lleno de camisas blancas impecablemente planchadas. Tras intercambiar los cumplidos de rigor y tomar café, pues esta vez mi madre sí se acordó de su hospitalidad, el hombre dejó el cuadro sobre la mesa de la cocina. Estaba envuelto en capas y capas de plástico de burbujas, y pensé que probablemente le daría un patatús si viera cómo se guardaban los cuadros en el sótano de Finn. Sin envolver y apilados unos encima de los otros. Sonreí al pensarlo, porque nunca lo iba a saber. Ni él ni nadie. Jamás.

Esta vez también estaba mi padre, y todos contemplamos cómo el hombre arrancaba la cinta de embalar y desenvolvía el cuadro.

—Verán que se ha hecho un trabajo de restauración de la máxima calidad —dijo.

Y ahí lo teníamos. Todos nuestros aportes —los botones, la calavera, los labios, el pelo iluminado y las uñas— habían desaparecido. El cuadro volvía a estar tal como lo había dejado Finn.

Casi, pues las dos cosas que había añadido mi madre —el collar y el anillo—

seguían ahí. Así de buena era mi madre. Tan buena que hasta un experto en arte no podía diferenciar su pintura de la de Finn. Mi madre formaría parte de ese retrato para siempre. La observé de reajo mientras miraba el cuadro, pero no delató nada. Pensé en llamar su atención discretamente, para que supiera que yo lo sabía, pero decidí no hacerlo. Todo el mundo necesita creer que tiene secretos.

Mis padres movían la cabeza complacidos y Greta se mostraba aliviada. Yo era la única que parecía pensar que había algo triste en perder todo aquello. Pero no lo dije. Era el tipo de cosa que no creo que nadie comprendiera. Además, le había prometido a mi madre que no montaría una escenita.

Mis padres dieron las gracias repetidas veces al hombre y, aunque él asentía, se notaba que le martirizaba tener que dejar el cuadro con unos seres grotescos como nosotros. Pero era su obligación.

Así que el retrato se colgó sobre la chimenea. De nuevo en su sitio. Al principio, cuando uno de nosotros pasaba por delante, lo mirábamos, pero al cabo de un tiempo se difuminó entre el decorado de nuestra casa. De nuestras vidas.

Pero el hecho es que, aun tras la restauración y borrado, yo todavía podía interpretar aquel cuadro. Soy la única que sabe lo del lobo, y la única que sabe que si la luz incide sobre el lienzo de determinada forma, si es esa luz anaranjada oscura del atardecer y entra por la ventana con el ángulo exacto, y si sabes lo que buscas y exactamente a qué punto mirar, todavía se pueden distinguir los cinco botones negros. No como estaban antes, no torpes y gruesos, sino más bien como sombras. Como pequeñas lunas eclipsadas flotando sobre mi corazón.



## Nota de la autora

**M**e reconforta el hecho de que, por lo general, la realidad del mundo ha ido encajando bien en mi relato. Sin embargo, en las ocasiones en que esto no sucedía, me he tomado la libertad de adaptarla —con la mayor delicadeza posible— para que encajase.

## Agradecimientos

He tenido el honor de contar desde el principio con lectores expertos en combinar sinceridad y aliento con un perfecto equilibrio. Muchas gracias a todos ellos por sus sabias palabras: Sarah Crow, Sondra Friedman, Julia Wherrell, Jerry Horsman, Clive Mitchell y Clara Blake.

Gracias a Mollie Glick por llevar *Lobos* al mundo del mejor modo posible. No podría haber pedido nada mejor. Muchas gracias también al resto del personal de Foundry, en particular a Katie Hamblin y Stéphanie Abou, y a Caspian Dennis de Abner Stein.

Mi mayor agradecimiento es para mi editora Jen Smith. Gracias por tus lecturas, siempre clarividentes, amables y rigurosas, y gracias por darme ese empujón en el último tramo. Gracias a todos los demás en Dial Press: Susan Kamil, Hannah Elnan, Kathleen Murphy Lord, y al resto de personas que han trabajado o trabajarán en este libro.

Gracias a Jenny Geras de Pan Macmillan. ¡Qué afortunada soy por haber tenido dos fantásticas editoras trabajando en mi libro! Gracias también a Jeremy Trevathan, Ellen Good, Michelle Kirk, Chloe Healy y a todo el equipo de Macmillan, cuyo entusiasmo me llegó al corazón.

Gracias a todos los de New Writing Partnership, en particular a Kate Pullinger y Candida Clark, por seleccionarme para el fantástico premio New Writing Ventures. Todavía recuerdo como si fuera un sueño aquel año en Ventures. Y gracias a Judith Murray, cuyos tempranos comentarios fueron la causa de que me planteara las preguntas oportunas para este libro.

Gracias al Arts Council England por concederme una generosa beca para redactar el primer manuscrito de *Lobos*.

Muchas gracias y mucho afecto para mi familia y amigos, cercanos y lejanos, que siempre han estado ahí de múltiples maneras: mi madre, mi padre, Wendy y Josh, Cindi, Shirley, Kristin, Lynne, Dilys, Mike, Steven e Irene.

Una reverencia respetuosa ante el fantasma de Ged Stewart.

Y, por encima de todo, con amor para Chris, resuelto y siempre tolerante. Jamás tuviste dudas de que todo esto terminaría saliendo bien. No podría haberlo hecho sin ti.

# Notas

[1] Referencia a la letra de la famosa canción folclórica australiana *Waltzing Matilda*.  
(N. del T.) <<